UNA LARGA MIRADA

Elizabeth Jane Howard

Siruela Nuevos Tiempos

Elizabeth Jane Howard

Una larga mirada

Traducción del inglés de
Raquel G. Rojas

Siruela
Nuevos Tiempos

Título original: *The long view*
En cubierta: *Cruise the Great Lakes. Canadian Pacific*.
Póster publicitario, años 1930.
Diseño gráfico: Gloria Gauger
© Elizabeth Jane Howard, 1956
© De la traducción, Raquel G. Rojas
© Ediciones Siruela, S. A., 2022

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción,
distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada
con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista
por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos,
www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Ediciones Siruela, S. A.
c/ Almagro 25, ppal. dcha.
www.siruela.com

ISBN: 978-84-19419-92-7

Conversión a formato digital: María Belloso

Para E. M.

PRIMERA PARTE
1950

Uno

Esta, pues, era la situación. Ocho personas iban a cenar esa noche en la casa de Campden Hill Square. La señora Fleming había organizado la fiesta (era la clase de idea poco original que se esperaba de ella y se plegó obediente a la ocasión) para celebrar el compromiso de su hijo con June Stoker. Los invitados estaban convocados a las ocho menos cuarto para sentarse a la mesa a las ocho. Al llegar, los hombres serían despojados con cortesía de sus abrigos, sombreros, paraguas, periódicos vespertinos y cualquier otro efecto de exterior más personal por parte de la inestimable Dorothy, hasta que, reducidos a la uniformidad de sus esmóquines, se les exhortaría a subir la empinada escalera curva en dirección al salón. Las mujeres irían a la habitación de la señora Fleming, en la segunda planta, donde más tarde esta encontraría polvos ajenos derramados sobre su tocador, misteriosos cabellos de ningún color que asociara con las cabezas de sus invitadas enredados en su peine de marfil y un olor compuesto por la mezcla de perfumes ordinarios. Cuando aquellas hubieran confirmado frente al espejo de la señora Fleming lo que ya habían pensado de sí mismas un rato antes frente al suyo; cuando alguna, quizá, hubiese hecho en voz alta un breve apunte despectivo sobre su propio aspecto y oído que las demás lo negaban con indiferencia, el grupito bajaría con cuidado las escaleras (era fácil pisarse la falda unas a otras en los cerrados y vertiginosos recodos) hasta el salón, donde encontrarían a los hombres bebiendo y comiendo canapés glaseados. Presentarían a June Stoker a unos comensales que, por lo demás, hacía ya mucho que no encontraban los unos en los otros nada capaz de despertar su interés ni estrechar sus lazos, y esbozarían el futuro inmediato de la joven junto a Julian Fleming (luna de miel en París y un piso en St. John's Wood).

A su debido tiempo, bajarían al comedor y tomarían ostras y urogallo y suflé de naranja frío y (por deferencia con June Stoker) beberían champán. La conversación consistiría en una inocua mezcla de la situación en el mundo y la situación de June Stoker y Julian Fleming en St. John's Wood. En ningún caso se daría suficiente información ni detalles curiosos para

despertar un interés real. Después del suflé, las mujeres se retirarían al salón (o a la habitación de la señora Fleming) para comparar la posible experiencia de June con la suya propia, mientras que los hombres seguirían con el brandi (o el oporto si el señor Fleming se presentaba en su propia casa a tiempo para decantarlo) y pasarían a los beneficios económicos, por no decir financieros, de la situación en Corea. El grupo se uniría de nuevo en el salón hasta que, a las once, la perspectiva de otro día exactamente igual al que acababan de pasar trasladaría su pensamiento a las contrariedades de última hora de la noche —la puerta del garaje atascada, mensajes telefónicos urgentes e incomprensibles de sus criados extranjeros, lámparas de lectura fundidas—, tal vez incluso a la necesidad de discutir con un conocido el trillado asunto de alguna afrenta mutua e involuntaria. Luego abandonarían la encantadora fiesta, Julian acompañaría a June a su casa y la señora Fleming se quedaría en el salón sembrado de ceniceros, copas de brandi, cojines aplastados y, quizá, con el señor Fleming.

Ese, pensó la señora Fleming, era el único factor de la noche mínimamente incierto y, aun así, se trataba de una mera disyuntiva. O se quedaba o se iba. Las disyuntivas reducen la propia perspectiva y petrifican la imaginación de un modo que las posibilidades jamás pueden hacerlo. Las posibilidades, innumerables y abigarradas, podían llover como esporas de hongos entre disyuntivas como estar aquí o allí, vivo o muerto, ser viejo o joven.

La señora Fleming cerró el libro que no había estado leyendo, se desovilló en el sofá y subió a vestirse para la cena.

La vista, incluso desde la segunda planta de la casa, era hermosa e inquietante. Desde las ventanas delanteras, la pronunciada pendiente del parque atestado de césped, arbustos y árboles gigantescos —amarilleando y marchitándose bajo la fría y silenciosa luz del día— llenaba la mirada de forma que apenas se veían las casas del otro lado y, un poco a la derecha calle abajo, pronto quedaban ocultas del todo. Al fondo no había ninguna: la plazuela se abría directamente a la calle principal, como la «cuarta pared» de un teatro o la tierra de nadie entre trincheras. El efecto, desde la habitación de la señora Fleming, era misterioso y gratificante: la gran metrópoli sabía estar en su sitio y retumbaba en la distancia de un lado a otro.

Desde las ventanas de atrás, el paisaje era casi una versión en miniatura del anterior, pero en vez del parque de la plazuela había estrechas franjas de jardines traseros que iban menguando hasta que solo se podía ver el negro remate de sus muros. Detrás de los jardines se extendía una hilera descendente de casas construidas en las antiguas caballerizas, todas un poco

diferentes entre sí, y más allá la ciudad, bajo un cielo que el sol, al ponerse, estaba tornando azul jacinto. Miró abajo, hacia la casa que daba a su jardín, y vio que su hija había vuelto del trabajo. La mano de un hombre, al menos no la de Deirdre (su hija no se llevaba bien con las mujeres), tiró de las cortinas rojas para cerrarlas. La señora Fleming no tenía en verdad ninguna curiosidad, ni salaz ni moral, por la vida privada de su hija y solo sabía que esta transcurría en un dramático equilibrio de conflictos. Siempre había dos hombres involucrados: uno, una criatura sosa y entregada cuyo único rasgo destacable era su determinación por casarse con ella frente a una despiadada serie de obstáculos; el otro, un joven más atractivo pero aún más insatisfactorio. Sospechaba que Deirdre no era feliz, pero era un recelo cómodo y, puesto que la propia Deirdre estaba sin duda convencida de que la ignorancia mutua era lo único que las mantenía a una distancia tolerable, la señora Fleming nunca trataba de forzar la falta de confianza de su hija. Suponía que quienquiera que hubiese cerrado las cortinas probablemente iría a cenar, pero era incapaz de recordar su nombre…

Louis Vale entró en su piso de la planta baja de Curzon Street, cerró de un golpe la puerta metálica, tiró el maletín sobre la cama, o diván (él prefería llamarlo cama), y abrió el grifo de la bañera. Su apartamento, uno de un bloque enorme, parecía la celda de un prisionero privilegiado. Solo los muebles indispensables, pero muy caros, se disponían de forma simétrica en un espacio tan pequeño y tan oscuro que el color, el desorden o cualquier tipo de trivialidad que supusiera una pérdida de tiempo habría sido confuso o inservible allí. Todo cuanto era posible estaba integrado en las paredes. El armario para su ropa, la balda para la bebida, la radio… Incluso las luces estaban pegadas como sanguijuelas bulbosas a la pintura gris. Había un sillón rastrero y una mesita de dos alturas donde tenía un cenicero, un teléfono y el último número de la revista *The Architectural Review*. Las cortinas eran grises: nunca las corría. El cuarto de baño, equipado como un miniquirófano para afeitarse y asearse, y que ahora se iba inundando poco a poco de vapor, era de un blanco luminoso y sin concesiones. Se vació los bolsillos, se quitó la ropa a toda prisa y se bañó. Diez minutos después tenía puesto el esmoquin y bebía *whisky* con agua. Había un solo cajón, empotrado en la pared por encima del cabecero de la cama. No tenía tirador y se abría con un diminuto llavín. Dentro había tres sobres blancos sin cerrar. Cogió uno, lo sacudió para sacar otra llave y cerró de nuevo el cajón.

Aparcó el coche en el callejón de las antiguas caballerizas de Hillsleigh Road y entró en el piso de Deirdre Fleming. Era muy pequeño y, según

observó con desagrado, presentaba un estado de desorden transitorio muy femenino. Una pila de ropa yacía amontonada en un rincón, a la espera de llevarla a la lavandería o al tinte. Había platos y vasos (los que habían utilizado dos noches antes) acumulados en el escurridor junto al fregadero. La cama, o diván (Deirdre prefería llamarlo diván), no tenía sábanas y estaba cubierta solo por la colcha. Vio dos cartas a medio escribir sobre la mesa, con un paquete envuelto en papel de estraza y sin dirección. La papelera estaba llena. La única silla que había tenía unas medias colgadas, ya casi secas, extendidas sobre paños de cocina sucios. En una olla, descubrió restos de pollo remojándose en agua. Leyó las cartas. Una era para su padre: le agradecía el cheque que le había enviado por su cumpleaños; y la otra —aquello hizo crecer rápidamente su interés— era para él. Sentía la necesidad de escribirle, leyó, puesto que nunca la dejaba hablar. Sabía que lo irritaba, pero la hacía tan infeliz que no podía quedarse callada. Sabía que en realidad no la quería, pues, si fuera así, seguro que la entendería mejor. Si de verdad sabía el efecto que causaba en ella cuando no la llamaba o si la dejaba plantada después de haber hecho planes y la consideraba una ridícula, sin más, le rogaba que se lo dijera; pero no podía creer que lo supiese. Era imposible que quisiera hacer a nadie tan infeliz: ella sabía cómo era en el fondo, una persona completamente diferente a la que dejaba ver. Sabía que su trabajo era para él más importante…

Ahí se había interrumpido. Ya estamos otra vez, pensó cansado, y volvió a dejar la carta sobre la mesa mientras se le venía a la cabeza la repentina imagen de Deirdre desnuda, intentando no llorar y suplicando que la amasen. Tiene que estar despojada de su autoestima para vestirme yo con ella. Para cuando deje de ser una romántica, ya no la desearé. Soy un asqueroso canalla por seguir viviendo de su capital emocional. Tal vez, concluyó sin mucha convicción, creí que me infundiría su fe. Si lo hubiera conseguido, la habría compensado con creces, pero no lo logrará. Ella no tiene la capacidad y yo no le doy la ocasión.

De pronto, avejentado y triste por ella, cerró las cortinas para que pensara que había estado a oscuras y que no había visto la carta. Luego se tumbó en la incómoda cama y se quedó dormido.

La oyó tratando de interrumpir su sueño con cierta cautela: abriendo la puerta sin ningún cuidado, cerrándola con una elaborada calma, probando la luz del techo —encendida, apagada— y encendiendo al fin la lamparita habitual. La sentía inmóvil en mitad de la habitación, observándolo, y a punto estuvo de abrir los ojos para truncar lo que estuviera pensando de él. Luego recordó la carta y se quedó quieto. La oyó acercarse y detenerse de nuevo; los dedos sobre el papel; ese repentino suspirito que siempre lo había

encandilado y los ruidos indeterminados del que actúa a hurtadillas. Entonces, como no quería que lo despertara, abrió los ojos…

June Stoker salió de los cines Plaza algo aturdida y bañada en lágrimas, paró un taxi y pidió al conductor que la llevase a Gloucester Place tan rápido como fuera posible. Tenía la confusa sensación de que llegaba tarde, no a nada en concreto —la cena no era hasta las ocho menos cuarto y tenía intención de saltarse el cóctel de los Thomas—, simplemente tarde: una sensación que, de hecho, la asaltaba siempre que había estado haciendo a escondidas algo de lo cual se avergonzaba. Y es que preferiría *morir* antes que contarle a su madre cómo había pasado la tarde, sola en un cine viendo una película que, delante de cualquiera, habría tachado de sensiblera. En realidad, le parecía muy pero que muy triste y puede que hasta auténtica si eras ese tipo de chica. Para June, la esencia del romance sugería la idea del hombre adecuado en circunstancias desfavorables, pero por algún motivo no podía imaginarse a Julian en esas circunstancias, a pesar de su padre, cuyo comportamiento resultaba desde luego bastante extraño. Le daba un poco de miedo conocerlo: incluso Julian, que se lo tomaba todo con tanta calma, parecía algo vacilante ante la perspectiva. Su madre había sido agradable, aunque ya se imaginaba que eso no se puede saber la primera vez que ves a alguien. Se suponía que las suegras eran horribles, pero tampoco había que verlas demasiado. Abrió la polvera y se empolvó la nariz. Cualquiera un poco observador se daría cuenta de que había estado llorando. Parecía que las lágrimas le hubieran brotado de toda la cara y no solo de los ojos. Se escabulliría a su cuarto y diría que le dolía la cabeza. Sí que tenía algo de jaqueca, ahora que lo pensaba. Su hogar. Pero dentro de poco ya no será mi hogar, se dijo: tendré otro apellido y otra casa y toda mi ropa será nueva (bueno, casi toda) y mamá ya no podrá preguntarme constantemente adónde voy, aunque espero que Julian me pregunte cuando vuelva de la oficina, e invitaremos a nuestros amigos a cenar, seré una cocinera maravillosa y no dejará de descubrir cualidades insospechadas en mí… Me pregunto cómo será pasar dos semanas enteras a solas con Julian…

Ya había pagado el taxi y se había metido en el ascensor. Tendría que llamar a Julian para decirle que la recogiera allí y no en casa de los Thomas. Se preguntó cómo sería esa cena con sus padres. La fiesta estaría llena de gente interesante e inteligentísima y a ella no se le ocurriría nada que decir. Suspiró y buscó la llave.

Angus, su terrier escocés, empezó a ladrarle mecánicamente alrededor de los pies y, por supuesto, su madre la llamó desde el salón. Estaba tomando el

té con una vieja amiga del colegio, Jocelyn Spellforth-Jones. June se sometió primero a los reproches de su madre por llegar tan tarde, porque parecía acalorada y porque nunca cerraba las puertas tras ella, y luego a una invitación genérica y muy poco apetecible de Jocelyn Spellforth-Jones para que «se lo contara todo». A nadie salvo a mamá se le ocurriría contarle nada a Jocelyn: tal vez por eso siempre tenía tantas ganas de saber, pensó June, y un inevitable rubor le abrasó la cara y el cuello mientras protestaba con voz débil que en realidad no había mucho que contar. La señora Stoker miró a su mejor amiga con fingida desesperación. Jocelyn le devolvió la mirada e invitó a Angus a que la olisqueara. Era un perrito muy sensato y declinó la oferta. Jocelyn le recordó entonces a la señora Stoker lo ridículas que habían sido ellas a la edad de June y contó una historia de lo más repulsiva sobre un juego de conejitos de porcelana azul que se había empeñado, cuando se casó, en llevar de la repisa de la chimenea en su antiguo cuarto a una balda dispuesta a propósito junto a su nueva cama. La señora Stoker se acordaba muy bien de los conejitos y June creyó que era un buen momento para escapar. Murmurando algo sobre una jaqueca, se puso en pie. De inmediato, su madre empezó a bombardearla con preguntas. ¿Había encontrado los zapatos? ¿Se acordaba de lo de los Thomas? ¿Qué le habían dicho en Marshall's de los camisones? A ver, ¿qué había estado haciendo toda la tarde y por qué de repente le dolía la cabeza? June se sonrojó y mintió y al fin huyó a su habitación molesta y cansada.

En su dormitorio, todo era de color melocotón claro. A ella le gustaba, pero cuando sugirió replicarlo en su propio piso, Julian le dijo que el crema resultaba más apropiado. Era más neutral, había dicho, y la joven esperaba que tuviera razón. Se quitó el vestido rosa de lana y los zapatos y vació el bolso a los pies de la cama. Angus, con sus andares de pato (estaba engordando demasiado), daba vueltas sin rumbo alrededor de sus zapatos y luego saltó a su silla, que estaba cubierta con una mugrienta manta de viaje de tartán verde Hunting Stewart.

Si no se hubiera pasado casi toda la tarde deshecha en lágrimas, desde luego habría llorado entonces. Justo cuando todo debería ser maravilloso, por alguna razón en realidad no lo era. Sin duda se debía en gran parte a esa horrible mujer que estaba sentada con mamá, hablando sobre su matrimonio con una espantosa mezcla de estupidez y maldad, y a que su madre (aunque, por supuesto, en el fondo no era así) cuando menos lo toleraba sin darse cuenta. ¿Qué había que *decir* de Julian, en cualquier caso? Trabajaba en una oficina, anunciando cosas —June no sabía mucho al respecto y, la verdad, no sonaba muy interesante— y «decían» que, teniendo en cuenta a su tío y su aptitud general para el puesto, llegaría a director antes de cumplir los

treinta, lo cual, «decían», estaba muy bien. Julian no habría podido casarse tan joven sin esas perspectivas, aunque al principio tendrían que ser prudentes, claro. Se esforzó por imaginar lo que significaba ser prudente, pero solo se le ocurría algo así como comer pastel de carne cubierto de puré de patata y no ir al Berkeley. Julian estaba decidido a conservar su coche, y ella, sencillamente, no podía arreglarse el pelo sola. Tenía una melena poblada, de color castaño oscuro, y bastante fosca —espantoso—, aunque sus amigas le decían que era afortunada por tener ondas naturales. Julian, sin embargo… Bueno, era bien parecido y pensaban lo mismo sobre cuestiones como no creer mucho en Dios, que los circos eran crueles, no querer criar a los niños de esas formas modernas y… todo ese tipo de cosas. Montones de cosas, en realidad. Se habían conocido en un baile y se comprometieron en el coche de Julian, junto al Serpentine. Solo había pasado un mes desde aquella noche; fue maravilloso y había pensado tanto en ello desde entonces que ahora no podía recordar todos los detalles, lo cual era un fastidio. Una debería recordar la noche de su compromiso. Julian parecía un poco nervioso —eso le había gustado— y hablaba muy deprisa sobre ellos, salvo cuando la tocó; entonces no dijo nada en absoluto. Aún recordaba haber sentido sus dedos en la nuca justo antes de que la besara. Nunca había vuelto a cogerla así y ella no se había atrevido a pedírselo por si, al hacerlo, fuese diferente. Vivía con nostalgia de ese breve estremecimiento y de la esperanza de que volviese a envolverla cuando las circunstancias lo permitieran.

En fin, dentro de una semana estaría casada y todo el mundo, excepto la asquerosa de Jocelyn (y qué le importaba esa), se mostraba de lo más amable. A fin de cuentas, ella era hija única —mamá, a pesar de su frenética cooperación, probablemente se sentiría un poco sola cuando todo acabase— y Julian era el único chico en su casa. Una pena para los padres estar preocupándose por ellos durante años y tener que dejarlos marchar. Se preguntaba si a la señora Fleming le importaría. Julian no parecía estar lo que mamá describía como «muy unido» a ella. Tal vez la señora Fleming prefería a su hermana. O quizá estaba centrada en su extraordinario (y seguramente sofisticado) marido. Había oído todo tipo de cosas sobre él. Al parecer no llevaba una vida muy familiar, lo cual había despertado en mamá una simpatía por la señora Fleming que de otra forma no sentiría. June sabía que su madre desconfiaba de las mujeres de su propia edad que no lo aparentaban, pero las frecuentes ausencias del señor Fleming en sus dos casas la hacían compadecerse de ella.

Estaba sentada frente a su tocador rosa, quitándose el maquillaje: el carmín claro de los labios y la capa de polvos rosados que se intensificaba de

una forma muy poco favorecedora sobre el rubor de su rostro. No llevaba colorete —si una se sonrojaba demasiado, quedaba espantoso— y ya tenía las pestañas oscuras y gruesas como las de un bebé. Se echó el pelo hacia atrás, para retirárselo de la frente estrecha y recta, y se lo sujetó con una vieja cinta de chifón rosa. Parecía atractiva porque era muy joven y, como era tan joven, de esa guisa se sentía muy poco atractiva. ¿Cómo iba a ocuparse en aquellos ritos con un marido siempre rondando? ¿Qué pensaría él cuando la viera así por primera vez? Imposible recogerse el pelo para echarse crema en la cara por la noche, pero ¿cómo iba a mantenerse una atractiva si nunca podía hacer esas cosas? Se lo preguntaría a Pamela, que llevaba casi un año casada, aunque Pamela era arrebatadora —diferente, por supuesto, pero aun así arrebatadora— sin maquillaje ni nada, mientras que ella parecía una colegiala a la que no dejaban arreglarse más. Y entonces, como para convencerse a sí misma de que ya no era una chiquilla, corrió a la puerta y echó el cerrojo, se despojó del resto de la ropa y se encendió un cigarrillo. Ahora, pensó, parecía un horrendo cuadro francés. Desde luego no tenía el aspecto de una colegiala. Ahora llamaría a Julian.

Solo cuando llegó junto al teléfono se hizo consciente, con una turbación que le llenó los ojos marrones de inopinadas lágrimas de pudor, de que, ni siquiera si él se lo preguntaba, le contaría que había pasado la tarde sola en un cine.

Se echó la colcha por los hombros y levantó el auricular.

El señor Fleming volvió a dejar el teléfono en su sitio y se recostó en la bañera. Había sido una tarde en extremo agotadora y se sintió tanto mejor por ello. Se tomaba con calma la cena que su mujer había organizado para su hijo y decidió que llegaría tarde. Ponerse en contra la opinión de los demás era uno de sus placeres secretos. No parecía considerar ni por un momento los esfuerzos hechos por personas amables o sensibles para templar los ánimos o, si alguna vez se le había pasado por la cabeza una idea semejante, los habría observado con jovial indiferencia y habría vuelto a cargar las tintas.

Un profesor poco convencional de su colegio escribió una vez en la esquina de sus calificaciones: «Brillante, pero tozudo». En su momento, aquello deleitó al señor Fleming y, desde entonces, se había ceñido a esa fórmula. Lo había llevado muy lejos. A lo largo de su diverso y asombrosamente próspero recorrido profesional (había arrasado en los exámenes para contable jurado, luchó en una arriesgada guerra al servicio de la Armada, acabó en el sector del comercio, arriesgó sus ganancias en la

bolsa con una suerte o un ingenio espectacular y, casi con la misma despreocupación, empezó su periodo como estudiante de Derecho), se había concentrado en sí mismo con una especie de ferocidad imparcial hasta que ahora, a una edad que no hacía sino acrecentar su encanto, se había construido una personalidad tan elaborada, misteriosa e irrelevante como un capricho arquitectónico del siglo diecinueve. A su vez, había cultivado la información, el poder, el dinero y sus propios sentidos sin dejar jamás que nada de eso influyera en él de manera exclusiva. Su incesante curiosidad le permitió amasar una cantidad de conocimientos que su ingenio y su criterio se combinaban para divulgar u ocultar con el fin de controlar las ideas y a las personas. Sacaba dinero de ambas cosas sin que la gente fuera muy consciente de ello, pues todos solían quedar tan deslumbrados por su atención que sus propios objetivos se eclipsaban. Era compasivo si se lo proponía, pero en general no se preocupaba ni lo más mínimo por otras personas y ni esperaba ni deseaba que los demás se preocupasen por él. Se preocupaba simple y abrumadoramente por sí mismo y ahora por fin sentía que era el hombre que quería ser. La única criatura en el mundo que le causaba un ápice de inquietud era su esposa y solo, pensó, porque en un momento dado de su vida le había permitido ver demasiado de él. Aquello había derivado de manera indirecta en sus hijos, que, aunque un caso claro para la teoría de la eugenesia de Shaw, eran por lo demás, en su opinión, la consecuencia de un entusiasmo social erróneo. El chico lo aburría. No tenía ninguna duda de que se iba a casar con una jovencita excepcionalmente sosa, hasta el límite incluso del patetismo, y el único rasgo que podía mitigar el asunto, la extrema juventud de Julian, no tenía visos —considerando su trabajo y su disposición— de servir para mucho. Era probable que tratase de liberarse de todo aquello a los treinta, más o menos, y para entonces ya tendría dos o tres mocosos y una mujer que, agostados los escasos alicientes que al principio lo habían cautivado, estaría al mismo tiempo en posesión de un conocimiento destructivo sobre su conducta. Esto lo llevaría inevitablemente a abandonarla (si es que lo conseguía) por razones del todo erróneas.

Su hija le parecía un desastre más sutil. Era sin duda atractiva, pero —aunque no idiota— no estaba equipada con suficiente lastre intelectual para sus encantos. La suya era una inteligencia impulsiva y no tenía sentido común ni para respaldar ni para rechazar sus impulsos. Se complicaría la vida con hombres que la explotaban y trabajos donde no la aprovechaban hasta que, al menguar su atractivo e impulsada por el miedo, se casase. Esto último, si se daba el milagro. El señor Fleming solo creía en los milagros que obraba él mismo: «por su mano», querría aclarar con una expresión cándida

que se dibujó diabólica en su rostro. Todo aquello era el resultado de los intentos de su mujer por ser una buena madre, mientras que él… Él era de lo más optimista e intentaba no ser un padre de ningún tipo.

Innumerables mujeres le habían preguntado por qué se casó con su esposa y le fascinaba ver los diversos grados de curiosidad, solicitud y rencor con los que ideaban la manera de plantear la dañina cuestión. No menos le había fascinado contestar (descartando con desdén excusas de gacetillero como la juventud o la inexperiencia) con detalles fantásticos y en apariencia pormenorizados, de forma que difería sus esperanzas, exacerbaba su interés o refutaba sus teorías, descubriendo en cada ocasión (y nunca contaba la misma historia dos veces) que no había límites ni horizontes para la credulidad humana. Lo hacía, consideraba, con el mejor gusto posible. Jamás menospreció a su mujer, ni siquiera con insinuaciones. Se limitaba a añadir, por decirlo así, otro piso más al edificio de su personalidad e invitaba a la señorita en cuestión a tomar posesión de él de manera temporal: allí se encaramaban ellas, en precario equilibrio, en lo que no era difícil venderles como un castillo aislado en un paraje lujoso y exótico.

Se había bañado; se había vestido.

En el dormitorio, contempló la maraña de sábanas, sedoso pelo húmedo y brazos desnudos enfurruñados con vago, muy vago, interés. Cuando, horas antes, le había dicho que no cenarían juntos, empezó con el chantaje emocional. Su comentario de que, para ella, la monotonía era la sal de la vida la redujo a un dramático silencio herido que esperaba, bien lo sabía, que rompiera él. En lugar de eso, puso dos billetes de cinco libras y algo de calderilla sobre el tocador, los pisó con el frasquito de Caron y se marchó. Le divertía ver cómo reaccionaban las mujeres ante aquello; siempre afirmaba que el insulto teatral de los peniques tirados al escenario era únicamente por el valor de las monedas. Los soberanos causaban un efecto diferente. Las mujeres sentimentales (eran legión) devolvían los billetes y se quedaban con el cambio. Las profesionales lo cogían todo y nunca lo mencionaban. Las románticas poco experimentadas lo devolvían todo y discutían durante semanas con diversos grados de tortuosa indignación (a estas había aprendido a evitarlas). Una lo había dejado en el tocador del hotel varios días y al final, cuando se marcharon, dijo que era una propina para la doncella. Otra se había quedado los billetes y le había devuelto el cambio como donación a la causa de su sensibilidad.

Cogió un taxi y fue al club a tomarse una copa y a llamar por teléfono. Sentía que había llegado la hora de hacer varios cambios drásticos…

Leila Talbot llamó a su casa para decirle a su criada que le dijera a la niñera que los niños no la esperasen despiertos porque saldría tarde de la peluquería, que llamase a los Thomas para decirles que llegaría tarde al cóctel (madre mía, y le habían pedido que llegase pronto) y que llamase a los Fleming para decirles que llegaría tarde a la cena porque saldría tarde de casa de los Thomas. Luego, con un gruñidito de orgullo por sus dotes administrativas, se encerró con cuidado en el secador eléctrico. La mayoría de la gente llegaba tarde a los sitios sin avisar, se habían perdido los buenos modales…

Me gustaría ser muy desagradable con él. Monstruoso de verdad, pensó Joseph Fleming mientras con dedos gotosos intentaba anudarse la corbata negra. Llevaba tantos años aborreciendo a su hermano mayor con tanta intensidad que incluso ante la mera idea de verlo se complacía en una orgía preliminar de odio. La marea de su pensamiento fluía y refluía y volvía a romper contra las rocas de la insolencia de su hermano, su éxito con otros hombres, con cualquier mujer, con el dinero (su oficio parecía, para exasperación de Joseph, combinar mujeres y ganancias a raudales) y, por último, con ese misterio colectivo que era el mundo. Tampoco le agradaba la señora Fleming, pero, claro, a él no le entusiasmaban las mujeres, detestaba a los hombres a los que les gustaban y execraba a cualquiera que alguna vez hubiese mostrado simpatía por su hermano.

Era muy propio de Joseph sufrir severos ataques de gota, sobre todo en las manos, sin beber vino tinto siquiera. Sabía que los furiosos altibajos a los que estaba entregado le darían muchísima hambre, que comería demasiado y demasiado deprisa en la cena y que se pasaría la noche en vela por la indigestión. También era propio de él que, por poco que creyera que le apetecía ir a cenar a Campden Hill Square para conocer a esa muchachita amargada con la que el pollo de su sobrino iba a casarse (y probablemente para reunirse con alguna chusma de tipos deprimentes como los que tan a menudo se había encontrado allí), no se lo habría perdido por nada. De hecho, sospechaba que estaba cogiendo uno de sus descomunales resfriados… Pero aun así iría, aunque no le entraba en la cabeza que nadie pudiese esperar pasárselo bien esa noche.

Dos

Estaban todos sentados alrededor de la mesa, comiendo ostras. June dijo que le encantaban. Leila Talbot comentó lo emocionante que era volver a tomarlas por primera vez cada mes de septiembre. Joseph conocía a alguien en su club que había vivido en Nueva Zelanda, donde se podían sacar con solo meter la mano en casi cualquier charca. El señor Fleming apostilló que, si allí fueran tan fáciles de conseguir, probablemente no le interesasen. Deirdre dijo que, bueno, alguna compensación tenía que haber por vivir en Nueva Zelanda. Louis, que había estado muy callado, replicó que él había nacido allí, y con eso, y con Deirdre hundida en una agónica susceptibilidad, se acabó el tema.

La señora Fleming, como resultado de un interés formal, supo que Louis Vale era arquitecto, miembro del Grupo Georgiano y colaborador de varias publicaciones afines en asuntos como los planos de grandes edificios demolidos hacía mucho tiempo. La conversación floreció —como lo hacen los monólogos de esos hombres jóvenes e inteligentes que hablan de sus propias carreras frente a una mujer inteligente y comprensiva— hasta que, cuando Deirdre ya se estaba ablandando al ver a su amante defenderse tan bien (no había atendido a lo que Louis decía, solo al efecto que causaban sus palabras) y Joseph, incapaz de mantener la atención de Leila Talbot frente a un rival así, retumbaba y gruñía por dentro como un volcán, el señor Fleming se inclinó hacia delante y, con engañosa delicadeza, le preguntó a Louis qué estaba diseñando o haciendo entonces.

Louis, perdiendo el hilo por la interrupción, dijo que impartía clase a estudiantes de segundo año y que (hablaba muy rápido) estaba diseñando retretes públicos prefabricados… Para distribuirse, desde luego, por todo el país.

Durante unos segundos, las imágenes del estilo georgiano, o lo que ellos concebían como tal, se derrumbaron en el abismo de un silencio tan breve pero tan profundo que todos se hicieron bruscamente conscientes unos de otros, como quien ha sobrevivido a un terremoto. Podría haber sido un

personaje de Stevenson, pensó Joseph, solo de Stevenson. Es un villano, un villano intelectual.

Deirdre, subyugada por una batería de emociones —odio hacia su padre y resentimiento hacia su madre—, de pronto vio a Louis separado de sí misma: como debió haber sido antes de conocerlo, como era ahora sin ella; tal vez esa parte de él que retrocedía ante su padre acabase envolviéndolo y excluyéndola. La embargó una desesperación inútil y, por un momento, su belleza fue absoluta y destructiva: los párpados cargados hasta proporciones botticellianas, la boca barroca simplificada por su infelicidad. Miró a su madre de reojo, por instinto, pero esta tenía bajo control hasta la última facción de su rostro. Estaba siempre tan ocupada en *sus* pensamientos, *sus* sentimientos, que no tenía tiempo para los de nadie más. Y sin embargo, milagrosamente, entonces lo tuvo. Se inclinó hacia delante y, con una perfecta manipulación convencional, le devolvió a Louis la confianza en sí mismo. La arquitectura volvía a ser segura, Joseph volvía a acaparar a Leila Talbot y el señor Fleming, impasible, procedió a diseccionar a June, que, como casi todo el mundo sabía, incluido el señor Fleming, apenas era una presa legítima… Fue, de hecho, una minúscula concesión por su parte. June pronto quedó reducida a las manifiestas profundidades más extremas de una mente sin formar. El verde oscuro y el rojo intenso le recordaban al acebo, que le recordaba a la Navidad, que le recordaba a su infancia. De haber sido menos simple, se habría dado cuenta de que las reacciones eran uniformes. Si hubiera sido más hábil, habría evitado aquellas revelaciones sobre sí misma. Tal y como era (y como el señor Fleming se proponía), se sonrojó entre tópicos de instituto e indestructibles estereotipos que había leído y repetido desde que aprendió a leer y a hablar. Sin embargo, sus limitaciones y su bochorno eran tan rutinarios que el señor Fleming apenas encontraba placer en ello. Era una chiquilla remilgada, ignorante, reprimida, nerviosa y falta de imaginación, perfectamente diseñada para reproducirse y, observándola, al señor Fleming le resultaba difícil creer en *El origen de las especies*.

Julian saboreaba el urogallo y se preguntaba qué demonios iba a hacer con June en París. Después de todo, había límites, unos límites bastante estrictos, si nunca se había acostado con nadie. Eso le parecía bien, pero convertía la perspectiva de su luna de miel en una especie de suplicio. Con cierta arrogancia, repasó su propia experiencia para reafirmarse: la fulana intelectual de Oxford; aquella extraordinaria mujer que había conocido en una sesión de fotos en Norfolk; y la señora Travers, que tendría al menos cuarenta años y había sido infinitamente estimulante. Era raro que, aunque se había acostado con ella cuatro veces, siguiera llamándola «señora

Travers». A veces, en tono despreocupado y para sí mismo, intentaba decir «Isobel», pero nunca se sentía cómodo. La señora Travers había tenido esposo, un amante que vivía en su casa y una retahíla de jovencitos en su cama. Era muy afable y a todos les contaba patrañas con la máxima desenvoltura, pero mientras fingieran creerla, era muy generosa con ellos. De ella había aprendido que todo costaba el doble de tiempo de lo que él creía necesario, pero salvo por su irritante costumbre (cuando, por lo demás, se dejaba llevar por el entusiasmo) de llamarlo Desmond, el escarceo había resultado tan divertido como educativo.

Fortalecido por estos fugaces y exagerados recuerdos, pensó con gran solemnidad si le convendría más no despedir a Harrison. Harrison era el director de su oficina desde hacía casi veinte años. Julian no estaba realmente en posición de despedirlo, pero cualquiera con una pizca de interés podía ver que los métodos de Harrison estaban del todo anticuados y que su única preocupación (la de contener los gastos generales) estaba empezando a poner serias trabas al desarrollo de la compañía e incluso a crearles mala fama. Harrison debía su puesto a una lisonjera habilidad para tratar con el tío Joseph, que consistía sobre todo en un nauseabundo teatrillo dickensiano de inútiles recuerdos feudales que el tío de Julian, que nunca se acordaba de nada, apreciaba mucho. Bueno, en París podía pensar en despedir a Harrison. Casi deseaba haber vuelto ya de allí: June decía que no hablaba mucho francés y ninguno de los dos conocía a nadie en la ciudad, aunque tendrían el coche y podrían ir al cine. June decía que las películas francesas eran mucho mejores que las inglesas o las americanas… Se lo estaba diciendo ahora mismo a su padre y este, mal rayo lo partiese, le estaba preguntando por qué. Pobrecilla, se estaba sonrojando y, por supuesto, no sabía por qué. Con una repentina actitud protectora, buscó la mano de su prometida, que estaba retorciendo nerviosa la servilleta por debajo de la mesa. Cuando la tocó, June se volvió hacia él con una gratitud tan radiante que, por un segundo, supo que la amaba.

La señora Fleming, al tiempo que escuchaba al complicado y atractivo acompañante de Deirdre, escudriñaba el rostro de su marido, que en ese momento permanecía descarada, casi ofensivamente inexpresivo mientras indagaba sobre los prejuicios y predilecciones de June. Era una falta de expresión tan absoluta que, aunque la había visto varios cientos de veces, nunca podía creerlo y ahora buscaba, con algo más de urgencia de lo habitual (¿tal vez porque quería proteger a June?), alguna pista de lo que pensaba en su semblante. Sin embargo, su amplia y pálida frente no mostraba arruga alguna; sus ojos azules y casi redondos no tenían ni siquiera ese tono vidrioso tan intenso y familiar, y sus labios —tan

disparejos, tan finos que era imposible verlos como una boca— se tocaban y se separaban para comer y para hablar como si no tuvieran interés en ninguna de las dos cosas. Ella creía que, en momentos así, su mente trabajaba a destajo, pero el aislamiento era tan completo y ensayado que nunca estaba segura. Se estaría aburriendo. Después de sus primeros tres años juntos, la señora Fleming se había pasado los otros veinte luchando contra el aburrimiento de su marido y, de pronto se dio cuenta, jamás tuvo esperanza alguna de ganar, pues desde el principio él estuvo caprichosa e inexorablemente en su contra. Fue él el que había sugerido aquella cena y el que se había opuesto al más ligero intento por su parte de animarla con invitados menos previsibles, y ella, en la solitaria y peligrosa posición de saber solo la mitad de lo que pensaba, no había insistido.

Ahora, tras perder de repente el interés por June, se inclinaba hacia Deirdre y le decía con su voz suave y pedante: «Pero tú, mi querida Deirdre, nunca contestas una carta hasta que la ilusión del destinatario está ya consumida por la desesperanza. Nunca serás una Clarissa. Te dejarás la voz en el teléfono, y tu virtud, incapaz de dar evasivas por ningún medio civilizado, se revolverá inquieta en su doble sepultura».

Y Deirdre, que conocía a su padre lo suficiente para no agradecerle entonces el regalo que le había enviado por su cumpleaños, repuso: «Papá, ¿para qué te van a interesar a ti mi voz ni mi virtud?».

A lo cual, con un destello casi imperceptible de malicioso reconocimiento, él replicó: «Para nada, salvo porque soy un estudioso de los conflictos», y se quedó mirando tranquilamente su suflé de naranja.

La señora Fleming enseguida renunció a Louis Vale para devolver a Deirdre a su posición anterior. ¡Cuántas veces se había sentado a esa mesa bloqueando las ofensivas de su marido! Un poco demasiado pronto, y él se mostraba resentido; un poco demasiado tarde, y los invitados sufrían los daños; tal vez, en el peor de los casos, en el momento exacto, cuando se sentía retado a emprender ataques más feroces e ingeniosos, siempre sobre personas sin la agudeza ni el aplomo suficientes para responderle (como tal vez le habría gustado). Una vez lo había amenazado con dejarlo en evidencia, pero él ignoró la imposibilidad de tal proposición y la calló diciendo, sin más, que las circunstancias de un matrimonio eran tan penosamente familiares para ellos que sin duda resultaba obvia la necesidad de que fueran un enigma para todos los demás. No es que le tuviera miedo, pero en veintitrés años la había agotado y, por tanto, nunca había intentado contrariarlo en público. Habrá tenido una tarde difícil, supuso. Entonces se volvió hacia Joseph, que (lo sabía) sentía por ella una aversión tan simple e inflexible que le resultaba patético e incluso a veces entrañable.

Louis, consciente de que lo habían arrojado al vacío, recompuso los fundamentos de su combatividad y de su autocontrol, midió al señor Fleming (y calculó mal) y se vio desafiado de inmediato por este y su selección de obras de Bellamy, que basó en todo tipo de argumentos de peso. Pronto se habían perdido en los altiplanos de Tiahuanaco. Deirdre cometió la imprudencia de intentar mencionar las pirámides, pero su padre las desdeñó como parte de tantos otros púdines arquitectónicos y continuó exponiendo y desarrollando las teorías de Bellamy con una afable genialidad de la que, antes, Louis no lo habría creído capaz.

Leila Talbot era una mujer que hablaba a los hombres sobre ellos mismos y a las mujeres sobre otras personas. Cuando no hacía ninguna de las dos cosas, dedicaba un estricto juicio a su propia apariencia o una valoración más frívola al aspecto de cualquier otra mujer presente (rara vez estaba sola). Ya había acabado con June: había observado que era lo bastante inexperta o concienzuda o rica para llevar sus mejores medias con un vestido largo; que oscilaba infelizmente y sin éxito entre las joyas familiares victorianas o eduardianas y la bisutería; que sin duda tenía problemas para peinarse y que había perdido peso desde que se compró el modelo de seda de Jersey en color ante que llevaba puesto. Ahora, Leila, mientras daba cuenta del suflé, y como hacía siempre en estas ocasiones, se volvió hacia su anfitriona. Conocía a la señora Fleming desde hacía mucho tiempo y su amistad, nunca íntima, descargada tanto de rivalidad como de compañerismo, les proporcionaba no obstante cierta complacencia, como mujeres que se han tratado durante más de veinte años sin que por ninguna de las dos partes se revele nunca un efímero detalle engañoso sobre su vida privada. Ni siquiera cuando el marido de la señora Talbot murió en un accidente aéreo le había confiado esta a la señora Fleming lo poco que le importó ni lo culpable que se había sentido por ello, pero la señora Fleming se mostró discreta y amable con ella en esos momentos, por lo que recordaba. Leila, por su parte, se guardaba para sí misma cualquier especulación sobre la vida de la señora Fleming con su marido, que era más de lo que hacía por cualquier otra persona. La señora Fleming estimulaba lo mejor que había en ella y, aunque por esa razón no quisiera verla demasiado a menudo, le gustaba que la considerase reservada, sin interés por los asuntos personales de los demás, digna de confianza y más inteligente de lo que era.

En ese momento, sin embargo, estaba ocupada —como era propio de ella — con la apariencia de su amiga: con su pelo, que, aunque todavía oscuro y tupido, estaba entreverado de solitarios cabellos blancos visibles ahora incluso a la luz de las velas, más evidentes, pensó Leila, porque llevaba la

melena recogida con esmero en la nuca y sin raya; con su piel, que era tersa y de un tono uniforme y árido; con sus ojos, que parecían haber sido de un azul brillante en otro tiempo y haberse decolorado hasta adquirir una textura acuosa por efecto de alguna luz violenta. Salvo por los ojos, ninguno de sus rasgos era destacable, pero la absoluta regularidad de su estructura le daba una suerte de distinción, una extraña y agradable elegancia tal vez más frecuente, o por lo menos buscada más a conciencia, en tiempos de Jane Austen que entonces. Esa era la respuesta, concluyó Leila, a su misteriosa eterna juventud: simplemente había salido de otra época… Y ahora va camino de convertirse en abuela. Leila pensó en sus propios hijos, los tres igual de poco agraciados, de diez, doce y catorce años —como si fueran tallas de una prenda espantosa fabricada en serie—, y dio gracias a Dios por el hecho de que al menos aún estaban muy lejos de la edad en la que empezarían a bombardearla con nietos.

La mirada de su anfitriona puso fin a aquellas especulaciones. Las cuatro mujeres salieron del comedor y, una vez que la señora Fleming dejó a sus invitadas camino de su dormitorio, ella se fue al salón a preparar el café.

Había cuatro tazas en la bandeja junto a la chimenea, lo cual quería decir que el señor Fleming estaba ejecutando la misma operación en el piso de abajo. La señora Fleming hacía un café excelente, pero nunca al gusto de su marido. Cuando lo preparaba él, se convertía misteriosamente en una bebida extraña, que sabía al color que tenía y tan caliente que uno casi esperaba que las frágiles tacitas estallasen. Hizo el café y creyó que no estaba pensando en nada en absoluto, pero cuando June entró en la sala y, aceptando su invitación, avanzó con timidez para sentarse junto a ella en el banco, se dio cuenta de que su marido y Julian y Deirdre habían estado rondándole la cabeza como una interminable e insatisfactoria fuga musical que no pararía hasta que se resolviese o la interrumpieran.

June parecía esperar, nerviosa, que ese cara a cara se convirtiera en un interrogatorio sobre su aptitud para cuidar de Julian. En vano hablaba la señora Fleming, con apacible dulzura, de París y del piso nuevo; June concluía cada intento con afirmaciones defensivas sobre sus habilidades domésticas e incluso maternales. Cuando le preguntó si podía enseñarle a preparar el café como lo hacía ella, zalamería cuya torpeza fue para la señora Fleming tan alarmante como desagradable, Deirdre entró al salón comentando que Leila estaba al teléfono con los Thomas porque creía haberse dejado la pitillera en su casa. Luego pidió en tono cariñoso una taza del inmundo café de su madre.

—El tuyo es como una especie de té saludable y papá lo hace como una droga. Mismo café, misma cafetera. No sé cómo os las apañáis.

—Supongo que la naturaleza de cada persona se filtra en su forma de prepararlo —repuso la señora Fleming con una sonrisa dirigida a June, que tenía cara de que Deirdre le hubiese asestado un ladrillazo. Luego le dijo muy seria a su hija—: Los cigarrillos están sobre la repisa de la chimenea.

Deirdre cogió la caja, se la tendió a June y le dio fuego antes de encenderse el suyo.

—¿Siguen llegándote decenas de regalos espantosos? —le preguntó con una especie de conmiseración que, sin embargo, resultaba agresiva.

—Bastantes. —June sonrió con tristeza. Deirdre la aterrorizaba y no le caía bien.

—Yo todavía no os he dado nada. ¿Qué te gustaría?

Sometida al potro de tortura de esta despiadada generosidad, June solo pudo decirle que era mejor que le preguntase a Julian.

—¡Bah, Julian! Mi hermano nunca *quiere* nada. —De pronto, se levantó y tiró el cigarrillo apenas consumido a la chimenea—. Mamá, ¿puedo tomar un poco de brandi?

En ese momento entró Leila.

—No la encuentran, pero seguirán buscándola. ¡Si no aparece, volveré sobre cada uno de mis pasos desde ayer!

Sin terminar de cerrar la puerta, fue a dejarse caer en una silla.

—Parece una obra de Priestley —murmuró la señora Fleming antes de ofrecerle un café.

—Gracias, sí, me encantaría. Es que es deprimente, de verdad. Es la pitillera que por fin encontré la semana pasada, después de haberla extraviado durante tanto tiempo.

June pensó que era evidente que la madre de Leila nunca le había reprochado que se dejara las puertas abiertas. Se estremeció y la señora Fleming, que había estado calentando las copas, le dio un poco de brandi.

Deirdre continuó sin piedad:

—Intentábamos decidir qué debería darle a June como regalo de boda.

—Vaya, querida, eso sí que es un problema. Pero te lo advierto, por repelentes que sean los regalos y las exageradas felicitaciones cuando te casas, no es nada para lo que te espera cuando tienes un bebé. ¿Me das un cigarrillo?

Deirdre la abasteció, se encendió otro para ella, se quedó mirándolo y lo dejó apoyado en un cenicero.

—Libros horrendos sobre desarrollo y peso en cualquier etapa concebible, chaquetitas de lana amarillas feísimas (¿por qué casi siempre son amarillas?), recomendaciones de hospitales y fotografías de los bebés de otros para que veas lo horrible que se va a poner el tuyo cuando empiece a

estirar, y cepillitos y peines y cosas abarrotadas de duendecillos, una especie de corriente subterránea de Margaret Tarrant y Walt Disney salpicada con angelitos. ¡Ah! Te enviaré dos docenas de pañales.

La señora Fleming se divertía, y June, aunque algo estupefacta, se estaba riendo cuando Deirdre, con un torpe movimiento repentino, tiró la copa de brandi que había dejado sobre la chimenea y la rompió. Ignorándola, se dirigió hacia la puerta.

—Qué asco de corrientes —protestó, y luego volvió junto a los cristales rotos.

La señora Fleming estuvo a punto de hablar, pero se fijó en la expresión tormentosa de su hija y guardó silencio. Algo va mal, pero no me enteraré de lo que es hasta que ya no importe si lo sé o no, y supongo que con razón. Me creo que puedo ahorrarle algunas extravagancias innecesarias del corazón, o tal vez solo creo que debería hacerlo. Madre mía, qué error el de escuchar los propios pensamientos. Pero es un error de una variedad tan infinita que cometerlo constituye un placer capital en la vida. En voz alta, dijo:

—Recoge los cristales, cariño. Ya sabes cómo le sienta a tu padre que se rompa cualquier cosa.

—No creo que lo sienta por nada hasta que *está* roto.

Sin embargo, recogió hasta el último fragmento que vio y los envolvió con el periódico de la tarde.

Leila y June se habían entregado de buena gana al absorbente e incontestable tema de lo caro que estaba todo. Deirdre torció el gesto y miró desesperada por toda la habitación. Tiene la misma capacidad para aburrirse que su padre, pensó inquieta la señora Fleming. No sé si habrá…

Pero en ese momento los hombres entraron al salón: de vuelta de las misteriosas conversaciones técnicas sobre el dinero, el sexo, las tendencias sanguinarias del norcoreano; después de haber discutido los asuntos trascendentales tan superficialmente como trascendentalmente discutían las mujeres en el salón los asuntos superficiales. Tras media hora de incómodo amalgamiento, el grupo se disgregó.

El señor Fleming no dio muestras de que fuera a marcharse tras ellos, pero los acompañó a la puerta con grandes alharacas de anfitrión y dejó a la señora Fleming en el salón. Seguro que estaba cansada, dijo…

Julian cerró la puerta de June cuando esta entró en el coche y dio la vuelta hasta la suya diciendo algo que su prometida no pudo oír. En cuanto giró la llave en el contacto, la joven le preguntó qué había dicho. (Un ritual que

iban a repetir en el futuro hasta que el tedio los hiciera discutir siempre en el coche). Ahora, sin embargo, le pareció un detalle que se interesase por lo que decía.

—Digo que menos mal que tenemos la cuesta para arrancar, porque hace semanas que la batería no se carga en condiciones.

Soltó el freno y empezaron a deslizarse calle abajo, con una breve sacudida cuando arrancó el motor.

—¿Y en París? —le preguntó June.

—¿En París qué?

—Si no arranca.

—Ah, eso. Voy a arreglarlo mañana por la mañana.

Hubo una pausa y luego June dijo con cautela:

—Tu madre me cae bien, aunque toda tu familia asusta un poco.

—Bueno, las únicas opciones para la familia política son asustar o aburrir. Es mejor que empiecen por asustar, creo yo.

—Pero tu madre es simpática —insistió la joven, que quería saber hasta qué punto Julian consideraba agradable a su madre.

Sin embargo, este contestó con indiferencia.

—No está mal. Una criatura del todo intachable. Mi padre, en cambio, no es para tomárselo a broma.

—Pues él se toma a broma a todo el mundo.

—Mira, creo que ahí tienes razón. ¡Muy agudo por tu parte!

Lo dijo tan sorprendido que June podría haberse echado a reír, pero era tan joven y conocía tan poco a las personas que se sintió dolida y replicó:

—Conozco a la gente. Se me da bien.

—¡Cielo, la gente se te da de maravilla!

La fila de luces que bajaba por Bayswater Road se iba ensartando delante de ellos como el pésimo soneto de Douglas sobre Londres.

—¿No son bonitas?

—¿El qué?

—Las luces del centro de la carretera.

—Preciosas. No se ven policías por aquí, ¿verdad?

Empezó a conducir más deprisa. Un minuto después, June le preguntó:

—¿Has tenido un día muy cansado?

—No mucho. Aburrido. Ordenando cosas.

La joven esperó a que Julian le preguntara qué tal su día, para poder contarle de pasada lo del cine, pero no lo hizo. Estaban en Marble Arch y solo gruñó:

—Mierda. Tenía que haber girado a la izquierda.

Cuando pararon frente a la casa de su prometida, Julian apagó el motor y

se quitó el sombrero. En Marble Arch, June había planeado contárselo cuando llegase ese momento, muy rápido, justo antes de que la besara, porque que quisiera besarla haría que pareciese todo menos vergonzoso o absurdo; pero su lentitud, que se le antojaba tanto ensayada como cruel, volvió a acobardarla. No sabía que era lento solo porque estaba nervioso.

Así que no se lo contó.

Deirdre y Louis se fueron juntos a toda prisa. Dejaron a Leila y a Joseph esperando el taxi que Julian les había pedido. Louis se iba con pesar y Deirdre con un alivio exacerbado por la evidente reticencia de Louis a que la noche acabase. Sabía que sus padres lo habían impresionado, pero aunque eso era algo que parte de ella necesitaba fervientemente, con el mismo fervor quería que Louis la respetase «por sí misma», como dicen las mujeres, lo cual significa «por algún esquivo encanto que no creen tener».

Caminaron en silencio los escasos metros que había hasta llegar a lo alto de la cuesta y giraron en la esquina hacia los apartamentos de Hillsleigh Road, donde estaba el coche de Louis. Al verlo, Deirdre cayó en un estado de terquedad que se parecía mucho al pánico. Decidió no abrir la boca, pero en su interior farfullaba y suplicaba alternando entre la abyección y la amargura: la inmensa desconfianza que sentía por todo el mundo y que empezaba por ella misma iba completando el círculo hasta que, para cuando llegaron a su puerta y al coche de Louis, nada de lo que pudiera decir habría tenido sentido y tal vez hubiese dicho cualquier tontería si Louis no se hubiera adelantado.

—Te acompañaré adentro y luego creo que me iré a casa, a dormir en mi cama. Cariño… —añadió. Había estado rezando (en términos más comedidos) para que Deirdre también estuviera cansada. Tranquila, pero cansada. Ahora, sin embargo, se giraba para mirarlo, sin soltar el pomo de la puerta (una postura incómoda porque estaba demasiado alto), con las pupilas dilatadas y encendidas por la llama de la súplica. Se acercó más a ella, preparado para desearla, pero entonces esta extendió los dedos de la mano izquierda en un gesto de rechazo apenas pasional (tenía las manos como su madre, elegantes y elocuentes), enarcó las cejas, temblorosas en la deriva de la humillación, y se volvió de nuevo hacia la puerta, dándole la espalda.

Por un momento le dio mucho miedo… Le dieron miedo las peligrosas profundidades de su sentimentalismo, que parecían arrastrarla despojada de orgullo y dejarlos a ambos varados en un desierto de ansioso silencio y manos nerviosas. Luego recordó la carta y pensó, enfadado, que su sentido

del drama la hacía ridícula y la vida con ella intolerable. Si incluso su desesperación era en cierto modo erótica, ¿qué *esperaba* que sintiera?

Tratando de suprimir el tono de exasperación de su voz, continuó.

—Pero te veré mañana por la noche. —Y luego, como no le contestaba, insistió—: Deirdre, ¿qué ocurre?

Eso, desde luego, le daba la oportunidad de hablar.

—Es tener que *pedirte* que te quedes —le dijo sin mirarlo—. Me resulta insoportable. Verme obligada a pedírtelo. Hará que pienses que…

Había empezado muy despacio, como si le costara elegir las palabras, y cuando se hizo fácil se detuvo, temerosa sin duda de adónde podrían llevarla. Las mujeres son sensibles a la temperatura en proporción exacta a lo aburridas que estén, pensó Louis. Él también tenía muchísimo frío.

—Deirdre, querida —dijo en voz alta—, me alegra decir que a menudo quieres acostarte conmigo. E igual de a menudo crees que no, pero descubres que sí. Si solo quieres hablar, ¿no puede esperar hasta mañana? Te prometo que te escucharé mucho mejor…

—¡Pero tengo que decirte una cosa! —exclamó ella como si eso aclarase y precipitase la situación.

Cielos, la maldita carta, pensó Louis. Recordó lo joven que era, lo poco versada que estaba en las sutiles leyes de la oferta y la demanda emocional, y decidió ser delicado con ella, pero manejar la situación de forma que no volviera a olvidarlas en futuras situaciones similares.

—De acuerdo, pues si abres la puerta, subiré contigo al salón.

Deirdre abrió la puerta, enfiló las empinadas y desvencijadas escaleras y luego, antes de llegar arriba, se volvió hacia él y le dijo en un tono forzado de despreocupación:

—Louis, cariño, te aseguro que, en este caso en particular, yo soy la mosca.

Este se dio cuenta de que la muchacha estaba temblando de la cabeza a los pies y, con una especie de temor reacio, por primera vez se la tomó en serio. La carta, recordó, no estaba terminada…

«Si sabe que yo vivo en Chiltern Court y ella en Pelham Crescent, ¿por qué espera que compartamos el taxi? Para tener a alguien con quien parlotear y que le pague la carrera, rediez». Joseph miró malhumorado a Leila Talbot mientras esperaban y, durante aquellos interminables minutos, se las arregló para achacar la culpa de esta estratagema femenina a su hermano. La señora Talbot le desagradaba, en concreto, porque no era solo una mujer, sino una viuda, y miraba a todas las viudas con egocéntrica desconfianza: con

independencia de su edad, eran depredadoras y demodé, como tigresas comehombres. El hecho de que la señora Talbot, durante toda la noche, hubiera dividido sus atenciones entre los comensales con indiferente parcialidad solo le enfurecía más y racionalizó maliciosamente su comportamiento como otro ejemplo más de su perfidia.

El trayecto en taxi no fue por tanto muy agradable. Leila estaba a la vez nerviosa y aburrida. Trató de introducir tres o cuatro temas lo bastante anodinos para merecer algún tipo de respuesta, pero los gruñidos de su acompañante la desconcertaban. Sabía que había algo que le apasionaba… (¿eran las monedas o las cuevas?), pero mantener una conversación seria en un taxi le parecía un anacronismo.

Ya en Pelham Crescent le dio las gracias, hizo un amago de pagar su parte de la carrera y luego, de dientes afuera, le dijo mientras salía:

—Sé que tenía algo importantísimo que contarte, pero no soy capaz de recordar qué es. —Hubo una pausa y al fin añadió—: Tendré que llamarte por teléfono.

Leila lo olvidó de inmediato, pero Joseph estuvo dándole vueltas con infinito recelo hasta que llegó a Chiltern Court y durante toda la consiguiente noche de indigestión.

El señor Fleming echó el cerrojo a la puerta tras sus últimos invitados y se acercó pensativo a la mesa de ébano donde antes había visto una pila de cartas dirigidas a él. Se las metió en el bolsillo, volvió a la puerta, descorrió el cerrojo y subió las escaleras hasta el salón.

Su mujer alzó la vista del libro —aunque sospechaba que no había estado leyendo— y él cerró la puerta con suavidad al entrar…

Tres

La señora Fleming seguía sentada, inmóvil, donde el señor Fleming la había dejado. Su mente estaba tan quieta como su cuerpo, alerta frente a cualquier gesto que tuviese que retener y planificar si no quería morir. Todas las palabras y los pensamientos y la sensación de escalofrío atribuidos a una conmoción de este tipo la traspasaban, rechazados por la edad de su razón como algo inadecuado. El temor de hacer o decir o ser algo que aniquilase el orgullo que había salvaguardado durante tanto tiempo, en la agonizante secuencia de ataque relámpago y solución de compromiso frente a la cual se la había empujado, era de una fuerza paralizante. No se trataba de una simple cuestión de lágrimas o vituperio, de la sencillísima acusación que los niños y los agitadores políticos liberan en un trance complicado; ella no tenía una convicción fácil e intensa en la que apoyarse, ningún lugar privado donde poder huir de la vergüenza, ninguna criatura divina rebosante de amor imparcial y sabiduría a la que recurrir… Tan solo el esqueleto de tal vez veinticinco años por delante en el que debía injertar el tejido de su vida.

De modo que se quedó sentada y sin moverse entre las tazas de café y las copas de brandi hasta que, mucho después de que la chimenea se hubiese apagado y un tenue y constante frío hubiera ido cubriendo la habitación como si fuera ceniza, se dio cuenta de que estaba helada y de que él se había marchado hacía casi tres horas.

Despertarse fue como nacer: «No valemos de nada el uno para el otro», le estaba diciendo, pero no una sola vez, sino una y otra y otra…, y las lágrimas le bañaban el rostro.

Sopesó la idea de dejar que Julian desayunara solo abajo, aunque luego, cuando el sueño y la retahíla condenatoria cedieron, se dio cuenta de la insensatez de tal indulgencia. Se había despertado a la hora habitual y, según emprendía la rutina de comenzar el día, pensó en lo inevitable de que la gente, al ir envejeciendo, se acomodase a la mecánica de su vida. Cuando

Dorothy llegó con el té y el zumo de limón, ya estaba dándose un baño bien caliente.

En la bañera descubrió dos cosas. En primer lugar, que su mente, por lo general capaz de tocar con libertad su tema favorito —relacionar ideas sobre las que había leído con cosas que había visto o gente que se había encontrado (a menudo concluyendo con alguna noción grandilocuente; ejercicio frívolo pero grato para quien disfrutaba de las mañanas)—, estaba ahora atada en corto a una introspección inmediata de sí misma. Se desbordaba en un delirio de anticipaciones morbosas que acosaban su cuerpo desnudo y allí tendido, como si hubiera sufrido un accidente y esperase en vano los próximos acontecimientos: la retirada de su cadáver, su muerte real.

El otro descubrimiento fue su edad. Uno atribuía edades a otras personas, a bulto o con precisión: eran mayores de lo que aparentaban; solo tenían veintidós; estaban muy bien para sus cuarenta y tres… Pero el propio envejecimiento, la rigidez del cuerpo y el despiste de la mente; la elección o el rechazo de lo que se puede o no se puede hacer o decir o pensar; la acumulación de experiencia y costumbre eran tan graduales, había tantas de esas imágenes en movimiento que no parecían (y no eran) muy distintas unas de otras hasta que ocurría algo que forzaba a su propietario a ver la colección entera; diferencias de conducta y de aspecto callaban a gritos los años que conforman la edad, hacían resonar en una bóveda tras otra de la memoria que habían cambiado, que eran nuevos, que eran viejos. Que tenía cuarenta y tres.

Se cepilló y se arregló el pelo, preguntándose a qué edad era la gente más vulnerable: de muy jóvenes, con una denodada resistencia, enamorados de sí mismos y de cualquiera que los amase; o más tarde, cuando podía compararse la experiencia y las oportunidades de futuro menguaban; o más tarde aún, en mitad del bosque, donde los árboles que había delante se parecían de forma tan espantosa a los que quedaban atrás y la maleza de su pasado los atrapaba y los enredaba y los arañaba mientras avanzaban. Tal vez cuando se era más vulnerable era mucho más tarde, cuando el final, incluso para los miopes, estaba por fin inevitablemente a la vista: el pequeño claro en el que tumbarse y quedarse quieto y dormir como los muertos.

Se puso suficiente maquillaje para hacer su rostro familiar a aquellos que no sabían cómo era en realidad y bajó a desayunar con su hijo.

Julian, apartado de su ejemplar del *Times* por las numerosas cartas de felicitación que seguían llegando por su compromiso, estaba de un humor habitual en él a primera hora de la mañana. Cuando llegó su madre, lo encontró devorando tostadas y destrozando sobres que luego tiraba a un

lado con silencioso rencor y sin leer lo que había dentro. Odiaba escribir cartas y, como joven consecuente que era, odiaba recibirlas.

—Oye, mamá, ¿a vosotros os torturaron tanto cuando os casasteis?

La señora Fleming terminó de servirse el café antes de contestar.

—Supongo que fue peor, porque la gente tenía más tiempo libre, pero por suerte no lo recuerdo en absoluto.

Hubo un breve silencio, durante el cual se preguntó cuántos años creería Julian que tenía para no recordar las cartas que había recibido cuando se casó.

—Ya podría ocuparse June, la verdad —siguió entonces su hijo—. Ella no tiene que pasarse todo el día trabajando.

—Pero tiene que encargarse de sus propias cartas y de su ropa… Por no mencionar el piso nuevo. Además, ¿te imaginas cómo se indignarían algunos de tus amigos si les contestara ella? De veras, Julian, tu sentido del decoro…

—«Brilla por su ausencia —terminó este—. Pareces un condenado bohemio».

Era el comentario de uno de sus tíos abuelos que, con tal frivolidad, se transmitía en la familia. No hizo reír a ninguno de los dos; era una especie de trampa ritual en la que, de vez en cuando, caían tanto Deirdre como ellos.

—Bueno, pues que las conteste Porky —siguió luego, y empezó a amontonarlas en pilas irregulares.

—No sé si le gustará que la llamen así —observó la señora Fleming.

—¿Porky? Llevan veintidós años llamándola igual, ya se habrá acostumbrado. Es la única secretaria de la oficina que tiene mote, seguro que hasta está orgullosa. —Se levantó de la mesa entre una nube de sobres —. Las mujeres como Porky se acostumbran a todo, mamá. No les queda otra. Hoy cenaré fuera.

Y se marchó. No, no podía contárselo a Julian.

Subió a escribir a su marido que no había por qué preocupar a Julian con sus asuntos personales hasta que volviera de París después de la boda. «Por supuesto, no tendría por qué *preocuparse* en ningún caso… —escribió—, pero tampoco hace falta decírselo. Supongo que irás a la boda». Eso último era, dentro de sus convenciones, una súplica desesperada que tendría que atender: tan complejos, grises e indirectos se habían vuelto entre ellos los pensamientos y los deseos.

La familiar incertidumbre que siempre le provocaban estos atípicos ruegos la detuvo ahora para reflexionar y su reflexión se vio interrumpida por el teléfono. El corazón le dio un vuelco nada agradable y levantó el auricular.

Pero era Louis Vale.

Por la voz parecía mucho mayor de lo que era, mayor y más serio. Quería saber si podía verla. Bueno, sí, por supuesto. Sabía que le iba a sonar muy raro, pero ¿podría tal vez almorzar con él? Decía *raro* porque era bastante precipitado y apenas lo conocía, añadió. Hablaba con esa clase de calma que sugería una inquietud a largo plazo. La señora Fleming le propuso que fuera a almorzar a Campden Hill Square. Él aceptó con una gratitud que, al contrario que sus modales, notó desesperada. Le dio las gracias con profusión, pero sin comprometerse, por la cena de la noche anterior, y colgó.

«Si no se lo hubiera propuesto yo, creo que se habría invitado él solo», se dijo. Entonces, de pronto, pensó en Deirdre y llevada por un pánico irreflexivo marcó el número de su trabajo. La línea estaba ocupada y, mientras esperaba, Louis llamó de nuevo. Esta vez parecía realmente avergonzado. Sabía que era una petición ridícula, pero ¿le importaría mucho no decirle a nadie que iría a almorzar? *A nadie*. No es que pensara que iba a correr a contárselo a la gente a propósito, por supuesto, pero no había sido del todo claro respecto a su intención de verla en privado… Por cierto, no le estaría causando ninguna molestia, ¿no? ¿Estaría sola? Ella lo tranquilizó y luego le preguntó si Deirdre estaba trabajando. No, hoy no tenía que ir a la oficina, contestó el otro, y luego añadió:

—De hecho, se ha ido a pasar el día fuera. Volverá por la noche, creo.

La señora Fleming, aliviada, dijo que lo esperaba a las doce y media.

—Es usted muy amable. Muy amable —repitió Louis antes de colgar de nuevo.

«Supongo que querrá hablar de Deirdre, pero vaya numerito, la verdad». Sintió esa leve irritación que tan a menudo sigue al pánico injustificado; firmó la carta para su marido, la dirigió al club y bajó a disponer el almuerzo.

El joven Vale llegó a las doce y veinticinco.

Lo primero que cada uno observó del otro para sus adentros fue que parecían no haber dormido. Él lo achacó a la edad de la señora Fleming, y ella, a la juventud de Louis y a su temperamento a todas luces nervioso. Tomaron jerez e intentaron ser mutuamente comprensivos (la madre de Deirdre le había parecido una mujer muy atractiva la noche anterior, pero ahora se la veía agostada, sangrada de su particular encanto; ¿sería por la luz del día y la ropa ordinaria?) mientras ella trataba de dirigir el preludio de la conversación a lo que fuera que Louis había ido a contarle en realidad (tenía ojeras y un aspecto demacrado, como si se hubiera emborrachado hasta la humillación o matado a alguien por accidente, o como si le

hubiesen dicho que le quedaban seis meses de vida), hasta que al cabo la señora Fleming se dio cuenta de que ambos miraban el reloj desesperados, en un intento por calcular y organizar el tiempo. Entonces advirtió que Louis quería arrancar, pero le daba miedo, y que tenía en mente que pocos minutos después pasarían al comedor.

—¿Prefiere esperar hasta que bajemos para decirme lo que quiere decirme o le parece mejor empezar ya? Almorzaremos a la una.

Louis volvió a mirar el reloj y luego otra vez a ella. Tenía una forma de observarlo cada vez que terminaba una frase, una mirada tan directa y desapasionada, que otorgaba una suerte de dignidad y relevancia a sus comentarios más tópicos y que entonces le pareció una intrincadísima combinación de encanto y buenos modales. Si no hubiera estado tan sumamente nervioso y angustiado por el panorama que tenía delante, tal vez habría disfrutado almorzando con ella. En las actuales circunstancias…

—El problema —trató de explicarle— es que, si no empiezo enseguida, no tendré el valor de decir nada en absoluto, pero si empiezo y nos interrumpen, me resultará… Todo esto se hará… —Sacudió la ceniza del cigarrillo en la moqueta y se apresuró a pisarla—. Maldita sea, qué forma tan espantosa de comportarme…

Estaba demasiado turbado para decir nada más y la situación empezaba a zozobrar y a desnivelarse y a perder el norte.

—Si no le importa traerlo —repuso la señora Fleming—, tal vez sería mejor trasladar el almuerzo aquí arriba, donde hace una temperatura mucho más agradable y Dorothy no nos distraerá.

Louis, agradecido, se levantó dando un traspié y con mucho cuidado subió dos enormes bandejas por los estrechos recodos de la escalera mientras la señora Fleming establecía con Dorothy los términos de su privacidad. Al cabo de unos momentos, por fin estuvieron los dos sentados, uno a cada lado de la chimenea, con comida en los platos y *whisky* en la copa del joven. La señora Fleming empezó a dar cuenta, con calma, de un almuerzo que no le apetecía ni lo más mínimo. El momento había llegado.

—Si aceptara usted la premisa de que al menos creo tener derecho a hablarle de todo esto, tal vez pueda disculpar mi forma de hacerlo. Verá, he pensado y repensado y hasta ensayado mentalmente cómo empezar y ahora todo me parece inútil. Me temo que, a pesar del golpe que pueda suponer, es mejor que intente ser directo y breve.

—Entenderá que, desde luego, deba reservarme el juicio sobre si tiene o no derecho a contarme lo que sea hasta que sepa de qué se trata.

—Claro, por supuesto. —Louis bebió un trago de *whisky* y se quedó mirando la comida aún sin tocar de su plato—. Deirdre está embarazada. El

niño es mío, sin ninguna duda. Al parecer lo sabe desde hace algún tiempo, pero no me lo dijo hasta anoche y, aunque eso no me lo ha dicho, sé que quiere que me case con ella. No me lo contó antes, y no ha mencionado que quiera casarse conmigo, porque sabe que yo no quiero.

Se hizo un breve silencio. El joven se aclaró la garganta y miró a la señora Fleming. Ella no lo miraba y no había expresión alguna en su rostro. Madre mía, no podría haberlo hecho peor, se dijo Louis. ¿Qué estará pensando? Recorrió a la carrera todas las posibles avenidas de su mente en una búsqueda infructuosa. No encontró nada; no era capaz de intuir nada.

—Claro que hay una o dos formas de salir de esta situación —continuó entonces—, pero no son tan sencillas como uno podría pensar. O puede que a mí me parezcan más complicadas que a usted.

La señora Fleming bebió un poco de agua.

—Escuche —le dijo Louis; su silencio lo desconcertaba hasta el punto de sentir que no debería permanecer a solas con ella en la misma habitación—. No he venido a justificar mi comportamiento ni a eludir mis responsabilidades. Sin embargo, no tiene sentido que se lo cuente a menos que le diga la verdad y usted me crea.

—¿Por qué me lo cuenta?

—Porque sinceramente no sé qué hacer. Tengo que hacer algo y usted me pareció…, en la cena de ayer, quiero decir, una persona que sabría qué hacer. En cualquier crisis. Anoche. ¿Acabo de ganarme su desprecio con eso?

La señora Fleming notó que Louis estaba intentando, casi de manera inconsciente, relajar el ambiente, lo cual, dadas las circunstancias, difícilmente podía ser prerrogativa suya.

—¿Sabe por qué resulta tan fácil tomar decisiones por los demás? —le preguntó—. No es solo porque se puede ser objetivo. Es porque, aunque yo tome una decisión por usted, no tendré que llevarla a cabo. Si tomo una decisión equivocada, la responsabilidad seguirá siendo suya.

—¿Y?

—Tal vez sea mejor que describa su comportamiento y sus responsabilidades. No estoy muy segura de lo que entiende por ninguna de las dos cosas.

Louis creyó que aquello era una ironía y la miró esperando verla ensuciar su expresión, pero no lo era y volvió a pensar: «Es meticulosa con las palabras y espero por Dios ser honesto y preciso con ella». Ya en voz alta, dijo:

—La solución más obvia, en cierto sentido, sería casarme con ella. El problema es que yo no la amo y la haría muy infeliz. No tengo intención de casarme por el momento y ni siquiera le soy fiel a Deirdre ahora mismo. No

obstante, no creo que sea injusto decir que ella tampoco me ama. Se ha formado una imagen de mí que no corresponde en absoluto a la realidad y a menudo sufre cuando resulto no ser lo que ella quiere creer que soy. Si no hubieran intervenido otros factores, con el tiempo habría perdido la esperanza conmigo y se habría creado la misma imagen de otro hombre.

Hizo una pausa y, en el silencio, intentó estimar el interés y la desaprobación de la señora Fleming, pero una vez más fue incapaz. Solo advertía que estaba absorta.

—Otra solución —prosiguió— sería que no tuviese el niño. Me temo que anoche di por hecho, al principio, que no querría tenerlo y, por supuesto, me ofrecí a hacerme cargo de todo. Pero está decidida a seguir adelante. Antes de decir nada más atroz, quiero asegurarle que, aunque no la amo, Deirdre me importa mucho. Me siento responsable de ella y estoy dispuesto a casarme si es lo que más le conviene. También estoy en condiciones, desde luego, y sé que ya lo he dicho antes, de ocuparme… de encargarme de…

—En realidad no se trata de una cuestión de amor ni de dinero —dijo con calma la señora Fleming.

Louis alzó la vista de su pitillera con aspereza (no había hecho amago alguno de comer) y sus rasgos, más bien trágicos y mortecinos, se avivaron con la consternación. Lo que fuera que le estaba ofreciendo —consuelo, rencor, consejo, ayuda— quedaba fuera del alcance de su entendimiento. Él siempre había empleado lo mejor de su intelecto, su inteligencia, perseverancia e intuición, en su carrera, limitando las relaciones personales (lo cual era fácil) sobre todo a mujeres cuyos sentidos y emociones dominaban su vida. A los veintisiete años, de hecho, tenía muchas probabilidades de triunfar como uno de estos ejemplares concretos de la producción humana en serie «desprovistos de corazón». Enfrentado a un dilema, sin embargo, ponía un sincero interés en aplicar principios que, aunque no llegaba a entender del todo, sabía que no tenían por qué conducir necesariamente a su ascenso. Solo tenía veintisiete años.

Algo de todo aquello intuyó la señora Fleming mientras estaba allí sentada preparando el café e intentando comprenderlo. Se lo había ofrecido en sustitución de la comida que ninguno de los dos parecía querer, de modo que podían permanecer en silencio mientras lo hacía.

Por separado, si uno se tomaba la molestia de considerar a la gente así, nadie era difícil. Eran las personas en relación unas con otras lo que la desconcertaba. ¿Qué habría puesto a su hija a los pies de aquel tipo? Intentó pensar en ello, pero los chistes sobre muchachitas de pueblo y versos chuscos sobre abortistas, matrimonios de conveniencia, la dicha a muy corto plazo de la ignorancia y fragmentos de la conversación que había tenido con

su marido de madrugada se dispersaban sin orden ni concierto por su mente. Nada, advirtió, es tan inútil como la experiencia cuando parece irrelevante… Y ahora necesitaba afirmarse en un punto de vista fijo, como Pinero o Elgar.

—¿Qué espera que le diga? —le preguntó con cierta curiosidad.

—Si lo supiera, no estaría aquí esperando, porque todo esto no me parecería tan sumamente complicado. Creí que tal vez querría preguntarme algo más sobre ello. Puede que solo quiera recriminarme lo mal que me he comportado con su hija.

—Su conjetura de que Deirdre no le ama me parece bastante injusta.

—Tal vez sí. Quizá me ame.

Aquella disposición a mostrarse de acuerdo con ella hizo temblar un poco más el terreno moral bajo los pies de la señora Fleming. La moralidad, se dijo, era como la arena.

—Creo que es algo que debería saber. Supongo que lo del niño ha sido un accidente.

Louis volvió a dejar con cuidado la taza de café sobre el platillo antes de contestar y, en el momento en que lo hizo, a la señora Fleming se le cayó el alma a los pies.

—Estoy seguro de ello.

Por primera vez, aquel joven le caía bien.

—Quizá sea mejor que hable yo con Deirdre.

—Ah. —Imposible decir si su reacción era más de inquietud o de alivio—. Por supuesto, ella no sabe que estoy aquí.

—Y supongo que le molestará bastante.

—Eso me temo. ¿Sería posible que, de algún modo, se enterase por ella de lo que ocurre? En realidad no sé si comparte muchas cosas con usted…

Hablaba en tono vacilante, de disculpa.

—No, conmigo no comparte nada en absoluto, así que lo veo difícil. Lo intentaré, pero algo hay que hacer al respecto. No puedo olvidarlo solo porque tema usted que se enfade. Deirdre tiene apenas diecinueve años.

—Lo decía porque, si he de casarme con ella, sería mejor no empezar disgustándola…

—Pero ya ha venido a hablar conmigo a sus espaldas. Lo mejor es que se lo cuente usted mismo. Haré todo lo que esté en mi mano para convencerla de que no insista en casarse.

Louis parecía estupefacto.

—Querido señor Vale —dijo la señora Fleming con delicadeza—, no se puede evitar que los jóvenes cometan los errores más clásicos. Sin embargo, no deberían traerse niños al mundo por el chantaje de la sociedad o a modo

de compensación moral: solo si son deseados por las personas que los engendran. Eso sí lo sé. Ni los chiquillos ni los padres se recuperan jamás de la culpa de la coacción. Usted no quiere casarse con Deirdre y, por tanto, es muy improbable que la haga feliz. Y desde luego no desea tener ese niño. Intentaré que a mi hija le queden claras ambas cosas.

Se hizo un breve silencio y después Louis apagó el cigarrillo y repuso:

—Su punto de vista no es muy habitual. Parece, y discúlpeme por decirlo así, muy segura de lo que dice.

—Tengo dos buenas razones —contestó ella. Por primera vez, Louis Vale observó que no lo estaba mirando.

Se despidieron con mutuo respeto y alivio y la señora Fleming prometió telefonear a Louis cuando hubiera visto a Deirdre. («La aspirina de las relaciones sociales», así le habían descrito en una ocasión el teléfono).

Ahora estaba sola en el estrecho recibidor. El poco aire fresco que había entrado al abrir y cerrar la puerta principal revoloteó a su alrededor y luego se acomodó, junto con el leve tintineo de la pequeña lámpara de araña, a la densidad y textura de la casa, haciéndose no por completo transparente y no del todo frío: una atmósfera con cierta apariencia de consomé en el familiar silencio de una casa londinense durante una tarde neblinosa.

En el sótano, tras despachar a la muchacha que iba a limpiar por las mañanas, Dorothy estaría sentada en una vieja silla de mimbre que más bien parecía hecha de zarzas, pues siempre se le enganchaban las medias y la chaqueta. No obstante, se negaba a cambiarla por algo más cómodo y de vez en cuando la acolchaba con cojines llenos de polvo o que soltaban alguna que otra sorprendente pluma exótica. En esa silla se sentaba todas las tardes de la semana (salvo cuando iba a Brixton a visitar a una hermana suya que padecía falsos pero del todo incurables delirios de grandeza). Se sentaba y fumaba un Gold Flake tras otro, mientras la radio vomitaba incesantes dosis de entretenimiento e información, tejiendo alguna enorme prenda de color rosa pálido o limón que desaparecía misteriosamente en cuanto la terminaba y era reemplazada por otra (jamás se la vio llevando ninguna). En la silla que tenía enfrente, se acomodaba un colosal gato común. Ambos soportaban la radio con una indiferencia imparcial: borbotones de risas enlatadas, noticias espantosas, obras de teatro incomprensibles, canciones sentimentales, chistes, sintonías orquestadas, la emoción vicaria de los cronistas del fútbol y las carreras, reconfortantes charlas sobre el ensilado del forraje, la salud nacional o incubadoras de pollos… No se les movía ni un músculo del rostro; ni un ápice de la información que debían haber absorbido salió jamás de ellos ni pareció influir en sus vidas de modo alguno.

A las cuatro, la radio se apagaría, Dorothy prepararía el té y el gato saldría de un salto por un ventanuco enrejado.

En los pisos superiores, sin embargo, la casa permanecía sumida en un denso silencio, paciente y desolada. La señora Fleming volvió enseguida al salón. La carta que había escrito para su marido estaba en el escritorio, junto a su agenda. La agenda le recordó que había quedado para merendar (esa horrible e innecesaria comida ideada para hacer a las mujeres insatisfechas aún más insatisfactorias) con la señora Stoker en Gloucester Place. Solo quedaba una semana para la boda, a fin de cuentas, y había mucho que organizar. Tenía casi dos horas para emprender la inmensa y desconcertante tarea de recomponerse.

Mientras subía los otros dos pisos hasta la planta superior, donde Deirdre había dormido hasta que se mudó al apartamento y Julian aún tenía una habitación durante seis noches más, pensó, algo cansada, que al menos la casa siempre había tenido demasiadas escaleras…

Cuatro

Diez horas después, la señora Fleming estaba sentada en su habitación, observando el apartamento de su hija. Estaba a oscuras, salvo por una diminuta estufa eléctrica que ardía con rabia y ni la calentaba ni la iluminaba.

Era más de media noche y había dejado a Deirdre hacía casi una hora, pero la luz del apartamento continuaba encendida y la señora Fleming había llegado a un punto de cansancio y ansiedad en el que se sentía obligada a contemplarla aunque en realidad no podía revelarle nada. Tanto si se apagaba como si no, le era imposible saber si Deirdre dormía o lloraba o se había ido o intentado hacer algo más desesperado. Eso último, se repitió a sí misma, Deirdre no lo haría nunca. La infelicidad de Deirdre era una cuestión profundamente vital: estaba medio enamorada de ella, no quería que terminase. No tenía conocimiento de los hechos contrastados que pudieran sumirla en la desesperación. Era por tanto inútil quedarse contemplando la luz, pero la señora Fleming se echó la chaqueta por los hombros y siguió mirando. Había sido un día espantoso. El pánico y la angustia habían estado agazapados en el fondo de su mente a la espera de un momento como aquel, para pillarla cansada y sola, liberada de los problemas superables de otras personas. Había sido un día espantoso, se dijo en tono tranquilizador, y aunque parezca extraño aquello la reconfortó.

Recordaba que, en su juventud, siempre le habían exigido que pensara en la gente menos afortunada que ella; la relatividad de cualquier desgracia se empleaba como un consuelo eficaz en su familia. Siempre se había resistido a la sádica complacencia de un credo así, pero ahora, aunque no se acercaba a los peligros inherentes a las comparaciones, agradecía que hubiese otras personas con la patente necesidad de que pensasen en ellas.

Después de un día como aquel, podía rumiar las dificultades generales de madres e hijas: June y su madre y ella con Deirdre. La horrible esterilidad oculta tras la escena que había presenciado entre la señora Stoker y June durante la merienda la había impresionado con una fuerza aterradora.

Parecían dos mujeres unidas a la fuerza que, sin tener en común nada en particular y todo en general, de no haber sido familia no habrían pasado ni cinco minutos juntas por voluntad propia y que, sin embargo, a causa de su parentesco, llevaban diecinueve años irritándose, corrigiéndose, mangoneándose, criticándose y dependiendo la una de la otra. El drama había empezado con la señora Stoker anunciando en un tono de airada picardía que sabía cómo había pasado June la tarde anterior e, interminables minutos después, terminaba con June abochornada y al borde de las lágrimas, gritando que por qué no iba a ir al cine si quería, que era su vida, y marchándose luego de la habitación. Mientras respondía con ruiditos tranquilizadores al círculo vicioso de disculpas, excusas y agresividad de la señora Stoker, la señora Fleming había intentado pensar en su relación con Deirdre, pero lo que sentía por su propia hija le parecía tan incierto e intangible que se detuvo, asustada. Hacía que se sintiera simplemente infeliz, avergonzada e incompetente, y muerta de miedo por Deirdre. (Además, decidió para sus adentros no volver a merendar jamás con la señora Stoker en su piso de color beis y rosa melocotón).

Ahora, ya había visto a Deirdre, habían hablado de todo el asunto, habían derribado un muro tras otro de recelo y reservas y no habían conseguido nada salvo un derroche de lágrimas y vergüenza. Y es que la absoluta incapacidad de Deirdre para considerar aquello en relación con nadie que no fuera ella misma había anegado a la señora Fleming con una especie de desdichado bochorno que llegaba casi a la repugnancia. Descubrió que se estaba preocupando por su hija de forma deliberada, buscando razones para su amor, reforzándolo con todo el instinto protector que poseía. Eso, lo sabía muy bien, no era lo que Deirdre quería. Deirdre parecía haber esperado una violenta protesta parental, patética y carente de toda comprensión respecto a lo que ella, sin duda, consideraba circunstancias atenuantes excepcionales de su situación. «¡No lo entiendes!», le había gritado una y otra vez. Mucho después, si hubiera pensado en ello, se habría dado cuenta de que sí lo entendía.

Louis, a quien Deirdre describía como despiadado (la señora Fleming sospechaba que eso era parte de su atractivo), había juzgado tanto el carácter de la joven como aquella situación con sorprendente precisión. Era imposible, pensó desalentada la señora Fleming, no culparse a sí misma por todo ese asunto. Uno quería hijos, los tenía y los criaba y luego, a pesar de cualquier cálculo de tiempo y atención, te defraudaban con un resultado que parecía, cuando menos, casi matemáticamente incorrecto. Era la actitud de Deirdre lo que la desmoralizaba: esa terca manipulación de las circunstancias seguida por una absoluta sumisión a ellas. Le habían dado

ganas de zarandearla, de soltarle alguno de los chocantes tópicos con los que su propia juventud se había visto sacudida tan a menudo. Recordaba haberle dicho cosas parecidas en algún momento: le había suplicado de corazón que se tranquilizase, que pensara un poco en Louis y en el niño, que recordase que la vida rara vez se acaba para nadie con diecinueve años… Sobre todo que se controlara y *pensase*. Deirdre se la había quedado mirando con ojos resentidos y llorosos y luego insistió en que, si Louis estaba en verdad decidido a no casarse, si no era capaz de entender lo tremendamente justo que sería, ella seguiría adelante de todas formas porque jamás amaría a ningún otro hombre y al menos así tendría a su hijo, a lo que añadió sin venir a cuento que muchas buenas personas eran hijos ilegítimos, de modo que si su madre iba a montar un escándalo por eso…

Aparte de lo que cualquiera de ellas pensara sobre la ilegitimidad de origen, la había interrumpido la señora Fleming, estaba la cuestión de criar y educar al niño: los bastardos, en su opinión, tendían a ser bastante más caros de mantener que los hijos corrientes si querías protegerlos de manera adecuada de esa parte de la sociedad incapaz de distinguir entre causa y efecto. Deirdre pareció quedarse de piedra.

—¡Hablas como papá! ¿Se lo has contado?

—Por supuesto que no —le replicó su madre, que se sorprendió a sí misma preguntándose durante cuántos años habría dicho «por supuesto».

Desde ese momento, sin embargo, las cosas parecieron suavizarse un poco entre ellas, hasta que la señora Fleming, tras un discurso genérico sobre el disparate que era un matrimonio sin entusiasmo mutuo, había cometido el error de mencionar que Louis no estaba por completo cerrado a casarse con Deirdre si esta realmente no veía otra alternativa. Entonces empezaron otra vez: «¿Por qué no? ¿Por qué no?», y más lágrimas. No obstante, la señora Fleming se percató de que el terreno que pisaba su hija había cedido, se había disuelto un poco, y empezó a mostrarse más razonable, una chiquilla embarazada y lastimera.

Pero después de consolarla, el péndulo volvió a oscilar: se sonó la nariz con gesto desafiante y le espetó: «Claro que podría casarme con Miles», y cuando su madre la miró de hito en hito, intentando pensar quién demonios era Miles, añadió:

—Ya conoces a Miles. Lleva años rondándome y queriendo casarse conmigo. No le importa nada, ni siquiera le importaría que el niño fuera de Louis.

—¿Le has hablado de ello? —repuso con aspereza la señora Fleming.

—No, pero lo haría si me casara con él, desde luego. No estaría mal, supongo, siempre que casado no sea aún más *aburrido*, pero tengo el terrible

presentimiento de que lo sería y entonces tal vez *me muera* literalmente de aburrimiento.

Aquello requirió más consejos desesperados; mientras se los daba, no creyó que les haría ningún caso, pero una vez acabó pensó que a lo mejor su hija solo estaba decidida a escandalizarla a cualquier precio.

Todo había terminado con Deirdre prometiéndole tener en cuenta lo que le había dicho. La señora Fleming intentó convencerla para que durmiera en casa esa noche, pero el fracaso fue tan inmediato que creyó más prudente no insistir. Había dejado a Deirdre allí con dos somníferos y una cajetilla de tabaco.

De vuelta en casa, había intentado llamar por teléfono a Louis, pero el joven había salido.

No, desde luego no podía contárselo a Deirdre.

Eso suponía otra carta para su marido. La idea de volver a escribirle le recordaba a la duquesa de Praslin y le provocó un leve acceso de náusea, pero al menos —se dijo— sus cartas gozaban de la dignidad del correo…

Cinco

La primera hora de la mañana era lo peor: esos horribles momentos de semiconsciencia en los que la toma de contacto con el presente —el despertar y la lucidez— laceraba el sueño; cuando la mitad del cerebro imploraba el olvido y las ilusiones que lo rodeaban y la otra mitad forcejeaba y trataba de espabilarse por completo hasta que la penosa situación se apoderaba de cuerpo y mente, el nuevo día de pronto cobraba vida y, de una forma igual de repentina, el sueño desaparecía. Era entonces cuando se sorprendía bañada en lágrimas, algo que le resultaba espantoso porque no era capaz de recordar su origen. Luego, se dio cuenta, lloraba por verse llorar…

Se quedó tumbada, observando las nervaduras de la débil luz del sol que caían lánguidas sobre la moqueta, tratando de buscar cierta simetría o de completar algún patrón, alentando su pensamiento con cada mínimo detalle de la habitación que podía ver u oír sin mover la cabeza, como si estuviera enferma o prisionera. El papel pintado Morris de hojas verdes y bayas rosmarinas que había elegido años atrás en un decidido esfuerzo por hacer aquel dormitorio, al menos, absolutamente suyo (William Morris, dijo entonces su marido, le daba la risa) la reconfortaba. Cuando se sintió más segura, y más estable, pudo arriesgarse a mirar el reloj y a buscar un pañuelo: era extraño cómo el menor movimiento hecho demasiado pronto después de las lágrimas volvía a provocarlas.

Eran las siete en punto y encontró el pañuelo.

En la bañera, entre especulaciones al azar sobre Deirdre y Julian, se enfrentó al siguiente obstáculo con el que su particular marchamo de sinceridad introspectiva no podía dejar de encararla. Se había preguntado si sus hijos conseguirían alguna vez, en el caso de que lo intentaran siquiera, hablar el uno con el otro de sus sentimientos hacia Louis y June, y había llegado a la conclusión de que fracasarían, o no lo intentarían, porque sus ideas y necesidades respecto a la gente eran distintas por completo. Luego, de pronto, mientras pensaba distraída que la palabra «amor» tenía tantas

implicaciones como la palabra «luz», un miedo paralizante la bloqueó: que la primera no significara nada para ella, nada en absoluto. ¿Qué sentía, por ejemplo, por su marido, con el cual era tan infeliz? ¿Lo amaba? ¿O solo estaba sometida por el miedo y el orgullo herido: miedo al abandono, a que otros vieran que le estaba sucediendo aquello? Se dio cuenta de que la habían educado para ver la vida dividida en cuatro etapas. Una almacenaba la extrema juventud para gastarla luego durante la veintena e invertía la mediana edad para poder vivir en la vejez con un mínimo del interés acumulado. De hecho, a una se le permitía la extravagancia de una mariposa con la juventud o la belleza o el placer durante menos tiempo, en relación con la propia vida, que a esa mariposa en relación con su metamorfosis de huevo a oruga y a crisálida. Algo no encajaba. Pero, claro, ella nunca había visto el matrimonio, o el matrimonio ideal, o tal vez su propio matrimonio sin más, desde la perspectiva del ahorro o la inversión.

Mientras se vestía, pensó que, después de veintitrés años, difícilmente podía esperar que su marido la desease —ni en el caso de que fuera tan deseable como sabía que lo era veintitrés años atrás—; que sería sin duda extraordinario que, después de veintitrés años, hubiera partes de sí misma que él no hubiese o bien asimilado por entero o ignorado porque las desaprobaba; que sus dotes durante ese tiempo se habían desarrollado en las sombras de la naturaleza y, por ello, de forma imperceptible: no había brillo repentino ni rayo de luz que iluminara como un éxito su habilidad actual para llevar dos casas y criar a dos hijos, para adornarse ella misma o cualquier cosa que la rodeara; que la aguda observación de Carroll sobre correr mucho para quedarse siempre en el mismo sitio se aplicaba al matrimonio como a tantas otras cosas, pero que ese logro, por supuesto, no la llevaba a una a ningún sitio y que, en consecuencia, no había razón alguna para esperar que el mismo hombre pasara un día más en su envejecida y familiar compañía.

Desayunó y despachó a Julian. Había recibido una tarjeta de Leila Talbot que decía haber escrito hacía siglos —pero se le había olvidado enviar— para invitarla a un cóctel esa noche. La señora Fleming se percató de que se dirigía a ella sola y se preguntó desde cuándo era así o si tal vez Leila sabía ya que a partir de ahora era como había que invitarla a las fiestas. Las cortinas del apartamento de Deirdre seguían cerradas. Dorothy estaba de mal humor por la cantidad de pececillos de plata que corrían sempiternos por el sótano. Esas curiosas criaturas aparecían de la nada y en cualquier momento, enfureciendo a Dorothy y haciendo las delicias de su gato, que los mataba por docenas con una especie de impasible determinación oriental.

La señora Fleming dispuso el exterminio de los insectos y subió al último

piso de la casa, donde Julian y Deirdre guardaban sus pertenencias. Durante dos horas estuvo peleándose con el revoltijo de objetos infantiles, escolares y adolescentes de su hija. Aparecieron cosas como un muñeco tuerto en forma de animal indeterminado llamado Strickland (recordó el empeño con el que había insistido Deirdre en que le cambiasen el nombre por Strickland); un álbum de recortes a medio completar y con flores silvestres prensadas; tarritos llenos de polvo verde (una reliquia de los días en los que la niña estaba como loca haciendo cremas faciales con clara de huevo y se las vendía a sus incautas amigas del colegio con la cara llena de granos); una carta de un chiquillo bastante repelente que había vivido al otro lado del parque y decía que estaba juntando suficiente cuerda para atarla a un árbol en los jardines de Kensington; un estuche para cepillo y peine que había empezado a bordar con las iniciales de su madre, en rojo y verde, y aún tenía clavada una aguja ya herrumbrosa; cuatro diarios por suerte inacabados (no leyó más que la primera frase de cada uno): «Elizabeth Tomkinson será siempre mi mejor amiga», «Me temo que soy más sensible que cualquier otra persona que conozca», etc. Los tiró. Había cajas y cajas de ropa, jerséis a medio tejer, cuentas de collares sueltas, estuchitos de pintalabios y programas de mano de obras de teatro. Aquello, pensó, tendría que revisarlo Deirdre. Casi todo estaba o medio roto o sin terminar. Cuando ya había llegado a la yincana que era la etapa del *ballet* en la vida de su hija, Dorothy apareció de pronto con una taza de té rojo bien caliente, una señal de absolución y solicitud que la señora Fleming sabía que debía aceptar y beberse hasta los posos. Dorothy estaba convencida de que la gente *tenía* que querer un té: si lo rechazaban, es que no sabían lo que les convenía, estaban mal y necesitaban el té más que nunca. Allí estaba ahora, de pie junto a la señora Fleming y repitiendo todo lo que había dicho sobre los pececillos de plata para demostrar que ya no estaba enfadada, pero que el asunto había sido lo bastante importante para justificar su enfado hacía dos horas. El gato, que siempre iba tras ella, en apariencia por afecto, pero en el fondo, pensó la señora Fleming, con el deseo subconsciente de hacerla tropezar, se había echado a dormir con toda tranquilidad en la tapa de una caja de cartón, sobre John Gielgud y unos cuantos bigudíes de metal.

—Aquí le dejo a mi pequeño —dijo Dorothy, como si tuviera algún control sobre él, y luego se marchó.

La señora Fleming se bebió el té con calma y permitió al otro lado de su cerebro desarrollar su elaborado (y más convincente, pensó en secreto) punto de vista. ¿Por qué tenía una que esperar que la cogieran en la flor de la vida o, peor, antes de haber tenido tiempo de llegar, que le cortaran un patrón y la atrapasen durante años y años hasta convertirla en una absoluta

componenda entre el ideal que se habían hecho de ella y su creciente indiferencia, si al final una se descubría una criatura inapropiada y sola? Ya era demasiado tarde para dolerse por cualquier propósito personal que hubiera podido tener alguna vez: la habían amado e influido y moldeado, dominado, protegido e ignorado hasta que incluso su disfrute del papel pintado que su marido despreciaba estaba teñido por el hecho de que él lo despreciara. Hasta las pocas ocasiones en las que había creído hacerse valer eran resultado directo de su vinculación con él. El desgaste y el tira y afloja de las relaciones humanas de pronto la horrorizó: no se sentía capaz, a los cuarenta y tres, de asumir una responsabilidad equitativa sobre ellas. Es nefasto, pensó, hacerse mayor junto a alguien: una debería seguir siendo joven con esa persona o conocerla ya de vieja. Yo ni siquiera era adulta cuando me casé, apenas mayor que Deirdre. Diferente, pero muy poco mayor que ella. Si pudiera empezar por el principio, ahora podría manejar la situación: lo que es complicado es cómo acabar con algo que empecé tan mal.

Dorothy la llamó con cierto tono de reproche en la voz: la señorita June estaba al teléfono. La señora Fleming, que lo había oído sonar, se disculpó por no haberse enterado y bajó a hablar con su futura nuera.

A pesar del hecho de que se pasaba gran parte de la vida al teléfono, June utilizaba el aparato como un medio de comunicación más bien general que específica. Esto, para cualquiera que los aborreciese, era uno de sus hábitos más tediosos, y la señora Fleming, que hasta entonces no lo había sufrido, estaba ahora inmersa en una corriente de cháchara inconexa, disculpas por no haberle escrito una nota de agradecimiento después de la cena, especulaciones sobre la inminente boda e incluso un breve informe acerca de la ulceración que Angus tenía en las orejas. Entre todo aquello, llegó a entender que June tenía que ir esa tarde al piso nuevo, donde había que tomar varias decisiones inaplazables sobre la decoración; que Julian no podía o no quería acompañarla; que no se ponían de acuerdo sobre la pintura rosa o crema y que, en cualquier caso, June se sentía incapaz de elegir sola el tono ni de una ni de otra. Como ella aún no lo conocía, June pensó que tal vez la señora Fleming estaría hoy libre para ir a verlo y aconsejarla. Sería terrible que acabara eligiendo un color inapropiado. La señora Fleming aceptó esta deprimente responsabilidad estética y se preguntó cuántos años atrás se habría volcado con fervor en convencer a la joven de que utilizara los colores y disfrutase de ellos.

Durante el almuerzo llamó una mujer, con acento vienés y al borde de las lágrimas, preguntando por el señor Fleming. Al oír que no estaba, profirió una trágica exclamación en alemán, rompió a llorar y colgó.

La señora Fleming llegó al piso antes que June.

Podía subirse a la tercera planta en un ascensor que parecía una caries en un diente: rezumaba un aire de malestar ahogado que, pensó, se elevaría a un pico de agonía si lo tocaba. Subió andando y, después de tocar el timbre, se quedó allí de pie en una penumbra de color vómito y llena de corrientes mientras, para sus adentros, añadía la impuntualidad a las cosas que sabía de la muchacha.

June llegó jadeante, ataviada con un vestido rosa de lana y un abrigo de piel de borrego imitación castor que le quedaba un poco corto. Empezó a rebuscar la llave en el bolso mientras se disculpaba y daba explicaciones desde una posición de desventaja febril. De algún modo había esperado que la señora Fleming se sintiera tranquilizada y complacida por aquel plan de ver el piso y ahora todo le salía mal: no estaba, como diría su madre, «ganándose su confianza», ni su aprobación, ni nada parecido. Su madre siempre le repetía: «June, no seas tan boba»; y ahora, cuando menos quería, ahí estaba, siendo de lo más *boba*, de hecho —gracias a Dios, la llave—, pero para entonces ya estaba tan nerviosa que fue incapaz de girarla en la cerradura.

La señora Fleming, al acordarse de la escenita de la merienda con la señora Stoker y acosada por el remordimiento de sus conclusiones antes de que llegara la joven, abrió la puerta y entraron en el piso.

Era pequeño; era triste; era inesperadamente oscuro. Las tres habitaciones estaban diseñadas de tal modo que cualquier mueble con un mínimo de utilidad quedaría apiñado y haría ridículas aquellas dimensiones. Tal vez, pensó la señora Fleming, podría procurar una comodidad pasable para alguien que midiese un metro veinte. No obstante, se esforzó hasta el agotamiento en señalarle a June las ventajas del piso y esta, a su vez, destacaba tantos defectos como podía imaginar: carencias variadas y sorprendentes en las que la señora Fleming no había caído y que ahora hacían que la fina aguja de su sentido estético se perdiese en el surco de las necesidades prácticas de la joven. Las dos se desvivían por ser amables.

Cuando ya habían inspeccionado a conciencia las habitaciones sucias y casi vacías, se sentaron vacilantes en un par de caballetes que los empapeladores habían dejado en el dormitorio y June sacó un muestrario de pinturas al temple. Empezaba por aquellas más apropiadas para las sartas de cuentas de madera de tonos pastel que desconciertan a tantos bebés; seguía con una selección de colores chillones asociados a los caramelitos que se venden en las aldeas y terminaba con la colosal monotonía de los ostentosos verde aceituna, barro y chocolate húmedo que soportan muchas instituciones. Había, como dijo June, tanto donde elegir… Aunque, la

verdad, con la mayoría sería imposible *vivir*. La señora Fleming sugirió que les preparasen una mezcla, pero June, a todas luces horrorizada por la idea, objetó que no había tiempo porque los pintores tenían que empezar a trabajar la mañana siguiente si querían que todo estuviese terminado para cuando Julian y ella volvieran de París.

Luego se hizo un silencio, durante el cual June toqueteó inquieta posibles rosas y la señora Fleming vio que tenía unas uñas bonitas. Al final, como parecía que aquel mutismo no iba a romperse con una elección, y después de que esa primera impresión hubiera cedido, halagó su manicura.

June enrojeció hasta las orejas y se le cayó el muestrario.

—No es nada especial, en realidad. En fin, Julian no se ha fijado.

—Seguro que sí.

La señora Fleming advirtió que lo de las uñas debía de ser simbólico y que el hecho de que Julian no hubiera señalado su atractivo había irrumpido de pronto en la consciencia de June arrastrando a su paso una ristra de omisiones similares. Intentó tranquilizarla, pero enseguida se quedó perpleja.

June se había bajado del caballete para recoger el muestrario, que había acabado fuera de su alcance en el sucio suelo de parqué. En ese momento pareció desplomarse, estaba realmente en el suelo, retorciendo la cartulina entre las manos y evitando la mirada de la señora Fleming.

—A veces creo… —empezó a decir en un intento de contener su repentino ataque de pánico con la apariencia de la costumbre—. Solo a veces, no siempre, claro, que debería darse cuenta de cosas como… En fin, cualquier cosa que le parezca… —El muestrario se le cayó al regazo—. Quiero decir que la gente siempre se fija en las cosas malas que tiene una, ¿no? Incluso si no te dicen nada, se dan cuenta. Y si, cuando dos personas se casan, no ven ninguna de las cosas buenas… Al principio, me refiero. Entonces se acostumbrarán y solo se fijarán en las cosas malas. Llevo mucho tiempo preocupada por eso —añadió al fin vacilante, pues acababa de descubrir lo que la había estado angustiando.

La señora Fleming, tratando de mantenerse a flote, repuso:

—La gente rara vez dice todo lo que siente.

—Y entonces, ¿cómo se sabe si sienten algo?

—Julian quiere casarse contigo. Eso lo sabes.

—¡No creo que quiera de verdad! ¡No creo que me quiera en absoluto! Yo podría ser cualquier otra y él podría ser cualquier otro. Es… ¡espantoso!

Tenía los ojos tan llenos de lágrimas que parecía imposible que pudiera contenerlas.

La señora Fleming, que no se atrevía ni a moverse por si sin querer

hundía más a June en las profundidades, se quedó sentada en silencio.

—La gente no… Yo creía que, cuando dos personas iban a casarse, estarían desbordantes de alegría. Como si hubieran descubierto algo, no sé, maravilloso. Creía que ese era el propósito, como en el final de los libros, y no solo lo siguiente que te toca hacer en la vida. Pero con Julian creo que es así.

—Aún no habéis empezado el matrimonio, lo peor es…

Pero June se volvió de pronto hacia ella como un animal acorralado, con una expresión asustada y exhausta que acallaría por completo cualquier tópico absurdo similar de una persona de mediana edad y avergonzó a la señora Fleming hasta el punto de hacerla desistir.

—No soy nada inteligente ni interesante —continuó la joven—. No soy hermosa ni poseo ningún atractivo en particular. Todo eso lo tengo claro. La verdad es que no entiendo por qué querría casarse conmigo. —Le resultaba difícil hablar: el penoso rubor, al parecer, se iba extendiendo poco a poco por todo su cuerpo a medida que se hacía más y más consciente de sí misma por primera vez en su vida—. Pero si quiere hacerlo, supongo que debería encontrar al menos una razón concreta. Si no le parezco especial en ningún sentido, siempre seré lo mismo, ¿no cree? Y nadie verá en mí nada especial porque no existirá. Él… no parece esperar nada. Y mamá dice que soy anodina, así que me temo… Mucho me temo… —repitió mientras una lágrima caía sobre el muestrario de pinturas. Sin embargo, la ignoró con una inesperada arrogancia.

La señora Fleming, que reconoció ese indicio de franqueza, se refugió en la curiosidad.

—¿Tú le dices a Julian por qué quieres casarte con él?

—¿Yo? —June parecía muy sorprendida—. Pues… Creí que podría… Bueno, cocinar y cosas así. Cuidar de él, ya sabe. No se trata de esa parte, de las porciones separadas de nuestras vidas. Es… vivir juntos. No su trabajo, ni este piso, sino nuestra *vida*. Y no me refiero a la cama, por supuesto —añadió enseguida. La señora Fleming vio que no: que ese aspecto parecía fuera de la cuestión; tan enigmáticamente remoto, tan absolutamente impredecible, que para June no significaba nada.

¿Qué quedaba por decir? ¿Que eran como dos personas en una isla desierta, conscientes de que la comida era una necesidad y, por tanto, dispuestas a comer bayas que igual podrían alimentarlos que envenenarlos? Pero no estaban en una isla desierta. June, pensó la señora Fleming, es tal vez una versión patética de la princesa que debe permanecer dormida hasta que alguien se moleste en descubrirla y despertarla con un beso. Sin embargo, el orgullo de esa princesa estaba protegido por el bosque de zarzas

mágico y June no tenía tal protección, solo una madre insensata sin otro propósito para ella que el matrimonio y que por tanto la había dejado, desprovista de objetivos o intereses, en un páramo estéril donde cualquiera pudiese acercarse a ella, donde no era ninguna conquista porque hasta el más mediocre podría alcanzarla. Pero ¿es Julian tan mediocre? ¿He sido una madre tan necia que cualquier otra casa le parece preferible a la mía? Julian, no obstante, había tenido la libertad de elegir dónde y con quién vivir y, al parecer, había elegido a June. Ese acto disparatado, pues así se le antojaba ahora, no parecía estar embellecido por chispa alguna de romanticismo, deseo ni bravuconería; no parecía, como había dicho June, sino lo siguiente que a esos dos les tocaba hacer en la vida. No los movía en apariencia ningún motivo, ninguna intención: era como si solo se hubiesen dejado llevar por un vacío de relaciones sociales, tan cerca el uno del otro como el vacío lo permitiera, con las consecuencias que la sociedad —cabía suponer— esperaba.

Al mirar a la joven (que fruncía el ceño en un esfuerzo por detener las lágrimas, convertidas ya casi en la textura misma de su rostro), la señora Fleming se preguntó qué demonios se esperaba de ellos. La intrínseca superfluidad de la situación la desconcertaba, pero su proximidad a Julian, y ahora también a June, le impedía hacer una crítica objetiva. «¡Qué gran obra es el hombre!», desde luego, pero una no podía criticar ninguna obra con la que no simpatizara y allí la única opción que tenía era desacreditar aquel matrimonio sin, al menos en el caso de June, ofrecerle una alternativa. No parecía quedar nada más que hacer y, muy tímidamente, le sugirió a June que, en vista de sus dudas sobre los sentimientos de Julian e incluso tal vez, aventuró, sobre los suyos propios respecto a todo aquello, quizá sería prudente posponer la boda hasta… Pero, llegada a ese punto, la expresión de June la hizo detenerse. Parecía que alguien estuviera intentando arrebatarle un juguete que la aterrorizaba.

—¡No! —exclamó—. ¡Ya está todo preparado! No quería decir…

Entonces se levantó y se acercó a la ventana.

—Pensará que soy una idiota —añadió momentos después.

La señora Fleming se desmoralizó.

—No, no he pensado nada de eso. En absoluto.

—He dicho cosas terribles. Después de todo, usted es la madre de Julian.

Casi como si hubiera estado ocultándolo a propósito. Por un momento, la señora Fleming pensó en replicarle que así era y que por eso tenía motivos para preocuparse, pero antes de que la frase saliera de los límites de su mente se dio cuenta del peligro de decir algo parecido. La boda seguiría adelante y June acabaría convencida de que su suegra se oponía al

matrimonio. Tal vez pudiese hablar con Julian más tarde —perspectiva que la llenaba de una inquietud agotadora, pues no había vuelto a intentarlo desde la noche anterior a que su hijo entrara en la preparatoria—, pero aquí y ahora debía volver por fuerza a los tópicos absurdos. Se levantó.

—Para nada —le aseguró—. Todas acabamos exhaustas con el compromiso. Recuerdo que yo me sentía exactamente igual.

June la miró indecisa, pero la señora Fleming mantuvo una expresión de vaga cordialidad que redujo sin problemas las revelaciones previas de la joven a un insignificante (aunque comprensible) ataque de nervios.

Quedaba elegir entre el rosa y el crema. June, cuyo criterio al parecer se había fortalecido, escogió el crema para el salón y el rosa para el dormitorio.

—¡Una solución intermedia! —exclamó como si le descubriera a la señora Fleming un logro triunfante y único.

Desde luego es una suegra muy comprensiva, pensó la muchacha mientras se relajaba al fin en el taxi. Se sentía *mucho* mejor: ¡ay!, como si hubiera pasado una tormenta o como si hubiera aprobado un examen o arreglado las flores y alguien le hubiese preguntado si lo había hecho mamá (a mamá se le daban *de maravilla* las flores).

La señora Fleming, tras evitar compartir un taxi con June, volvió a Campden Hill Square repitiéndose una y otra vez, con una especie de repugnancia horrorizada: «Yo *no* me sentía así. *Nunca* me sentí así. No. *¡No!*».

Seis

Leila Talbot organizaba unos cócteles caracterizados, en cuanto concernía a la señora Fleming, por un aspecto. Con poquísimas excepciones, acudía a ellos una multitud de gente que jamás habías visto en su casa hasta entonces y que, según su experiencia, nunca volverías a ver. La señora Fleming, que llevaba casi veinte años asistiendo a esas reuniones en Pelham Crescent, ya había especulado con creces sobre todo aquello. Suponía que Leila daría fiestas todas las noches y se preguntaba cómo era posible que tuviese tantas amistades. Una vez, antes de un violento ataque de gripe, había concebido la mórbida idea de que, en realidad, se trataba siempre de las mismas personas, pero que ella era incapaz de identificarlas o recordarlas. Hasta había tenido en cuenta las estadísticas sobre desconocidos que se colaban en fiestas ajenas. Sin embargo, a pesar de todas esas reflexiones —y muchas otras demasiado vanas para dejar constancia de ellas—, nunca había llegado a una conclusión satisfactoria. Lo que más la desconcertaba era cómo esos continuos torrentes de invitados parecían conocer a su anfitriona exactamente con el mismo y enigmático grado de intimidad: era imposible decir si también la trataban desde hacía veinte años o si los habían presentado la semana anterior. A veces, la señora Fleming pensaba que tal vez se habían conocido muy bien *hacía* veinte años —que quizá habían jugado juntos de niños—, pero luego se decía que ni siquiera Leila podía haber jugado, y luego vuelto a reunirse, con tantas personas tan diferentes (aparte de su anfitriona, poco tenían en común). Era posible, en ocasiones, observar alguna tendencia específica, bien profesional o cultural, como que hubiera médicos cuando Leila había estado trabajando en la recaudación de fondos para hospitales y jugando mucho al golf, o arquitectos cuando, tras la muerte de su marido, estuvo a punto de construirse una casa en la Isla de Wight (con el propósito, había señalado el señor Fleming, de disimular con mayor decoro la inexistencia de su duelo). Solía haber un hombre, además, cuyo satisfecho aislamiento del resto, cuya aparente falta de personalidad unida a su entusiasta familiaridad con el contenido del mueble bar lo

proclamaban —a ojos de cualquier observador atento— el amante actual de Leila. Leila siempre lo llamaba «cariño», fuera quien fuese, y jamás se lo presentaba a nadie. Él se movía por la estancia envuelto en una nube de anonimato, siempre sabía dónde estaba todo, desde la angostura hasta el aseo, y casi nunca era el mismo hombre de una fiesta a otra, lo cual resultaba confuso para el observador, si bien podía quedarte el consuelo de pensar que Leila nunca llamaba «cariño» a dos individuos distintos en la misma fiesta.

Habría como unas doce personas reunidas cuando llegó y solo identificaba a una, una vieja conocida de Leila: era una mujer alegre, flaca y fibrosa, de piel reseca por el sol, que ahora —con el pelo quebradizo y descolorido— parecía una viejecita de catorce años, aunque ella misma le había dicho a la señora Fleming que había tenido dos maridos y cuatro hijos.

La tendencia profesional en esta ocasión parecía ser la gestión cultural de diversos tipos: los invitados se presentaban unos a otros bien como el señor Gordion, pintor, que ahora estaba embarcado en organizar la exposición de «Conchas marinas británicas» para el festival del 51; o bien como el señor White, que, después de dirigir las publicaciones internas de los ministerios de Desarrollo y Bienestar Social durante la guerra y de ser más tarde el secretario de la Asociación para la Prevención de Trastornos de Ansiedad, tenía encomendada la delicada tarea de diseñar una tonelada de peces tropicales de plástico que se lanzarían desde varios aviones a los lagos artificiales de los parques públicos durante la inauguración.

La señora Fleming, tras conocer a cuatro personas absortas en la discusión de estas y otras actividades similares, después de haber rechazado tres cigarrillos y aceptado una copita de Tío Pepe que le ofrecía un hombrecillo de aspecto cetrino cuyo anonimato quedaba si cabe aún más acentuado por una fina barba pelirroja, se vio sentada en un amplio sillón en el que, sobre uno de los brazos, se había encaramado la enjuta amiga de Leila.

—¡Pero hace siglos que no *monto* en bicicleta! —estaba exclamando al tiempo que cruzaba una de las fibrosas piernecillas sobre la otra y con los ojos clavados en el rostro de un hombre inmenso que llevaba pajarita y pantalones de rayas.

Este se rio con una especie de lascivia de barítono y repuso:

—Deberías intentarlo, mi querida Esmé, deberías intentarlo.

Seguía llegando gente y Leila se adelantó a la determinación del de la barba pelirroja de ofrecerle a la señora Fleming un cuarto cigarrillo.

—No fuma, cariño. Ve a ver si Nanny ha podido abrir los frutos secos.

Un hombre que estaba de pie y solo junto a la chimenea tiró al fuego, con ademán brusco, un cigarrillo a medio fumar. El gesto llamó la atención de la señora Fleming, pues de pronto le recordó a Deirdre en la cena de hacía dos noches. Aquello había sido, se dio cuenta, el principio de todas las revelaciones subsiguientes: el primer momento de angustia de su hija que, incluso entonces, apenas había significado nada. Ahora, un cigarrillo tirado a medias tenía para ella un significado personal, lo cual quiere decir, pensó, que en una habitación con aproximadamente quince personas, los significados personales deben de darse en una cantidad como para volver loca a la Providencia…

Leila la interrumpió con una joven pareja, los Fenwick, que acababa de llegar.

—Están buscando casa y les encanta Campden Hill.

La señora Fleming se vio entonces inmersa en una conversación sobre las casas de esa zona. Los Fenwick se acababan de casar y lo repetían a menudo. Parecía el único hecho del que estaban seguros, pues la necesidad que sin duda sentían de sustituir el «yo» por el «nosotros» los volvía a ambos tan vacilantes, indecisos y cohibidos que sus planes y necesidades eran una perpetua transigencia. La señora Fleming batalló con la pareja por cortesía, con la sensación de que estarían mucho mejor los dos solos, o cada uno por separado, hasta que hubieran aprendido cómo estar juntos con otras personas; con la sensación, también, de ser cada vez más una especie de trabajadora social, hasta que incluso la llegada de la hija de doce años de Leila supuso un misericordioso alivio.

A la señora Fleming siempre le costaba creer que Maureen fuese tan poco atractiva como parecía: tenía el aspecto de un cerdito vestido de Daniel Neal, aunque la lista de su falta de atractivos era bastante más extensa que la de cualquier cerdo. Allí estaba ahora, oronda y hostil, de pie frente a ella.

—Qué pendientes más feos —le espetó—, parecen caca de pájaro… Deme un poco de eso.

La señora Fleming la honró con su famosa mirada glacial reservada para chiquillos repelentes y no contestó, pero el joven señor Fenwick esbozó una débil sonrisa y le dijo:

—No es bueno para las niñas.

—Venga, deme un poco. Si se lo bebe todo, acabará borracho. Deme la aceituna por lo menos.

El señor Fenwick le dio la aceituna. Quería que su esposa viera lo bueno que era con los niños. Maureen se la comió y escupió el hueso en su copa.

—Parece que hay una caca de rata en su copa. Mire, ¿sabe que hay una caca de rata en su copa?

Encantada con aquello, siguió recorriendo la habitación, pidiendo las aceitunas a la gente y repitiendo el mismo numerito. Los Fenwick se sonrieron con cautela y murmuraron algo sobre una edad difícil.

—¡Tonterías! —se oyó exclamar la señora Fleming, tan claro por encima de la conversación general que, algo azorada, apartó la vista de los Fenwick y se cruzó con la mirada de un hombre que estaba de pie al otro lado del salón, junto a la chimenea. Este la observó durante unos segundos con curiosidad inquisitiva. Le dio la impresión de que la había oído decir «¡Tonterías!» y de que quería saber lo que le parecía tan tajantemente absurdo, pero entonces alguien se movió y aquel tipo quedó oculto.

Los Fenwick se habían alejado, la cháchara administrativo-cultural la cercó y se sintió aislada en medio del ruido.

—Lo mejor de este diseño es que puede ejecutarse *enteramente* en papel.

Se oyó un gruñido de admiración.

—Con algo de plástico, por supuesto.

—Por supuesto.

—Desde luego, hubo problemas con los del seguro, pero le dije a Braithwaite… ¿Conoces a Braithwaite?

—Hicimos juntos todos esos carteles sobre higiene.

—¡Claro! Es cierto… Bueno, pues le dije a Braithwaite: «Amigo, compartimentar es tarea de *tu* departamento, no del mío». Uno no puede quedarse estancado para siempre en algo como la selección de materiales porque otro departamento no delegue responsabilidades. ¿*Para qué* está Braithwaite? En fin, todos sabemos que es un buen tipo, entusiasta y concienzudo y todo eso, pero *no* sabe delegar. Supongo que te darías cuenta con lo de aquellos carteles. Intenta hacerlo todo él solo y pone a todo el mundo de uñas… A fin de cuentas, no se espera que *sepa* nada.

—¡Por Dios, no!

Ambos sonrieron con indulgencia mientras el de la barba pelirroja les rellenaba las copas.

—Pero las grandes ciudades son fascinantes. La gente anda de acá para allá toda la noche, literalmente toda la noche, debajo de tu ventana y es imposible pegar ojo. *Nunca* se van a dormir.

—¡Esta Esmé!

Ella se rio de buena gana y puso un cigarrillo en su boquilla.

—Me encantó España. Hasta el último rincón.

La señora Fleming aceptó una segunda copa de jerez. No había nadie con quien le apeteciera hablar: de hecho, la sala parecía más llena que de costumbre de gente que preferiría no conocer, pero tenía la impresión de que ya no podía seguir mucho más tiempo sentada en la silla más cómoda,

bebiendo en silencio. Un silencio que, en cualquier caso, Leila observaría y rompería de forma inapropiada. Tal vez debería irse a casa y ver a Julian. Bajó la mirada y la fijó en el jerez. En ese momento se oyó un fuerte golpe, el ruido de una copa que se rompía y el gimoteo de Maureen. Todos se volvieron en dirección a la chimenea. Dos personas levantaron a la niña, que ahora estaba berreando y gritando:

—¡Me ha puesto la zancadilla! ¡Animal! ¡Me has puesto la zancadilla!

Sangraba por la nariz y Leila se la llevó de allí enseguida. La estancia parecía más despejada y la señora Fleming vio al hombre cuya mirada se había cruzado antes: estaba recogiendo trozos de cristal de la moqueta y poniéndolos en lo que parecía el *Radio Times*. Hasta ese instante no lo identificó como el mismo tipo que había tirado el cigarrillo al fuego. Cuando terminó, peinó la moqueta con la mano y se levantó despacio. Era alto y extremadamente delgado. Luego cogió una caja de cigarrillos de la repisa de la chimenea y se acercó a ella.

—¿Fuma?

—No, gracias.

—¿Bebe?

—No fumo porque bebo. —La señora Fleming señaló su copa.

—Debería sentarme.

El hombre buscó una silla vacía, pero no había ninguna. Quitó un cuenco de frutos secos y un jarrón de flores de una mesita, le dio los frutos secos a ella y fue a dejar las flores sobre la chimenea. Cuando volvió, llevaba una copa en la mano.

—Yo también. Pero no creo que le gusten los frutos secos. ¿Los pongo en el suelo?

—Sus habilidades en ese sentido son de lo más útiles.

El otro sonrió, con aire cansado, y repuso:

—Ah, sí. Nunca se me caen las cosas; solo las tiro o me deshago de ellas.

Se hizo un silencio amistoso entre ambos.

—No creo que el alcohol nos aísle mucho —continuó luego.

La señora Fleming se fijó en que estaba bebiendo brandi.

—¿Quiere usted aislarse?

La mano de él, que había tenido extendida sobre el brazo de su silla, se cerró.

—Bueno, sí, a veces. Todo el mundo quiere aislarse alguna vez.

—¿De qué?

—Pues… De «las mil conmociones naturales de las que es heredera la carne», supongo.

Se había replegado por completo; había decidido no hablar de eso.

Sonrió.

Tenía las manos enormes, pero poco musculosas: con dedos largos y huesudos, ni mal ni bien formadas, pero llamativas porque eran más grandes de lo normal y proporcionadas.

Alguien estaba elogiando la nueva obra de Ernest Hemingway y otra persona la criticaba. Los escucharon un minuto y luego la señora Fleming comentó:

—Me han dicho que estaba escribiendo otro libro, pero que cuando iba por la mitad le comunicaron que no le quedaba mucho tiempo de vida y lo dejó para escribir otra cosa. Y ahora dicen que no se va a morir.

El otro alzó la vista de repente y ella se dio cuenta de que estaba a la vez sorprendido y enfadado.

—¿Cómo sabe eso?

—Yo no lo sé. Ni siquiera recuerdo quién me lo contó. No creo que sea cierto.

—En cualquier caso, su estado anímico, o físico, no tiene nada que ver con el mérito intrínseco de la obra. O el libro es bueno o es malo. Si se estaba muriendo cuando lo escribió, o si creía que se estaba muriendo, no tiene nada que ver con lo que es el libro en sí.

—Si era verdad —repuso la señora Fleming con voz débil—, debió tener mucho que ver con el libro mientras lo escribía. —No entendía qué había dicho para alterarlo tanto—. De todas formas, yo no lo he leído. ¿Es usted escritor?

—No. Escribí un libro hace mucho tiempo, un libro de consulta, abarrotado de datos que nadie necesita y tan pesado que el estudiante corriente no habría querido cargar con él hasta su casa desde la biblioteca. La clase de libro que uno se encuentra luego subastado en los mercadillos benéficos. Ya entonces costaba veinticinco chelines y era terriblemente aburrido. Antes de escribirlo, solía preguntarme quién escribía esas cosas.

Tenía la costumbre de sonreír cuando había acabado de hablar: la cansada iluminación de sus rasgos era su punto final.

—¿De qué trataba?

El hombre la observó muy serio un momento.

—No, si se lo digo, le estropearé la historia. ¿Usted no escribe?

En realidad no se lo estaba preguntando, estaba seguro de que no.

—No. No hago nada. Mi vida es más bien una ocupación indirecta.

Una vez más, la señora Fleming se percató de que la miraba sacudido por cierto interés o intriga (¿qué sería: curiosidad irreprimible, desaprobación, aquiescencia con lo que esta vez era sin duda un comentario bastante torpe?). En todo caso, esos repentinos parones, en los que aquel tipo cargaba

todo el peso de su atención sobre ella, se le hacían un poco enervantes y, mientras apartaba la vista de él en silencio, el otro volvió a hablar.

—Está claro que no le gustan los frutos secos. —Se deshizo de ellos—. ¿Preferiría salir a cenar?

—Gracias, pero ya tengo planes para la cena. ¿Sabe qué hora es?

—Ya nunca llevo reloj, pero lo averiguaré.

Antes de que hubiese regresado, la señora Fleming ya tenía a Leila encima, diciéndole:

—Almorzar, deberíamos almorzar juntas, aunque supongo que tendrá que ser después de la boda. Qué jovencita tan agradable… Y cómo se *preocupa* por Julian. Para ti será un alivio. ¿Has conocido a Erasmus White? Tenía intención de presentártelo… Está allí, haciendo que escucha a Percy. Las ocho menos veinticinco, querida. No te entretengo, sé lo mucho que valoras la puntualidad.

De modo que, cuando aquel hombre volvió, ella ya sabía qué hora era.

Le dijo que se iba y, por un fugaz instante, deseó no hacerlo. Se estrecharon la mano y, con una indiferencia que hacía sus palabras aún más llamativas, él repuso:

—Por supuesto, no hay cantidad de alcohol que pudiera aislarnos a ninguno de los dos tal como estamos ahora mismo.

La señora Fleming se quedó mirándolo, deseando reírse de él o mostrarle antipatía, pero no pudo hacer ninguna de las dos cosas; estaba simple y tremendamente asustada: tan paralizada por el terror que no era capaz de retirar la mano.

—Yo también —dijo él con delicadeza—, pero no hay nada en absoluto que podamos hacer al respecto.

Ni siquiera el viejo taxi que cogió en South Kensington logró devolverle el sentido de la realidad. Durante todo el trayecto hasta Campden Hill, el efecto inmediato de sus palabras continuó —no iba y venía en su pensamiento, sino que continuaba— con la misma intensidad; sin dejar respirar a su memoria, sin ser consciente ni del tiempo que pasaba ni de las calles que se iban amontonando tras ella poniendo distancia entre el momento en que lo había oído hablar y ahora, cuando recordaba lo que había dicho.

El taxi se detuvo detrás del coche de Julian, la señora Fleming pagó la carrera y entró en casa. Había una carta de su marido sobre la mesa de ébano. Cuando abrió el sobre, Julian y Dorothy aparecieron en la escalera, uno por encima y la otra por debajo de ella.

—Lo siento muchísimo, mamá —se disculpó su hijo—, pero me ha surgido algo. Ya se lo he dicho a Dorothy. Caramba, ¿qué te ocurre? ¡Estás *espantosa*! —Luego vio a Dorothy y añadió—: No creo que tarde mucho. A lo mejor nos vemos luego.

Y prácticamente se fue corriendo.

Dorothy, que blandía un sobre azul en la mano, dijo:

—La cena está lista, pero le daré unos minutos. La señorita Deirdre ha venido y ha dejado esto. Me ha pedido que le diga que se va al campo unos días. Para reflexionar, ha dicho.

Dorothy solía dejar claro lo mucho que desaprobaba ambas prácticas e hizo ademán de demorarse un poco, lista para perorar sobre su aversión al campo y su desdén por la reflexión ahora que la concurrencia de las dos cosas en el comportamiento de Deirdre le ofrecía una oportunidad tan única, pero la señora Fleming se limitó a subir las escaleras con paso cansado y en silencio, una carta en cada mano.

Leyó la de su marido en el dormitorio, sentada frente al espejo del tocador. No decía nada de sus intenciones sobre la boda de Julian, solo le pedía que almorzara con él en el que identificó como el más deprimente de sus clubes y el que menos frecuentaba. Volvió a meterla en el sobre. «¡Estás *espantosa*!», le había dicho Julian. De pronto, recordó las palabras de Tolstói al describir a Karenin como «vergonzosa, execrablemente infeliz», apestando a tristeza por la marcha de Anna. Tenía que ser verdad, y no solo en el caso de Karenin, o de lo contrario ese hombre (ni siquiera sabía su nombre) no habría dicho lo que había dicho al final en la fiesta de Leila. Tenía que ser verdad en su caso, a pesar de su edad, su experiencia, la vida que había vivido. Era un auténtico monstruo de infelicidad —indecente y ridícula— y no debería dejarse ver: obligaba a la gente a disimular su malestar o la exponía a la vergüenza de su compasión, una compasión que pensarían que no se merecía en realidad. La dependencia no es atractiva después de los veinte. La autocontención crustácea era la prioridad a sus años: una autocontención que avanzase hasta alcanzar la breve dignidad de la muerte. Con más de cuarenta, a una ya no se le concedían a la ligera excusas para la aflicción, para la enfermedad, para ninguna temerosa petición que pudieras tratar de hacer a los demás. Se suponía que tenías que haber encontrado un sitio en el mundo y, si no, el mundo ignoraba tu fracaso y te ponía en lo que consideraba tu lugar. Incluso en sus momentos de infelicidad más histérica, Deirdre conseguía estar atractiva: su belleza justificaba de una forma misteriosa la compasión y el impulso protector que despertaba. (¿Habré dado *durante todo el día* la misma impresión que acabo de darle a Julian?).

Clavó los ojos en los que la miraban desde el espejo; con esa luz parecían

muertos, casi incoloros, aunque una vez habían representado el origen imperecedero, la misma cumbre, la inmortalidad del azul. Había aprendido, ya hacía muchos años, a seguir mirando a la gente después de hablar, y de ese modo había podido decir las cosas más simples e investirlas de una belleza, un significado o un ingenio que todos estaban ansiosos por aceptar. Había sido capaz, como dicen en los libros, de «rechazar la admiración» porque la daba tan por sentado que podía permitirse elegir. El complejo y elaborado homenaje que se rinde a una mujer fascinante e inteligente había sido suyo y ahora le daba la sensación de no haberlo disfrutado nunca, de no haber sido apenas consciente de ello.

Ahora, hasta reflexiones tan íntimas como esas eran despreciables; ni siquiera le parecían patéticas. Haber vivido del timbre de su voz o del color de sus ojos se le antojaba una extravagancia vulgar que no merecía nada. Mucha gente tenía que vivir sin esas cualidades efímeras. (Pero no fueron en ningún momento la única razón de mi existencia: eran simples atributos que no desperdicié. *Él* no se casó conmigo por mis ojos ni por mi voz, aunque tal vez sin esos atractivos no se habría fijado en mí. Tuve más opciones, pero quizá por eso ahora tengo menos excusa para haber elegido mal. ¿O más excusa?).

Dorothy estaba tocando la estridente campanilla que Julian le había traído de Ginebra. La señora Fleming se levantó del tocador y el sobre azul cayó al suelo.

La letra de Deirdre se desparramó frente a ella como un reproche. Agotada, abrió la carta.

> Querida mamá:
> Me voy al campo. Miles va a llevarme a un sitio llamado Burford, donde podemos quedarnos un tiempo para que reflexione. Se lo he contado todo y quiere casarse conmigo enseguida, pero por supuesto tengo que pensármelo muy bien antes de hacer algo así, de modo que estaremos fuera una semana. Miles está siendo amabilísimo, que es mucho más importante que otras tantas cosas, y muy comprensivo sobre todo el asunto. Por supuesto, esto significará empezar la vida de cero, borrando por completo todo lo que me haya pasado jamás, pero me siento segura con Miles y voy a tener el bebé. Siento perderme la boda de Julian, pero June me resulta tan infantil que sinceramente no entiendo por qué se casan y esto me parece más importante. Le enviaré un telegrama. De todas formas, a ella no le caigo bien y seguro que Miles la detestaría: le gusta que la gente sea más interesante que él, lo cual es muy tierno por su parte. Miles me ha dicho que quiere conoceros cuando volvamos. No te

molestes si no dice ni una palabra, es muy tímido y en realidad le supone un suplicio conocer gente nueva y lo odia. Tampoco es que hable mucho en general, de todas formas. Un millón de gracias por intentar ayudarme.

Con cariño,

Deirdre

No se lo digas a papá, pero el cheque que me envió por mi cumpleaños ¡me va a venir de perlas para comprarme ropa holgada! Ahora tengo que irme volando a empezar mi nueva vida.

La carta estaba fechada a las «16 h». Volvió a meterla en el sobre. Ya no hacía falta nada más para respaldar su sensación de inutilidad y fracaso. Tenía el vago y estúpido convencimiento de que intentaría evitar que Deirdre cayera de cabeza en este nuevo desastre clásico y también sabía que fracasaría. El chantaje de la alternativa era demasiado fuerte, el señuelo de una «nueva vida» demasiado poderoso.

Esa frase del teatro de variedades americano en tiempos de guerra (no conocía su origen), «¿Adónde vamos ahora?», se coló en su mente como una moneda en una máquina expendedora vacía, pues no tenía respuesta. El deseo de retroceder, de retirarse a la vida que conocía, era muy intenso. Y sin embargo seguía viviendo, de modo que no podía escapar de la implacable gravedad del presente que, físicamente, es siempre ahora.

Así que bajó a cenar sola.

Si en ese momento, no obstante, hubiera sabido cómo encontrar al hombre que tanto la había asustado en la fiesta de Leila, se habría ido con él. Pero no lo sabía.

Dorothy había quitado el segundo cubierto de la mesa.

Mi nueva vida, se dijo la señora Fleming, y se sentó.

SEGUNDA PARTE
1942

Uno

—No puede ser más sencillo. Solo tienes que venir a buscarme al tren de las 7:38 en Euston.

Eso le había dicho su marido la noche anterior en una llamada de larga distancia desde Dios sabe dónde. En efecto, visto así, ¿qué podía ser más sencillo? Con el mundo en guerra, vastas ciudades reducidas meticulosamente a minúsculas motas de polvo; con catástrofes como Singapur y Dunkerque a la espalda; con proezas de gestión y de espíritu como la quinta columna en Francia o la batalla de la RAF sobre Gran Bretaña; con el ubicuo traslado de hombres, mujeres y niños a un mayor o menor peligro según requería la monstruosa situación; con el valor de la vida disparándose o cayendo en picado como acciones en una Bolsa demente… Ir a esperar un tren parecía de una simpleza casi ridícula. La señora Fleming se colgó la máscara de gas al hombro, hurgó en su bolso en busca de la linterna y se fue al encuentro del tren de las 7:38.

Cogió un taxi en Holland Park. Por supuesto, él se refería a que fuera a buscarlo con su propio coche, pero no había tenido en cuenta que, con el racionamiento de la gasolina, no tendría suficiente combustible para el viaje desde Kent más la vuelta. Seguro que se enfadaba y que acababa desquiciado con la explicación. Seguro, pensó, que casi preferiría que el coche hubiera volado por los aires antes que quedarse sin gasolina. Lo peor de su (muy representativa) existencia en tiempos de guerra era que no le daba para responder con eficacia ni a una urgencia tan trivial como una llamada de larga distancia de su marido. Su casa cerca de Tenterden albergaba entonces a Deirdre y a la chiquilla que les habían aparcado durante el conflicto; a tres oficiales de marina convalecientes, uno de los cuales sufría una grave neurosis de guerra; a una madre obligada a huir de su casa tras un bombardeo y a su aterrorizada y sucia familia de tres miembros; y a Dorothy, a quien ni siquiera una sucesión de jóvenes inválidos la compensaba del horror de vivir en el campo. Había también una sofisticada, desabrida y del todo inverosímil muchacha de la WLA. Cada una

de estas mal avenidas y más o menos desdichadas personas constituía una emergencia de uno u otro tipo y, aunque en general es algo aceptado que una crisis saca a menudo lo mejor de la gente —y, en particular, como la prensa patria no dejaba de afirmar, de los británicos—, se solía dar por hecho que las crisis eran una cuestión de horas o quizá de días. El transcurso de la guerra, sin embargo, ya prolongadísimo en el tiempo, bostezaba y se desperezaba ahora ante la señora Fleming tan aburrido como la vejez y la muerte y hacía mucho que todos los habitantes de la casa (con la posible excepción de los niños) habían dejado de estar a la altura de ese recién adquirido rasgo nacional de grandiosidad en situaciones de crisis.

Puede que la señora Fawcett estuviera grandiosa la noche en que bombardearon su casa, supuso —de hecho, pobre mujer, se decía de ella que, a pesar de ser una charlatana, había actuado con una presencia de ánimo no carente de coraje—, pero ahora, despojada de su hogar y de enemigos vecinos, cuya reputación solo podía seguir socavando en retrospectiva, así como de su marido, que durante años había sido la principal inspiración de su invectiva y su desdén («Unos cuantos más como él en el Ejército y no ganaremos la guerra, ¡deben de estar mal de la cabeza!»), todo resto de esplendor se había esfumado: el pueblo había agotado sus muestras de admiración y envidia con la historia de la bomba y la mujer quedó rebajada a ensañarse (en todos los sentidos) con sus tres desafortunados hijos, que le tenían más miedo que a cualquier bombardeo. Se peleaba con Dorothy y con la muchacha de la WLA y pegaba a sus hijos continuamente con una especie de diestro salvajismo que, por mucha práctica que tuvieran, casi nunca conseguían eludir. Se negaba a limpiar su parte de la casa y cambiaba los cupones de racionamiento de sus hijos por cigarrillos. Este era ya su tercer refugio «y aquí dicen que tengo que quedarme esté como esté, que por lo que veo no está muy allá», les soltó al llegar.

Dorothy vivía una vida dominada por Hitler y reafirmada por la radio. Por lo que a ella se refería, Inglaterra no tenía gobierno: todo estaba mal organizado y Hitler era personalmente responsable de ello. Tener que tapar las ventanas por la noche, el racionamiento, la escasez de jabón, de gasolina, de combustible para la caldera, de lana para tejer —todo— eran maquinaciones diabólicas de Hitler. Estaba convencida de que nada, salvo asesinarlo, acabaría con la guerra y, como se lo imaginaba durmiendo con un pijama antibalas por lo menos a diez metros bajo tierra, asistido solo por acólitos a los que drogaba para que estuviesen de acuerdo con él, sus especulaciones sobre esa posible muerte eran siempre pesimistas. A veces, pensaba la señora Fleming, empezaba incluso a dudar de la mortalidad del

dictador. Dorothy escuchaba la radio sin cesar y pregonaba a los cuatro vientos que no se creía nada de lo que contaban. Trabajaba de la mañana a la noche y sentía adoración tanto por los oficiales de marina como por los niños, entre los cuales no hacía distinción alguna. Eran todos desordenados, todos poco cuidadosos y a todos les gustaba la sémola con chocolate, que ella les hacía con incansable devoción.

La señora Fleming observaba a la muchacha de la WLA con recelo urbano, barruntando que la proximidad de la joven a la naturaleza solo podía dar pie a consecuencias naturales pero (en su opinión) bochornosas. La chica rezumaba sexualidad, pasaba todo su tiempo libre en la casa dedicada a su aspecto y se concentraba exclusivamente en los hombres, con un firme candor que aterrorizaba a los debilitados convalecientes. Lo único en lo que coincidían Dorothy y la señora Fawcett era en que a ninguna de las dos les gustaba aquella tal Thelma. Pese a que la muchacha tenía que levantarse a las seis de la mañana para ir en bicicleta hasta su granja, a menudo pasaba la noche fuera. A las otras chicas de la WLA tampoco les caía bien. A la señora Fleming, por su parte, le costaba mucho apreciar a alguien tan irresponsable e indolente. Suspiró. Dejar allí semejante panorama, aunque solo fuera una noche, la llenaba de recelos ya vividos. Esas escapadas eran como empezar a deshelar la propia mente congelada hasta el punto donde una empezaba a percibir su grado de parálisis… para luego volver otra vez al hielo.

La estación de Euston, a causa de la oscuridad, se reducía casi por completo al olor: pescado, humo, urinarios, carbonilla, sudor, combustible, papel de periódico, perfume barato (clavel o violetas), animales, desinfectante y abrillantador de muebles. El efecto inmediato, cuando la señora Fleming bajó del taxi, era tan penetrante que casi se hacía tangible. Como si de una cortina de niebla se tratase, sintió que podía extender la mano hasta tocarla y que, si el repentino destello de una linterna la iluminara, se la vería misteriosamente impregnada de hollín.

El taxista se negó a esperar y ella fue en busca del tren de su marido. Dentro de la estación, se hizo consciente del estruendo: una inmensa amalgama de ruidos estridentes y disonantes, una orquestación de rotundidad, de partidas (porque al principio fue incapaz de encontrar indicación alguna de las llegadas), portazos, silbatos, gritos, el chirriar metálico de la verja de entrada a los andenes al abrirse para dejar paso a un carro motorizado de equipaje y otra vez al cerrarse, un tren interminable alejándose sin fin de la empañada resaca de luz para adentrarse en la oscuridad, dejando atrás una incorpórea voz suburbana que salmodiaba su destino por un micrófono defectuoso.

Encontró por fin el panel que indicaba las llegadas y descubrió que el tren de su marido estaba aún muy lejos de Londres y que ya llevaba cuarenta minutos de retraso. El taxista no habría aguantado. Se fue a por un café.

El bufé de la estación estaba lleno de gente. Se quedó frente al mostrador de mármol —que brillaba con incontables círculos líquidos o pegajosos donde antes hubo vasos mojados— esperando el café que, ya sabía de antemano, estaría imbebible. A su lado había una bandeja plateada de tres pisos con comida y cubierta con una campana de cristal. Le preguntaron si quería algo de aquello. Unos sándwiches de remolacha y unos ladrillos de masa en forma de bomba (empanadillas de Cornualles) reposaban sobre simpáticas blondas de papel. La remolacha espejeaba entre las gruesas rebanadas de pan con el opaco resquemor de los ojos de un lagarto. No, no quería comer nada.

En cualquier caso, caviló, mantener la casa de Kent les había facilitado un refugio bastante seguro para Deirdre y también para Julian durante sus vacaciones. Su marido quería haberlos enviado a Estados Unidos o a Canadá; de hecho, primero se había encargado de todas las gestiones y se lo había planteado después. Ella, con sentimiento de culpa por necesitar la compañía de sus hijos, había estado a punto de sucumbir a esa oportunidad de que estuvieran a salvo, bien alimentados y atendidos, además de ver mundo. Sin embargo, por casualidad, la semana anterior había ido con una amiga a despedir a sus hijos —que partían hacia Canadá— y la experiencia se le había quedado grabada a sangre, de modo que ahora se le venían a la memoria retazos de aquello cada vez que pisaba una estación… Padres convenciendo a sus hijos para que subieran al tren. Un pequeño que preguntaba:

—¿Será mucho tiempo?

—No, solo un poquito.

—¿Hasta Navidad?

—Ya veremos, pero no será mucho.

—Te acabará gustando —le había dicho el padre y, de pronto, el niño supo que le estaban mintiendo y que el tiempo era algo incontrolable para ninguno de los tres. No lloró, pero se quedó mirándolos en silencio con una especie de pena y de resentimiento irremediables hasta que el tren se alejó.

A una niña tuvieron que arrancarla de los brazos de su madre para subirla al pasillo lateral que unía los coches mientras no dejaba de llorar por el amargo descubrimiento de la nostalgia.

«Me había dicho que sí. Me había dicho que quería ir», repetía su madre una y otra vez. La gente le insistía en que la pequeña se olvidaría de aquello,

que estaría bien incluso antes de llegar a Liverpool, pero mientras tanto la oía gritar y gritar que quería irse a casa, que no quería, que no quería…

Cuando el tren desapareció de su vista, la madre se inclinó sobre un carro de equipajes y empezó a vomitar.

Luego estaban aquellos a los que habían endurecido, a quienes les habían dicho que no tuvieran miedo de la escuela o de la oscuridad y que no debían llorar. Estos se despedían y subían al tren como pequeñas tropas disciplinadas, buscando a hurtadillas un pañuelo o sujetando con fuerza sus muñecas y osos de peluche. Y a muchos, por supuesto, les parecía divertido y emocionante. Eran sus padres los que se venían abajo después o los que se alejaban contándose unos a otros las mismas mentiras que otros padres habían contado a sus hijos. No sería mucho tiempo. En realidad, era mucho mejor así…

En fin, le quedaba Deirdre. Julian había tenido que seguir en la preparatoria, que terminaba en Navidad. Estaba con ella durante las vacaciones. El marco de los trimestres y las vacaciones escolares le resultaba curiosamente reparador en aquel momento de su vida. La ayudaba a justificar la monotonía de las preocupaciones triviales del día a día (¿qué demonios vamos a comer hoy?, ¿por qué la Junta del Petróleo nunca responde a las cartas?, etc.); la reconfortaba por la pérdida gradual de ese otro marco: la frágil pero incómoda relación que había tenido en Londres con su marido, que ahora parecía estar yéndose al diablo. Cada vez lo veía menos y, en consecuencia, durante esos breves e irregulares encuentros como el que ahora aguardaba, le parecía extraño y familiar al mismo tiempo y de forma totalmente desproporcionada. Él se negaba a hablar de su trabajo, que era a ojos vistas agotador y que lo obligaba a viajar sin parar por todo el país. Ella tenía la vaga idea de que su marido viajaba en bombarderos y en una amplia variedad de artefactos navales, pero no sabía por qué y él se negaba a contárselo. La llamaba de vez en cuando para decirle que había vuelto o que estaba bien, lo cual solo confirmaba sus temores sin terminar de darles forma. Sea lo que fuere que hacía, le ocupaba la cabeza por completo, pues en las raras ocasiones en las que iba a Kent se mostraba siempre o preocupado o aburrido. No obstante, eran sobre todo sus hijos, y Deirdre en particular, los que permitían a la señora Fleming (a veces, por lo menos) considerar su vida algo monótono pero no carente de sentido: el íntimo pánico egoísta que a veces sentía por el hecho de estar rozando los cuarenta se disolvía un poco al ver crecer a Deirdre. Después de todo, ¿qué se suponía que tenía que hacer una con su vida a los treinta y cinco? Si no fuera por la guerra, de hecho, ¿qué estaría haciendo ella? Eso, en medio de la estación de Euston, rodeada de uniformes caquis, de

uniformes de toda clase, quedaba más allá del poder de su imaginación: incluso le resultaba tan difícil recordar cómo era su vida en 1939 como despojar a toda esa gente del bufé de sus ropas de guerra y vestirlos para la paz. Aquella vida de preguerra, solo por la propia expresión, parecía ahora un sueño frívolo e intrascendente en el cual el ocio y el placer habían sido fenómenos naturales. Dejó de fingir que se iba a beber el café y decidió que, si pudiera encontrar un sitio donde sentarse, se abandonaría a la nostalgia.

Hacía mucho frío fuera del bufé y de repente empezó a temer encontrarse con su marido, la ausencia de un taxi a la espera, la tensa y lacónica conversación mientras aguardaban otro y su regreso a la casa desierta y medio cerrada. Ahora casi deseaba haber aceptado el ofrecimiento de Richard a acompañarla, aunque lo había rechazado por lo que todavía parecían excelentes razones. Su marido estaba resentido con todos los convalecientes en bloque y hacía caso omiso de sus argumentos, como si fuera una muestra de la sinrazón femenina, cuando le decía que la alternativa eran más señoras Fawcett.

Fue otra vez a mirar el panel y descubrió que el tren que esperaba parecía haber desaparecido. Un anciano con cara de dispéptico, cuyo trabajo era ir actualizando la información, recibió todas sus preguntas con una sonrisa burlona, lo cual no hizo sino enfurecerla porque era evidente que la oía y que, además, sabía las respuestas. Al fin, un maletero gordo e igual de viejo se apiadó de ella y le dijo que el tren había llegado hacía solo unos minutos.

—Andén 18. Debería encontrarlo por allí —añadió, como insinuando que tendría mucha suerte si lo conseguía.

La señora Fleming echó a correr hacia el tren mientras el vejestorio de los paneles la seguía malicioso con la mirada.

Cuando llegó, vio a su marido junto a las barreras. Ya había entregado el billete y estaba de pie, inmóvil, envuelto en ese abrigo negro con el cuello aterciopelado que siempre daba la impresión de quedarle demasiado grande, aferrado a lo que sería, no tenía ninguna duda, una maletita en extremo pesada. No pareció verla cuando se acercaba y, al llamarlo por su nombre, dio un respingo y pestañeó.

—Ah —dijo sin más.

Ella le explicó lo del panel y, a medida que lo hacía, sabía que la explicación era innecesaria y que sonaba ridícula y sin sentido. Se interrumpió diciendo que no tenía importancia y cayó en la cuenta de que tendría que contarle que no había podido llevar el coche.

Aún seguían plantados donde se habían encontrado, con el final de la cola de los que se habían bajado de su tren saliendo por las barreras en

dirección a la oscuridad.

—Lo siento, pero no he podido traer el coche. Tendremos que intentar conseguir un taxi.

—No si nos va a costar mucho esfuerzo. Llamaré para pedir uno de alquiler.

Ella lo miró sorprendida, pero él ya estaba tentándose los bolsillos en busca de calderilla. Sacó un fajo de billetes de cinco libras y la señora Fleming supo que, por alguna misteriosa razón, como de costumbre, su marido no tenía más dinero que ese.

—Yo llevo —le dijo, rezando para que así fuese, para que al menos eso pudiera arreglarlo por el simple hecho de llevar encima una moneda de dos peniques.

Él la cogió del brazo y la arrastró hacia las cabinas de teléfono.

Sí, tenía dos peniques, de modo que su marido le dejó la maleta y se metió en una cabina con la moneda.

—Diez minutos —le confirmó cuando se reunió de nuevo con ella—. ¿Y cenar?

—Hay comida en casa.

—¿Carne?

—Beicon. Y huevos.

—Necesito carne. Cogeremos algo por el camino.

La señora Fleming lo siguió fuera de la estación con una extraña sensación de desaliento. El temor por encontrarse con él no había desaparecido; al contrario, había aumentado. Eran ya tres las ocasiones en las que se había sentido ineficaz e imprevisora y como si ya fuera mayorcita para hacerlo mejor.

Al final apareció un coche que, según él, debía de ser el suyo. Así era. Su marido la empaquetó dentro y le dijo algo al conductor, que le cubrió las rodillas con una manta que se veía sucia incluso en la oscuridad. Arrancaron.

—¿De dónde diantres vas a sacar la carne? —le preguntó entonces, pero él la cogió con aspereza por encima de la manta y sus pálidos ojos azules cargados de reproche brillaron con un aire de conspiración burlona.

—Cuéntame cómo te va —replicó poco después.

—Como siempre, aunque supongo que eso es bueno. ¿Y a ti?

—Como nunca.

—¿Otro trabajo?

—Tal vez. Pero tu vida no se verá afectada en ningún sentido —añadió. No intentaba tranquilizarla ni mucho menos.

—¿Y la tuya? —protestó ella algo enfadada—. Imagino que tu vida sí se

verá afectada.

Intuyó que, de pronto, su marido había sonreído en la oscuridad y, enseguida, dejaba de sonreír.

—Sí, claro —repuso este—. Mi vida podría verse radicalmente afectada.

La señora Fleming supo de inmediato que estaba pensando en la muerte y, así, la incompatibilidad de su existencia actual y la posible muerte misteriosa de su marido le sacudió la mente con violenta discordia e impidió que siguieran con aquella conversación. Este inmenso cementerio de relaciones íntimas, pensó, y de repente deseó que hubiera acabado el día para que el sueño ocultara su soledad. Lo miró de reojo: tenía la cabeza hundida en el cuello del abrigo y estaba demasiado oscuro para verle la cara.

Se animó a sí misma para continuar siendo la clase adecuada de mala compañía.

—Deirdre sigue convencida de que eres un espía.

Él no contestó.

—Es de tanto leer a Buchan.

—Me alegro de que sepa leer —repuso muy educado el señor Fleming.

—Vamos, Conrad, no seas ridículo. Claro que sabe leer. Tiene diez años.

El coche estaba frenando. Pensaba que estarían en el Soho, pero no lo sabía. Pararon y se convenció de que no era el Soho. Su marido salió del coche y se acercó a una estrecha portezuela: primero tocó con los nudillos y luego hizo sonar el timbre. Tras una larga espera, lo dejaron entrar y la puerta se cerró. La señora Fleming empezó a albergar el absurdo temor de verse obligada a entablar conversación con el chófer. Sin embargo, este permanecía sentado, inmóvil y en silencio, y no parecía esperar nada. Hacía mucho frío. Se dio cuenta de que no había probado bocado en todo el día salvo un sándwich en la National Gallery después del concierto matinal al que había ido con Richard. Y cuando lleguemos, pensó, la cocina estará helada y tendré tanta hambre que ni siquiera me apetecerá la carne, aunque tampoco es muy probable que pueda conseguirla.

La puerta volvió a abrirse, apareció su marido y por un instante vio tras él la silueta de una mujer embarazadísima y en bata que no se sabía si estaba riéndose o tosiendo convulsivamente. Luego la puerta se cerró y él regresó al coche.

—A casa —dijo, y puso un paquete en el suelo. Poco después, añadió—: Trato de estar a la altura de las lecturas de mi hija.

La señora Fleming supo que lo estaba intentando una vez más. Su marido la acarició y escribió algo en el cristal con el dedo meñique: «Bistek». Siempre habían compartido la broma privada de deletrear mal palabras

sencillas (no recordaba cómo empezaron), pero llevaban mucho tiempo sin hacerlo. Ella escribió: «Bien, me encanta el Bystec» (la palabra siempre iba dotada de una mayúscula). Él la observó mientras escribía, lo leyó con suma seriedad y acto seguido escribió como un relámpago: «El Vistec te vendrá bien». Y con eso se agotó el espacio en las ventanillas.

Luego, el silencio durante el camino de regreso a Campden Hill fue más fácil.

Dos

La cocina estaba fría y húmeda. El fuego se había apagado. La mayoría de los estantes y alacenas estaban desnudos de provisiones y utensilios, de modo que aquella habitación de techo bajo y suelo de piedra se hacía aún más desapacible. Las contraventanas de madera no parecían aplacar las crudas corrientes de aire y las molestas luces del techo con pantallas de porcelana blanca no alegraban la estancia: parecían destinadas llana y despiadadamente a poner en evidencia toda su desolada incomodidad. En la pared colgaba un calendario de 1939 con las hojas arrancadas hasta septiembre: un detalle de ostentosa sutileza, como en el cine.

La señora Fleming se puso con la cena. No era una cocinera experta ni tenía un don natural; a su marido le preocupaba mucho lo que comía, pero ella estaba exhausta. Había traído algunas verduras desde Kent esa misma mañana y las había preparado por la tarde. Desenvolvió el bistec. Era una pieza muy grande. No tenía cebollas y, de golpe, su falta le pareció importantísima. Si no advertía a su marido de que no había cebollas, todo se echaría a perder. Fue al pie de las escaleras del sótano para ver si lo oía. Cada vez que regresaba a cualquiera de sus casas, lo primero que hacía era ponerse a merodear, como un animal, por todas las habitaciones. No deshacía el equipaje ni iba a su despacho ni revisaba el correo: sencillamente, ocupaba la casa entera y retomaba su vida en el punto exacto en que la había dejado. Madre mía, no le había dicho que Richard iba a pasar la noche allí. Ahora estaba fuera, pero habría dejado sus cosas en algún sitio; Conrad se tropezaría con ellas y entonces lamentaría no habérselo contado antes. Así iba acelerándose su mente, con el motor de la ansiedad revolucionado en primera, cuando reapareció su marido.

—Por cierto, Conrad, no hay cebollas y el fuego se ha apagado. Lo siento.

Él la miró con atención.

—Estás agotada. Ve a cambiarte.

—¡No puedo cambiarme y hacer la cena al mismo tiempo!

—Si crees que me estás dando a elegir, prefiero con mucho que te

cambies. Y si te quedas ahí sin hacer nada, te sentirás mucho peor. ¿Dónde está la comida? ¡Ah! —Cogió un cuchillo enorme—. Estás sola en un sótano amenazada por un relativo desconocido que tiene un arma letal en la mano. ¿Qué opción te queda?

—Ninguna en absoluto —contestó ella agradecida. Y se fue.

Mientras subía las escaleras, le oyó soltar el cuchillo.

En el dormitorio, se encontró su abrigo largo de pana para salir a cenar extendido sobre la cama y la estufa eléctrica encendida. Supo entonces que, aunque nunca lo había hecho, él prepararía la cena y volvería a encender el fuego en la cocina y que no tenía por qué sentirse solo ineficaz y poco previsora. Se cambió con la atención puesta en el más mínimo detalle. (Conrad afirmaba que vivir consistía no tanto en los fundamentos, los esquemas, las verdades básicas o los principios —ni siquiera para un individuo, ni que decir tiene para la sociedad—, sino simplemente en un gran cúmulo de detalles, siempre variables y del todo independientes entre sí). El rasgo más grato e impresionante de su marido era su capacidad para impresionarla.

Descubrió algunos cabellos de la encrespada melena castaña de Conrad en el peine: hasta su pelo era algo inesperado. De pronto deseó cambiar de aspecto, poder reunirse con él luciendo una apariencia diferente e irreconocible. Sin embargo, no poseía ese talento que sí tenían otras mujeres —esa misteriosa habilidad de remodelar la forma de la cabeza o destacar un nuevo rasgo en el rostro— para parecer lo que nunca habían parecido hasta entonces; la extrema simplicidad de su aspecto apenas permitía ningún cambio que no la hiciera caer por debajo de su propio listón.

Al terminar de cambiarse, dio un paso atrás frente al largo espejo para mirarse con esa clase de escrutinio objetivo y profesional que había desarrollado tras años de cumplir con el mismo rito. La alta y delgada criatura vestida de azul pavo real —que el suave acanalado volvía casi negro — le devolvió la mirada con una curiosidad solemne y minuciosa; observó el cabello oscuro impecablemente apartado del rostro; atisbó por un segundo los asombrosos ojos; se detuvo en las pálidas sombras aterciopeladas que se proyectaban sobre la cima de los pómulos; vaciló cuando los pendientes de acero se balancearon un poco; inspeccionó el rojo de la boca y luego recorrió veloz las largas líneas de donde las estrechas y nervudas muñecas blancas salían disparadas como miembros de un ser distinto. Estaba lista.

Hacía poco había leído en una revista un artículo titulado «Cumple 40 y disfrútalos». Lo había leído con atención, preguntándose por qué el hecho de cumplir cuarenta constituía semejante amenaza para el disfrute. Esa era, sin duda, la idea del artículo, pero lo único que sacó en claro es que las

desafortunadas mujeres de cuarenta deberían tratar por todos los medios de aparentar treinta y cinco y no pensar en ello. Ella *tenía* treinta y cinco. De no ser por Richard, no habría pensado para nada en su edad y, cuando lo hizo, le pareció tan solo la exposición de un hecho, como la fecha en sí misma, y carente de sentido en sí mismo. Bajó de nuevo para reunirse con su marido.

Este había vuelto a encender el fuego, que ahora ardía con fuerza, y estaba sentado en una de las viejas sillas de mimbre de Dorothy, junto a una copa que descansaba sobre la mesa. Cuando entró en la cocina, la señora Fleming supo que se había quedado dormido, pero Conrad se dormía y se despertaba con tanta facilidad que solo ella se habría dado cuenta.

—Venga —la invitó—, tómate un buen trago de ginebra libre de impuestos.

Su maleta estaba en el aparador.

—¿Y la cena?

—Primero tienes que beber lo suficiente para dejar de preocuparte por cosas que no importan. Nos he preparado un plato delicioso.

—Eres un hombre de mucho talento —señaló ella mientras se dejaba caer en la otra silla de mimbre con la copa que le había dado.

—Tengo un almud lleno de luces —repuso Conrad. Era el tipo de comentario que más la divertía, sin llegar a hacerla reír—. Pero nunca volveré a hacerlo.

La había estado observando con una solemnidad distante que, como bien sabía ella, era la muestra de su aprobación. Y ahora no debo hacer movimiento alguno, pensó, ni darle las gracias por elegirme la ropa ni por caldear la habitación; debo parecer tranquila e indiferente ante cualquier cosa que haga y así todo irá bien.

—Quiero ir de compras mañana por la mañana. ¿Qué te gustaría?

—Unos pendientes —respondió ella enseguida.

A él le gustaba que tuviera siempre algún capricho, satisfacer alguno de esos deseos que llevaban tiempo pululando en su mente; no le gustaba que estuviera del todo desvinculada de los antojos materiales, de esa especie de codicioso materialismo infantil, aunque había, por supuesto, reglas secretísimas en ese «vive y deja regalar» de su relación. Ella debía querer algo que a él le resultara interesante y que pudiese darle. Sabía que los pendientes serían bonitos y que le sentarían bien.

—¿Y un cortaplumas? —le preguntó luego. A su marido le encantaban los cortaplumas y tenía una colección enorme que no le permitía tocar.

—¿Por qué quieres un cortaplumas?

—Me sería muy útil —respondió con la fragilidad de la verdad, y en ese momento supo que había perdido cualquier oportunidad de que le regalase

uno.

El señor Fleming resopló y apuró su ginebra. Tenía un bufido muy teatral.

—¿Importa algo ahora?

—Nada en absoluto. Noto como una agradable espiral cálida que me baja por la garganta. Llevaba semanas sin probar la ginebra.

Conrad estaba sacando unas bandejas del horno.

—Te has esforzado mucho —dijo ella mientras lo observaba.

—Es cierto. Aunque resulta mucho más agotador seducir a alguien a quien conoces desde hace tanto tiempo.

La espiral ardiente le bajó disparada hasta el final del espinazo.

—¿Cómo se te ha ocurrido envolver el bistec en papel?

—Papel untado con *mantequilla* derretida. Si no, se habría secado. Y luego no vale de nada lamentarse… Sentido común. Ven a comer.

La espléndida cena estaba ya servida en los platos. Le preguntó qué había hecho con las patatas: se veían brillantes, pero no tenían leche.

—No me acuerdo. Supongo que habré usado algún tipo de alcohol. Como no volveré a hacerlas, tenían que estar brillantes.

—Eres un cocinero despidiéndose del oficio.

Él soltó los cubiertos.

—Piénsalo —le dijo mirándola fijamente y con una sinceridad en la que no esperaba que creyese—. Date cuenta de la suerte que tienes por estar presente en ocasiones como esta. En el supuesto de que yo fuera un hombrecillo testarudo de muchísimo menos talento y probando algo nuevo, pero decidido a cogerle el tranquillo, piensa en las patatas que tendrías que sufrir y qué poco te importaría al final que lo consiguiera o no. Las cosas no hay que hacerlas con cabeza, hay que hacerlas bien.

—¿Con este resultado? —Estaba medio riéndose, medio perpleja.

—Por supuesto. Así, ya no hay por qué hacerlas otra vez.

—No estoy para nada de acuerdo contigo y tampoco sé cómo podría seguir funcionando el mundo así.

Él le tendió una mano con la palma hacia arriba por encima de la mesa.

—Cariño, el mundo seguirá girando hagas lo que hagas. Tiene su propio eje sobre el que patinar. Tú y yo no tenemos ningún poder sobre eso. —Sus dedos se curvaron hacia la palma y se estiraron de nuevo—. No te identifiques con este asunto. No tienes nada que ver con ello. No es culpa tuya, ni siquiera indirectamente. Yo lucharé porque estoy lleno de odio y porque elijo luchar, no porque sienta que podría haber evitado la guerra. Te compraré los pendientes, pero no un cuchillo.

Ella le dio la mano. Entonces sintió con total claridad que era una parte

de él; quizá no la parte que habría elegido por sí misma, pero tal vez no era una cuestión de elecciones. La idea (le parecía extraordinaria porque nunca se le había ocurrido) de que quizá *su marido* no pudiera elegir, en realidad, qué parte de él formaba ella, equilibraba su desigual intimidad.

—Ya me compraré yo el cuchillo.

Conrad esbozó una sonrisa seráfica.

—Seguro que eliges uno que no sirve para nada.

Y mientras ella le dejaba salirse con la suya, la puerta de la entrada se cerró de un golpe. Dios mío, no le he contado lo de Richard, pensó. Maldita sea, ¿cómo se me ha podido olvidar? Enseguida dijo en voz alta:

—Es Richard Corthine, viene a pasar la noche aquí. Lo siento, querido, se me ha olvidado decírtelo.

Él apartó la mano. Por encima de ellos se oían pasos lentos e indecisos.

—Supongo que se irá directo a la cama —conjeturó la señora Fleming.

Los pasos habían llegado al rellano de las escaleras que bajaban al sótano: se equivocaba. Miró a Conrad, pero su rostro carecía ya de toda expresión.

Cuando Richard Corthine entró en la cocina, ambos tenían la mirada fija en sus platos, aunque ninguno comía. El joven solo tenía intención de darles las buenas noches, pero la tensión le resultó tan evidente que decidió no dejarla allí sola.

—Solo he bajado a saludar. Buenas noches, señor. Su tren tiene que haber llegado tardísimo.

—Mucho —repuso el señor Fleming sin apenas mover los labios.

—Vuelves muy pronto, Richard. ¿Has cenado?

—Ah, sí, gracias. Los demás querían ir al cine, así que me he venido.

—¿No le gusta el cine? —preguntó el señor Fleming.

—No, no es que no me guste, pero ahora mismo no me viene muy bien que digamos.

Una sombra le cruzó el rostro enjuto y lampiño y el muchacho se acercó con deliberada jovialidad al fuego.

—No saben el frío que hace ahí fuera.

—Richard ha venido a Londres para que los médicos vean qué tal va con los ojos.

—¿Y cómo va?

Se hizo un breve silencio y la señora Fleming miró a Richard.

—Disculpe, creía que se lo preguntaba a su esposa. Pues no me dicen mucho, ya sabe. En realidad, nunca me dicen nada. He intentado que un tipo se aliara conmigo durante las pruebas, pero no estaba por la labor. Dicen que si mejoro… De los ojos, me refiero —aclaró mientras los

entornaba a modo de disculpa—. Que si mejoro en los próximos meses, puede que me den un trabajo en tierra. —Se aclaró la garganta—. De hecho, seguramente me pondrán de patitas en la calle en cuanto acabe la guerra. Así es como funcionan.

—¿Y cómo va con lo demás?

Era imposible ignorar la malicia apenas disimulada de aquella pregunta, pero Richard tenía buenos modales y los exhibía incluso cuando no era necesario.

—Son solo los ojos, señor. Los ojos y los dolores de cabeza —repuso. Su templanza incrementaba en cierto modo la malicia de la pregunta.

—Claro. A veces me resulta algo difícil seguir la pista a los inválidos de mi esposa.

El señor Fleming estaba dando cuenta de su bistec y no miró a ninguno de los dos.

Dios, pensó Richard, está maravillosa con ese vestido. Maldito tipejo. Si tomamos café, puedo mantenerme despierto hasta que estemos todos tan cansados que no tendrá que soportarlo mucho.

—¿Se va a quedar mucho tiempo, señor? —dijo en voz alta—. ¿Le han dado un permiso en condiciones?

—Mi buen Corthine, no soy oficial de marina. No tengo permisos, ni temporales ni indefinidos.

—¿Qué tal un café? —interrumpió la señora Fleming—. ¿Lo preparo?

—No te has terminado el bistec.

—Estaba riquísimo, Conrad, pero ya no puedo más.

—Nunca nos apetece mucho lo que cocinamos nosotros mismos —intervino Richard.

—Ya, pero es que no lo ha hecho ella. He sido yo. Parece un poco confundido.

Richard admitió que lo estaba y el señor Fleming siguió en tono amable:

—¿Sabe? Creo que no me habría fiado de dejarla a cargo de un bistec.

—Bueno, pues te fíes de mí o no, voy a preparar el café.

—¿Un poco de queso islandés?

El señor Fleming lo sacó de la nada. Su mujer negó con la cabeza y fue a encender el gas para hervir el agua.

Bien, se dijo Richard, ella también quiere café. Ojalá no hubiera bajado. No, no es cierto, eso es egoísta. Tendría que haberme dejado acompañarla a la estación: estaba molida antes de ir y es evidente que la cena no iba a las mil maravillas. ¿De qué puedo hablar? De algún tema agradable, poco conflictivo… Aunque *él* discutirá por cualquier cosa si le da por ahí. Mejor que discuta conmigo, así la dejará tomarse el café en paz. Es curioso la

perspicacia que te da el convivir con una mujer. Hace un año no habría tenido *ni idea* de lo que está pasando.

—¿Ha estado en Reikiavik, señor?

Pero Fleming, en ese mismo instante, le soltó de pronto:

—¡Tiene que ser un hombre de lo más ordenado!

—¿Disculpe? —Richard se puso de inmediato, y sin razón aparente, a la defensiva. (¿Qué demonios estará tramando ahora?).

—No recuerdo haber visto indicio alguno de su presencia por la casa. ¿Es el resultado de su paso por Dartmouth? ¿Un hábito inculcado desde los trece años: todo impecable y en su sitio, en cubierta o en bodega según requiera la ocasión?

—No hay por qué ir a una academia naval para ser ordenado —replicó la señora Fleming—. Tienes cara de cansancio, Richard. ¿Quieres esperar al café o prefieres irte a dormir?

—Me encantaría tomarme un café.

¡Mierda!, pensó enseguida, ahora ya puedo olvidarme de mi dosis. Ella siempre sabe cuándo me empieza a doler. La jaqueca le recordaba a ese juego en el que los niños se entretenían «convirtiendo» hojas de castaño en espinas de pez: cada vez que se movía, le arrancaban otra tira de la hoja desde detrás de las orejas hasta las sienes. Ese dolor desgarrador e irregular era tan intenso que, si entonces le daba por pensar, sentía que era capaz de hacerlo con una claridad inusual. Aunque quizá es solo que *ella* me ha enseñado a tener criterio. Cada vez que le dolía la cabeza de esa forma (había otros dos tipos de jaqueca: uno no tan malo y otro infinitamente peor), se imaginaba quedándose en la Marina, ascendiendo a lo más alto del escalafón gracias solo a su honradez para con la gente.

—Voy a dejar de vigilar el agua —señaló la señora Fleming en un intento por parecer desenfadada—. Si no, *nunca* romperá a hervir.

Sí, se dijo Richard, su marido me está vigilando, pero yo tampoco voy a hervir: eso lo confundirá. Hizo entonces un esfuerzo más, esta vez hablando del grado de estabilidad que cabía esperar de un viejo destructor equipado con todo un arsenal de armas nuevas en el Atlántico Norte, tema del que —sospechaba— Fleming sabría bastante. Se mostró entusiasta, interesado de verdad, incluso bien informado: cuando había servido en ese tipo de buque, sin duda no llevaban suficiente armamento, aunque también conocía a alguien que había estado hace poco en un barco así que se había escorado noventa grados con la mar picada, pero no sabía nada sobre los resultados de la posterior investigación acerca de la eficacia de las actuales pruebas de estabilidad. ¿Tal vez el señor Fleming…? Pero aquello no lo llevó a ninguna parte. Fleming señaló que no podían seguir poniendo más y más armas

nuevas en destructores viejos indefinidamente. Entonces se dieron cuenta de que el café ya estaba hecho. Un alivio, pensó Richard, pero luego se dijo que no, que no era ningún alivio, porque ahí estaban otra vez los tres, sentados a la misma mesa.

—Ojalá hubiera un poco de brandi —se lamentó la señora Fleming.

—¿No queda nada?

—Nos llevamos lo que había a Kent, acuérdate.

—Una decisión de lo más absurda. ¿Qué le has hecho al café?

Ella hizo un ligero gesto de agotamiento, pero su peinado seguía impecable.

—Lo de siempre. ¿Te resulta muy desagradable?

—Mucho. Estaba repugnante —replicó su marido tras vaciar la taza de un trago.

La señora Fleming probó el suyo.

—Está tan caliente que ni noto el sabor.

—Pues bébetelo rápido, antes de que lo notes.

Richard dio un sorbo y se escaldó la lengua.

—A mí me parece que está muy bueno.

El punzante pero más ligero dolor que sintió al quemarse lo alivió de los intermitentes desgarros en la cabeza. Esto se acaba, pensó, y a pesar de haberlo intentado no parece que la haya ayudado mucho.

La sobremesa llegó a su fin. Ya en las escaleras, Fleming se detuvo, se volvió para mirar a los otros dos y preguntó:

—¿Sabe Richard dónde va a dormir?

—Claro que lo sabe.

—En la última planta —repuso el joven.

—Baja enseguida si hay un bombardeo.

Al decirle eso, Richard comprendió que la señora Fleming era consciente de su dolor de cabeza y una oleada del consuelo y la seguridad que la intuición y la solicitud de aquella mujer siempre despertaban en él lo retuvo un momento mientras los otros seguían subiendo.

Lo estaban esperando en el rellano, frente a la puerta de su dormitorio.

Richard les dio las buenas noches y subió solo el último tramo de escaleras hasta el ático, donde antes dormían los niños. Haría lo que fuera por ella, pensó, y quería hacerlo todo. No era en absoluto consciente de que no podía hacer nada.

Tres

La señora Fleming se dejó caer en la banqueta de su tocador. El temor y el cansancio le impedían hablar. No servía de nada enfadarse, ni con Richard ni con Conrad: cada uno veía al otro solo desde su propia perspectiva, según lo que los relacionaba con ella. Se había acostumbrado a empezar y terminar el día sola, de modo que saberse atrapada con los restos de la noche hasta que el sueño los liberase, a uno o a ambos (y el sueño, lo sabía bien, no era fácil de conciliar en semejantes circunstancias), acrecentaba su agitación. Resolvió pasar el trago adoptando una actitud de simpática bravuconería; era consciente, por experiencia, de que no podía ignorar aquello y decidió no posponerlo hasta que se hubiesen embarcado en la eternidad después de apagar las luces. Sin embargo, él se adelantó.

—Qué poco me gustan los jóvenes. Esa complaciente certeza de que su dependencia pueril se verá atendida. Esa absoluta falta de autocontención. Ese empeño en que los compensen por las desastrosas consecuencias de su despreocupada curiosidad. Esas ansias de aprobación indiscriminada, su falta de técnica, sus exigencias sin sentido (desmontan una infinidad de relojes y esperan que otros se los arreglen o les den uno nuevo), su incapacidad para sacar provecho de la experiencia de los demás y su rechazo a experimentar nada por sí mismos. Ese desprecio de la prudencia, su incesante búsqueda de alguien ante quien puedan pavonearse para que los salven, ese presuntuoso alarde de que cada vez que se queman es la primera, esa ridícula idea de que son Adán, el primer nuevo ejemplar de su especie, único en su magnificencia, cuando son solo un destacamento más, patético e idéntico, sacado del banquillo. Esa fe en su propia imprescindibilidad, esa ínfima sabiduría y su impaciencia colosal…

Ahí se detuvo.

—¿Sí? —dijo ella—. Sigue.

—Para qué, ya me he desvestido. No me gusta ese joven.

—Y ahora no sirve de nada que te diga que, después de todo, solo es eso: joven.

—De nada en absoluto. No tiene sentido que digas nada. ¿Qué, o debería decir quién, se ha apoderado de ti para planear algo tan mal?

—Yo no lo he planeado.

Conrad cogió su frasco de loción capilar y lo agitó con furia.

—No voy a pasar las noches que esté contigo en una especie de cuarto de los niños freudiano. No me rebajaré a esa ópera bufa italiana de adolescentes. Solo nos faltaba el gotoso, con algo más de dinero, y otras cuantas puertas a la cocina.

Ella se había soltado el pelo y, mientras guardaba los pendientes en su estuchito de terciopelo raído, pensó en la tediosa necesidad de quitarse la ropa. Odiaba desvestirse en esas circunstancias: se volvía, le daba la impresión, cada vez más vulnerable y como con la piel más fina, mientras que él siempre se las arreglaba para completar hasta el ritual más ordinario —incluso esas pequeñeces como frotarse el pelo con la loción— sin perder el control de la situación que había creado.

—Deberías discriminar mejor el tipo de halagos que quieres. O bien, si eso te supera, ser más selectiva en cuanto al momento.

—Creía que Richard llegaría mucho más tarde —se oyó decir la señora Fleming—. Pero, bueno, qué importa.

—Pasas el noventa por ciento del tiempo con niños, inválidos, locos y animales. ¡A saber cómo acabarás de la cabeza!

—Pensaba que ese es el tipo de compañía que la mayoría de los hombres aceptan para las mujeres.

—Estás tan decidida a convertirte en la mayoría de las mujeres que te olvidas de quién soy yo. Si hubieras enviado fuera a los niños, como estaba arreglado, ahora podrías llevar una vida más inteligente.

—¿No decías que no debo identificarme con la guerra? —Casi con miedo de haber ganado ventaja, giró en redondo sobre la banqueta y añadió—: Conrad, esto no me gusta nada. No es solo lo de esta noche lo que te exaspera. ¿Qué ocurre?

—Me molestan estos jóvenes con su continua y molesta devoción, presentándote constantemente ante mí bajo una luz que no encuentro en absoluto atractiva. Si hubieran alcanzado una edad en la que fuesen capaces de encontrar inspiración romántica en alguien aparte de su madre o su niñera, tal vez podría soportarlos.

—Si se animaran a verme bajo cualquier otra luz, la situación en Kent se haría insostenible.

—Exacto. Esto es el resultado de enterrarte en Kent. Tendrías que viajar para tus cosas. Piensa en Marsella.

—¿Qué pasa con Marsella?

La señora Fleming sintió que la sangre dejaba de correrle por las venas y que luego avanzaba de nuevo a sacudidas para recuperar el ritmo perdido.

—¿Qué pasa con Marsella? —repitió.

Él estaba cepillándose el pelo, pero se detuvo para decir en tono pensativo:

—¿No es extraño que, mientras está sucediendo algo, hay mil cosas que decir sobre ello, pero no se puede, y cuando ya ha pasado da igual lo que se diga y no se dice nada?

Contenta con esta generalización, su mujer repuso:

—Siempre queda la poesía.

—¿La poesía?

—La gente escribe poesía cuando se enamora.

—Querida, ¡cuántos *años* han pasado desde que te enamoraste! Ahora se usa el teléfono. ¿O acaso ese joven te escribe poemas?

—Escribe poesía, sí. Pero nunca la he leído. Supongo que será todo sobre el mar.

—Ya te digo yo que no. ¿Es que lo hace *todo* mal?

—Qué rictus de desprecio tienes siempre, como quien está constantemente resoplando. Nunca aceptas el aliento de nadie. Es tan… ¡tan *gris* por tu parte!

Había conseguido desvestirse y en ese momento entró en el cuarto de baño y cerró la puerta. Su marido tenía la habilidad de enfadarla sin remedio, consigo misma y con él. ¿Por qué le había contado que Richard escribía poesía? ¿Por qué darle esa oportunidad? Pobre Richard, su vida era la Marina y lo más probable es que fueran a deshacerse de él. Sabía que el joven veía su futuro con una especie de pánico: todas sus competencias, sus conocimientos y su lugar en el mundo arrebatados, y que no podía imaginar nada más en su lugar. Cuando en una ocasión ella había criticado que una de las Fuerzas Armadas actuara de un modo tan injusto, él la contradijo de inmediato, defendiendo de antemano cualquier decisión que sus superiores considerasen adecuada. «¿Se da cuenta? —le había dicho muy serio—. Esa es su fortaleza: no contar nunca entre sus filas con hombres que sean menos de lo que era yo. Eso es lo que hace que uno se sienta… Sí, orgulloso, ya sabe». Richard tenía frecuentes pesadillas en las que intentaba sin éxito vender aspiradoras o lavadoras y, a veces, le contaba, el objeto que estaba intentando vender se volvía más y más pequeño cada vez que fracasaba, de modo que el fracaso era también más pequeño, pero se sentía peor porque debería ser más fácil vender algo pequeño. Siempre le habían dicho lo que tenía que hacer; incluso los cauces para su propia iniciativa estaban pretrazados: quizá se cuestionara algunas de las decisiones que habían

tomado por él, pero las seguiría a toda costa con una lealtad gregaria que no exigía recompensa alguna, ni siquiera reconocimiento, sino solo permiso para continuar de servicio. La señora Fleming recordaba a uno de sus compañeros que fue a verlo a Kent y que le contó que cuando, tras horas de búsqueda, encontraron a Richard y lo arrastraron fuera del agua, congelado y sin poder ver porque en aquel momento estaba ciego, le preguntaron cómo estaba y él contestó: «Con el agua hasta los ojos», y se echó a reír. Todos se habían reído y no fue hasta que le pasaron una petaca de *whisky* cuando se dieron cuenta de que no veía. Pero, bueno, había recuperado la vista y tal vez no le dieran la patada después de todo. Rezó una breve oración para que la Marina Real le permitiera seguir arriesgando la vida a su servicio y volvió al dormitorio.

Conrad estaba en la cama leyendo a Donne.

—Necesitas más perfume —le dijo cuando la vio aparecer.

Ella miró de reojo el frasco: aún quedaba la mitad.

—Ahora, quiero decir —aclaró el otro.

La señora Fleming se sentó obstinadamente en la cama, con la bata sobre los hombros. Él dejó el libro, fue a coger el perfume y se quedó de pie a su lado.

—Estoy demasiado cansada para preocuparme por eso.

—Yo me preocuparé por ti —repuso su marido de inmediato—. Túmbate.

Sus manos eran reconfortantes, al contrario que sus ojos, que ahora estaban fijos en ella con un desapego sedante y algo satírico.

—Eres como un jardinero rociando su rosal favorito.

—Un buen jardinero rocía *todos* sus rosales —replicó este—. Poca gente sabe eludir una galantería como yo. Me estoy reservando el aliento para excitar tu pasión, ya ves.

—Ya veo —respondió ella, pero no sintió nada.

Conrad puso unas gotas de perfume en la esquina de su almohada y volvió a dejar el frasco donde estaba.

—Así. Me gusta que disfrutes de lo bueno que tienes en la vida. Ahora percibirás un leve eco de tu aroma.

—Supongo que hay filas y filas de rosales —dijo medio dormida. No es que le importara demasiado. Su marido tenía un efecto hipnótico sobre ella: cuando quería que se relajase, lo conseguía casi de inmediato—. Quizá es porque casi nunca lo haces —siguió en voz alta, pero se dio cuenta de que no iba a entender lo que quería decir y añadió, como si así lo explicara—: El contraste.

Oyó que Conrad se reía mientras apagaba una de las luces y, con un breve destello de curiosidad, le preguntó por qué.

—Me estaba acordando de cuando te metías en la cama con esa dulce peste a pasta de dientes. Hace mucho tiempo.

—¿Tan ridículo era?

—Era sencillamente encantador. ¡Qué poco sabías! ¡Qué poco te importaba! No sé qué me cautivaba más.

Estaba tumbado a su lado y entonces se inclinó sobre ella para alcanzar la otra lámpara. Cuando encontró el interruptor, se detuvo para mirarla con una expresión solemne, casi fanática.

—Estuve enamorado como un loco de ti… una vez.

—Hace mucho tiempo.

Ella creía estar sonriendo, pero no era así.

—Lo recuerdo con más nitidez en la oscuridad —dijo su marido, y apagó la luz.

Conrad dejó de hablar, lo cual completó el anonimato entre ambos, salvo por que ella reconocía sus manos venciendo la familiar resistencia de su mente hasta el momento en que, sin darse cuenta, sin amor ni afecto, lo besó. El beso no fue correspondido; se lo habría pedido a gritos o habría muerto por ello, pero de pronto no había tiempo que perder ni brindar: tenía la boca tapada y no estaba sola.

La marea, que durante tantas horas había estado subiendo, arremolinándose, acercándose a su punto más alto, forcejeaba con toda su titubeante energía y, de repente, cambió y la barrió en presurosa oscuridad al vasto estuario donde los cuerpos separados yacen en un consumado silencio.

De ese silencio, creyó que le llegaba la voz de Conrad:

—Tampoco volveré a hacer eso.

Pero ella ya se había dejado arrastrar demasiado lejos por el sueño.

TERCERA PARTE
1937

Uno

La situación empeoraba cada día más. Que hubieran conseguido llegar allí desde Inglaterra en plena ola de calor, con los dos niños, la niñera y un montón de equipaje hasta la villa que habían alquilado a ciegas con los Talbot; que la villa hubiera hecho gala, sorprendentemente, de casi todos los atributos de belleza y comodidad enumerados con fervor en una serie de cartas que su administrador les había escrito por error en inglés; que los niños apenas se hubieran mareado ni sufrido sarpullidos ni diarrea y que la niñera solo hubiese sumado, hasta ahora, uno de sus habituales cólicos biliosos; que no hubieran discutido con los Talbot y que todos estuviesen de acuerdo sobre el atractivo de Saint-Tropez empezaba a no servir de nada. Como el sol que brillaba con suave e infatigable decisión, inundando el mar de reflejos, secándoles el pelo, calando en su cuerpo, centelleando, dorando, blanqueando, quemando, impregnando e intensificando la luz y calentando el aire, dominando los colores y los olores y casi cualquier sonido salvo el de las chicharras, que parecían la mismísima señal, el frenético mecanismo del calor; como ese elemento soberano que habían venido a buscar tan lejos, el aburrimiento del señor Fleming —que habían venido tan lejos para evitar— permeaba en todo el grupo y empezaba a afectarlos y a enquistarse en todo lo que hacían. No todos eran conscientes de ello, por supuesto, pero la señora Fleming lo veía como un ente tan vivo y que crecía tan rápido que al final acabaría destruyéndolos. Aún les quedaban diez días allí; ya habían pasado catorce. Ciertas personas malgastan literalmente las vacaciones, se dijo, y él es uno de esos.

Al principio no había estado tan mal. Llegó muy cansado y la combinación de esa fatiga y el cambio de ambiente hizo que se preocupara en exclusiva por su bienestar físico. Sin embargo, había dormido con tanto denuedo, se había bañado y había comido y bebido con una atención tan científica a su propia recuperación que ahora buscaba alguna experiencia estimulante. El marido de Leila le aburría; Leila, que a veces le resultaba entretenida, estaba embarazada; ella misma (por supuesto) también le

aburría y los niños siempre le habían aburrido, decía, ya desde nueve meses antes de nacer. Ahora estaba entregado a aburrirse de Saint-Tropez: quedándose sin playas nuevas que explorar, probando todo el repertorio de su cocina, bebiendo aquel delicioso *vin du pays* en tal cantidad que en cualquier momento, estaba segura, se daría malhumorado al agua hervida, agotando metódicamente los temas de conversación, afirmando que era injusto por parte de los libros verdes de Penguin ser idénticos por dentro y por fuera, incluso quejándose del sol que, según había empezado a clamar, lo sobresimplificaba todo. No discutía con ella ni con ninguno de los demás. Tan solo los desafiaba a entretenerlo, al tiempo que dejaba claro que era imprescindible que se entretuviese.

Suponía que era culpa suya: era ella la responsable de que estuvieran en Saint-Tropez con los niños y con los Talbot. Habían planeado esas vacaciones hacía meses: ella quería llevar a los niños al extranjero, los Talbot se sumaron agradecidos a un plan que les evitaría tener que estar solos el uno con el otro y, al principio, no le había importado mucho que Conrad los acompañase o no.

Pero los últimos tres meses habían sido muy difíciles y, arrastrada por la imprevista tensión de unos celos feroces e incontrolables en su fuero interno, había sucumbido al pálido placer de dominar los acontecimientos externos: lo había empujado a decir que iría con ellos y le había hecho imposible zafarse con dignidad de su promesa. En consecuencia, ahora era muy infeliz y el descubrimiento de que le había costado treinta años llegar a entender que nada merece la pena si una acaba intrigando, si una acaba trastocando su carácter siquiera una pizca por imposición o manipulación, la atormentaba bajo aquel sol de justicia de forma tan despiadada como otro descubrimiento la había atormentado durante las grisáceas noches de verano en Londres.

Ella ya sabía, desde luego, que le había sido infiel, pero antes creía que sus escarceos eran tan esporádicos y difusos que no interferían demasiado en su vida en común. Ahora no estaba tan segura y la duda era amarga. Se dijo que, en verano, cuando se iban a Kent durante las vacaciones de los niños, él solo los acompañaba muy de vez en cuando y que su decisión de quedarse en Londres este año mientras instalaban la luz eléctrica en la casa de campo le había irritado muchísimo. Enseguida empezó a no aparecer por allí y a salir de viaje: la señora Fleming sabía que el trabajo de su marido lo agotaba hasta el punto de que en casa siempre se comportaba de malas maneras, pero casi de inmediato ella también reaccionó tan mal que no podía perdonarlo por ser el responsable de aquello. Se aficionó a ir sola a la ópera y, una noche, lo había visto en un palco con una bellísima jovencita. Lo

esperó en el salón hasta pasadas las dos de la madrugada, y verla allí vestida de fiesta, bañada en lágrimas y a esas horas le hizo perder los estribos. Había empezado tranquilo, diciendo que toda aquella escena estaba de lo más anticuada y que, si fuera a la ópera más a menudo, aprendería que un comportamiento como el suyo acarreaba siempre, sin excepción, consecuencias desastrosas, pero cuando estos comentarios no hicieron sino provocar en ella un torrente de alegaciones irreflexivas y convencionales, se volvió peligroso: le dio la razón en todo y sin reservas, ignoró sus lágrimas y la dejó con la desalentadora mención de que solo había dos tipos de personas, las que vivían vidas distintas con una misma pareja y las que vivían la misma vida con parejas diferentes; observación, dijo, que le sería imposible refutar, pues ella misma había creado por sí sola la situación que lo provocaba.

La dejó con la sensación de que había tenido apenas las razones justas al comportarse mal como para que haberlo hecho fuera tan intolerable. En el silencio de la semana siguiente, dejó de ir a la ópera. Cuando, tras pasar esa semana, su marido volvió a Campden Hill Square, ella no le hizo preguntas y él no le contó ninguna verdad: no intentaron acercarse el uno al otro y a ella le angustiaba horrores la posibilidad de haber dejado de ser atractiva a los treinta años. Durante la cena en casa de los Talbot para hablar de las vacaciones, se las había ingeniado para obligarlo a dar a entender que iría con ellos y allí estaban todos ahora…

Era media tarde y yacía desnuda entre las sábanas, despierta y muy sola. Las contraventanas estaban cerradas y reinaba la oscuridad. No le gustaba encender la lámpara y cuando antes, como hacía siempre, las había abierto, una luz abrasadora pareció golpearla y el aire de la habitación se volvió asfixiante en un segundo.

Habían pasado la mañana bañándose y tomando el sol y ahora tendrían que estar durmiendo: «echándose una buena siesta», como decía Don Talbot todos los días. Este se dormía en la terraza con el *Continental Daily Mail* sobre la cara y Leila se quedaba horas aletargada en su dormitorio. Los niños dormían como cachorritos exhaustos mientras la niñera llenaba hojas y hojas de papel violeta con una plumilla de la oficina de correos (¿qué tendría que contar, se preguntaba la señora Fleming, si por lo general se limitaba a describirlo todo como «bonito» o «no muy bonito» y a las personas como «agradables» o «desagradables»?).

¿Y él, qué estaba haciendo? A menudo elegía esas horas tórridas para irse él solo a tomar el sol en el jardín o en la playa y volvía a las cinco para darse una ducha, en apariencia fresco y recargado gracias al sol y al silencio. Después de la ducha, bebía pastís a espuertas —la absenta local, un brebaje

que, antes de diluirlo, era tan fuerte que ella no se atrevía ni a probarlo— y, a medida que los ojos se le achispaban bajo su influjo, se volvía divertidísimo, aunque de un modo tan difícil de entender para los Talbot que la dejaba en todo momento y sin remedio dividida entre su desahogo y la exclusión de sus amigos. Estas payasadas intelectuales, desde luego, no eran más que teatro: con los Talbot, se mostraba más cercana a él —o al menos tan cerca como para parecérselo a los espectadores atentos de la primera fila—, pero cuando se quedaban a solas la función terminaba, todas las luces se apagaban y ella no sabía dónde estaba. Procuraba calmarse y ser paciente, pero ni aquella vida ociosa ni el clima eran propicios para ello. Aquí una puede estallar, pensó mientras se daba la vuelta en busca de un lugar fresco entre las sábanas, y de una forma tan violenta y sin sentido como las tormentas veraniegas de esta zona. Con frecuencia, al menos dos veces al día, tomaba la decisión de hablar con él, pero tenía tanto miedo de caer en alguna de sus desesperadas locuras de Londres que no se atrevía a intentarlo. Todos los días, y en especial todas las tardes, pensaba que, si su marido le hacía el amor, podrían hablar; pero como todas las tardes y todas las noches pasaban sin que él diera el paso, se imaginaba a sí misma resistiéndose cada vez más hasta que, para tomarla, tendría que haberla deseado de verdad. Así cabrilleaba en su mente el espejismo de su deseo por ella, desvaneciéndose cada noche junto con el sol, regresando cada día en el desierto de esas largas y solitarias tardes cuando su cuerpo yacía extendido sobre la cama y su mente se dilataba en aquellas interminables horas agostadas al sol hasta que él llegaba a ducharse. Era entonces cuando sufría la derrota; día tras día, en cuanto Conrad entraba en la habitación, ella sabía que nada había cambiado y que por tanto todo era, aunque sonase ilógico, peor. A veces creía odiarlo; a veces, que lo amaba tanto que se marchitaría y moriría por la íntima conmoción de su indiferencia. Siempre se aferraba a él y a sí misma; era incapaz de afrontar lo abstracto de sus sentimientos: del amor, el deseo o la indiferencia, no podían traducirse a ningún otro término, como si —al desterrar su celosa imaginería de la joven de la ópera— hubiera desterrado todo el universo de posibilidades, dejando a cada uno sin nada más que el otro. Se construyó esta empalizada contra los embates de la humillación y todos los días, cuando volvía a hacer el mismo descubrimiento, los ataques y sus defensas se perfeccionaban con igual y espantosa eficacia, como armas de guerra diseñadas para combatirse la una a la otra.

Cada día, tras el descubrimiento, y mientras él se duchaba, ella se levantaba y se vestía para cenar con un celo ferviente, casi fanático. Todos los días se lavaba la larga y tupida melena para quitarse la sal y su piel

estaba adquiriendo un uniforme tono dorado que oscurecía poco a poco y le permitía vestirse con colores cada vez más claros hasta que, muy pronto ya, pudiera llegar al contraste definitivo del blanco. Era la clase de temporización decorativa que él le había enseñado: no vestir de blanco hasta que la piel adquiriese un tono diseñado a la perfección para llevarlo.

Consultó el reloj, que brillaba débilmente en la penumbra. Eran las cinco menos veinticinco. Estaba sopesando con desgana la posibilidad de levantarse y darse una ducha cuando oyó que en el piso de abajo una puerta se cerraba con un clic lejano pero decidido. Saltó de la cama y abrió una de las contraventanas. No quería fingir que estaba dormida, pero no soportaba la idea de que llegase y la encontrara despierta en la oscuridad.

Cuando Conrad entró en la habitación, ella estaba cepillándose el pelo, con la cabeza inclinada hacia el borde de la cama para hacerlo más fácil.

Él la observó un segundo y luego dijo:

—Los egipcios se lo lustraban con seda.

—Porque tendrían a otros egipcios que se lo hicieran —repuso ella sin detenerse.

Esperaba que entonces introdujese alguna extraña tesis sobre el cabello (parecía de humor para eso), pero se puso a llenar la estilográfica en silencio. La tensión por haberse sentido sola se hinchió y reventó sin hacer ruido; se encontraba de maravilla, sumida en una repentina paz mientras observaba la deliberada destreza con la que su marido manejaba la pluma. Soltó el cepillo para tocarse el pelo, para saber qué sensación le daría a él al tacto si en ese momento fuera a acariciárselo.

—¿Quieres darte una ducha? —le preguntó Conrad.

—A lo mejor esta noche, más tarde. —Se estiró en la cama hasta que ese bienestar le recorrió todo el cuerpo—. Estás tardando mucho con la pluma.

Aquello fue lo más cerca que estuvo nunca de solicitar su atención.

—Cuando termine con las tres iré a hablar contigo.

Ella volvió a coger el cepillo y se dedicó de nuevo a su pelo. No obstante, Conrad empezó a hablar desde donde estaba.

—Uno puede casarse con una mujer que poco a poco mejora, se crece y exagera su propio ser hasta la esencia de su aspecto original o bien con una rebosante de un tipo de belleza que se agota y se disipa, que se empaña y se desdibuja hasta que no queda ni una imagen fiel de ella misma en ningún momento, sino solo una inmensa serie de impresiones: ni siquiera dormida es una representación de sí misma, sino de alguien que fue como ella dormida. La primera resulta intelectual y estéticamente deseable: los hombres pueden verla convertirse cada vez más en lo que al principio esperaban que fuese, solo que eso era al principio y al final ya no es lo que

quieren. La segunda siempre es esquiva, decepcionante, fascinante porque no hay contraste, exasperante porque nunca se llega a nada. Se trata de una mera elección entre la mujer con una estructura ósea, una esencia, una personalidad arquitectónica que se desgastarán y una criatura de luz, colores y sombras que requiere todos los sentidos para disfrutarla, cuyo carácter está tan salpicado de posibilidades femeninas que nunca se puede definir, que avergonzará al intelecto y desafiará el deseo de belleza, pero que siempre realzará de manera inconsciente la diferencia entre los hombres a los que atrae y ella misma, un encanto de lo más reconfortante, pues proporciona un armazón para el comportamiento social y erótico. Uno nunca tiene que fingir tratarla como trataría a otro hombre. No tiene nada que preservar, pues no puede preservar su juventud; puede afrontar que la cortejen, la desposen y la violenten, ya que nunca vería una alternativa clara. No se torturaría con los rigurosos estándares del romanticismo intelectual, no relacionaría una cosa con otra salvo cuando se consintiese tales orgías de inconsecuencia que resultara divertido. Al verla por primera vez tras diez años de matrimonio, la gente se preguntaría por qué diantres ese hombre se casó con ella…

—Con el otro tipo de mujer, la gente dice con toda intención que entienden muy bien por qué lo hizo.

Conrad alzó la vista.

—Eso es.

—¿De verdad crees que solo hay dos tipos de mujer?

—Solo dos con las que me casaría. Yo siempre hablo por mí. Las opiniones de los demás son tan grises que nunca tengo la suficiente información para disertar sobre ellas. —Dejó las plumas sobre el tocador—. No me has preguntado qué tipo de mujer eres tú.

—No te he preguntado porque ya lo sé.

—No me has preguntado porque quieres que te lo diga. El segundo tipo de mujer habría preguntado porque creería que quiero decírselo.

Luego se asomó a la ventana para trabar la contraventana, que había ido cerrándose poco a poco, y añadió:

—Mañana me voy a París. En avión, desde Marsella.

La señora Fleming contuvo una exclamación de asombro y desesperación. Cogió el peine y repuso:

—Ha sido una tontería llenar todas las plumas. Se te va a salir la tinta en el avión.

—Había pensado que podrías llevarme en coche hasta el aeropuerto.

Ella hizo un leve gesto de indiferencia y se puso a examinar el peine.

—Hay un vuelo que sale de Marignane sobre las siete. Tendrías que pasar

la noche en Marsella. ¿Te importa? Si es así, puedo ir yo solo y enviar a alguien de vuelta con el coche.

Esa preocupación por si le importaba llevarlo endureció su fingido desinterés.

—¿No está más cerca Niza? ¿Por qué no vas desde allí?

—Prefiero Marsella. Me gusta más el trayecto.

—¿Vas a volver?

—No. —Se sentó a los pies de su cama—. Ni siquiera quería venir, ya lo sabes. La idea de pasar una sola noche más con los Talbot me horroriza. Estoy dispuesto a trabajar en condiciones tediosas, pero no trataré de jugar así. Supongo que a ti te gusta, o para empezar no habrías elegido venir aquí con ellos. Te veré en Londres dentro de… ¿Cuánto falta? Diez días.

—¿Y si te dijera que quiero irme contigo?

—No sería cierto.

—¿Cómo demonios lo sabes?

—Has dejado muy claro que quieres que me quede. Y yo te he dejado muy claro que quiero irme a París. No te he invitado a venir conmigo por dos razones. Una: que quiero estar solo, y dos: que eres responsable de los niños, que aún tienen diez días de vacaciones por delante.

La señora Fleming dejó el peine y escondió las manos temblorosas bajo la sábana.

—Querida, es muy frecuente que dos personas quieran cosas distintas que no pueden conciliarse. Tienes que aceptarlo porque no estoy dispuesto a que me tires a los ojos un puñado de componendas arenosas. No va con ninguno de los dos. ¿Lo entiendes?

—Es todo irrefutable.

Tenía la boca tan seca y rígida que apenas podía hablar. Deseó con todas sus fuerzas que se fuera, pero la insensatez del orgullo le decía que jamás volvería a pedirle que hiciera nada, ni siquiera salir de una habitación. Si pronunciaba una palabra más, parte de aquella emoción estupefacta, contenida, devastadora y miserable se desbordaría y los inundaría; él la vería de pronto como era en realidad y ella caería por ese desmoronado precipicio.

Mientras duró el silencio, Conrad había apartado la vista y miraba a lo lejos, por la ventana. Luego se levantó.

—Te pones en unas situaciones intolerables. Harías mejor en echarte a llorar.

Y entonces se marchó.

En la terraza, antes de cenar, la señora Fleming anunció:

—Conrad tiene que dejarnos mañana, ¿no es un fastidio?

Los Talbot coincidieron en que era un absoluto *fastidio*. En realidad no lo creían.

Después, cuando fue a darles las buenas noches a los niños, les dijo que su padre tenía que irse y ellos le preguntaron enseguida si ella también se iba. Cuando contestó que no, Julian repuso: «Bueno, entonces vale», pero Deirdre, privada del drama de que su madre la abandonase de pronto, gritó: «¡Pero nos habías dicho que aquí se iba a poner como un tizón y ahora no le va a dar tiempo!» y se deshizo en lágrimas. «No seas tonta —le replicó severo su hermano—, se va a París. Eso es Francia, puede ponerse como un tizón allí». Y la pequeña se consoló de inmediato.

Bastante más tarde, cuando estaban de nuevo en su dormitorio, la señora Fleming rompió el intenso dolor de su silencio compartido.

—Te llevaré a Marsella si quieres.

No sonaba en absoluto a concesión, sino a súplica. Estaba sentada a los pies de la cama, descalza, recogiéndose el pelo para dormir.

Él le cogió una mano y la miró. Parecía repentina e irremediablemente triste.

—Bien —dijo, y le dejó la mano sobre el regazo.

A la mañana siguiente, fue a bañarse antes del café. Había una playa diminuta cerca de la villa que estaba bien para nadar temprano, pero se quedaba demasiado pequeña más tarde, cuando incluso media docena de personas hacían que pareciese abarrotada. Ahora la compartía con un labrador negro enorme, experto nadador y muy simpático.

Era muy pronto y un día bonito. Este clima tiene como cierto aplomo, pensó, nada que ver con ese pálido temblor transitorio de una mañana de verano inglesa, una belleza que corta la respiración y se desvanece con el rocío, que se disuelve, probablemente, en uno de tantos días indistinguibles. Aquí los días empezaban como Julieta, con una mezcla cautivadora de lozanía y madurez. Hacía fresco, pero el leve pálpito de calor que perduraba de la noche anterior no llegaba a desaparecer; los colores eran roncos, agudos y equilibrados a la perfección, no parecían probar a combinarse unos con otros y no había nada de la secreta incertidumbre sesgada de la luz del alba en Inglaterra.

Estuvo nadando en la pequeña ensenada y luego se tumbó sobre una roca plana que el mar bañaba de vez en cuando con su perezoso e irregular oleaje.

Aún no había asimilado el hecho de que Conrad se fuera a París. Desde el mismo momento en que se lo dijo, había rehuido el golpe; desde que había contenido su primer grito de desesperación, desde que luego no había llorado ni suplicado, había aguantado una actuación detrás de otra —decírselo a los Talbot, decírselo a los niños, al servicio— y al fin se ofreció a llevarlo en coche a Marsella porque sabía que él detestaba conducir, porque así prolongaría el tiempo hasta que se hubiera ido de verdad y porque quería romper el insoportable silencio y el desequilibrio de sentimientos entre ellos. Sin embargo, había recorrido exactamente medio camino hacia sus ideaciones —que nunca es suficiente—, le había cogido una mano y había vuelto a replegarse… Y ahora estaba condenada al viaje en coche, pensando en la guía Michelin, en la gasolina y en dónde pararían a comer. Se cuidaba de no imaginarse el largo trayecto de vuelta sola ni su estancia en Saint-Tropez sin él diez días más. La noche anterior, mientras no podía dormir, mientras permanecía inmóvil a propósito porque no quería que él supiera que estaba despierta, había luchado contra unas ilusiones que reconocía pueriles sobre aquellas vacaciones. Había intentado no disociarlas del resto de su vida, sino verlas en proporción: tres semanas de los diez años con Conrad; de los…, ¿cuántos eran?, veinte años antes de conocerlo. Visto así, tres semanas no eran nada. Resultaba absurdo dejarse llevar por rebuscadas ideas preconcebidas: las expectativas eran algo insustancial, condenadas a competir con el inevitable y convincente peso de la realidad. El problema era que había que afrontar la realidad sin saber de antemano y con precisión cómo iba a ser. De algún modo había que encontrar y recorrer el camino de tierra firme entre los cenagales de temer lo peor y esperar lo mejor. Con cualquier cosa más compleja, uno caía en la trampa puesta por la imaginación; con cualquier cosa más simple, uno existía en una especie de vacío de mediocridad donde se negaba en redondo a jugar por si acaso perdía…

Cuando, a las ocho menos cuarto, su marido se reunió con ella en la terraza para el café, la señora Fleming ya se había lavado el pelo y había hecho el equipaje. Llevaba una camisa blanca de seda que había sido de Conrad y una falda negra de lino basto. Tenía el pelo mojado recogido hacia atrás con una cinta escarlata. Él hizo un comentario sobre su sencilla magnificencia, y ella, sacando el relojito de oro que llevaba colgado al cuello en una exquisita cadena que el mismo Conrad le había regalado, repuso sin alterarse que más le valía ir a despedirse de los niños porque tenían que salir dentro de seis minutos.

Cinco minutos después, mientras la ayudaba a acomodarse en el asiento del conductor, el señor Fleming se echó a reír y ella le preguntó:

—¿Qué?

—Pensaba en si una mujer podría ser alguna vez dueña de sí misma, de un hombre y de una situación.

—Supongo que solo si el hombre o la situación no merecen la pena. Hay que coger la N98 hasta Tolón. Luego había pensado en ir por la costa, por si queremos darnos un baño y para pasar por Cassis.

—Lo que más te apetezca.

Eso hizo que esta vez los dos se echaran a reír; era su secular preámbulo antes de hacer exactamente lo que más le apetecía a él.

Dos

Llegaron a Marsella un poco antes de las cinco. Veinticuatro horas exactas, pensó la señora Fleming. Iban por una avenida amplia y polvorienta bordeada de plátanos de sombra exhaustos que, aunque desmochados y podados con garbo, parecían igual de sucios y abatidos a causa del polvo que levantaban las bicicletas, los gigantescos camiones y los pequeños y veloces tranvías que traqueteaban recorriendo sin cesar el trayecto de ida y vuelta entre Marsella y Mazargues. La vía, como todas las vías principales de cualquier gran urbe, revestía una especie de vasta y sórdida importancia; todos los que conducían por ella tenían prisa bien por entrar o por salir de la ciudad, era un cordón umbilical con un concepto muy pobre de la vida. Las estaciones de servicio, las inmensas y toscas vallas publicitarias, los cafés a pie de carretera, la multitud de obreros industriales que salían en tropel por unos portones de hierro de una elegancia superflua, los chuchos que merodeaban por aquí y por allá… Todo parecía concebido para contemplarse a una velocidad de cuarenta y cinco kilómetros por hora, pues era una cuestión de honor para todos los vehículos exceder el límite de velocidad al menos en cinco kilómetros.

Se estaban acercando a la plaza donde paraban los tranvías.

—¿A la terminal del autobús?

—Nos queda una hora —repuso Conrad—. Vamos a dejarte instalada en el hotel.

Momentos después, añadió:

—Yo me encargo de registrarte. Luego nos tomaremos una copa.

Hacía mucho calor y, con el coche parado, era casi intolerable. El baño que se habían dado en Cassis parecía ahora increíblemente lejano y la señora Fleming empezó a lamentar su decisión de quedarse aunque solo fuera una noche en Marsella. En fin, una hora después Conrad se habría ido y ella podría hacer lo que quisiera. Y haré lo que quiera, pensó, aunque no tenía una idea muy clara de lo que querría hacer.

Su marido salió del hotel con una expresión tan enérgica, intensa e

impasible que supo que se había salido con la suya en algo.

—Me han enseñado una especie de armario con vistas a una cloaca que desde luego he rechazado. En lugar de eso, te he conseguido una enorme habitación doble que da al puerto. Ven a verla.

—¡Pero yo no necesito una habitación doble! —protestó ella al tiempo que el diminuto ascensor exhalaba un hondo suspiro jadeante y empezaba a subir muy despacio.

—Qué ridiculez de comentario. Si vivieras según el principio de tener solo y nada más que aquello que necesitas para subsistir, no disfrutarías ni un segundo en esta tierra. Esta noche, cuando lleguen las once, puede que te alegres mucho de tener una habitación lo bastante grande… —Miró de reojo al mozo del ascensor, cuyo rostro permanecía siniestramente inexpresivo—. Para ver una tormenta junto a alguien que te reconforte si estás asustada.

Luego, mientras recorrían un oscuro pasillo detrás del muchacho, le siseó al oído:

—Hay que estar casado para asegurarse una vida sexual algo irregular.

La habitación, orientada al sudoeste, estaba por supuesto a oscuras. El mozo accionó un interruptor y la estancia se iluminó con la luz parpadeante de una lámpara victoriana recubierta de oropel que hacía juego con la gruesa colcha blanca y el olor húmedo de las sábanas limpias.

—Y por el mismo precio que el otro cuchitril. Dudo que funcionen bien los grifos. No. Del grifo del agua caliente sale fría y del de la fría no sale nada. Bueno, lávate y vamos a beber algo.

Conrad abrió una contraventana y salió al abrasador balconcito.

Ella ya había llegado a una condición de tal inmediatez que solo se preocupó de buscar el jabón. Después de lavarse y de arreglarse el pelo, dirigió toda su atención superficial a la copa que se iban a tomar.

—Media hora —dijo Conrad cuando se acomodaron en una mesa que quedaba justo debajo de su habitación y con vistas directas al puerto.

Su mujer lo miró distraída.

—Tengo que irme dentro de media hora.

—¡Ah! Sí, ya.

—¿Qué quieres tomar?

—Un fino.

Parecía estar observando a la gente que iba y venía, a los que daban vueltas, escupían, se quedaban mirando a algún punto fijo o acechaban en la carretera y en el muelle que tenían enfrente, pero no los veía. De pronto, y con amarga claridad, se había acordado de su estancia en París con Conrad. Se dio cuenta de que la abandonaba y se iba a París, de entre todos los sitios posibles, y una ola de celos la invadió con tal violencia que no podía ver ni

hablar. A través de aquella bruma turbia y mareante, le oyó decir: «¡Pero si es Thompson!» y, para cuando recuperó el control de sí misma, otro hombre se había sentado con ellos. Se dio cuenta de que Conrad se lo había presentado y sonrió. Ya habían traído su brandi; se lo bebió y se recostó sin fuerzas en la silla de mimbre.

—… he llegado esta misma tarde —estaba diciendo aquel hombre.

—¿En avión? Oye, ¿qué quieres tomar?

—Lo que me apetece de verdad es un *whisky* con soda. Y tu señora querrá otro coñac o lo que fuera eso.

Se sacó un manoseado paquete de Gold Flake del bolsillo de la camisa y se lo tendió con cortesía.

—¿Fuma de estos?

—No, gracias —repuso ella. (Qué hombrecillo tan tedioso, ¿dónde demonios se lo habrá cruzado Conrad?).

Mientras esperaban las bebidas, el tipo se rascó la nuca y luego se la secó con cuidado con un pañuelo de seda sucio estampado con dibujos de anclas.

—Me contrataron para traerle el barco a un individuo —les explicó al tiempo que se guardaba el pañuelo en un bolsillo del pantalón—. Hace calor por aquí, ¿eh? —Cogió un cigarrillo de aspecto mustio y miró inquisitivo a su alrededor—. ¿Harías el favor de darme fuego?

—¿Qué clase de barco? —preguntó Fleming enseguida. Su mujer, con cierto resentimiento, se dio cuenta de que parecía interesado de verdad.

—Un arrastrero Brixham reconvertido, ¡y de qué manera! Para mí que lo han remozado entero: madera de teca por todas partes, un elegante palo mayor de aluminio, dos juegos nuevos de velas, un condenado motor de la reoca que han montado esta primavera, una *bañera*, unas once grímpolas y un mono. Ha costado un año restaurarlo y ahora no lo reconocería ni el que lo construyó, un trabajo de lujo. Hombres de negocios jugando a ser marineros. Este jugó una vez y se quedó encallado en Bramble Bank. Habría puesto a la tripulación a jugar al fútbol allí mismo si hubieran tenido otro equipo al que enfrentarse.

El cigarrillo, que había tenido colgando de la boca y sin encender durante toda esa perorata, se le cayó entonces —fofo— sobre la mesa. Lo recogió, sacó unas cuantas hebras sueltas de tabaco y aplanó el extremo con el pulgar.

—¿Tienes que dejarlo aquí? —le preguntó Fleming.

—No. Cannes es el final del viaje, pero voy adelantado sobre la fecha prevista. Había pensado en quedarme por aquí un par de días y comprar plátanos para el mono. —Miró a su espalda, por encima del respaldo de su silla, y dijo—: *Pouvez-vous m'obliger avec une lumière?*

Un francés sonrió con fatigada displicencia y le dio una caja de cerillas.

—*Merci beaucoup* —siguió Thompson—. Años para aprender a decir eso, pero siempre me las arreglo.

Al fin se encendió el cigarrillo, que dejó de ser el excepcionalmente sórdido objeto que ya había empezado a obsesionar a la señora Fleming. Aquel hombre se parecía bastante a un mono en sí mismo, pensó, un mono inglés, si no era demasiado contradictorio. Hacía gestitos animales, sin complejos, y se concentraba en extremo en el cigarrillo, en la caja de cerillas y en secarse el sudor de la nuca con el pañuelo. Decía cualquier cosa que se le pasara por la cabeza sin pararse a pensar y, cuando no tenía nada que decir, los observaba con una parsimoniosa curiosidad infantil que parecía por completo física: «¿De qué color es ese traje? ¿Soy yo el único que se asa en este sitio?», nada más complicado. Por lo demás, era menudo y muy moreno y daba la impresión de tener mucho vello.

Se le había ocurrido otra cosa.

—Oye, Fleming, ¿por qué no vienes a ver el barco?

—Por desgracia, me marcho casi ya mismo.

—Tiene que coger un avión —aclaró su mujer en un intento por mostrarse complaciente al respecto. Se había terminado su segundo fino y se sentía mucho mejor.

—¡Qué lástima! —Thompson parecía decepcionado de verdad. Apuró la copa a conciencia y luego se volvió hacia ella—: Supongo que usted no querrá venir a verlo. Es un barco precioso… —añadió al final con una especie de cordialidad ansiosa, como si, de no ser tan encantador, jamás se hubiera atrevido a proponérselo.

La señora Fleming alzó la vista, vacilante; no tenía el menor interés en ver el barco de aquel hombrecillo y advirtió la mirada de su marido golpeándola con deleite satírico, esperando a descubrir cómo salía de aquello y decidido a no ayudarla. Sacó el reloj que llevaba colgado por debajo de la blusa y consultó la hora.

—Primero tengo que asegurarme de que Conrad no pierda el avión.

—Mi mujer habría sido una secretaria admirable. —A tirones, Fleming acercó su silla a la de Thompson—. ¿No es fascinante que a todas las esposas les ofenda que les digan eso y que a todas las secretarias les moleste que les digan que habrían sido fantásticas esposas?

—Es por el tiempo verbal —repuso el otro con calma—. A ninguna mujer le gusta que le digan lo que fue ni lo que pudo haber sido. A ellas les gusta el futuro… El futuro y el presente.

De pronto, aquel tipo la miró y sonrió, dejando al descubierto unos dientes perfectos y deslumbrantes.

—Para un hombre, en cambio, sin pasado no hay ningún futuro. —Conrad parecía haberse olvidado del avión, no se mostró sorprendido por el inesperadamente perspicaz (para ella) comentario de Thompson y estaba saboreando lo que él mismo acababa de decir con ese gesto pausado y atento que, como bien sabía su mujer, servía de prólogo a horas de conversación.

Por un momento, la señora Fleming pensó en dejar que perdiera el vuelo: pero querrá coger otro más tarde y, para entonces, ya no estaré tensa, solo hundida en el fango y de mal humor por su marcha. Se levantó de la mesa.

—Voy a asegurarme de que no hayan sacado tus maletas del coche. ¿Tres minutos? —Luego se dirigió a Thompson—: Que no se retrase, he conducido muchos kilómetros para traerlo al aeropuerto a tiempo.

Madre mía, hasta eso sonaba un poco histérico, pensó mientras cruzaba el hotel. Había empezado a sentirse muy acomplejada, como si fuera demasiado alta y los brazos le colgaran de forma extraña y no pudiese ver nada con claridad; como si caminara demasiado rápido y haciendo demasiado ruido, oyendo retumbar sus pasos a un ritmo atroz y desacompasados con su corazón. «Demasiado henchida de sí misma», dijo de ella una niñera cuando era pequeña, y ahora pensaba que era angustioso ser así y que regalaría lo que fuera de sí para no tener tanto… Solo que nadie lo aceptaría, concluyó mientras con dedos fríos y torpes rebuscaba en el bolso la llave del coche.

Su marido apareció minutos después y acompañado por Thompson. Pese a saber que le vendría bien no estar a solas con Conrad, le molestó que fuera con aquel tipo como le habría molestado cualquier otra tercera persona. El coche había estado a la sombra, pero era absurdo que se hubiera quedado tan helada mientras esperaba. Aún fuera, Fleming dudó un momento, hasta que Thompson le dijo:

—No, ve tú delante.

Era un comentario inofensivo que no tenía por qué exasperarla.

—Venga, decídete ya —le espetó a su marido— o perderás el maldito autobús.

Los dos hombres subieron al coche.

Habían perdido el autobús. Lo vieron desaparecer colina arriba cuando llegaron a la terminal.

—Thompson puede llevarme —dijo Fleming.

Ella lo ignoró y empezó a conducir más rápido de lo necesario en dirección a Marignane.

Conrad fue hablando con Thompson todo el camino. La señora Fleming se percató de que este contestaba solo con monosílabos y se preguntó qué

demonios estaría pensando, aunque no tenía por qué pensar nada y, en cualquier caso, pensar no parecía lo suyo.

A pesar de su forma de conducir, el autobús seguía por delante —sobre todo porque no se vio capaz de adelantar a aquel tremendo armatoste tambaleante— y llegaron casi a la vez. Se bajaron los tres del coche y Thompson sacó las maletas y las puso en una camioneta que esperaba allí al lado. Se quedaron junto a la puerta por la que los pasajeros del autobús iban abalanzándose en tromba.

—Que pasen —dijo Thompson—. Viajan todos así.

Esperaron hasta que el último (tal vez el más débil) consiguió pasar a empujones y de mal humor y la puerta se quedó vacía. Estaba aterrizando un avión. Cuando pasó rugiendo por encima de ellos, Fleming se volvió hacia Thompson y se despidió de él con un cálido apretón de manos.

—Ha sido un placer volver a verte. Ven a visitarnos en Londres. Mi mujer te dirá dónde vivimos. Cuida de ella por mí, seguro que puedes hacerlo si lo intentas.

Thompson también le estrechó la mano y le deseó un buen viaje. Conrad se volvió entonces hacia su esposa y le puso una mano en el hombro. Ella, que como una idiota pensó que iba a besarla, alzó el rostro.

—Pásatelo bien —se limitó a decir el otro, bajó la mano y cruzó la puerta.

Se había ido. Mortificada en lo más profundo, la señora Fleming se volvió hacia Thompson: tenía la mirada fija en el avión que acababa de aterrizar en la pista que quedaba a su derecha. Sabía que la había visto esperar un beso y notó las lágrimas hirvientes de la humillación quemándole los ojos.

Que la abandonara así era demasiado. Y con ese extraño hombrecillo de testigo. Fingió observar el avión y lo oyó volver al coche. En realidad no veía nada, pero lo peor de un comportamiento ridículo o vergonzoso era interrumpirlo: el mero hecho de parar lo resaltaba y cualquiera podía darse cuenta, incluso ese tal Thompson.

Caminó despacio hacia el coche, intentando recomponerse.

Aquel tipo estaba apoyado en la carrocería, aplastando algo en el suelo con un pie. Llevaba unas alpargatas que en algún momento debieron ser de color azul oscuro y se habían desteñido hasta adquirir un tono malva veteado.

—¿Nos vamos?

—No tiene mucho sentido quedarse aquí —repuso ella. Se notó la voz tensa por el esfuerzo que hacía para que no le temblase. (Mierda, de mal en peor).

—¿Quiere conducir o prefiere dejarme a mí?

—Supongo que mejor lo llevo yo.

Thompson le dirigió una mirada amistosa y especulativa y le abrió la puerta.

Cuando ya estaban los dos en el coche, le preguntó:

—¿Le importa que fume?

Ella negó con la cabeza y él volvió a sacar el manoseado paquete.

—¿Habrá alguna cerilla por aquí?

—Pruebe en el compartimento delantero.

Thompson tiró del pomo y este se cayó al suelo.

—Lo siento. Estaba suelto. —Lo recogió y lo examinó con detenimiento —. Menuda chapuza. Yo lo habría hecho mejor.

—Aún puede abrir el compartimento si lo coloca con cuidado.

—Sí, ya, pero no entiendo cómo tienen la jeta de hacer algo tan mal.

—No importa. Usted enciéndase el cigarrillo. Ya haré que lo arreglen.

El hombre le miró las manos, que yacían exánimes sobre el volante. No había hecho el menor amago de arrancar.

—¿Buscamos algún sitio para tomar una copa? —le sugirió.

De pronto, una de las manos de la señora Fleming salió disparada hacia el pomo, que él estaba tratando de encajar de nuevo en su sitio con sumo cuidado. Lo empujó y lo giró, el compartimento se abrió y el pomo volvió a caerse.

—Ya está.

Pero no había cerillas. El compartimento estaba vacío. Después de buscar, Thompson volvió a mirarla.

—Se siente fatal, ¿no?

Ella no se movió ni contestó. Él le tocó un brazo y dijo:

—Déjeme conducir. Ya ha hecho bastantes kilómetros por hoy.

En cuanto la rozó, la señora Fleming rompió a llorar; se desmoronó delante de él sin decir una palabra.

Echó la cabeza hacia atrás, como para detener las lágrimas, y se aferró con fuerza al volante. Él esperó un momento y luego, con tacto, fue haciendo que aflojara los dedos y le sostuvo las manos. No le dijo nada, solo iba destensándoselas como si fueran las de un animal nervioso que se hubiera asustado; no la trataba como una mujer compleja y sofisticada a la que no conocía y cuyas lágrimas serían un bochorno insoportable, sino como trataría a cualquier criatura afligida, con una amabilidad física y natural que era instintiva en él.

Poco a poco, según cesaba el primer arrebato de llanto y las últimas lágrimas le resbalaban más despacio por las mejillas, aún en silencio y distante, la señora Fleming movió la cabeza y la sacudió levemente, como

para terminar de liberarse. Él le colocó las manos una sobre la otra y aquello, descubrió, le resultaba reconfortante.

—Lo siento.

—Y yo.

Thompson salió del coche para que ella se cambiara de sitio. Ya en el asiento del conductor, se inclinó para recoger el pomo del suelo y se lo guardó en el bolsillo.

—Luego lo arreglo —dijo al tiempo que arrancaba el motor.

Más tarde, observó:

—Las bujías necesitan una buena limpieza. Otro trabajito para mí.

—¿Le *gusta* limpiar bujías y cosas así?

—Me gusta que un coche vaya suave. Y es imposible sin un buen mantenimiento. Me gusta hacerlo yo mismo porque así sé que está bien hecho. ¿Paramos a beber algo? Luego podrá dormir un poco.

—¿Cómo sabe que quiero dormir?

—Porque si se toma una copa y echa una cabezadita, luego le apetecerá una comida en condiciones —repuso el otro muy serio.

Ella casi se echa a reír.

—¿Y eso es algo tan bueno?

—¿El qué es algo tan bueno?

—Que tenga que beber y dormir para querer comer.

—Por supuesto. A ese respecto, tiene mi palabra. No soy ningún intelectual, ni una de esas personas excitables ni qué sé yo, así que claro que pienso mucho en comer y en beber y en dormir.

—Le gusta que la gente funcione en condiciones, como los motores.

—Eso es.

Conducía bien. Tal vez debería darle más conversación.

—¿Le resulta pesado tener que acordarse de conducir por la derecha?

—No. Las carreteras son fáciles. Inglaterra y Escandinavia por la izquierda; en el resto del mundo, por la derecha. Los ríos son mucho peores: te cruzas con gigantescos barcos cisterna que se te echan encima por hacer la gracia si creen que no conoces las normas de paso; los ves venir directos hacia ti y, si estás en una embarcación pequeña, acabas empapado.

—¿Se dedica profesionalmente a los barcos?

—No. Ni siquiera tengo uno. Hago lo que me va surgiendo. Podríamos parar aquí. No tiene mala pinta, ¿verdad?

Era un modesto café con una terraza cerrada por anchas celosías cubiertas de enredaderas.

Tomaron Cinzano con coñac. Los manteles eran de cuadros, de un tono verde hierba, y sobre una de las mesas se agazapaba un gatito escuálido y de

aspecto asalvajado.

—*Il a peur, toujours peur* —dijo la chica que les sirvió las bebidas cuando comentaron el patente terror del animal. Luego, cuando al intentar tocarlo este retrocedió casi gruñendo de miedo y animadversión, añadió en tono indiferente—: *C'est affreux*.

Thompson le hizo un gesto chasqueando los dedos, solo una vez y sin ninguna intención, pero había estado observándolo y el gato se volvió hacia el ruido. Luego el animalito saltó de la mesa, se acercó despacio hasta quedarse a sus pies y miró hacia arriba, cauteloso y sin parpadear, con aquellos ojos vítreos y amarillos. Entonces, de un salto elegante y perfecto, se le subió encima, se acomodó y recogió las patas al tiempo que apoyaba la cabeza en su camisa.

La señora Fleming vio cómo le acariciaba el huesudo lomo y que el gato, al parecer tranquilo y aliviado, ahuecaba el ralo pelaje en un intento por hacerse exuberante.

—No parece que lleve una buena vida, ¿verdad? —dijo el hombre.

—¿Es un gato intelectual?

Él la miró sin entender.

—¿A qué se refiere?

—Nunca había bebido brandi con Cinzano. —De pronto se sintió cohibida, pero también aliviada porque le dio la impresión de que, con él, no tenía por qué sentirse así.

—A mí me gusta. ¿Quiere otro?

—Sí, por favor.

Mientras esperaban, ella se pintó los labios y él la observó con el mismo interés amistoso y la misma curiosidad que había mostrado al conocerla un rato antes. Con la mayoría de la gente, no se habría puesto a maquillarse así sin más, pero él era distinto: tan espontáneo que no importaba; no era el tipo de hombre que considerase aquello ni una muestra de intimidad ni de mal gusto. No obstante, al terminar, le dedicó una sonrisita algo frívola, como admitiendo la necesidad pero a la vez desaprobando lo que había hecho, y él le devolvió el gesto.

—Ahora está perfecta.

Momentos después, para tratar de simpatizar con las necesidades de su acompañante como creía que él había intentado hacer con las suyas, la señora Fleming le advirtió:

—Será mejor que compre cerillas.

Thompson pagó las bebidas y las cerillas haciendo uso de su pésimo francés. Cogió al gato con suavidad para dejarlo sobre la mesa y volvieron al coche.

—¿Qué hora es?

Ella miró el reloj y se lo dijo.

—Tengo que volver al barco. La llevaré al hotel para que descanse.

—Creía que era mi misión inspeccionar ese barco. —De pronto descubrió que no quería quedarse sola.

—Puede verlo mañana si quiere. Si la llevo esta noche y sin avisar, la tripulación empezará a desnudarse y no podré enseñarle nada.

—¿Por qué iban a hacer eso?

—Es una vieja costumbre de los marineros si de repente se encuentran con una mujer a bordo y no los han avisado para limpiar. A la mitad les he dado permiso para desembarcar esta noche y tengo que comprobar que no se hayan ido todos… Que no se hayan tomado un permiso a la francesa, podría decirse.

El hombre se echó a reír y la señora Fleming empezó a encontrar reconfortante y entrañable ese continuo disfrute real que mostraba en todo lo que hacía. No quería cenar sola.

—Si me duermo ahora, no me levantaré para la cena.

—No, si depende de usted, es probable que no pueda. Había pensado en pasarme por el barco, echar un vistazo a la tripulación, recoger algunas herramientas con las que arreglarle el coche y volver para despertarla dentro de una hora. Luego saldremos a buscar un buen marisco. ¿Le parece bien?

—Sí —dijo ella sin más, pues en verdad era justo lo que quería.

El rostro de Thompson se había retorcido en una expresión más simiesca que nunca con el esfuerzo de hacer todos esos planes. Cuando ella accedió, él la miró sonriendo: tenía una sonrisa afable y educada y los ojos, ahora se daba cuenta, como dos cálidas y diminutas castañas.

—¡Hurra! —exclamó este, y no le pareció que sonara ridículo en sus labios.

Tres

De vuelta en su amplio alojamiento, la señora Fleming se dio una ducha, se deshizo el peinado y abrió las contraventanas. El sol se había puesto, el crepúsculo etéreo y gris se coló en la estancia y, casi de inmediato, empezó a oscurecer y a replegarse. Entonces se envolvió en el albornoz de baño blanco destinado a un teórico segundo huésped de la habitación doble y se echó a dormir.

Se despertó muy despacio, consciente de la lejana luz oropelada junto al puerto, de los nítidos sonidos de la noche que había comenzado en Marsella y que llegaban desde la calle, de las ventanas que enmarcaban un cielo difuminado y oscuro ahora turbado por los relámpagos, silencioso, sin truenos, y luego de Thompson que estaba de pie junto a la cama.

—No tenga prisa —le estaba diciendo—, despertarse es horrible.

Sin embargo, ella se estiró y disfrutó de la recuperación gradual de sus sentidos hasta espabilarse del todo.

—Le he traído algo de beber.

Se lo había servido, fuera lo que fuese, y le estaba tendiendo una copa.

Cuando se incorporó, vio una tenue figura reflejada en el espejo que había en el otro extremo de la habitación, de cara a la cama: una figura bronceada y casi desnuda salvo por el reluciente albornoz blanco que le tapaba un hombro y el cabello oscuro que caía en cascada hacia las sombras. De no ser por el reloj de oro colgado al cuello y el brazo extendido para coger la copa, no se habría reconocido de inmediato; tan inesperada fue aquella imagen, tan distinta le pareció de la idea que tenía de sí misma. Los negros y dorados y la viveza del blanco —incluso la actitud de ese feroz y hermoso reflejo— la hinchieron de una repentina y deslumbrante vanidad.

Y allí estaba Thompson, tendiéndole la copa. Ella se arrebujó en el albornoz y la cogió. El otro no dijo nada y la señora Fleming, cuando el rubor que parecía originarse en su mente se le extendió a la piel, pensó que por suerte era solo aquel hombre y no otra persona cualquiera. Una idea, como toda ella, desencaminada por completo.

Bebieron y luego, mientras se vestía, él se sentó a fumar en el balcón y le iba contando lo que veía:

—Un negro vendiendo tortugas. Las tiene amontonadas unas encima de otras en una caja naranja, pobres bichos. Y dos chiquillos haciendo trucos de magia, aunque no se les da muy allá.

—¿Aún hace calor?

—Se está bien. No pasará frío.

Era como si lo conociera de toda la vida. Se esmeró al máximo en arreglarse: la imagen del espejo, que al examinarla más de cerca pensó que no se le parecía en absoluto, la empujaba no obstante a competir en cierto modo con su exótica improbabilidad.

Thompson volvió del balcón justo cuando se estaba poniendo los pendientes, unos aros de plata.

—He encontrado un sitio para cenar. ¿Tiene las orejas perforadas?

—No. ¿Debería?

—No lo sé, pero yo puedo hacerle los agujeros si quiere.

—¡Vamos, Thompson! ¿También ha cogido herramientas para eso en su barco?

—Lo he hecho otras veces.

—En ese caso, tendría que adaptarme también todos los pendientes. Veinticuatro pares.

—Solo le puedo apañar los que no estén esmaltados —le explicó el otro muy en serio—. Si se calienta con llama, el esmalte salta.

—Ya le avisaré si cambio de opinión.

No estaba segura de no haberlo ofendido. Momentos después, cuando salían de la habitación, añadió:

—Sabe hacer muchísimas cosas.

—A veces puedo ser útil.

La señora Fleming vio que Thompson llevaba su albornoz blanco colgado del brazo.

—¿Y eso?

—También puede ser útil.

Cenaron y hablaron. La conversación era tranquila, casi desganada; la comida, muy buena. No debatían ni discutían ni se contaban el uno al otro la historia de su vida ni ninguna otra. Él no era ni muy divertido ni tampoco aburrido. No esperaba ni quería siquiera, al parecer, que lo entretuviesen. Estaban los dos concentrados en la cena, no con la feroz apatía de las parejas francesas que había a su alrededor, sino con el codicioso placer de quien no acostumbra a comer ni tan bien ni acompañado.

Cuando terminaron, ella dijo que quería algún licor muy dulce, a

sabiendas de que Thompson no se arredraría ni la trataría como a una necia sin gusto. Se tomaron dos cada uno y luego él pidió una botella de coñac.

—Me apetece un cigarrillo francés —dijo de pronto la señora Fleming.

Cuando la muchacha les llevó varios paquetes sobre una bandeja, eligió uno azul y miró inquisitiva a su acompañante.

—Esos son muy fuertes —le advirtió este—, coja el amarillo. A menos que le gusten así.

—Me gustaba el color.

Sin embargo, cogió el paquete amarillo. Él le dio fuego y la observó disfrutar de las primeras caladas.

—No fuma mucho, ¿verdad?

—Antes fumaba demasiado, así que ahora ni lo pruebo.

Qué extraño, pensó mientras le sonreía, lo que debería parecer muy íntimo nos resulta fácil y esta revelación tan convencional parece muy íntima. Había olvidado aquellas minúsculas inversiones de sentimientos que con ciertos tipos de vivencias alteran los contornos de cualquier noción asentada.

Thompson pidió la cuenta y ella empezó a preocuparse por la cantidad de dinero que le estaba costando, de modo que, aunque con bastante timidez, se lo dijo.

—No se preocupe —repuso este al tiempo que sacaba una sucia y estropeada cartera repleta de billetes igual de sucios y manoseados—. Me pagaron un adelanto por el viaje y así es como me gusta gastarlo.

—Sí, pero se lo está gastando el doble de rápido.

—No creo —replicó Thompson en tono despreocupado—. Si estuviera solo, me lo estaría bebiendo.

—Pero no estaría solo, claro.

Acababa de caer en la cuenta. Él le dedicó su acostumbrada sonrisa cándida y amistosa.

—No si pudiera evitarlo.

Ya fuera, donde la brisa era como terciopelo cálido, vacilaron. El cielo, ahora rebosante de estrellas, no estaba del todo oscuro; las personas que había por la calle eran sombras densas; sus conversaciones, patentes pero ininteligibles, el eco de la cháchara a la luz del día.

Enseguida se vieron absorbidos por este ambiente y el calor de la sangre y se subieron al coche en silencio.

—¿Le gustaría dar una vuelta e ir a algún sitio? He pensado que podríamos darnos un baño.

Ella asintió y luego se dio cuenta de que probablemente no podía verla y dijo que sí.

—¿Sabe adónde ir?

—Creo que sí. Le he echado un vistazo al mapa mientras usted dormía. En cualquier caso, suelo orientarme bastante bien. —Momentos después, añadió—: La llevaré de nuevo al hotel sin problema, siempre encuentro el camino de vuelta.

—Como un gato o una paloma —murmuró la señora Fleming—. No estaba preocupada.

Más tarde, le comentó:

—Hoy he entrado a la ciudad por esta carretera.

Era la única referencia que había hecho hasta entonces de cualquier cosa que le hubiera pasado antes de conocerlo. Para cuando Thompson encontró una pequeña cala donde poder bañarse, la luna —tardía y encantadora— ya había aparecido. Las rocas a uno y otro lado describían dos curvas muy marcadas y formaban como una lagunita donde el agua del mar iba a parar a la orilla de cálida arena blanca.

—¿Le parece bien?

—Es increíble. Aunque, claro, en cierto sentido, uno acaba acostumbrándose.

—¿A qué?

—Ah, a que sea como… *La isla de coral* o *Dos años de vacaciones.*

—Eso son libros, ¿no?

—Libros infantiles. Pero no hay un equivalente para adultos salvo algunos fragmentos como el comienzo de *Erewhon.*

—Entonces le gusta leer.

No era la envidiosa acusación del ignorante, sino una mera constatación.

—Sí. Crea nuevas necesidades y, a veces, los libros muy buenos las satisfacen.

Habían ido abriéndose paso por el camino que bajaba desde la carretera y ahora los pies se les hundían silenciosos en la arena. No había nadie más en la pequeña ensenada.

—Yo una vez estuve de aprendiz en una fábrica de calderas. Entonces tenía que leer. Mamotretos aburridísimos llenos de diagramas.

—¿Y antes de eso?

—Leímos una obra de teatro en la escuela. No me acuerdo de mucho, solo de que empezaba con un naufragio. Es curioso, intentar empezar una obra así, ¿no le parece?

—Muy difícil.

El bueno de Thompson, pensó; solo conocía su apellido: el bueno de Thompson. Estaba satisfecho porque había encontrado una roca bastante cómoda: extendió el albornoz para ella y su propia toalla, sacó el brandi y la

invitó a subir.

—Como si la hubieran tallado para mí.

—¿Quiere fumarse otro cigarrillo?

El hombre se tentó los bolsillos en busca de los Gauloises que habían comprado en el restaurante y sacó el pañuelo de seda estampado con dibujos de anclas. Ella lo miró con afecto.

—Thompson, qué maravilla de pañuelo. ¿Dónde lo compró?

Él aún estaba buscando su paquete de tabaco.

—Lo he dejado en el coche, se lo traigo.

—En realidad no me apetece. —La señora Fleming estaba contemplando el océano. Notó que el otro iba a poner en duda lo que acababa de decir y repitió—: De veras, no quiero fumar.

—He arreglado el pomo —repuso Thompson entonces. Se había encendido un Gold Flake.

El mar parecía cubierto por un barniz de óleo plateado que se extendía en una capa muy fina y se quebraba antes y después de cada ondulación rítmica e infinitamente suave de aquellas aguas negras. Más hacia dentro, las oscuras líneas se estrechaban y parecían menos agitadas, hasta que ya cerca del horizonte era como una lámina de plata rígida e inmóvil.

—Bien —contestó ella algo ensimismada. Luego se espabiló y puso las manos detrás de la cabeza—. Es decir, gracias, por supuesto.

De pronto le entraron ganas de estar allí, en el mar de plata, más allá de las fluctuantes olas, en la línea que tocaba el cielo. Se levantó.

—Quiero bañarme.

Bajó de un salto por la parte de la roca que daba a la ensenada. El agua quedaba a solo unos metros, pero la arena estaba seca. El deseo de sentirse en el mar era tan urgente que oyó cómo la blusa se le rasgaba un poco al sacársela de un tirón por encima de la cabeza. Cuando ya se había quitado la poca ropa que llevaba, se acordó del reloj y, con un leve suspiro ahogado de impaciencia, buscó el cierre de la cadenita. Lo guardó en el bolsillo de la blusa, se quitó los zapatos de dos puntapiés y corrió hacia el agua. Cuando esta le llegó a la altura de las rodillas ya no podía correr, dio varias zancadas más, largas y arrastrando las piernas, y se miró: su cuerpo se había vuelto blanco a la luz de la luna y las olas le bañaban los muslos. Las gotas de agua salpicada brillaban argénteas sobre su piel. Miró una vez más el hermoso horizonte y se lanzó hacia él.

Thompson se unió a ella muy pronto, o mucho tiempo después, y empezó a nadar a su lado, pero no cerca, dejándole el silencio. Cada vez que la señora Fleming miraba hacia delante, el plateado filo del mar le parecía tan nítido y tan perfecto en la distancia como lo había visto desde la orilla. Sin

embargo, cuando luego volvió a mirar, ese filo se había estrechado y después, de pronto, ya no estaba; las aguas se habían oscurecido hasta convertirse en una negra infinitud y no había horizonte. Gritó y trató de darse la vuelta, pero una suave ola negra la sumergió; después, se quedó desorientada y sin fuerzas para ubicarse: solo sabía que tenía que respirar y que respirar suponía mantener un continuo y dificultoso movimiento.

Cuando Thompson llegó hasta ella, intentaba mantenerse a flote y las olas, de costado, hacían que el pelo se le pegase a la cara. Notó que la cogía de las axilas y tiraba de ella hacia arriba.

—¡La luna se ha ido! —Tenía la voz desgarrada de angustia—. Era todo igual, todo estaba oscuro.

—No del todo —repuso él. Le retiró el pelo hacia la nuca y le dio la vuelta en dirección a la orilla—. Por allí, ¿podrá o quiere que la lleve?

Ella no dijo nada, pero empezó a nadar obediente mientras él la dirigía. Las olas corrían ahora tras ella, la sobrepasaban con una especie de fluidez espectral y luego se alejaban en la negrura; cada una perdiendo su identidad justo antes de ser reemplazada por la nueva mole suave y apresurada de otra más. Thompson nadaba con ella, sujetándole el pelo, y ella se movía despacio, ya muy cansada, pensó el hombre.

Después de un rato, le dijo:

—¿Quiere descansar?

—¿Cuánto queda?

—No mucho. —Se habían alejado bastante mar adentro, pero ya no podía quedar mucho más.

La señora Fleming hizo un ruidito inarticulado y continuó. A él le dolía el brazo por el esfuerzo de ir sujetándole el pelo y, por un momento, se preguntó si de verdad estarían avanzando o si la corriente los arrastraba hacia atrás o los alejaba hacia un lado.

La orilla apareció de pronto: no parecía haber nada salvo agua delante de ellos y, de repente, a solo unos metros, ahí estaba la playa. Lo vieron los dos al mismo tiempo, el fin irregular de las olas y la quietud de la arena apenas blanca. Thompson quiso comprobar la profundidad, pero notó el débil esfuerzo de la mujer por continuar y no la detuvo. La señora Fleming siguió nadando ya en los bajíos hasta que la cabeza, los hombros y los brazos estuvieron fuera del agua. Él se levantó y le tendió una mano para ayudarla, pero ella se quedó tumbada muy quieta, bocabajo y con los brazos extendidos sobre la arena por encima de la cabeza, mientras el agua le subía y bajaba con suavidad por la espalda. Thompson buscó su roca: estaba a una distancia indeterminada a la izquierda. Luego se inclinó sobre ella. Le parecía que estaba temblando y pensó que tal vez lloraba, pero cuando le

dijo que las rocas estaban cerca e intentó ayudarla a levantarse, ella lo miró con esa débil sonrisa suplicante propia del agotamiento más absoluto.

Mientras la llevaba despacio por la ensenada, la luna empezó a reaparecer y, para cuando la tumbó de nuevo en su roca, el mar era otra vez como la marcasita y su cuerpo estaba bañado por la fría luz de la noche. La cubrió con el albornoz y fue a por el brandi. Empezaba a tener mucho frío y se envolvió en la toalla, encontró el cuchillo y descorchó la botella. La señora Fleming seguía recostada en la roca, tal y como la había dejado. Tenía los ojos cerrados. La rodeó con un brazo y le levantó la cabeza.

—Tome. Brandi.

Ella abrió los ojos, bebió un poco y se atragantó. Thompson esperó un momento y luego volvió a intentarlo, pero ella se apartó.

—Sabía que iba a atragantarme.

—La vaciaré un poco.

Bebió y notó el líquido quemándole la garganta por dentro y resbalándole frío por el cuello.

La señora Fleming había empezado a tiritar de forma convulsiva, le temblaba todo el cuerpo y los dientes le castañeteaban contra el borde de cristal de la botella: Thompson le derramó algo de brandi por encima, casi tanto como lo que consiguió que bebiera en su desesperado intento por detener los escalofríos. Verla temblar así lo asustaba más que cualquier otra cosa, le daba la impresión de que iba a romperse en pedazos. Dejó la botella y empezó a frotarla con ímpetu. Momentos después, ella se incorporó un poco y se quedó sentada con la cabeza en las rodillas, mientras él seguía frotándole la espalda con fuerza, metódicamente, hasta que poco a poco notó la lasitud de sus cuerpos entrando en calor de nuevo.

—Beba un poco más, le traeré su ropa.

Cuando volvió, la señora Fleming estaba otra vez apoyada contra la roca y enseguida le ofreció el brandi. Él dejó la ropa a su lado y cogió la botella.

—Gracias por sujetarme el pelo —dijo la mujer.

Hablaba con calma, pero los ojos le temblaban suplicantes con una expresión que, como Thompson no entendía del todo, decidió malinterpretar.

—¿Quiere un Gold Flake?

—Fume usted. Creo que le vendrá bien.

Thompson se fumó el cigarrillo y se vistió. Los dos bebieron un poco más y ella intentó desenredarse el pelo.

—Yo dejaría eso de momento.

Dirigió una mirada a la ropa que seguía en el suelo y luego a ella, inquisitivo, y, con una urgencia que le resultó profundamente conmovedora,

la señora Fleming soltó el peine, se quitó el albornoz de los hombros y empezó a revolver sin muchas fuerzas el montoncito que tenía al lado. Su desnudez y su cansancio le parecían casi insoportables y, sin mediar palabra, empezó a vestirla con cuidado.

Cuando terminó, la besó.

Ella se apartó un poco.

—No intentaba… nada, cuando he ido a bañarme…

Tenía los ojos rebosantes de angustia.

—Ya lo sabía.

—¿Desde el principio?

—Si alguien quiere hacer eso, se aleja caminando, no corre.

La señora Fleming dejó escapar un leve suspiro de alivio y aceptación.

—Vivimos de esto, ¿no? —Estaba señalando la botella.

—Es lo que hay. ¿Tienes hambre? —No quiere hablar de ello, pensó Thompson, afloja las riendas.

—No, solo noto un delicioso calor. Me has tratado como a un potro. ¿También te has dedicado a cuidar caballos? —Es tan simple, tan fácil de distraer, se dijo, que ya no pensará en preguntarme por lo del mar.

—Me crie con ellos. Será mejor que te arregle el pelo o empezarás a quedarte fría. Ese calor no dura mucho.

—Las crines —repuso ella inclinando la cabeza.

—Te lo secaré un poco por encima, luego deberíamos irnos.

—¿De verdad?

—Creo que así estaremos más cómodos —se limitó a decir Thompson.

La señora Fleming recordó que, para su sorpresa, a pesar de la sal y el brandi, le había sabido dulcísimo, como una mezcla de miel y nueces, y se estremeció.

—Vas a perder tu precioso reloj —le advirtió el otro.

Se lo sacó del bolsillo de la blusa y le puso la cadenita de nuevo al cuello. Ella se fijó en sus manos. Las manos nunca eran una sola cosa, descubrió entonces, mientras lo miraba: nunca eran solo diestras o sensibles o sensuales… Le estaba metiendo el reloj por debajo de la blusa y, sin querer, se estremeció de nuevo.

Él se levantó y le tendió una mano.

—En realidad no tengo frío —dijo la señora Fleming al ponerse en pie.

—Ni una pizca, pero, si no nos vamos ya, te besaré hasta que te fallen las rodillas.

Ella se dio la vuelta y vio que le sonreía con la misma expresión amistosa y cortés que constituía su primer recuerdo de aquel hombre. Cielos, pensó, no sé nada de nada.

Él recogió sus cosas y volvieron al coche caminando sin prisas.

Él condujo y ella durmió. Conducía rápido porque, para entonces, ya la deseaba con todas sus fuerzas.

En la habitación del hotel, bajo la luz oropelada, se contemplaron el uno al otro. Se sentían, con la ropa puesta, como muchas personas se sienten la primera vez que están juntas sin ella: era una aprensión cohibida, una especie de tasación mutua y nerviosa a medida que cada íntima expectativa se topaba con la realidad para retroceder o adaptarse, justificarla o regocijarse.

—Creo que voy a quitarme un poco la sal —dijo ella con aire indeciso. Necesitaba alguna otra razón para desnudarse.

—No hace falta —repuso Thompson con cautela: parecía que la situación se les iba de las manos.

La señora Fleming se acercó inquieta al tocador y cogió el cepillo. Empezaba a sentir una irritación inexplicable.

—En cualquier caso, tengo que secarme un poco el pelo.

Él no contestó y, cuando lo buscó en el espejo, vio que estaba desvistiéndose de forma metódica, doblando cada prenda y poniéndolas todas sobre una silla que había en un rincón de la habitación. Seguro de sí mismo, pensó. Claro que quiero que sea así, pero no que esté tan seguro respecto a mí. Tal vez a estas alturas ya no puede distinguirnos.

—No sé cómo te llamas —le dijo algo fría desde el otro extremo de la estancia.

—Me llamo Thompson, T-H-O-M-P-S-O-N, y cuanto antes te quites la ropa mejor.

Después de eso, se hizo un silencio. Ella estaba a la vez enfadada y temerosa al sentirse tan expuesta, tan consciente de la distancia que la separaba de la cama, de que él estaba ahora desnudo y ella no, de su incapacidad para asociarlo con el deseo que había sentido antes, de la exasperación que le provocaba el hecho de que él no tendiera puentes para llenar esos vacíos y de la ira por necesitar que lo hiciese. Y, por último, del miedo de que el deseo se le hubiera escapado por completo y se hubiese esfumado. Lo oyó acercarse a la cama.

—Métete —le dijo—, ahora voy.

Bastante claro y sórdido, pensó. Ya no me importa, así que es fácil. No puedes llevar a un hombre a que espere esto de ti y luego frustrarlo.

Se levantó del tocador y fue rápidamente al cuartito donde estaba la ducha.

Cuando, una vez limpia de sal y envuelta en el segundo albornoz, volvió a salir, preparada para mostrarse tranquila y sin prisas —y experimentada, se dijo desafiante—, lo encontró tumbado bocabajo en la cama. Fingiendo dormir, intentando ahorrarle, pensó, más de aquella repugnante vergüenza. Se acercó a la cama; parecía dormido de verdad. Estaba destapado, con la cabeza apoyada en un brazo y el otro extendido sobre el sitio vacío. Tenía un cuerpo fibroso y elegante, menudo y duro, de miembros bien torneados en muñecas, rodillas y tobillos. Se quedó mirándolo y toda su hostilidad y sus defensas empezaron a evaporarse; verlo así le daba una sensación de gozo sosegado y afectuoso. Dejó caer su albornoz al suelo y le apartó el brazo con cuidado para poder tumbarse junto a él. Apenas se preocupó de cubrir sus cuerpos con la sábana antes de quedarse dormida.

La despertó muy despacio en medio de la noche para hacerle el amor. Entonces la señora Fleming descubrió el éxtasis que reside mucho más allá de cualquier falsa cima del placer: él la guio durante el difícil ascenso, la esperó, la honró con toda su atención y cuidado, hasta que, cuando llegó el instante final, el cuerpo entero de aquel hombre se había fundido con el suyo, el viaje había terminado y se descubrieron como amantes perfectos.

Cuatro

Como un sueño, las horas llegaban y pasaban y se iban, ignorando por completo el tiempo que habían de representar. Mucho después descubrió (en ese momento descubrió muchas otras cosas) que cualquier emoción, si es lo bastante fuerte, resulta esquiva, que no se puede recordar con precisión, que solo los pequeños detalles marginales y los tópicos que las acompañan permanecen vivos en la memoria y que su recuerdo solo sirve para ocultar el fondo o la esencia de toda experiencia vivida con intensidad.

Por un momento, pues, recordó estar tumbada, por así decirlo, en la cima de su montaña; la neblina se elevaba sobre el vasto panorama que quedaba más abajo, que se les mostraba infinito, del todo comprensible… Una magnificencia que solo ellos dos juntos veían. Y entonces, enseguida, apenas les quedaba el recuerdo de que la habían visto. Durante más tiempo, pudo recordar con claridad el momento de despertarse en medio de un torrente de luz con tal sensación de paz y bienestar, con tal desahogo y regocijo, que la fugaz revelación de que aquella era la primera vez que se despertaba así fue casi impersonal, le pareció remota e insignificante; no se detuvo a cuestionarla, aunque recordaba haberse vuelto hacia él, verlo despierto y decirle: «Me siento como… Justo como si…» y que él le respondía: «Ya lo veo, pero te sientes muchísimo mejor que eso».

Siempre recordaría la carrera de obstáculos posterior: telefonear a Leila y decirle que le pasaba algo al coche y que estaría allí atrapada un día o dos más, ¿era mucho inconveniente?; Leila (parecía más abatida que incrédula) respondiendo si no era inaguantable estar sola en Marsella con tanto calor; no, no, se había encontrado con unos conocidos de Conrad que tenían un barco y estaban siendo muy amables con ella; bueno, pero vuelve pronto, Don se aburre como una ostra sin ti… Le preguntó por los niños. ¿Qué pasaba con los niños? ¿Estaban bien, se hacía Nanny con ellos? Los niños estaban de maravilla: Leila no los veía nunca, claro, pero, ¡ay, querida!, el *embarazo*… Es como si nunca estuvieras sola, como si no tuvieses ni un minuto para ti y no me sirve de nada decirle a Don que él está engordando

tanto como yo, aunque de otros sitios —le sale como una especie de sarpullido de lo furioso que se pone—, y he perdido el pasaporte, así que imagino que me quedaré aquí atrapada hasta que el bebé sea lo bastante mayor como para dejarme viajar con el suyo… No, cielo, los niños están en la playa o no sé dónde, pero le diré a Nanny que se te ha estropeado el coche. No te preocupes por nosotros, estamos *perfectamente*, ¿no eran un *horror* los teléfonos franceses? ¿Llegó Conrad a coger el avión?, añadió luego, y ten mucho cuidado con los *marineros* de ese barco. Los marineros eran tremendos, sobre todo en el extranjero. Esmé, ya sabía de quién le hablaba, había disfrutado como una reina en Tenerife, desde luego… Si no hubiera mantenido la cabeza fría, lo habría perdido todo… No, cariño, no es que pensara que tuviera de qué preocuparse, tú eres demasiado sensata, pero aun así, estando sola… Aunque, claro, sola no estás, ¿verdad?…

Llegado ese punto, ya había tenido suficiente: detuvo lo que era sin duda la consecuencia de que Leila llevara quince días sin un teléfono inglés a su alcance y colgó.

Después, el día entero era suyo… o de ellos dos.

—¿Te parezco demasiado sensata para perderme por unos marineros? —le preguntó a Thompson mucho más tarde.

—¿Que si me pareces qué?

—Pues incapaz de… Ya sabes a lo que me refiero.

—Nadie parece sensato siempre y en todo momento.

La señora Fleming observó su expresión al decir aquello y recordó que había puesto la misma cara cuando, con Conrad, hizo ese otro comentario sobre que a las mujeres les gustaba el presente y el futuro y luego le había sonreído. Ahora sonreía igual y la hizo estremecerse. Enseguida se mostró solícito: observaba hasta su más leve reacción física y parecía fascinado por todas ellas.

—¿Tienes frío? ¿Quieres que te abrace?

Ella negó con la cabeza.

—Ha pasado un ganso por la cama.

Pero Thompson no entendió lo que quería decir.

Nunca llegó a ver el barco. Tuvieron la tarde y tuvieron la noche. Jamás se había sentido tan revivida y tan exhausta.

Al día siguiente, dijo que tenía que irse. Él le pidió que se quedara y ella le habló de los niños.

—Entonces te acompaño.

—¿Y cómo vas a volver?

—Me las apañaré.

Salieron de Marsella sobre las cuatro. El tiempo que había pasado entre

ese viaje y el que la había llevado allí con su marido parecía tan inmenso que le sorprendía poder acordarse siquiera del primer trayecto.

Cuando ya casi habían llegado, Thompson le dijo:

—No ha durado mucho, ¿verdad?

—Podemos subir a Gassin.

—¿Dónde está eso?

—Es un pueblecito que hay en lo alto de una colina. La salida queda más o menos por aquí, a la derecha. Podríamos tomarnos una copa.

—Eso es lo que me gusta de este país, que puedes beber en cualquier parte.

Fue entonces cuando recordó por primera vez la conversación telefónica con Leila, y el comentario de su amiga sobre los teléfonos, y aquello también parecía haber sido hacía semanas. Marsella empezaba a quedar en el pasado. El presente se tambaleaba al borde de la irrealidad, y el futuro… Ahora no podía pensar más allá de la semana que le quedaba en Saint-Tropez, pero sabía que lo temía.

Encontraron la salida hacia la carretera de la colina, que ascendía con una pendiente posible solo gracias a su tortuoso trazado. El sol se iba hundiendo entre los árboles a medida que subían; la atmósfera era neutra. El pueblo, encaramado en lo más alto y sujeto ahí por la confianza del tiempo y un pequeño parapeto, les pareció al principio muy tranquilo, casi desierto. Sin embargo, cuando aparcaron el coche y empezaron a subir andando por las estrechas cuestas adoquinadas entre un puñado de casitas inclinadas de color amarillo grisáceo, empezaron a ver primero animales y luego gente. Gatos pardos y atigrados los observaban con inescrutable indiferencia; varios perros sin duda emparentados entre sí —pero, por lo demás, sin parecido con ninguna raza conocida— los siguieron husmeando durante unos cuantos tramos; había gallinas abriéndose paso grano a grano con aire sentencioso; cabras montando guardia frente a las puertas abiertas y un zorro atado con cadena que corría cuatro zancadas hacia arriba y tres hacia abajo, tres hacia arriba y cuatro hacia abajo, como una especie de mecanismo en perpetuo y frenético movimiento: no parecía ni mirar adónde iba porque tristemente ya lo sabía; siempre intentaba llegar un poco más lejos en cada dirección, pero la cadena lo ahogaba y lo hacía retroceder.

—Es espantoso —comentó Thompson sin ninguna vehemencia, y vieron a una anciana con el rostro arrugado como una nuez que los observaba mientras ellos miraban al zorro. La mujer asintió y gritó algo ininteligible, pero no tenía dientes y la voz parecía salir agrietándole la cara. Cuando vio que no la entendían, asintió de nuevo con cortés resignación y se arrebujó en su toquilla negra para volver al desapasionado estudio del animal.

En la cara sudeste del pueblo había una amplia terraza, flanqueada por el parapeto, por debajo de la cual la colina descendía casi en picado. Al fondo quedaba el centelleante golfo en calma y, al otro lado, las luces de Sainte-Maxime titilaban indecisas. En la ladera, las densas arboledas revivían con el anochecer. Se sentaron junto al parapeto y abrieron una botella de vino. Fue entonces cuando mantuvieron su única conversación real.

Empezó porque ella estaba tan dominada por el pánico a la irrealidad que creyó que el sonido de sus voces la ayudaría. Por eso, sin auténtica curiosidad, le preguntó:

—Dices que trabajas en lo que te va saliendo. ¿Haces *cualquier cosa*, te da igual lo que sea?

—Bueno, elijo. Puedo elegir porque no me importa no hacer nada, a menos que esté sin blanca.

—¿Y entonces tienes que aceptar lo que sea?

—Digamos que entonces no me puedo permitir ser tan selectivo…

—Pero ¿qué es lo que te interesa *de verdad*? —insistió ella.

Thompson torció el gesto al esforzarse en pensar.

—Mi principal interés. Pues las mujeres. Siempre las mujeres. —Vació su copa de un trago y se inclinó hacia ella con la botella. Estaba sonriendo, como a la defensiva («Yo no te habría dicho algo así, pero has preguntado»).

—¿Montones y montones de mujeres diferentes?

—Supongo. No pienso en ellas así.

—¿A la vez o de forma consecutiva?

—¿Qué quieres decir?

—¿Te gusta tener varias mujeres a la vez o de una en una?

—Ah, ya entiendo. De una en una, por supuesto. —Parecía sorprendido —. ¿Más vino?

—Sí, por favor. ¿Y cada una de esas mujeres se imagina la gloriosa excepción?

Thompson volvió a sonreír, esta vez con tristeza.

—Es verdad. Y desde luego cada una lo es, en cierto sentido.

—Pero no como ellas creen.

—Bueno, yo no sé lo que piensan. —Ahora se le veía agobiado por volver a su cortesía original.

Aún lejos de ser ella misma, la señora Fleming le dijo:

—¿Es vulgar por mi parte preguntarte todas estas cosas?

—No sé lo que significa esa palabra —se limitó a responder el otro.

Ella nunca se había sentido tan vulgar.

Después de un silencio, Thompson añadió:

—Pero eso no te alegra, ¿verdad?

—Me da igual. —Y a toda prisa siguió—: Perdona. Es que no me siento real. Todo parece quedar muy lejos, en el futuro o en el pasado, y me parece que estoy en medio de un inmenso entretanto vacío. ¿Lo entiendes?

Él negó con la cabeza.

—Pero no importa. ¿Qué haces tú en Londres?

—¿Por qué?

—Curiosidad.

La señora Fleming respiró hondo.

—Llevo una casa en Londres y otra en el campo.

—¿En el campo, dónde?

—En Kent. —Hizo una pausa mientras esperaba que el otro dijese algo sobre Kent, pero no fue así y entonces continuó, hablando más rápido y más a la defensiva—: Cuido de mis hijos. Julian está en un internado y Deirdre va a una escuela cerca de Londres. Me…

—Así que uno está fuera y a la otra no la ves en casi todo el día —la interrumpió Thompson.

—Sí. Es lo que toca con todos los niños de esa edad. Con muchos niños —se corrigió enseguida; era obvio que él no había crecido así—. Y luego recibimos muchas visitas. A Conrad le gusta tratar con montones de gente.

—Tendrás que cocinar mucho, entonces.

—No cocino yo. No podría estar a la altura de Conrad. Yo organizo y planifico. Hay mucho que organizar. También leo y veo fotos, cuido el jardín y escucho música… Y Conrad se preocupa muchísimo por la ropa, así que paso bastante tiempo dedicada a eso…

Entonces se interrumpió. Se imaginaba vagamente cómo le sonaría a él todo aquello y sabía vagamente cómo era: igual y de distinto modo insatisfactorio e incomprensible para los dos, y hablar de ello solo lo hacía todo más irreconciliable.

—Supongo que soy una especie de tramoyista para Conrad —concluyó—. Le gustan los escenarios elaborados y le gusta que cambien. Yo intento que sea así.

—Estoy seguro de que, intentes lo que intentes hacer, se te dará muy bien.

En ese momento, contemplaron sus dos mundos separados por aquella mesita. De todas formas, puedo dejarlo, pensó ella; no será difícil en absoluto y de aquí a unos años se habrá convertido en un simple recuerdo, sorprendente y agradable. No tenemos nada en común, se dijo, y si nos vamos ya, llegaré antes de que los niños se hayan dormido.

Ya habían pagado el vino y se lo habían bebido, así que se levantaron para irse.

—Volvamos por ahí —propuso Thompson.

Al final de la terraza había un estrecho pasaje abovedado. Estaba muy oscuro y la señora Fleming se resbaló en el irregular empedrado. Él la sujetó del codo para que no se cayera y su mano le pareció un recuerdo muy lejano, hasta que oyó su voz:

—¿Te veré en Londres, entonces?

El implacable presente la cegó, volvió en sí y —a la luz de ser ella— lo vio otra vez con toda claridad: a él y a sí misma y nada más.

Se volvió hacia Thompson sin decir palabra y lo besó con más ardor que nunca, un ardor recién y repentinamente recobrado.

—¿Aún quieres volver esta noche? —le preguntó él.

—Tengo que hacerlo.

Caminaron en silencio hasta el coche.

Condujeron en silencio casi hasta la villa.

—¿No es imprudente dejarte aquí? —le dijo ella entonces—. ¿Cómo vas a volver? Es una carretera muy secundaria.

—Comeré algo y echaré un vistazo. Buscaré algún camión que pueda llevarme esta noche o por la mañana temprano.

—Pero tendrás que volver al cruce para encontrar un camión.

—No te preocupes por mí, soy perro viejo.

La señora Fleming detuvo el coche.

—Entonces, ¿te vas esta noche o mañana por la mañana?

—Depende. No te preocupes por mí —repitió el otro.

Ella estaba ansiosa por saber si se marcharía de Saint-Tropez esa noche o por la mañana, pero sabía que tal necesidad resultaría inexplicable para él y se resignó al extremo desasosiego de la incertidumbre.

—No me preocuparé.

Thompson salió del coche y luego, con una cortesía natural y no premeditada, le cogió primero una mano y después la otra y se las besó. El gesto le trajo a la memoria, de pronto, a un estibador del Támesis que, de pie en la popa de su embarcación, y mientras se impulsaba río abajo con una sola espadilla, la había mirado justo cuando estaba a punto de pasar el puente desde el que ella lo observaba y, con inimitable galantería y oportunidad, se había quitado su enorme sombrero negro y, moviéndolo en el aire con una floritura, le había dedicado una reverencia.

Ahora, Thompson.

—Adiós —le estaba diciendo—, y gracias.

—Gracias a ti por tu hospitalidad.

Y, con inesperada distinción, él contestó:

—Un placer que espero repetir en Londres. —Le estrechó levemente una

de las manos—. Adiós. Me voy.

No esperó a verlo marcharse. Había ideado su partida demasiado bien para otra cosa que no fuera una pequeña y desconsolada resistencia del corazón a volver a la neutralidad, una pantalla en blanco en el pensamiento y una imperceptible evaporación del alma.

Recién arrancado, al coche le costó un poco subir la colina.

Leila afirmó que la veía de maravilla. Don Talbot la observó con curiosidad y no dijo nada.

—¿Os alegráis de que haya vuelto? —les preguntó luego a los niños, consciente de estar intentando ganarse su aprobación.

Deirdre, arrojándose a los brazos de su madre, gritó:

—¡Sí, mucho! ¡Mucho! ¡Mucho! Mamita querida, montones y montones, ¡me alegro mucho mucho!

Julian, sin embargo, que rebuscaba entre las sábanas de su cama una pieza perdida del Meccano, se limitó a decir:

—Yo ya sabía que ibas a volver.

Cinco

Durante la penosa y frenética semana que pasó en París, Fleming había intentado deshacerse a conciencia de su deseo por Imogen Stanford. Recurrió a todos los métodos habituales, pero estos se revelaron excepcionalmente infructuosos. Intentó no pensar en ella y le pareció tan difícil y asfixiante como el esfuerzo de un aficionado por dejar la mente en blanco. Se embarcó en un apretado programa de pasatiempos intelectuales, pero cada vez que creía haberse distraído lo asaltaba alguna idea relacionada con ella y de una irrelevancia exasperante y, cuando no lo conseguía —que era lo más frecuente—, la tenía en la cabeza de todas formas. Trató de desmenuzar sus sentimientos hasta el punto de destruirlos, pero era un análisis protector y poco honesto y no le valía de nada. Intentó agotar aquellos pensamientos concentrándose solo y adrede en su imagen durante una hora cada vez. Ya desesperado, eligió a una atractiva antítesis de la joven, pero descubrió —y no lo bastante pronto para evitar un bochorno considerable— que no la deseaba en absoluto. Tras este último experimento, que le resultó a la vez caro y humillante, se rindió y volvió a Londres.

En el avión, apuntaló su derrota con ideas tales como la extrema juventud de Imogen —tenía solo veinte años— y que la juventud tenía una gran capacidad de recuperación; que no se parecía a otras muchas jóvenes puesto que ella tenía una carrera en la que pensar (estaba aprendiendo a pintar) y, por tanto, era improbable que se obsesionara con él; y que al fin y al cabo todas las jovencitas se sentían halagadas y atraídas por cualquier hombre bien parecido y bastante mayor que ellas que les prestase atención. Su vanidad se veía agasajada y satisfecha y su corazón quedaría indemne: él siempre había sido sincero con ella —es decir, le decía solo aquellas verdades que la creía capaz de aceptar— y ya le había enseñado mucho. Atrás quedaba el contentarse con faldas acampanadas y pantalones mal

cortados; su predilección por el vino blanco dulce y las sandalias y ese ridículo perfume que olía casi a flores muertas; su tendencia a perder u olvidar números de teléfono, chequeras, llaves y cigarrillos encendidos; sus peligrosas costumbres en cuanto a la sinceridad imparcial, la constante imprecisión y una absoluta inconsciencia de su propio atractivo. Cuando esta última palabra se le pasó por la cabeza, sin embargo, se avergonzó de pensar en ella con tan diabólica criba.

Todo aquello, y lo sabía, era a la vez cierto y absurdo porque podía aplicarse con facilidad a cualquier muchacha de veinte años, aunque también sabía, con la honradez nacida de la experiencia y el interés, que Imogen no era en modo alguno «cualquier» muchacha de veinte años. Aparte de su asombrosa y deslumbrante apariencia, tenía la cualidad innata de algo muy bien hecho. La suya no era solo la capacidad de recuperación propia de la juventud. Lo había elegido a él (era su primer amante) de entre una masa de oportunidades —«abundancia», pensó, no era la palabra apropiada en este contexto—, como una mujer atractiva reúne de forma automática a una plétora de hombres cuya percepción es lo bastante aguda para captar solo sus encantos más obvios y que no tienen, en consecuencia, mucho que ofrecer a cambio. Probablemente se creía enamorada de él y de eso debía desengañarla con la mayor de las delicadezas. Por lo demás, caviló, había aprendido a no decir siempre lo que pensaba y la mayor responsabilidad de enseñarle a pensar lo que decía podía recaer en el próximo hombre al que perteneciese.

Cuando el aparato empezó a descender, se taponó los oídos con algodón y concluyó para sus adentros que no era más que un simple y agradable incidente aleccionador al comienzo de la vida de Imogen —ni significativo ni dañino— y que la situación estaba por tanto bajo control…

Cuando la telefoneó, Imogen —que llevaba una vieja falda acampanada y una blusa con montones de desafortunados bordados— estaba preparando una sopa muy elaborada. Creía ser consciente de lo que hacía: en cierta ocasión, Conrad le había dicho que le encantaban las buenas sopas, de modo que todos los días, desde que este se había ido a Francia, se había dedicado a cocinar sopas: caldos y consomés, con tropezones y ligadas, calientes y frías, doradas, blancas, verdes y rosas… No sabía que hubiera tantas clases. Hubo una ola de calor y ni a ella ni a la chica con la que compartía el estudio les gustaba la sopa, pero se dijo que era un talento útil y, mientras las hacía, pensaba en Conrad tanto como en cualquier otro momento: en la escuela de arte, en la bañera, cuando hablaba con otras personas, cuando

iba a comprar papel, o carboncillos o huesos para hacer más caldo, cuando veía a alguien por la calle que no se le parecía y cuando sonaba el teléfono y no podía ser él porque él estaba en Francia.

Era él y no estaba en Francia. Estaba en el aeropuerto, ¿qué hacía ella? Bueno, podía llegar a su piso en dos horas.

Dos horas. Le dio cuerda al reloj y miró las manecillas. Marcaban las once y veinte, pero no podía cambiarlo porque el tornillo estaba roto. Anotó «11:20» en su libreta de dibujo y la apoyó de pie sobre la mesa. Le dio tiempo a echar un vistazo a su alrededor y decidir que estaba todo bastante limpio (la señora Green había ido esa misma mañana) antes de tener que ir corriendo al baño a vomitar.

Cuando salió de nuevo, pálida y temblorosa, vio que Iris había vuelto y estaba tumbada en el sofá, fumando.

—Creía que te habías ido —le dijo su amiga—. ¡Madre mía!

—Pues no, estaba vomitando. Menudo desperdicio. Tengo solo dos horas.

—Qué mala cara, voy a traerte un poco de brandi. —Se levantó sin ninguna dificultad y fue a buscar una copa.

—¡Ha vuelto Conrad! Cinco días antes. Va a venir ahora.

—Lo suponía —repuso la otra con aspereza—. Toma…

—¿Me sentará mal el brandi justo antes del baño?

—El brandi nunca sienta mal. Siéntate y bébetelo.

Imogen la observaba inquieta por encima del borde de la copa.

—Tengo que lavarme el pelo.

—Te lo lavaste hace dos días. —Iris la miró. Aún estaba pálida, pero incluso con esa ropa tan pretenciosa y horrible y temblando, tan guapa que parecía absurdo y se contuvo antes de añadir: «No seas idiota». En vez de eso, le dijo—: Lávatelo si quieres y yo te arreglo la parte de atrás. ¿Dónde has puesto las tijeras buenas?

—Pues tienen que estar o en el bolsillo de mi bata o en la panera. En la panera —le confirmó luego, después de pensarlo.

Desde que Conrad le había explicado el despilfarro y el fastidio que era perder las cosas, se había hecho a guardarlo todo en lo que ella describía como «lugares seguros». Cuando Iris le señaló que eso a menudo suponía una dificultad para ella, Imogen la tranquilizó diciendo que así era mucho mejor porque ahora al menos una podía encontrar las cosas por las dos, mientras que antes nadie era capaz de encontrar nada.

—Le gusta que lo lleve cortado un poco en punta por abajo —le dijo a su amiga unos minutos después.

Estaba sentada en una silla de la cocina con una toalla alrededor del cuello y tenía el pelo de un tono dorado tan claro que parecía casi una

cascada de plata cayéndole sobre los hombros. Miró a Iris a los ojos para reforzar la afirmación. Nunca tenía ningún color en el rostro, pero había dejado de parecer enferma.

—Estate quieta. Toma un cigarrillo y cálmate.

—Tengo que frotarme bien las manos. Conrad dice que, si cogiera los cigarrillos en condiciones, no me mancharía los dedos de nicotina. Gracias. Menos mal que había guardado la ropa buena.

—Como siempre.

—Podría no haberlo hecho.

—Como con todo ese asco de sopa en la que casi nos ahogamos.

Imogen volvió a mirarla.

—No le digas lo de la sopa.

—A él no voy a decirle nada, pero a ti sí.

—¿El qué?

—Pues que no deberías obsesionarte tanto con todo esto. No dejes que tu vida gire a su alrededor.

—¿Por qué no?

Había algo en su mirada, una simplicidad, una especie de absoluta inocencia que a Iris le resultó incontestable.

Tal vez sea mejor tener un aspecto como el mío, pensó después, así no te hacen daño de esa forma tan maquiavélica.

Cuando entró en el baño, Imogen, que parecía un ángel tallado al que le hubieran quitado el pelo, le dijo:

—Tiene que amarme de verdad o no habría vuelto antes.

—A lo mejor tenía que volver por otra cosa.

—¿Por qué estás en su contra, Iris? ¿No te cae bien?

—¿Serviría de algo que te dijera que no?

—No, pero entiendo que será un fastidio para ti tener el piso patas arriba por alguien que no te cae bien.

—No pasa nada: es tu hombre. Además, eres tú la que pone el piso patas arriba y debo de quererte mucho para pensar siquiera en compartir casa contigo. Date prisa o no se te secará el pelo. Y por el amor de Dios, abre la ventana cuando termines o se caerá el papel de las paredes.

—No me he dado esa clase de baño.

Mientras, en silencio, esta vaciaba las ollas con restos de sopa, limpiaba la cocina y se cambiaba de ropa, Iris —que era testigo de la exagerada atención, del infinito cuidado en los detalles, del creciente placer con el que Imogen se dedicaba a sus logros— no dijo nada. La discrepancia entre los preparativos, que eran de una sofisticación inesperada, incluso pasmosa, y la pura y simple alegría con la que se llevaban a cabo la confundía y le

paralizaba el juicio. Al cabo de las dos horas, entró de nuevo en el estudio y vio a Imogen de pie junto a la ventana que daba a la calle. Su amiga se volvió hacia ella y, con toda sinceridad, le preguntó:

—Por favor, ¿estoy bien?

La primera respuesta de Iris fue algo seca.

—Estás bien. —Pero enseguida añadió—: Disfruta. Aprovéchalo al máximo.

—Vale, claro. Conrad dice que antes no sabía lo que significaba esa palabra. Iris… No te cae mal, ¿verdad?

—No, no, por supuesto que no me cae mal. ¿Ya no tienes náuseas?

—¡Qué va! Estoy lista para… ¡cualquier cosa!

Le había traído un vestido de París. Era de un tono gris que, según le dijo, le ayudaría durante la próxima semana a decidirse sobre el color de sus ojos. ¿Tenían una *semana*, entonces? Bueno, cinco días. Sin embargo, las pupilas de la joven estaban tan dilatadas de alegría que se le oscurecían los ojos y solo pudo distinguir su forma: las nítidas curvas descendentes en la comisura de los lánguidos párpados eran inolvidables y lo serían siempre, le daban a su rostro una cualidad casi pagana, más antigua que cualquier ángel; no había moral alguna, pensó, que pudiera corresponder a unos ojos engastados como los suyos.

Durante aquellos cinco días, mientras la veía entregada a los descubrimientos universales e íntimamente milagrosos del amor, Conrad descubrió a su vez —paseando, charlando, observando, haciéndole el amor, durmiendo— que la amaba. Como, de todas las emociones primarias, el amor es tal vez la menos ciega, se le revelaron un sinfín de cosas sobre ella, encantadoras, inquietantes, sobrecogedoras, admirables y terribles. Su inmediata e intensa capacidad de disfrute le pareció a la vez fascinante y contagiosa. La obligó a enseñarle sus dibujos y pinturas y descubrió que eran una mera traducción temporal de su impulso creativo con la gente. Tenía sentido del color, aunque poco desarrollado aún, y no sabía dibujar. Necesitaba hacer algo con las cosas, simplemente, porque hasta entonces no había sabido hacer nada con las personas. Su belleza, en cambio, ahora que todos sus encantos se trababan de felicidad, brillaba y relucía y resplandecía… rebasando todos los límites de su imaginación: se quedaba allí, en la estancia, cuando ella ya se había ido; se la cedía a cualquier cosa que llevara puesta o que tocase; iluminaba el rostro de quienes la miraban; impregnaba de tal manera todo lo que oían, veían o hacían juntos que, al menos para él, la joven parecía su misma esencia; no parecía haber belleza

en nada que no saliera de ella. Pudo observar cómo, en cinco días (hasta entonces nunca habían pasado juntos más de unas cuantas horas seguidas), su mente femenina, las breves y fugaces intuiciones que antes habían despertado puntualmente su admiración se hacían más constantes y seguras; cómo, al preocuparse de que disfrutase y estuviera tranquilo, unía cabos, adivinaba, protegía y se abría camino para adaptarse a él; cómo aprendió enseguida a adornar su ingenio, a callar en sus silencios, a considerar sus intereses y a respetar sus reservas.

La única reserva de Imogen con él había sido el intento de ocultarle sus obras. Al principio, Conrad pensó que lo hacía porque pensaba que era buena y que él no reconocería su talento; cuando las vio, supo que era porque sabía que no lo era y tenía miedo de que él se lo confirmase. Intentó animarla con los dibujos, pero fue ella quien pronunció su sentencia de muerte.

—De todas formas —le dijo—, ya no me importa.

Él la miró muy serio: estaba sentada en el suelo, con la cabeza inclinada sobre la carpeta. Una de las cintas negras se había hecho un nudo y, tras un rato intentando deshacerlo, lo rompió y tiró la carpeta debajo del sofá para no verla. Cuando alzó la vista, vio el último rastro de su expresión y le preguntó:

—¿Son un horror?

—Ya te he dicho lo que opino.

—Al contrario que Ofelia, yo no me engañaba.

—¿Qué es lo que te importa?

La fina y alargada boca de la joven sonrió despacio.

—Pues tú, amor mío, ¡tú! —Se acercó a su silla y le puso las manos sobre las suyas—. Te adoro como si fueras Dios y me hubieses creado, y como si hubieras dicho: «Mira, esto es la luz, esto son los árboles y las estrellas, y el día y la noche, y esto es la vida y esto el descanso y yo siempre estaré contigo». Solo que —concluyó— a veces no puedo verte, claro.

En el breve silencio que siguió, y mucho antes de que las implicaciones de tal confesión hubieran empezado a represar sus pensamientos, Conrad concibió su propio amor y su miedo.

Seis

Al sexto día, cuando su mujer regresaba de Francia, volvió a trabajar. Se vio tan incapaz de decirle a Imogen que la amaba como de intentar menoscabar el amor que la joven sentía por él. Mientras estaba con ella, los dos impulsos —igual de fuertes— se anulaban el uno al otro y, como en esas circunstancias no veía otra alternativa y ambos seguían creciendo con la misma intensidad, se refugió en los problemas profesionales que (estaba seguro) se habrían acumulado durante las tres semanas que había estado fuera. Envió a Imogen de vuelta a la escuela de arte, y a Iris, un gigantesco ramo de lirios con una nota en la que le agradecía su discreta adaptación. Ese día, llevado por el ímpetu desesperado de un hombre que al fin ha descubierto su propia debilidad, tomó una decisión tras otra con la rotunda facilidad y firmeza de la indiferencia; resolvió lo que prometía convertirse en una enemistad enquistada entre dos de sus socios; evitó que un arquitecto demente hiciese sus oficinas inhabitables; entrevistó a cinco posibles secretarias, las descartó y contrató a una sexta que era idónea; escribió veintitrés cartas y firmó cuarenta cheques; almorzó con un millonario cleptómano que le robó sus tres estilográficas, pero que por lo demás era muy razonable, y recabó el consejo de un abogado sobre un derecho de paso que había descubierto hacía poco en Kent para llegar con admirable precisión hasta el mismo centro de su cancha de tenis. De camino a casa, compró tres docenas de ostras en Bentley's y recogió su equipaje del club.

Habían vuelto. Ella había vuelto. Cuando entró, oyó que los niños se estaban bañando en el último piso y que había movimiento en el sótano. Olió su perfume, vio que ya había revisado su pila de cartas de la mesita del vestíbulo y que había puesto flores en el comedor y supo que estaría arriba, deshaciendo las maletas y cambiándose de ropa. Se quedó allí un momento, intentando imaginársela, destilando su personalidad, tratando de convertirla más bien en un personaje memorable de algún libro, repasando y recordándose a sí mismo su lenguaje, cómo se habían comportado —varios capítulos atrás— al reencontrarse tras una separación; pero nunca hubo una

separación como esta, en la que había que arrancar capas y capas de otra vida hasta que parecía no quedar ninguna… Qué tontería: se alegraría de verlo y, además, le había traído ostras. Se encogió de hombros ante la imagen que se había hecho de ella y bajó las ostras a la cocina.

Su mujer estaba tumbada en la meridiana de estilo Regencia del dormitorio. Conrad se la había comprado hacía años porque, según dijo entonces, era un mueble perfecto para ella, pero aunque en ese momento su mujer pareció encantada, jamás la había visto utilizarla. Tenía sobre el regazo, y esparcidas por la cama, muestras de papel pintado y, cuando Conrad entró en la habitación, se le cayó una de las manos. No obstante, ignoró el papelito y se volvió para saludarlo. No estaba preparado, después de diez días sin verla y de tantos sentimientos encontrados, para su pulida elegancia. Le cogió una mano para besársela, pero ella la retiró.

—No creo que se me hayan secado las uñas aún.

Las tenía pintadas de blanco. Lo miró casi con timidez y Conrad pensó que buscaba su aprobación respecto a la manicura.

—Fascinante, pero si te haces eso en las manos, tendrás que mantenerlas perfectas.

—Ya sé que es bastante mediocre.

—¿Qué tal el viaje de vuelta?

—Pues… caluroso. Y teniendo en cuenta a los niños y el estado actual de Leila, sin incidentes. Muy tranquilo, en realidad.

—Son una pareja con la que la familiaridad está engendrando algo bastante deleznable. —Luego añadió—: Siento que me parezcan tan aburridos.

No era nada propio de él decir algo así. Se hizo un silencio mientras ambos se preguntaban por qué lo habría dicho.

—A mí me aburre él —repuso al fin su mujer. Estaba recogiendo las muestras de papel pintado.

—Te has puesto a trabajar muy rápido —observó Conrad.

Pero ella contestó con la prontitud de la ligera irritación:

—Esto no es trabajo. Solo es elegir.

—Es la elección lo que distingue a la artista de la mujer común… —empezó a decir el otro, pero ella lo interrumpió.

—¡Tampoco soy ninguna artista!

—Querida, estás obsesionada con la necesidad de ser algo.

Su mujer alzó la vista.

—¿Ah, sí? Es decir, ¿es una obsesión?

Está cansada, por supuesto, pensó Conrad. Y en voz alta dijo:

—Cariño, si yo hubiera sido la clase de niño que tenía escarabajos en una

caja de cerillas, coleccionaba sellos en un álbum o guardaba los bloques de construcción en su bolsa, tal vez me habría convertido en la clase de hombre que quiere encerrar a su mujer en casa. Pero siempre ponía a los escarabajos a hacer carreras, hasta que se escapaban, intercambiaba y perdía los sellos y construía algo con los bloques. Los escarabajos no eran lo bastante rápidos, los sellos a menudo eran falsos y nunca, ni por casualidad, tenía suficientes bloques. Así que ya ves, puedes hacer lo que te apetezca.

—Siempre que solo me apetezca.

Conrad le había cogido el peine y se estaba peinando.

Después de un silencio en el que podía oír las púas rozándole el pelo, le preguntó:

—¿Has visto a los niños?

—Le he dejado las ostras a Dorothy y he venido directo a buscarte.

Su mujer se levantó de la meridiana.

—Voy a darles las buenas noches y ahora te veo abajo.

Cuando salió de la habitación, Conrad se quedó quieto un momento y luego fue a lavarse. La imagen de los niños de pronto le echó encima todo el peso del día: se dio cuenta de que estaba muy cansado y deseó haber invitado a alguien a cenar además de encargar la comida. A la cama temprano, pensó mientras cerraba los grifos, y recordó el comportamiento de su mujer en Saint-Tropez.

—A la cama temprano —se repitió casi con malicia, venciendo una oleada de culpabilidad furiosa, y bajó al salón.

Esa primera noche le preguntó cuándo se iba a Kent y ella dijo que enviaría a los niños, pero que no tenía pensado bajar con ellos de inmediato. Quería hacer muchas cosas antes, añadió enseguida: parecía esperar oposición por su parte. Conrad repuso, con gran urbanidad, que por supuesto podía hacer lo que más le pluguiese. Pensó que querría vigilarlo y, para sus adentros, se enfadó y se inquietó ante tal perspectiva. Ella sabía que estaba enfadado y, al preguntarse si habría adivinado la razón por la que quería quedarse en Londres, notó que un espasmo de terror le contraía el rostro y luego temió que Conrad se hubiera dado cuenta. Sin embargo, ella no captó su inquietud y él no le había visto la cara. A ambos les resultaba difícil, si no imposible, mirarse directamente. Acabaron la jornada con mutuas confesiones de agotamiento, con ese ligero énfasis excesivo de la compasión el uno por el otro que está pensado más para subrayar que para aliviar la fatiga. Ella se quedó dormida de inmediato, tal y como llevaba todo el día con la intención de hacer, pero Conrad, derrengado y perplejo por la actitud de su mujer, que

no le había dado oportunidad alguna de relajarse, se quedó allí tendido durante horas, acosado por pensamientos dolorosos y recurrentes. Decidió no ver a Imogen la noche siguiente (de madrugada, incluso esta negación temporal de su deseo parecía heroica) y cuando al fin resolvió transfundir enseguida más gente al menguado torrente sanguíneo de su vida privada, se durmió.

Esa noche fue representativa de muchos días y noches que vendrían después. Eran como dos personas sobre sendas rocas alejadas entre sí y empujadas mar adentro, cada uno con un cabo del pesado cable que era su único medio de contacto. Si el cable estaba flojo, les pesaba en las manos y la comunicación era imposible; si cualquiera de ellos intentaba recogerlo, el peso se hacía insostenible y se estremecían con la tensión. Durante los días que siguieron, el cable o bien arrastraba mientras ellos permanecían del todo aislados o bien se acortaba y temblaba y les quemaba las manos, precipitando el momento en el que uno de los dos debía cruzar la peligrosa cuerda tensada en dirección al otro.

Cuando, una tarde, Conrad volvió para cambiarse de ropa porque iban al teatro, se la encontró dormida en el salón y sin arreglar. En los instantes previos a que se despertara y lo mirase, aunque no a los ojos, se enfrentó al terrible descubrimiento que resulta inevitable —antes o después— para todos los hombres que se casan con mujeres hermosas: que su belleza, fijada en la inmóvil continuidad del sueño, le provocaba una repentina parálisis emocional; vio, tal vez con mayor claridad que nunca, que era preciosa, pero lo vio con un reconocimiento por completo desinteresado, no tenía deseo alguno de asociarse con ello. Después siempre tendría esta imagen extrañamente acabada de ella, aniquilando su deseo, desarmando el amor, impidiendo cualquier sentimiento porque en su mente siempre estaba allí tendida, tan perfecta, tan apacible y hermosa como la muerte.

La idea de que tal vez estuviese muerta lo asaltó de pronto con una violencia irreal: muerta, acabada para ella misma al igual que para él. El final perfecto… Saberlo todo debe de ser perdonar otro tanto, se dijo, pero verlo todo es no importarte nada.

Sonó el teléfono. Antes de que Conrad pudiera moverse, su mujer estaba viva de nuevo y ya lo había descolgado. La observó mientras hablaba, sorprendido por su apremiante y repentino interés en un aparato que tanto detestaba. Parecía una llamada intrascendente. Cuando colgó de nuevo, esbozó esa tímida sonrisa que precedía a muchas cosas que le decía ahora.

—Wilfrid… Mi padre. Está muy enfermo. Creía que sería por él.

—No lo era.

—No, no era nada. —Luego le dio la espalda al teléfono con el hastío de

una impaciencia que ya ha durado demasiado—. ¿Te apetece beber algo aquí antes de cambiarnos?

—Como quieras. —El cansancio, pensó con total objetividad, le sienta bien. La reduce a una incuestionable distinción—. ¿Jerez?

—Brandi. —Se encaramó inquieta en el brazo de una silla y sacó el reloj —. ¿Cuánto tiempo tenemos?

—Suficiente para una copa. ¿Qué le pasa a Wilfrid?

—Es algo interno. No están seguros, pero tiene mal el corazón y eso complica las exploraciones. Tiene un aspecto espantoso.

—¿Lo has visto?

—He estado allí esta tarde. Está en St. Mary's. —Hablaba a la defensiva, como si pensara que no iba a creerla. Cogió la copa que le tendía su marido —. Por supuesto, llevaba meses encontrándose mal y sin querer ver a nadie. No quería ir al hospital. Lo odia. Supongo que piensa que se va a morir. — Bebió un trago de brandi y su voz sonó un poco más fuerte—. Preferiría morirse en su propia casa.

Conrad guardó silencio; sabía cuánto sufría su esposa con las enfermedades de los demás. Incluso si apenas los conocía, su imaginación no hacía concesión alguna a su ignorancia; hacía todo lo posible para aliviar sus sufrimientos, aunque —sometida a la agonizante tensión de su angustia por ellos— nunca creía hacer nada; su compasión jamás retrocedía ante el avance de ningún logro hasta que la dolencia se resolvía de un modo u otro. Habría sido una magnífica enfermera, decía la gente al verla en alguna de aquellas situaciones, y tal vez solo él sabía que nunca habría sobrevivido a seis meses en esa profesión.

Cogió una caja de cigarrillos y se la ofreció.

Ella la tentó con una mano mientras lo miraba.

—Ese es turco, no te gusta nada. Coge este.

Su mujer bajó la vista.

—¡Es francés!

—Antes te gustaban.

Conrad sacó una cerilla. Qué extraño resultaba que el miedo siempre hiciera parecer a las mujeres diez años más jóvenes. Sin embargo, ella misma le impidió seguir reflexionando sobre lo que ese miedo hacía con los hombres.

—Prefiero el turco.

Él le dio fuego y no se apartó, por si quería tocarlo como seña de agradecimiento por saber que le apetecía fumar. Los afectos de las mujeres funcionan como los insectos, con diminutos gestos significativos. Entonces se acordó de Imogen cuando la joven le puso las manos sobre las suyas y el

corazón a los pies; el gesto que terminaba con todos los demás, pensó, y deseó con todas sus fuerzas que lo hiciera.

Su mujer se había terminado el brandi y se levantó a apagar el cigarrillo.

—Al menos no crean hábito.

—¿No te apetece nada ir al teatro? —le preguntó Conrad ya arriba.

Ella contestó con un brío muy poco convincente:

—Claro que quiero ir, por supuesto.

—Mientes muy mal.

—No.

—Pues a mí nunca has conseguido engañarme.

—¿Y tú? ¿Tú mientes bien? —repuso la señora Fleming tras una fugaz vacilación.

—Cariño, me moría por ir a ver esa obra desde las cinco de esta tarde. ¿Te imaginas lo que siento ahora?

—Una absoluta indiferencia. Vamos, entonces.

Siete

Llevaba varios días sin ver a Imogen y, cuando llegó a su piso, la joven no lo esperaba. Se había dado un baño y llevaba una áspera bata de felpa azul.

—Me estaba secando, pero no he avanzado mucho.

La confusión al verlo siempre la hacía hablar como si solo hubiera estado fuera cinco minutos. Le abrió la puerta del estudio y esperó, dispuesta a desaparecer enseguida.

—Ven y habla conmigo mientras te secas. —Conrad no quería estar en su entorno sin su compañía—. ¿Dónde está Iris?

—Se ha ido una semana. Está inspeccionando cosas en las Midlands.

—¿Así que has estado sola?

—He estado pensando —repuso ella muy seria.

—Pues vamos a beber algo y me cuentas qué conclusiones has sacado.

—Primero tócame. —La joven sonrió para dulcificar la petición y le tendió una mano. Él se la estrechó con suavidad—. Estoy muy contenta de verte… —siguió luego, intentando comedirse, pero no pudo evitar que se le saltaran las lágrimas—. Bah, no te preocupes, no es nada.

—Imogen, te creo capaz de desmayarte de alegría. ¿Te ha pasado alguna vez?

—No, solo me da por vomitar. —Las lágrimas no le estropeaban para nada los ojos—. ¿Te apetece un Dubonnet? Voy a traerlo. Siéntate por ahí. —Luego, desde la cocina, le gritó—: ¿Estás muy cansado?

—Nunca le preguntes a un hombre si está cansado. Debes tratarlo como si lo estuviera y después dar muestras de un asombro embelesado cuando descubras que lo está o que no lo está.

—¿En los dos casos?

—Sí. Es muy fácil herir su orgullo.

—No necesito saber nada de hombres.

—Eso es a la vez arrogante y miope por tu parte.

—Yo no soy arrogante —protestó ella ansiosa, señal de que estaba acostumbrada a tal acusación.

—¿Ah, no? Pues deberías.

Imogen estaba de pie, inmóvil, en la puerta de la cocina, con un limón en una mano y un cuchillo en la otra. La miró sin verla, primero, y luego otra vez con atención, pero no le pasaba nada, es que no podía formarse una imagen de ella: se percató de que estaba captando su palidez, las distintas y fascinantes texturas de su piel. No había fotografía, descubrió, cuando se empleaban todos los sentidos.

Cuando la joven vio que la observaba tan fijamente, se miró enseguida como si pensara que debía de tener algo mal. No es vanidosa, pensó Conrad, tengo que inculcarle algo de orgullo.

—Al menos nadie puede decir que la semana pasada viera a alguien como tú por la calle.

—Si lo dijeran, sería que me habrían visto a mí —replicó ella sin más. Luego fue a buscar las copas.

Las flores que le había enviado a Iris estaban casi marchitas. Mala floristería, pensó, deberían durar una semana, y entonces contó los días que habían pasado. Hasta ahora, siempre le había gustado vivir en tantos ambientes distintos como pudiera permitirse o idear, pero en ese momento empezaba a causarle cierto desasosiego. Cuando estaba en Campden Hill Square, se preguntaba qué harían en ese estudio: si habría fiestas locas de estudiantes con mariposas de aceite en los platitos del té y música española en el gramófono portátil, Imogen bailando sola, fiestas con café y vino y muy poco de comer, o si estaría sentada, como solía, en el enorme cojín amarillo que siempre tiraba al suelo, comiendo galletas Bath Oliver y leyendo en alto obras de teatro para sí misma. Siempre se la imaginaba sola, incluso en mitad de una fiesta.

Y luego, cuando estaba allí con ella, se sorprendía pensando —en cuanto esta salía de la habitación— en su propia casa y en su mujer, que ahora soportaba el peso de la enfermedad de su padre, de los pensamientos sobre su marido, que él ignoraba por completo, sentada sola y con la comida en una bandeja en el salón (había enviado a los niños a Kent para poder dedicarle más tiempo a Wilfrid). Iría al hospital y le leería hasta que le hicieran efecto las medicinas y se durmiera durante unas cuantas horas, el pobre diablo. Luego volvería a casa e intentaría leer hasta dormirse ella también, pero sin somníferos, aunque sabía que últimamente dormía muy mal.

Estaba a punto de ponerse a pensar en el trabajo, como un refugio, cuando se dio cuenta de que Imogen había vuelto con el Dubonnet y las copas y estaba sentada en el suelo, junto a él, en silencio.

—¡Qué criatura tan sigilosa!

—Me ha parecido que estarías pensando o dormido.

—Tal vez las dos cosas. Los intelectuales están tan acostumbrados a pensar que, desde luego, también lo hacen dormidos.

Ella lo miró sonriendo. Empezaba a alegrarse de que estuviera allí.

—Sirve tú —le dijo. Y luego, al coger su copa, añadió—: Yo no soy ninguna intelectual, en cualquier caso.

—¿No? Entonces, yo tampoco.

—¿Qué *es* un intelectual? —Tenía una costumbre encantadora: ladeaba un poco la cabeza cada vez que hacía una pregunta, interesada de verdad en la respuesta.

—Los intelectuales son teóricos inteligentes desdeñados por administradores astutos. Por su culpa, el mundo gira al revés y demasiado despacio.

—¿Por culpa de los intelectuales?

—Sí. Los administradores invierten sus teorías, claro.

—¿Y tú qué eres? —insistió Imogen.

—Un administrador endiabladamente astuto. Saco dinero de los intelectuales, pero soy mucho más amable con ellos que la mayoría de mis contemporáneos.

—Bueno, es que tú eres pura amabilidad.

Él lo negó y, para sus adentros, decidió ser más benévolo en el futuro y se preguntó si lo había sido alguna vez. En voz alta, dijo:

—Ya me ves, tan amable que sigo hablando de tonterías cuando tú tienes ciertas conclusiones que revelar. ¿De qué se trata? No, espera. Voy a administrar la noche, al menos las próximas tres horas, o seguiremos aquí sentados y tú acabarás seca pero muerta de hambre. Vístete y me lo cuentas cenando.

—De acuerdo. —Imogen se levantó.

—Quítate eso primero, ¿quieres?

La joven hizo un leve y tímido ademán con las manos y la bata azul cayó deslizándose a sus pies. Conrad trató de contemplarla con detenimiento, pero estaba tan deslumbrante en su desnudez que le resultaba imposible mirarla durante mucho tiempo. La necesito, se dijo con furia, y si ella me ama, ¿por qué no?

—Ve a vestirte.

Ella recogió la bata y torció un poco el gesto.

—Conrad. —Estaba temblando—. No te entiendo.

—¿Qué no entiendes?

—Te iba a preguntar si me amabas.

—Has elegido muy mal momento. —Se levantó de la silla y se acercó a la

ventana—. Ve a vestirte.

Oyó el susurrante arrastre de la bata por el suelo y una puerta que se cerraba con desconsolado sigilo.

En el taxi, cuando el deseo había cedido, le dijo:

—Claro que te amo.

En la planta superior del restaurante estaban solos y él eligió la cena y le pidió una copa de vodka.

—No lo he probado nunca. —La joven dio un sorbo y dijo—: Hay que vivir el presente.

—Bueno, cuéntame. —La curiosidad empezaba a devorarlo.

—He estado pensando en mi futuro.

—¿Sí?

—Has hecho que me dé cuenta de algo.

Conrad guardó silencio.

—Me has hecho darme cuenta —repitió ella con calma— de que no tiene sentido que intente pintar.

Tenía la mirada fija en la copa vacía y no paraba de darle vueltas entre las manos.

—¿Estás segura?

—Estoy segura. Ahora me cuesta bastante. —Su voz se había vuelto menos firme y le tembló con una risita—. Supongo que pronto lo superaré.

—Tal vez no acabes siendo pintora, pero hay innumerables posibilidades en las artes decorativas.

Imogen soltó el vaso.

—Yo no lo veo así. Ni respecto a la pintura ni respecto a mí misma.

—Diseño, publicidad…

—Ya: tejidos, materiales y papel pintado. No creo que me interese nada de eso, así que no serviría de nada que lo intentara.

—¿Y qué vas a hacer entonces?

La joven se volvió hacia él: se le habían dibujado unas arrugas muy intrincadas en la frente.

—Eso es lo que no sé. ¿Qué puedo hacer?

Se hizo un breve silencio mientras los dos pensaban y luego ella misma continuó:

—Nunca se me había ocurrido que no pudiera pintar. Durante años me han dicho que, cuando terminase los estudios, podría venir a Londres e ir a una escuela de arte y, por supuesto, es lo que siempre quise. Parecía algo tan lejano que nunca pensé en lo que vendría después. Qué estúpida, nada ha salido como me imaginaba.

—¿Por qué no lo intentas un poco más?

—No puedo permitir que mi familia siga pagando unas clases que sé que son inútiles. Ya sabes lo que le dijo Tonks a aquella estudiante sobre que se dedicara a hacer punto. Pues supongo que a mí me valdría más aprender mecanografía o algo así.

Luego le dirigió una sonrisa perpleja y sin ningún significado y empezó a comerse la trucha ahumada.

—Bien —repuso él—. Bueno, ahora que lo sé, pensaré en ello.

Imogen lo miró, pero tenía una expresión hermética e insensible. Se había imaginado que él podría darle de inmediato un sinfín de opciones y tuvo que retroceder ante lo que entendió como una simplificación del problema por su parte.

—Necesitas más salsa de rábano picante —se limitó a añadir el otro.

Después de todo, es mi futuro, pensó la chica mientras observaba la experta disección a la que Conrad sometía su pescado. Se quedó absorta en esta idea durante el resto de la cena y le hizo algunas preguntas un tanto temerarias, como por qué ya no iban a la ópera o por qué no le había dicho que estaría libre esa noche.

Más tarde, salieron del restaurante y echaron a andar despacio, hasta que estuvieron más cerca el uno del otro. Las calles, calientes y polvorientas, olían a carne de caballo y a ajo y a aceite de cocina barato; estaban salpicadas de hojas lacias que caían de los árboles; flanqueadas por los coches de la multitud que habría ido a los teatros y rematadas en las esquinas con mujeres que llevaban finas medias negras de seda y sandalias blancas pero sucias de tacón alto, con el pelo a lo Ginger Rogers recogido hacia atrás con cintas holgadas de chifón blanco. Sobre ellos, el cielo reflejaba los colores de los tubos de neón como el hollejo de una uva negra a contraluz. Un vagabundo de aspecto noble se estaba acomodando en un banco frente a St. Giles-in-the-Fields para pasar la noche. El pelo y la barba le llegaban casi hasta la cintura en suntuosos rizos y tirabuzones de ese ligero tono verdoso que queda al lavar un tinte negro de mala calidad. Llevaba un sombrero hongo y dos abrigos, con un clavel de papel prendido en la solapa exterior. Se había quitado las botas, y las uñas de los pies, larguísimas, le brillaban como las garras negras de un pájaro. Estaba comiendo pan de molde, que parecía de un blanco feroz en contraste con la barba. Cuando los vio, les dedicó una refinada sonrisa burlona y, con un movimiento de hombros preciso como el de un animal, les dio la espalda.

—¿Le habrá molestado que lo mirásemos?

—No creo. Me estaba preguntando cuáles serán las estadísticas de hombres que vivan así, en oposición a las mujeres.

—Me parece horrible… —empezó a decir Imogen, pero el otro la

interrumpió con un arranque de irritación.

—Pues claro. A la mayoría de vosotras, la vida se os presenta demasiado resuelta.

—A *ti* tampoco te gustaría.

Conrad no contestó. Paró un taxi y pensó: «Qué susceptibles son siempre las mujeres. Todo lo relacionan consigo mismas o con alguien cercano, son incapaces de generalizar». El efecto de lo que le había dicho en el restaurante sobre la pintura y su futuro empezaba a martillearle la cabeza, golpeando a ciegas en cualquier punto débil o sensible, acrecentando su resentimiento contra ella y enfureciéndolo por el hecho de haberse metido en un lío así a su edad. Imogen iba sentada —tan abatida como su propio estado de ánimo— con las manos en el regazo y la cabeza gacha, esperando que dijese algo o que demostrase su enfado en voz alta (pues su ira desbordaba el taxi y resultaba asfixiante).

Cuando llegaron a su piso, la joven se apeó del coche arrastrándose por el asiento como un niño que imita a una lagartija. Él se quedó dentro.

—Dile que vaya a Campden Hill Square.

—¿Podría seguir hasta Campden Hill Square, por favor?

No lo miró y ya había llegado a su puerta antes de que el taxi volviera a arrancar.

Conrad intentó avenirse con su enfado: había tratado de herirla y lo había conseguido, aunque no sabía hasta qué punto. ¿Estaría llorando? ¿Se habría lanzado escaleras arriba en busca de un rincón oscuro donde lamentarse? ¿O estaría enfadada, a pie quieto a plena luz, echando chispas y sacudida por la rabia? Tal vez ninguna de las dos cosas; quizá quería que se fuese y estaba cansada y aburrida. Dichosas emociones, estorban cualquier tipo de existencia planificada, luego no valen nada y provocan un exceso de expectativas pueriles. Sabía que en breve pediría al taxista que se detuviera, pero con un éxtasis de autodestrucción dejó que continuara avanzando mientras se burlaba de sí mismo por lo que iba a hacer. Bueno, no habría una reconciliación sensiblera como en las películas. Ella había querido hablar de su futuro; perfecto, hablarían de eso y le haría ver en qué precisa medida era responsable de sí misma. Las armas del llanto o el sexo tendrían un único filo, el físico, y si se hacía evidente la necesidad de limarle algunas aristas del corazón para que, en el futuro, pudiera vivir según los valores aceptados del enamoramiento, esa era la noche para hacerlo. Esta filosofía cauterizante de ser benévolo con ella a largo plazo tenía la ventaja de ajustarse a su propia necesidad inmediata de ensombrecer y menospreciar. Hizo que el taxi se detuviera. Uno podía pasarse la vida, pensó, buscando a tientas la riqueza que no tiene y siendo más atento con la gente a la larga.

Era la forma más ingeniosa de evitar la benevolencia que se podía imaginar.

Había luz en las ventanas. Llamó al timbre y esperó lo que se le hizo un tiempo innecesariamente largo antes de que Imogen bajase a abrir. Tenía el pelo revuelto, pero no se había desvestido y lo miraba entre curiosa y perpleja.

—¿Puedo pasar y hablar contigo?

Ella se echó a un lado para dejarlo entrar, cerró la puerta y lo siguió por las descuidadas escaleras que no eran de nadie que viviese en el edificio.

La estufa del estudio estaba encendida y un olor mortífero a papel quemado impregnaba el aire.

—¿Qué estás quemando?

—Papeles —repuso la joven con una voz tan inexpresiva como su rostro. Conrad vio una carpeta de dibujo vacía tirada en el suelo junto a la estufa.

—Cariño, ¿no estarás quemando todos tus dibujos a estas horas?

Imogen se acercó a la estufa y la cerró.

—No creo que me dé tiempo a quemarlos todos esta noche, se tarda mucho más de lo que pensaba.

El otro se sentó.

—Tengo que decir que es muy dramático por tu parte.

La chica no contestó. Conrad la vio dar unas cuantas vueltas por la habitación y luego le dijo:

—Supongo que los estás quemando por mi culpa.

Imogen se había arrodillado de nuevo junto a la estufa y estaba desatando las cintas de otra carpeta. Se sonrojó un poco.

—No es culpa tuya que no sepa dibujar. —Tenía que romper los dibujos para que entrasen.

—Ya sabes a lo que me refiero. No podrías haber ideado nada más destructivo.

—No tenía ni idea de que ibas a volver.

Ni siquiera miraba los dibujos antes de romperlos. Tenía un aire de severidad y esquivez que nunca había visto en ella. Parece mayor, pensó Conrad, aunque su cara sigue siendo la de un antiquísimo ángel juvenil.

—Pero te habrías asegurado de contármelo después.

La muchacha volvió la cabeza y contestó con sinceridad:

—Tal vez. No lo sé. ¿De qué querías hablar?

—No puedo hablar si sigues con esta espiral de destrucción. Ven aquí y fúmate un cigarrillo.

—Lo que quieres es ser tú el centro de la destrucción.

Era el tipo de comentario que él mismo le había enseñado a hacer y se descubrió sorprendiéndose con cierta amargura de que hubiera aprendido

tan rápido.

Imogen cogió un cigarrillo, pero se quedó de pie frente a él y, al mirarla desde esa perspectiva, Conrad se dio cuenta de lo insoportablemente infeliz que era, de que estaba tan consumida por el aplastante dolor y la quemazón de ese descubrimiento que intentaba ocultar que todo aquello la aterrorizaba. Se movía y hablaba alternando entre la premura y la prudencia del pánico.

—Imogen… —Pronunció su nombre casi como si tuviera miedo de despertarla de un trance—. Si no me lo cuentas, no puedo saberlo.

Ella no se movió.

—En la vida —dijo al fin con mucho esfuerzo— vas como por un caminito y mientras lo recorres, supongo que tiene setos a ambos lados, no ves más allá, solo un estrecho desvío de vez en cuando, hasta que de pronto, o al menos yo no me lo esperaba, llegas al final del camino y lo ves todo: un desierto infinito de posibilidades. ¿Todo el mundo se siente así?

—No lo sé —contestó el otro como si fuese un consuelo—. Alguna vez, quizá.

—Es de lo más solitario y cegador —repuso la joven, aunque apenas se la oyó.

—Es una encrucijada para la imaginación valiente.

—¿Ah, sí?

Fleming advirtió que quería aferrarse a aquellas palabras.

—Sí. La gente no mira o no admite lo que ve.

—Eso no tiene nada que ver con la imaginación.

—Todo forma parte de la inteligencia. ¿Crees que la imaginación siempre se utiliza para lo fantasioso, la falsedad, la tergiversación, las ilusiones improbables? Es el arma más potente para descubrir una verdad. Se dicen muchas tonterías de la imaginación porque, como la mayoría de las herramientas poderosas, es peligrosa.

Imogen estaba recuperando el equilibrio. Para darle algo más de tiempo, Conrad continuó:

—Cuando la imaginación triunfa, se la llama visión; cuando se violenta o resulta un fracaso, se tacha de malsana o algo peor. Dios interviene cuando es buena, y los psiquiatras, cuando no. Pero no creas a pies juntillas lo que digo —añadió—. Es una aproximación, un entretenimiento o algo así.

Le sonrió y ella empezó a devolverle la sonrisa, pero de pronto se detuvo, inquieta, y dijo:

—¿De qué habías venido a hablar?

—Pues de ti, por supuesto. El tema más fascinante del mundo, salvo yo mismo. Solo que me lo ha impedido esta… cremación en masa.

La muchacha miró de reojo la estufa.

—Siéntate —le pidió el otro—. Es mucho más difícil ser nada estando sentado.

—De acuerdo. No lo he hecho a propósito para fastidiarte.

—Ahora lo entiendo, pero soy tan terco por naturaleza que siempre espero que los demás lo sean también. ¿Por qué lo has hecho?

—Anoche escribí a mi familia para decirles que dejaba la escuela. Cuando te lo he contado esta tarde, creía… Me imaginaba que…

—Que yo te iba a ayudar. Y no lo he hecho.

—Más o menos. Pensé que sabrías cómo me sentía. Entiendo que es absurdo, porque nadie puede saber exactamente lo que siente otra persona sobre nada. —Hubo una pausa mientras ella misma digería este descubrimiento. Luego continuó—: Supongo que estaba segura de que a ti se te ocurriría algo.

—¿Y?

—Pues que, como no ha sido así, cuando he vuelto y me he visto sola he pensado que sería mejor quemar de verdad todos mis barcos mientras aún tuviera valor para hacerlo. Me daba miedo despertarme mañana melosa y deshonesta conmigo misma al respecto. Si lo quemaba todo, al menos ya no podría coger ninguno de mis trabajos y buscarle excusas. —Ya no lo miraba con ese rostro inexpresivo, hablaba otra vez como si pudiera verlo—. El problema es que no sé qué hacer ahora. ¡No quiero limitarme a existir y a ir a la deriva sin hacer nada! Preferiría estar muerta.

—Llevabas muchísimo tiempo con la idea de dedicarte a la pintura. No puedes esperar que se te presente de inmediato una alternativa igual de sólida. Lleva tiempo, pero encontrarás algo.

—Pero ¿*qué* puedo encontrar? —insistió Imogen como una chiquilla.

—Aún no lo sé. Si buscas, lo descubrirás por ti misma. —Le parecía tan decepcionada que, sin ninguna prudencia, añadió—: En cualquier caso, te casarás y tendrás hijos.

—¿Contigo? ¿Crees que podría casarme contigo?

La cara se le iluminó con la idea: tan ingenua y espontánea, con una certeza tan enardecida respecto a su amor, que lo conmovió.

—No quería decir eso —repuso Conrad—. Yo ya estoy casado.

Pudo ver lo primero que entendió ella: que no la quería, o que no la quería lo suficiente; y la repentina muerte de esa luminosa esperanza que se hundía en el abismo de su corazón. La muchacha intentó sonreír y, cruzando las manos sobre el regazo, se desdijo:

—No creía que fuera posible de verdad, claro.

Fleming sintió entonces el impulso desesperado de proteger el orgullo de

la joven, que no era vanidad, de consolarla y reconfortarla, pero no se le ocurría nada del todo seguro que decir o hacer.

Imogen se soltó las manos, se quedó mirándose las palmas y luego las apoyó en el suelo.

—Supongo que será muy tarde —dijo al fin—. Tendrás que irte.

—No quiero irme.

—Entonces, no lo hagas. Quédate. Si te apetece.

Conrad decidió encerrar y apartar de su mente el recuerdo de esa inflexión en su voz y se arrodilló junto a ella.

Ocho

Volvió a casa por la mañana temprano, antes de que nadie se hubiese levantado. En la mesa del vestíbulo vio una de las notas de Dorothy: «Señora, llamó el señor Tomson. Llamará otra vez». No fue hasta que iba subiendo por la mitad de las escaleras cuando aquel nombre encajó y se acordó de Marsella. ¿Por qué demonios iba a…? Pero solo había una razón por la que Thompson llamaría por teléfono a cualquier mujer. ¡Thompson y ella! No, claro que no, ella sería su pequeño Waterloo. Ya lo habría sido, porque Thompson no era de los que pierden el tiempo… Pero, entonces, ¿por qué la llamaba ahora? Se encogió de hombros y dejó de elucubrar.

La habitación estaba vacía; no había pasado la noche allí. Se quitó la ropa y se quedó dormido mientras trataba de imaginársela llamando a Thompson por su horrendo nombre de pila, pero ni siquiera recordaba cuál era, solo que se había reído a carcajadas la primera vez que lo oyó y que le había aconsejado que no lo usara nunca. «Me lo puso mi madre —le había explicado el otro—. En aquella época estaba muy interesada en Oriente».

Ya había dado cuenta de medio desayuno cuando su mujer entró en el comedor con el abrigo puesto y el correo de la mañana en la mano. Agotada y sin decir palabra, se dejó caer en una silla. Él se levantó para servirle un café.

—Solo, Conrad, por favor.

Cuando este le puso la taza delante y después de cogerla y estar un rato en silencio calentándose las manos —una situación tensa pero en apariencia impersonal, producto de sus distintas fatigas—, le dijo:

—Tendría que haberte avisado. Llamaron del hospital porque tenían que operar a mi padre de urgencia, así que me fui corriendo para estar con él cuando se despertase, por si quería compañía, y cuando me di cuenta de que iba a pasarme la noche entera allí, me pareció demasiado tarde para llamarte.

—¿Está bien?

—No creo que sea muy consciente de lo que tiene. —Le dio un sorbo al

café y repitió—: No creo que sepa mucho.

Tenía la cara demacrada de agotamiento, una expresión vacua, familiar, ausente… Recordaba haberla visto así después de su primer parto y lo difícil que le había resultado entonces comunicarse con ella.

—Pero ¿están satisfechos con el resultado de la operación?

Su mujer se había echado más azúcar en el café y estaba removiéndolo.

—¿Quién sabe? No está muerto y los médicos solo dicen que evoluciona tan bien como cabe esperar. No se han atrevido a asegurarme que está del todo estable porque para cualquiera con un mínimo de sentido común es evidente que no.

—¿Lo has visto?

—Sí. —Hizo una pausa y luego añadió—: ¿No es curioso cómo el dolor nos encoje todo menos los ojos? Aunque tal vez no sea solo el dolor.

—¿Y qué es, entonces? —le preguntó él con aspereza.

Ella tenía la mirada fija en su taza.

—Bueno, los pensamientos angustiosos. Eso es lo que no puedes soportar…

—Te estás torturando —la interrumpió Conrad—. No sentías tanta devoción por tu padre. Hazlo más fácil, sé más subjetiva. Soporta los males que conoces.

Luego, como ella no dijo nada, volvió a los asuntos prácticos:

—¿Vas a acostarte? Dorothy puede ocuparse del teléfono. Te dará cualquier mensaje que sea importante.

En ese momento, vio que la tenue agitación de una nueva inquietud le cruzaba el semblante. Su mujer alzó la vista.

—Puedo subírmelo y conectarlo junto a la cama. —Se había puesto a recoger sus cartas—. Es posible que tenga que hablar con los médicos yo misma.

Cuando Conrad salió de casa para ir a la oficina, echó un vistazo a la mesita de ébano. El mensaje de Dorothy ya no estaba.

El aire de crisis inminente lo envolvió de tal forma que no podía deshacerse de esa sensación ni siquiera en su oficina, ni caminando por la calle, ni en el club. Desde luego, lo peor era en Campden Hill Square. Allí sentía el lastre de una lucha a muerte que estaba ilustrada por su suegro y que veía replicarse en la relación con su mujer. Era incapaz de acercarse a ella, no estaba acostumbrado a ese esfuerzo; durante años había sido ella la que se aproximaba y se alegraba de encontrarlo al final del camino, pero ahora se mostraba distante y Conrad solo sabía que estaba afligida: su mente y su

corazón se habían separado por completo de él y solo se ocupaba de las disposiciones mecánicas de rutina. A veces, pensaba Fleming, parecía casi feliz de no tenerlo en casa…

Con Imogen, la situación era de una incertidumbre más transparente. Había dejado de asistir a la escuela de arte y, aunque no hablaba de ninguna alternativa, le daba la impresión de que —de una forma confusa y quizá inconsciente— cada vez dependía más de él. Desde la noche en que le había preguntado abiertamente si podrían casarse, Conrad se había esforzado por delegar su responsabilidad emocional para con ella en cosas prácticas. Intentaba ser autoritario y benévolo y la veía aceptar lo que estuviera decidido a darle, aunque él se negaba a su vez a recibir nada de ella hasta que lo hubiese afirmado bien como un tópico o como una indulgencia de su generosidad. La joven era infeliz, eso lo notaba y enseguida encauzaba su infelicidad: le imponía el conflicto de otras posibles dedicaciones, le hablaba de su futuro con un entusiasmo exhaustivo, le encerraba el corazón y cercaba el suyo propio con una desagradable cautela imperecedera que mantenía en un punto muerto el equilibrio entre ellos, de modo que ella lloraba sola y él pensaba solo y su amor quedaba intacto, perenne, pero congelado hasta la raíz.

Cuando estaba solo, tanteaba y analizaba, descartaba una excusa tras otra y luego cualquier cosa que lo pareciese, reunía distintas ideas, descubría que no encajaban y volvía a hacerlas pedazos. Intentaba ver a su mujer como una persona sentimentalmente unida a los que dependían de ella —sus hijos, su padre—, tediosa y omnipotentemente maternal, que solo dependía de él en un entorno donde pudiese dar rienda a esos instintos. Intentaba ver a Imogen como una adolescente encaprichada, una tímida ramera primeriza, una intrigante poco avezada en busca de la destrucción. Pero solo tenía que estar con cualquiera de las dos para que esas fantasías simplistas se convirtiesen en un vórtice de angustia e ignorancia, y aun peor, para que ambas se fundieran la una con la otra hasta que se hacían indistinguibles e inseparables, una única imagen compuesta en su cabeza.

Durante esos días trabajó a un ritmo febril. Mucho después recordaría haber ametrallado a un joven oficinista por una confusión.

—Es como si tuviera dos cerebros y cada uno me dijera una cosa, señor. —Hablaba al borde de las lágrimas, desesperado por conservar su empleo—. Jamás volverá a ocurrir, señor.

Pobre desgraciado, pensó Conrad con una actitud tan impropia de él que se vio empujado a decirle:

—Tener dos cerebros está muy bien, Blackburn, pero nunca dejes que el derecho sepa lo que hace el izquierdo.

—No, señor.

—Está bien, Blackburn.

Y el muchacho se fue, más intrigado por cómo había podido librarse de aquello que por la confusión que lo había provocado.

Esa noche, impelido por un arranque de admiración hacia su mujer, fue al hospital de St. Mary's con la intención de recogerla y asegurarse de que al menos un día cenaba en condiciones. No estaba allí, le dijeron, se había ido a las cinco y media y no sabían si iba a volver. El señor Vaughan se encontraba bastante estable. Salió del vestíbulo por una zona privada que olía a éter y a cera para suelos y a claveles, donde resonaba el eco de los pasos almidonados de las enfermeras de noche que bajaban a comer en su primer descanso; se quedó un momento fuera, en el trillado caminito que solo llevaba al hospital, y luego se fue a casa. Pero tampoco estaba allí. Había salido, recalcó Dorothy sin ninguna necesidad. Se fue al club y cenó solo, se tomó una copa de oporto con uno de sus enemigos más antiguos y volvió a casa a merodear sin rumbo ni propósito por las habitaciones.

Su mujer llegó a las once y entró en el dormitorio como si no esperara encontrarlo allí, pues se detuvo un instante en la puerta antes de cruzar la habitación en dirección a su tocador.

—No voy a quedarme. Tengo que volver.

—¿Volver? —Conrad la observó sin piedad hasta que la presión de su mirada la obligó a volverse hacia él. Entonces se incorporó un poco y se quedó sentado en la cama—. Tienes cara de fiebre —le dijo. No la había perdonado por la escenita que le montó con lo de Imogen antes de irse a Francia.

Ella se sonrojó y apartó la vista, hizo ese gestito nervioso con el que se pasaba la mano por el pelo y repuso:

—¿De verdad? Solo estoy cansada.

—Más bien exhausta, diría yo.

En ese momento la odiaba; por engañarlo, por engañarlo hasta tal punto —había conseguido empujarlo a compadecerse de su padre—, por esconderse detrás de un pretexto tan inatacable. Le estaba dando la espalda, buscaba algo en un cajón, y mientras él reconocía sus auténticos instintos asesinos se dio cuenta de lo profundo, y pensaba que inexpugnable, que había sido su respeto por ella. Nunca, hasta ahora, se había cuestionado la admiración que sentía por su carácter; creía que no era ni deshonesta ni estúpida ni mediocre; que tenía el coraje de sus emociones, lo cual, para él, era lo máximo que se podía esperar de cualquier mujer. Ahora toda esa construcción se desmoronaba como las rocas en un desprendimiento montaña abajo y su buen concepto se veía sustituido por una espantosa y

repentina indiferencia. Después del horrendo silencio sepulcral que sigue a tales avalanchas, le preguntó:

—¿Estarás fuera toda la noche?

—No lo sé. Tal vez solo una hora.

—¿No sería más sencillo llamar primero al hospital y preguntar cómo está?

—Ya sé cómo está, sé mucho más de lo que puedan decirme.

—Qué tontería. No tiene ningún sentido salir corriendo de esa forma si va a ser para nada. Cuando yo me he marchado, se encontraba bastante estable.

—¿*Tú*? ¿Cuándo has ido tú al hospital?

Había estado remetiéndose un pañuelo en el cuello de la blusa, pero volvió la cabeza y, con la imagen del espejo, la veía por triplicado.

—Antes —repuso Conrad tras una pausa: casi disfrutaba de la simplicidad de su odio.

—Supongo que estaría cenando —murmuró su mujer. Parecía confusa, consciente de que algo iba mal y temerosa de saber más. Se sacó otra vez el pañuelo, impaciente, y empezó a anudárselo con un lazo—. ¿De verdad estaba bien cuando has ido? ¿Lo has visto?

—Los médicos me han dado su palabra. Te habrás pegado una buena cena si acabas de terminar.

Seguía observándola: vio que de pronto se le nublaban los ojos con algo que parecía miedo o dolor.

—He cenado… hace siglos —replicó ella distante—. Luego me he ido a pasear. He estado horas paseando.

Conrad dejó a un lado el libro que tenía en la mano y se levantó.

—No voy a seguir jugando a esto, ¿lo entiendes? Lo dejo en este mismo instante. Puedes hacer lo que quieras y me dará igual si me gusta o no me gusta lo que hagas. Tu única genialidad ha sido cargarme con una formidable culpa innecesaria…

A saber qué más le habría dicho, pero en ese momento sonó el teléfono y ella salió huyendo de su gélido silencio para contestar. Fue una conversación breve, no hubo tiempo para que se disipara la bruma de su ira. No sabía de antemano lo que iba a decirle y descubrió que era incapaz incluso de verla hasta que volvió y le dijo:

—Tengo que irme ahora mismo. Conrad. ¿Me oyes? Tengo que irme.

Lo miraba con una especie de desdicha perentoria y enseguida se fue corriendo de la habitación, tanto que una ráfaga de aire agitó las páginas del libro que este había dejado abierto.

Al ver las hojas aletear y asentarse de nuevo, lo único que sintió fue un repulsivo estupor.

Nueve

—¿Qué te pasa? Dímelo, por favor.

—No tiene nada que ver contigo.

Imogen se echó a reír y él le preguntó por qué.

—No me imaginaba que alguien pudiera decir «No tiene nada que ver contigo» de esa forma. Creí que siempre se decía enfadado.

—¿Es que *siempre* has pensado lo mismo sobre las mismas cosas? —replicó Conrad algo irascible.

Ella, sin embargo, contestó con humildad:

—Supongo que sí. —Y luego añadió—: Pero ¿no te ayudaría contarme lo que te pasa?

—Mi suegro estaba muy enfermo. Anoche empecé a decirle a mi mujer cosas imperdonables y entonces sonó el teléfono y ella salió corriendo y llegó al hospital justo a tiempo para verlo morir.

—¿Y?

—Ya está.

—Ah. Bueno, no sé cómo serían las cosas antes, claro.

—No, claro que no lo sabes. El problema es que yo tampoco.

—Tienes que saber si la amas o no.

—No soy una mujer, así que no sé nada de eso. La responsabilidad es lo que sigue al deseo… Algunos hombres disfrutan de una cosa y otros de otra, nada más.

—¿No lo entiendes *en absoluto* en otros términos?

—Ha habido algunos instantes en los que sí, otros términos indefinibles.

—¿Y tú de qué disfrutas: del deseo o de la responsabilidad?

—De ambas cosas, siempre que pueda manejar las proporciones.

—Pero estás apegado a ella —insistió la joven.

—Obviamente. Es mi mujer.

—¿Es infeliz?

—No te imaginarás que estar casada conmigo es divertido, ¿verdad?

Ella apartó la mirada.

—No me imagino nada.

En casa, se encontró a su mujer poniendo sellos a un montón de cartas mientras el joven primo de esta (en Londres de camino a Cambridge) peroraba delante de ella sobre su futuro.

—… lo que uno *codicia* de verdad es algún trabajo inútil por el que le paguen un sueldo obsceno y donde tenga todo el tiempo del mundo para dedicarlo a sus propios *intereses*… Sacar una biografía colosal de uno de esos dictadores o qué sé yo, demostrando que son perdidamente aristocráticos, o que es todo cuestión de adrenalina, por ejemplo… Siempre sabes de alguien que hace cosas así. O puedes buscarte una oficina para dar a la gente malos consejos, sin más. Cobrarles una barbaridad y que luego hagan todo lo contrario y ya está, todos felices…

De vez en cuando tenía que parar a coger aire y, en una de esas pausas, cuando la señora Fleming estaba a punto de decir: «Tonterías, Roland», en tono alentador, vio a su marido, se contuvo y le dirigió una leve sonrisa formal.

—Ah, buenas tardes —saludó Roland—. Estaba preocupándome por el futuro.

—¿En general o por algo en concreto?

—En general, aunque concretamente relacionado conmigo.

La señora Fleming dejó a un lado una libreta de sellos vacía y dijo:

—¿Acaso hay otra forma? —Se hizo un silencio y luego se excusó con voz débil—: No me imaginaba que iba a dejaros callados. Voy a enviar esto mientras decidís qué película queréis ver.

—Mi prima dice que tenemos que invitarla al cine —aclaró Roland.

Y Fleming sugirió de pronto:

—¿Por qué no le llevas tú las cartas al buzón?

Roland pareció algo sorprendido y empezó a destorcer el nudo en el que tenía cruzadas las enclenques piernas, pero ella lo interrumpió.

—No, me vendrá bien que me dé un poco el aire. —Luego, como asustada de lo que había dicho, le tendió las cartas a su marido y agregó—: A menos que quieras enviarlas *tú*.

Pese al ligero énfasis, no lo miró a los ojos. Él negó con la cabeza y, cuando la otra ya se había ido, intentó con todas sus fuerzas recordar qué le había dicho exactamente la noche anterior.

Cruzaron el desierto de la tarde —comiendo, charlando, viendo a los

hermanos Marx— y luego Roland les dio las gracias con mucha educación, dijo que iría a tomar un baño turco y se alejó perdiéndose en la noche «tan fortuitamente —señaló su prima— como había llegado».

Ya a solas con su marido, la señora Fleming se mostraba tan serena y entera que Conrad empezó a asustarse. Le preguntó por su padre y, sin alterarse siquiera, esta le habló de todos los trámites que había hecho. No le llevó mucho tiempo y, cuando terminó, ambos desearon tener más que decir, pero no parecía quedarles más remedio que seguir conduciendo en silencio hasta llegar a casa. Cuando aparcaron en la puerta y bajaron del coche, ella se percató de algo.

—Bueno, esta noche podría guardarlo.

—No te preocupes.

La monotonía de la agitación, se dijo Conrad mientras subía las escaleras arrastrando los pies. Dorothy había dejado unos cuantos sándwiches en el salón.

—¿Quieres? —le preguntó a su mujer.

—¿Por qué no? —Esta cogió uno y empezó a comérselo como si aquello estuviera relleno de arena.

—¿Vas a irte con los niños?

—Supongo. ¿Debería?

—¿No te vendría bien?

La señora Fleming dejó el sándwich en un plato.

—Si quieres que me vaya.

—Me da igual si te vas o… —empezó a decir Conrad, pero se detuvo cuando ella lo interrumpió.

—Ya lo sé. —Se hizo un silencio. Luego continuó—: De todas formas, queda como una semana para que empiecen el colegio.

Sería mejor hablar de ello, pensó Fleming desalentado, sacarlo todo de una manera u otra… Las mujeres suelen responder a ese método, incluso si acaba por inclinar la balanza en la dirección que no esperan. Quizá debería estar Imogen aquí también para hacer esto en condiciones, pero Imogen no la entendería; ella no vería nada en nuestra relación. Tal vez porque parece conformarse solo de una especie de memoria en segundo plano. Uno no puede fingir que no se acuerda de nada como no puede fingir que lo recuerda todo con claridad.

—¿Crees que deberíamos intentar hablar?

Su mujer se había recostado en un sillón y tenía los ojos cerrados. Entonces, sin hacer ningún otro movimiento, los abrió y le dijo:

—No, Conrad. Ahora mismo no serviría de nada hablar. No hay nada que me importe lo suficiente.

—¿Sabes que eso fue lo primero que me dijiste al conocernos? —repuso el otro cuando aquel lejano recuerdo ya había empezado a desvanecerse.

—No me acuerdo. Me extraña que tú sí. —Sin embargo, no le preguntó por lo que en aquel entonces no le había importado.

—Puede que la indiferencia sea útil en este tipo de charla.

—Para los hombres. No para las mujeres. Las mujeres son bastante inútiles para cualquier cosa cuando les da igual todo.

Conrad la miró, reclinada en la butaca, con los pies y las manos reposando lánguidos y elegantes, una postura que era la imagen misma de la indiferencia, como si hubiera terminado todo lo que tenía que hacer en la vida y no entendiese por qué no estaba muerta. Antes me fascinaba su indiferencia, pensó, pero entonces tenía un matiz distinto: solo estaba a la espera de algo que me encantase descubrir por ella. Ahora parece desencantada. Tendría que pensarlo mucho antes de amarla y a ninguno de los dos parece importarnos lo suficiente el sutil esfuerzo de sensibilidad que ambos tendríamos que hacer. Pero no podemos seguir así…

En ese momento, ella se incorporó.

—Creo que me iré a Kent antes del fin de semana. Tú haz tus planes como si me fuera, en cualquier caso. Eso es lo que querías saber, ¿no? Pero no voy a acostarme todavía. Aún tengo muchas cartas que escribir.

Conrad se terminó la copa.

—No te quedes despierta toda la noche. —Se levantó con una extraña desazón.

—No. Estaré mucho mejor cuando me quite estas cartas de la cabeza.

Se había percatado del malestar de su marido, pero ni siquiera pudo hacer de aquello la gota que colma el vaso. Le dedicó una sonrisa de cumplido y poco convincente con la que esperaba que se fuera del salón.

—No te imagines nada ahora mismo si puedes evitarlo —le dijo este.

Ella contestó con súbita lucidez:

—A veces creo que nuestra única imaginación consiste en creer que la tenemos.

No está muerta, se dijo Conrad, solo conmocionada. De un modo u otro se recuperará y volverá a reconocerse a sí misma, pero ¿qué demonios hago yo?

Se desvistió a toda prisa, para permitirse la evasión inmediata del sueño, pero soñó y soñó y se despertó sudando por temores inaprensibles y volvió a dormirse y a soñar con las mismas angustias e inquietudes inidentificables. Cuando al cabo miró el reloj, eran más de las cuatro y su mujer aún no había subido. Estaba tan tenso que no verla allí lo alarmó. Durante toda la tarde había temido cómo acabarían el día, pero ahora, a esas horas, el

suspense había degenerado en una alerta casi física y tenía que saber dónde estaba.

Se había acurrucado en un extremo del sofá. Había una lamparita encendida junto al escritorio que apenas iluminaba el salón. Tenía puesto el abrigo y un pañuelo apretujado en el puño. La cara, cubierta de sombras y señalada por las lágrimas que habían ido a morir a sus mejillas, era solo un claroscuro inmóvil: la cabeza apoyada en la esquina parecía dispuesta a la fuerza para esa quietud. Conrad se quedó allí de pie, recordando la última vez que se la había encontrado dormida en ese mismo sitio y lo remota y absolutamente hermosa que le había parecido; la imagen se le presentó sola y luego se desvaneció ante la realidad de lo que era ahora. Ya no era hermosa, ya no le impresionaba; solo lo asaltaba una confusión de dulces recuerdos, de momentos en los que había sido vulnerable y había estado asustada o enferma o cansada o triste, de momentos en los que, más tarde, el propio Fleming se había preguntado qué habría hecho ella sin él, para sentirse segura, para liberarse de sus miedos y para rodearse de afecto. El precio de sostener su matrimonio con tanta tensión de realidad y amor habían sido aquellas infidelidades fortuitas que, de vez en cuando, le urgían para satisfacer esa parte de sí mismo que imponía no un trato justo, sino una simple ganancia, el algo-por-casi-nada, la necesidad de reafirmar su vanidad: un instinto común a todos los hombres y demasiado a menudo satisfecho de forma desastrosa con sus esposas o sublimado en el trabajo. «Lo que se hace todos los días tiene que hacerse mejor», le había dicho una vez su padre, advirtiéndole contra un esbozo prematuro de plan quinquenal. «De modo que sé prudente con la rutina: recurre a ella solo cuando puedas estar a la altura. Que tus mediocridades sean tan aleatorias como distintos tus errores. No te sumes a esa insoportable masa de gente que permanece fiel a sus incapacidades». Su padre había sido el único hombre por el que había sentido alguna afinidad. Recordaba que, cuando murió —viejo, empobrecido y optimista: «He trazado la distinción entre la vida y la muerte: ¡he sido un noble saltamontes!»—, había llorado de verdad y se había refugiado a ciegas en su mujer. Ahora era ella la que había perdido a su padre y no podía refugiarse en él porque Imogen no había sido, no era, una infidelidad fortuita. Con el corazón no puedes elegir la castidad, pensó; no es una cuestión de moral, simplemente no se puede escindir. La amo, se dijo pensando en Imogen, y se acercó despacio a su esposa.

Esta se revolvió cuando fue a inclinarse sobre ella; alzó los brazos con un gesto convulsivo, como para protegerse; una arruga le surcó la frente con la extraña y cadenciosa velocidad de una ráfaga de aire sobre el agua; le temblaron los párpados, se despertó con un gemido desolador y se encogió

apartándose de él como si fuera una luz cegadora. Al verlo, empezó a sollozar: antes incluso de despertarse del todo, las lágrimas le corrían incontrolables por el rostro, se puso los dedos bajo los ojos para romper aquel torrente y, cuando Conrad se arrodilló a su lado, creyó oírla renegar con palabras inconexas sobre algo que no se debía decir o hacer. Luego se oyó a sí mismo hacerle las mansas y absurdas preguntas que se hacen a los niños o a los animales —cosas sin sentido que no aclaran nada, un intento inútil por reconfortarlos, puesto que nunca se obtiene respuesta—, pero parecía inconsolable. La vio lanzarse como loca a dar vueltas por el salón en busca de una escapatoria y luego volver frente a él.

Fleming se levantó y, cauteloso, le dijo lo que iba a hacer, pero cuando se inclinó hacia ella, su mujer se resistió con una especie de desfallecido delirio hasta acabar en sus brazos y sollozando amargamente mientras él la llevaba al piso de arriba.

La tendió en la cama y, tras cerrar la puerta, se quedó observándola un momento antes de ir al cuarto de baño a por el amobarbital, pero cuando volvió con las cápsulas y un vaso de agua ya estaba más tranquila, aunque seguía como la había dejado, tumbada con los puños apretados a los lados y llorando. Le ofreció los calmantes y ella frunció el ceño dos veces y los rechazó con un gesto. Conrad la hizo incorporarse y le dijo que se los tomara, ella dejó escapar un hondo suspiro y al fin accedió.

Tragar la ayudó a recuperar cierto control sobre sí misma y le pidió un pañuelo. Cuando su marido se lo llevó, la señora Fleming le rogó:

—Por favor, no me preguntes. No me hables, por favor.

Él asintió, le dio el pañuelo y empezó a desvestirla. Cuando encontró su camisón y se lo puso por la cabeza, le quitó las horquillas hasta deshacerle el peinado. Le retiró el pelo de la cara —ya parecía mucho más calmada— y, pensando que había llegado el momento en que lo necesitaba, le dio un beso en la frente, pero ella se apartó retorciéndose con un quejido desconsolado. Mejor confiar en las pastillas y dejar que se duerma, pensó Conrad; ya no es un llanto amargo, pero ¿qué le hemos hecho ni yo ni nadie? Nunca la había visto desmoronarse así, no la creía capaz de llegar a ese estado. Sería histeria… Pero si uno entendía por completo las razones que empujaban a otra persona a la histeria, sería que también era un histérico. Había seguido acariciándole el pelo con movimientos rítmicos. Notó que ya estaba casi dormida; tenía los ojos cerrados y no lloraba. Apenas se apartó para apagar una de las lámparas cuando su mujer le susurró:

—Conrad, no tengo mi reloj.

—¿Lo quieres?

Ella asintió.

—¿Está abajo?

Hubo una pausa y luego la oyó decir muy despacio:

—En la chimenea. Odiaba el tiempo.

Encontró el relojito en un rincón del hogar, donde debía de haberlo tirado con fuerza, pues el cristal estaba hecho añicos, y el precioso esmalte de la caja, muy agrietado. Quitó las esquirlas de vidrio que quedaban y se lo subió.

—¿Está roto?

—Se ha parado, pero es mejor que lo lleves puesto. —Le abrochó la cadena al cuello y, mientras ella lo miraba con una calma infinita y agradecida antes de que los párpados se le cerrasen de nuevo como las pesadas tapas de un libro, le dijo—: No creo que el daño sea irreparable. En todo caso, intentaré que lo arreglen.

—Lo intentarás —murmuró conforme su mujer.

—Sí, lo intentaré.

Diez

—¿Qué te pasa?

—Nada.

La joven siguió colocando las flores que le había llevado con estudiada y melindrosa concentración.

—Esa respuesta, mi muy querida Imogen, es una pérdida de tiempo.

Ella lo miró por encima de las rosas con hostilidad defensiva.

—Es lo que sueles decirme tú.

—Y entonces me preguntas otra vez porque de verdad quieres saberlo.

Imogen sacó una rosa del jarrón y le cortó el tallo.

—Deberías saberlo sin necesidad de que te lo diga.

—¿Es porque no puedo quedarme a cenar? —Sabía que era por eso, pero estaba demasiado cansado para discutir.

—Porque no piensas quedarte. No, ni siquiera es por eso. Porque no quieres quedarte. Dices que, si te quedas, dejas a tu mujer sola, pero si no lo haces, me dejas sola a mí.

—Tendrás que aceptarlo. Te lo he dicho por teléfono esta mañana.

—Ya lo sé. Lo acepto. Lo intento —se corrigió—, pero no puedo evitar que me moleste.

—Es solo una noche y, en cualquier caso, ahora estoy aquí.

—O sea, que te veo tan poco que debería aprovecharlo al máximo, ¿no?

Qué estar al borde del abismo más interminable, pensó Fleming; cada cosa que decimos —o más bien todo lo que yo digo, a cualquiera de ellas— es asomarse al vacío. Días, semanas… Con cualquiera de las dos…

Imogen barrió con la mano los tallos cortados que habían quedado sobre la mesa y los tiró a una papelera.

—¿Hincada de rodillas y atiborrándome, gracias a Dios, del amor de un mal hombre? —Intentaba seguirle el juego y sonrió con tristeza.

—¿De dónde has sacado eso?

—De *La fierecilla domada* y de mí misma.

—¡Vaya! Entonces, ¿tú eres una fiera y yo un mal hombre?

—Pobre Conrad, pareces agotado.

La joven salió corriendo a buscar dos copas. Qué pocas mujeres corren con gracia dentro de casa, pensó el otro. Con un poco de suerte, volveremos a estar bien enseguida.

Cuando ya le había servido algo de beber, Imogen arrastró hasta él su cojín amarillo y allí se sentaron los dos, en un silencio abstraído pero amistoso, hasta que ella misma volvió a hablar:

—Creo que lo que quería decir en realidad es que tú intentas no ser un mal hombre y yo intento no ser una fiera. —Luego lo miró solícita y añadió —: Perdóname si lo soy.

Fleming se echó a reír, desarmado, y la besó. La muchacha le echó los brazos al cuello y se aferró a él con fuerza, sin hablar ni besarlo.

—Tendré que dejar la copa si esto es lo que quieres.

Pero ella se soltó y se dejó caer de nuevo al suelo.

—¿Será mucho tiempo así? —le preguntó atropelladamente.

—¿El estar enamorados?

—No, que te preocupes por ella. ¿Está muy triste por lo de su padre?

—Es muy infeliz, en cualquier caso, aunque no solo por lo de su padre.

—¿Y será mucho tiempo así? —repitió la joven.

—No lo sé, cariño. Si lo supiera, te lo diría.

Ella se quedó en silencio, pellizcando el ribete del cojín, y Conrad notó que estaba luchando por contenerse, aunque supo que no podría mucho antes de que Imogen gritase:

—¡Estoy celosa de ella! He intentado no estarlo, es la peor sensación que he tenido nunca y no lo entiendo. Estoy tan terriblemente celosa que me pongo enferma y luego me avergüenzo. Yo creía que, si uno se avergonzaba tantísimo de un sentimiento, podría deshacerse de él. No es que la odie, de verdad, ni siquiera la conozco… Es por tu casa y tus muebles y por cómo son las habitaciones, cosas que yo nunca he visto y que son suyas; y tus amigos y todos los años y horas que habrás pasado así; los planes durante el desayuno y luego, aunque tengas pensado verme, no puedes, porque tu vida con ella fluye de manera continua y conmigo solo tienes instantes aislados. —Lo miró con desdichada sinceridad—. No espero que entiendas lo que son los celos. Tú no los tienes, pero yo no me deshago de ellos por mucho que lo intente y al final solo puedo intentar no pensar en ti de ningún modo para no estropear tu recuerdo. No pretendo que me digas nada, pero estoy tan avergonzada que he pensado que debías saberlo.

—¿Por qué?

—Porque de otra forma no sería justo —contestó ella sin más—. Podrías estar imaginándome mejor de lo que soy.

Hubo una pausa y luego la joven dijo con voz tímida:

—¿Me das un cigarrillo, por favor?

Cuando Conrad había encendido uno para cada uno, le preguntó:

—¿Has pensado alguna vez por qué la gente se enamora o por qué las personas se aman unas a otras?

—Lo he pensado, pero no lo sé. —La muchacha extendió los dedos en un leve ademán de negación—. Creo que no sé nada.

—A mí me parece bastante simple. Siempre se basa en alguna necesidad mutua o complementaria. La cuestión es concentrarse en lo que tienes con alguien y no en lo que no tienes.

—¿Y?

—Bueno, resuélvelo tú.

—Sé que me deseas —le dijo ella después de pensarlo—. Te parezco atractiva y necesitas a alguien para eso.

—Ha habido momentos en los que diría que ese sentimiento era mutuo.

—Sí, pero… —Imogen torcía el gesto, como con el ánimo de hacerse entender—. Yo no puedo concentrar todo mi… mi sentimiento en irme a la cama con alguien, sin más. No es lo único que quiero.

—Entonces, no lo hagas. No intentes concentrarlo en eso. Divídelo entre más personas.

—¡No puedo!

—Tú quieres pasarte la vida con una sola persona, serlo todo para un hombre.

—No. —Estaba casi enfadada—. Lo estás tergiversando. Claro que no quiero eso. Es solo que no puedo dividir mi corazón, nada más. A lo mejor tú puedes, yo no. A lo mejor todos los hombres pueden, o tal vez su corazón no se desborda nunca. Ya te lo he dicho, no entiendo nada, intento entenderlo por lo que te acabo de contar.

—¿Creías que, si supieras más, no estarías celosa?

—Creía que podría ayudarme a no estarlo.

—Ahora no tenemos tiempo de hablar, pero te equivocas al pensar que solo me siento atraído por ti. En realidad ya lo sabes, pero tal vez hiciera falta decirlo. —Fleming se levantó y le sonrió—. Te necesito en más de un sentido. Lo cierto es que no somos tan diferentes. Yo soy más viejo, nada más, y por tanto menos honesto. No te dejes contagiar por mí. Tengo que irme.

Imogen bajó con él hasta la puerta. Ya en el umbral, le tocó un brazo con aire tímido.

—Conrad, ¿crees que ella te necesita, que te ama?

—Ella… No, no creo que me ame de verdad.

Qué curioso, se dijo mientras se alejaba de la chica; qué curioso que fuera mucho más fácil traicionar a una persona si la besabas.

Se fue caminando, dejó atrás la parada de taxis y llegó hasta la mitad de la ancha e inhóspita calle que llevaba al parque antes de detenerse; no quería ni volver a la parada ni recorrer la calle hasta el final. No había ningún sitio donde sentarse, de modo que esta vez se vio forzado a pensar en una alternativa. Entonces vio una cabina telefónica y se tentó esperanzado los bolsillos en busca de alguna moneda, pero no llevaba nada. Meteré dos peniques en cada traje, pensó, y se enorgulleció de tan nimia resolución.

Probó suerte y pulsó el botón B del cajetín; una moneda de dos peniques cayó de golpe. Empezó a marcar el código de la centralita para llamar a Imogen… De veras, todo esto se está volviendo de lo más freudiano, se dijo mientras empezaba de nuevo y rectificaba. Quería zafarse de la cena en casa con su mujer y lo consiguió con inesperada facilidad. Contestó ella; su hermano Joseph se había presentado allí y se había autoinvitado a cenar. Conrad le preguntó si se quedaría hasta que él llegase para tomar un brandi juntos y añadió, en un impulso de franqueza: «Tengo algo que meditar y quiero cenar solo». Después, pensó si no habría sido una tontería decir aquello: tal vez no le había creído. No solía darle razones tan endebles para sus ausencias. Pero la verdad *es* endeble, y muy muy flexible, se iba diciendo ya en el taxi, dificilísima de descifrar por inverosímil que pareciese.

Durante todo el trayecto, la crisis cobró fuerza, aunque se negó a reconocerlo hasta que ya estaba cenando.

Eligió los platos y el vino con gran atención, casi como un hombre que pide su última comida. No tenía, supuso, mentalidad del Embankment; ante un aprieto, era más bien un Algernon.

Miró a su alrededor en el pequeño restaurante: no estaba muy lleno y no le costó asegurarse mesa en una esquina. Era el único hombre que cenaba solo, aunque muchas veces había observado a alguien que hacía exactamente lo mismo que él ahora y se había preguntado distraído por qué. Aburrimiento y avaricia, concluía a menudo. Tal vez estaba equivocado. Tal vez esos hombres también habían sido incapaces de armarse de valor para subir al tiovivo sin la ayuda de una buena comida y un buen vino. Echó un último vistazo a las parejas que lo rodeaban, decidió que las mejores cosas de la vida eran muy muy caras y se lanzó a su propio vórtice.

Empezó con la premisa de que su comportamiento era imperdonable: no podía haber excusa para hacer que dos personas que lo amaban se sintieran siempre inseguras de su afecto o de su interés y, por tanto, fuesen tan

desdichadas; sin embargo, si la situación se prolongaba, era algo inevitable.

Si, como Imogen le había confirmado, el corazón no podía dividirse, ¿por qué le pedían el suyo? ¿Por qué su mujer no podía contentarse con sus hijos, sus casas, la seguridad de que no la comprometería en público y el saber que, si ella no perdía la cabeza, envejecerían juntos? E Imogen… ¿Por qué no podía conformarse con su deseo, las diversiones más exóticas y una atención intermitente pero bastante asidua? Podrían, por supuesto —cualquiera de ellas o ambas—, convencerse para aceptar su parte, pero solo (se dio cuenta) a costa de aquellas virtudes que las hacían deseables de alguna manera. No eran promiscuas por naturaleza y, por tanto, cualquier intento de imponerles la promiscuidad estaba destinado a acabar en desastre. Por otro lado, difícilmente podía esperar que su mujer llevase una vida de celibato indefinido (se acordó de Marsella y de su tristeza la noche anterior y empezó a entender aquella situación)… Ni que una joven y hermosa criatura, diseñada para el amor, saliera indemne de su reciprocidad parcial. Maduraría, racionalizaría sus auténticas necesidades con algo menos atractivo. Se volvería, por fuerza, hasta cierto punto caprichosa y exigente, deshonesta y resentida, al igual que su mujer se apagaría a causa de sus engaños mutuos, y las dos descubrirían que no hay humillación tan absoluta como la de no ser lo bastante buena. Si su vida continuaba así, habría muchas más posibilidades de que Imogen le fuera infiel. Se dio cuenta, con cierta conmoción, de que incluso la idea era intolerable. «No espero que entiendas lo que son los celos», le había dicho, y entonces recordó lo que había sentido la noche en que murió el padre de su mujer. En ese momento, supuso, se había puesto celoso (de algún modo), aunque le parecía extraño y en realidad bastante desagradable sentirse así por alguien a quien uno no deseaba. ¿Es que entonces, tal vez, las quería y las necesitaba a las dos y era solo el temperamento de ambas lo que hacía todo aquello tan agotador? No fue hasta ese instante cuando entendió el parecido de una y otra: Imogen era en potencia su mujer; su mujer había sido una Imogen. La razón le falló bajo el peso de tal descubrimiento, la claridad de su mente dio paso a una bruma de recuerdos: de su mujer la primera vez que la vio, tan encantadora, tan joven, tan desesperada por vivir…

Ya antes de hablar con ella, antes incluso de saber cómo se llamaba, había querido hacerse responsable de su tranquilidad y de su disfrute; sabía que su desesperanza le resultaba muy atractiva (no tenía nada de esa cronicidad de prestado que solía asociar a la palabra) y estaba seguro de que la conseguiría por la sencilla razón (y asombrosa, pensó ahora) de que jamás había deseado tanto a nadie. Había insistido a pesar de su indiferencia, de su timidez casi feroz, de sus innumerables e imprevisibles miedos, de su

inteligencia disimulada y prejuiciosa… Esta había conseguido, averiguó, ocultar a su familia tanto su corazón como su mente y ellos habían menospreciado tanto su belleza a fuerza de negarla siempre que, cuando por primera vez le dijo que era hermosa, le había replicado a voz en grito que sabía muy bien qué aspecto tenía y que no hacía falta que la mirase. Cuando, como resultado tanto de su perseverancia como de su exorbitante imaginación, al fin accedió a casarse con él, Conrad la alejó de inmediato de la casa paterna. Recordaba haber parado el coche, entrar corriendo en una farmacia y luego dejarle un cepillo de dientes en el regazo, «para tu nueva vida». Eso había sido el principio. Habían pasado años y ahora no quería recordar las señales que indicaban su declive.

Imogen, sin embargo, no estaba entorpecida por una familia de lo más destructiva ni aquellas otras desgracias (prefirió no pensar en eso); por tanto, no podía ser tan vulnerable, ¿no? Pero sabía que él podía hacerle daño como alguien había hecho daño a su mujer; como él mismo podría volver a hacérselo ahora. Solo he elegido a los personajes erróneos para esta situación, pensó, o al menos uno de ellos, pero cuando escogí a los otros no había ningún problema porque no me importaba lo más mínimo. Para gestionar *esto* con eficacia, en cambio, tengo que preocuparme tanto que no serviré para nada más y daría casi lo que fuera por librarme de ello. Empezó a imaginarse liberado de todo eso, lejos de las dos, solo y sin responsabilidades: no llegó muy lejos porque ahora sabía bien que, si estuviera solo, se buscaría otra responsabilidad, otra Imogen, otra esposa. Si uno se conociera por completo a sí mismo, pensó, sería incapaz de hacer ningún movimiento: todo sería como un campeonato de ajedrez sin contrincantes. Por supuesto, nunca es así; es más bien como ver todas las piezas de un rompecabezas y ser capaz de encajarlas solo *a posteriori*, cuando ya no importa.

Haga lo que haga, después deben dejarme solo, se dijo: durante un tiempo, si quieren, si pueden. Pero, claro, entonces solo quedará una para hacerlo y ya habré herido su sensibilidad y socavado su confianza durante demasiado tiempo para esperar una excesiva intuición por parte de ninguna de ellas. Sabrán lo que es y hablarán de ello o guardarán silencio porque no lo saben… No, no se callarán y yo no estoy en absoluto seguro de poder soportar nada de lo que la una o la otra me digan. ¡No he decidido nada!, pensó peleándose con su repugnancia, nada, salvo que es intolerable no decidir nada. Para eso estoy aquí, para tomar decisiones y vivir ateniéndome a ellas hasta el fin de mis días.

No quería seguir comiendo. Pidió la cuenta y un chelín. Cuando el camarero puso la moneda sobre la mesa, Fleming le dijo:

—No, tírela usted por mí.

El chipriota sonrió complacido, lanzó el chelín al aire y lo tapó con la mano cuando cayó en la mesa, con un gesto a la vez raudo y pedante, como quien silencia un tambor.

—¿Qué ha salido?

—Cara, señor.

Había deseado con todas sus fuerzas que saliera cara, pero ahora le parecía un completo error.

—Tírela otra vez. Dos de tres.

—De nuevo cara.

Conrad sintió una oleada de terror abriéndose paso en su cerebro como una hélice y le preguntó con aspereza:

—¿Lo está amañando?

—¡No, señor! Yo lo dejo a la gravedad.

—Tírela otra vez.

—Tercera cara.

—Gracias. —Conrad firmó la cuenta y se levantó. Le temblaban las piernas.

El chipriota seguía rondándole, ansioso por terminar el juego y recuperar la moneda.

—No hay duda. Siempre lo mismo, señor, no hay duda. ¿Quiere quedarse el chelín, tal vez, para que le dé buena suerte?

Fleming dijo con voz rendida:

—Buenas noches. No, quédeselo usted. A mí no me sirve de nada.

Once

—¿Qué te pasa?

No lo sabe; de lo contrario, no se atrevería a preguntar.

—¡Conrad!

No lo sabe. Intentó armarse de valor… y fracasó.

—Estoy muy cansado. Vamos a tomar una copa.

—Creía que ya habías estado bebiendo.

—Querida, pareces una de esas mujercillas de los números victorianos de *Punch*. Pero, en fin, ¿cómo lo sabes?

—Olías a *whisky* cuando me has besado.

—¿Te he besado?

Parecía tan sorprendido que Imogen se echó a reír y le dijo:

—Tampoco es la primera vez, ¿no? —Le dio su copa—. Iris va a tomar algo con nosotros antes de irse a cenar.

—Podemos salir los tres juntos si quieres.

Pero, al mismo tiempo, ella había seguido:

—Yo he hecho algo aquí… Perdona. No, ha quedado con gente del trabajo. Siempre está saliendo por ahí.

—¿Por qué no vas con ella?

—Antes lo hacía, a veces… —repuso Imogen vacilante—. Estoy de maravilla tal y como estoy. No necesito conocer gente nueva. —Entonces se volvió hacia él, a la defensiva—: No te refieres a que me vaya con ella esta noche, ¿verdad? No irás a dejarme plantada hoy.

—Lo dices como si te dejara plantada todos los días. Muy injusto por tu parte.

—¡Cariño, lo siento! De verdad. Creo que he sido un fastidio, queriendo cosas que no puedo tener y dejando que lo supieras. Sé que lo estás pasando mal. Intentaré no empeorarlo.

—¿Quieres decir que no pasa nada si quieres algo, siempre y cuando no me hagas saber que lo quieres?

—Sí, si son cosas que no puedo tener. Voy aprendiendo.

Fleming observó atentamente su expresión, en la que ahora distinguía las variaciones de un bonito paisaje campestre conocido: esa noche vio la discrepancia entre su determinación por aprender aquellos dolorosos trucos de adultos y el candor con el que explicaba ese aprendizaje que partía el corazón… Su angustia por ella aumentó.

—Sí que pasa —le dijo con dulzura; deseaba tocarla así—. No está nada bien. Demuestra la magnífica imagen que te has formado de mí y lo poco que merezco esa pátina dorada.

Antes de que la joven pudiera contestar, su amiga, vestida como alguien para quien el placer de salir a cenar fuese una obligación, entró en el estudio.

La conversación fue poco entusiasta. Conrad observaba a Iris y se preguntaba hasta qué punto podría o querría ayudar a Imogen. Luego descubrió que ella también lo observaba a hurtadillas y el ambiente se enrareció. Imogen, decidida a que esas dos personas a las que quería se llevaran bien, parecía no darse cuenta de la cautelosa y mundana evaluación que se estaba cruzando.

—Creo que te he encontrado un trabajo —anunció Iris a su compañera cuando esta volvió de una de sus muchas y nerviosas expediciones a la cocina.

—¡Ah! ¿De verdad? Iris cree que llevo una vida muy inútil ahora mismo. Y no le falta razón, por supuesto. ¿Es algo que… —hizo un amplio ademán — va a incrementar la experiencia que tengo de la vida?

—He creído que podría incrementar la experiencia que la vida tiene de ti, lo cual estaría bien.

Iris miró a Fleming para ver si este se daba por aludido, pero él se limitó a preguntar:

—¿De qué es el empleo?

—En mi oficina, desde luego. —La joven se levantó y se acercó a la estufa —. Es… Bueno, para empezar se trata solo de asistir a quien hace las entrevistas a la gente. No únicamente entrevistas de trabajo, también si tienen problemas o para ver si deberían recibir ayudas o marcharse o cambiar de puesto. Si se te da bien, creo que al final podrías hacerlas tú.

—Iris, ¿cómo voy a hacer yo eso? No sé nada de dinero ni de personal.

—Puedes aprender. Si haces el esfuerzo, se te podría dar muy bien. Necesitan a alguien y te he propuesto. En cualquier caso, les gustaría verte.

—Gracias. Muchas gracias. Sí, iré a verlos.

—¿Qué ocurre? —le dijo Fleming—. ¿No te gusta la idea?

—Claro que sí. Pero suena tan… serio. No me imagino haciendo algo así.

—Pues yo creo que te tomas muy en serio las responsabilidades que se te presentan —repuso Iris.

No añadió «demasiado en serio», pero Conrad supo a qué se refería, como un segundo desafío.

—A mí me parece una idea excelente —concluyó este. Notaba que Iris permanecía muy atenta—. No rechaces la oportunidad y no te rindas durante al menos seis meses.

—¿Cuándo puedo ir?

—Mañana lo arreglo. Quería hablar contigo primero.

—Muchísimas gracias, Iris. Intentaré que estés orgullosa de mí.

Estaba otra vez en la cocina y la oyeron dar un golpe.

—¡Mierda! —exclamó—. Nos hemos quedado sin sal. En realidad ya lo sabía y se me olvidó, es culpa mía. No hay ni pizca.

Volvió agitando la lata.

—Pídele un poco a la portera o compra un paquete de patatas fritas en el pub —le sugirió su amiga.

—Qué buenas ideas tienes ¡y qué rápido! Ya entiendo por qué eres tan importante en tu trabajo. —Iris hizo una mueca irónica pero afectuosa—. Bajaré donde la señora Green con una huevera.

Cuando Imogen se fue, Fleming —por razones que después no pudo entender— le dijo a su compañera de piso:

—No te gusto. ¿Por qué?

Iris contestó sin alterarse.

—No te conozco. Lo que no me gusta es lo que le estás haciendo a Imogen.

—¿Por qué?

La joven lo observó en silencio un momento y luego replicó:

—Si no lo sabes, además eres idiota.

Hay muy pocas mujeres, pensó Conrad, que puedan ser tan discreta y absolutamente groseras y salir airosas. Su respeto por ella creció.

—No es tan sencillo como crees… —empezó a justificarse, pero ella lo interrumpió.

—Sí, en realidad sí lo es. Es sencillísimo. No tienes ningún derecho a coger a una chica excitable y sin ninguna experiencia, infundirle una serie de sentimientos que no tienes la menor intención de corresponder y esperar que lo olvide todo en cuanto te aburras. Hay una palabra que los hombres utilizan para describir a las mujeres que les hacen eso en un contexto muy distinto y la única diferencia que veo es que lo que tú haces causa un daño más duradero.

—Omites un factor importante.

—¡No irás a decirme que la quieres! —Iris dejó escapar una escueta carcajada de incredulidad y tiró el cigarrillo.

—¿Tan imposible te parece?

A Conrad no se le había ocurrido que pudiera dudar de que amaba a Imogen: creía que él mismo acababa de descubrirlo.

—Pues la verdad es que sí. —La chica se encendió otro cigarrillo—. Sé que estoy siendo grosera. —Con un gesto y el encendedor de plata en la mano, había rechazado la caja de cerillas que Fleming le ofrecía—. Y no estoy siendo recatada y diciendo que soy sincera. Estoy siendo grosera, sin más. Pero es que no puedo entender por qué, si te importa lo más mínimo, elegirías a Imogen para desempeñar ese papel en tu vida. Hay decenas de mujeres para las que, sin duda, sería la mar de divertido. ¿Por qué no una de ellas?

—¿Por qué crees que Imogen necesita mucha más protección que cualquier otra persona? ¿Por qué tendría que ser tan vulnerable?

Iris se quedó en silencio un momento, con la mirada fija más allá de él, en el exterior de la enorme ventana.

—Creo que porque, aparte de un aspecto impresionante, tiene buen corazón —dijo al fin—. Se preocupa por los demás, no reacciona solo con el egocentrismo propio de la mayoría de nosotros.

Conrad se inclinó hacia delante, con urgencia, pero antes de que pudiera contestar oyeron los pasos de Imogen y volvió a apoyarse en el respaldo.

Al entrar en la habitación, esta vio el final de su movimiento, advirtió el aire de tensión que lo había precedido y señaló:

—Qué… *trascendentales* parecéis, como una imagen fija de una película apasionante. ¿De qué habláis?

—De las minorías —repuso Iris. Esbozó una breve sonrisa y se levantó sacudiéndose motas de ceniza de la falda de tafetán azul marino.

—Eso lo explica. Pobre gente. ¿O creéis que les gusta? En la escuela de arte era vulgar no pertenecer a una minoría, todo el mundo era así. —Nadie dijo nada, así que continuó—: ¡La señora Green muele su propia sal! Es increíble que las cosas adecuadas para cocinar supongan siempre muchas más molestias, ¿verdad?

—Las cosas adecuadas para todo siempre suponen más molestias, me temo. Tengo que irme ya o llegaré tarde.

—¿Quieres que te pida un taxi? —se ofreció Fleming.

—Gracias, pero la parada está solo a unos metros. Iré andando.

Imogen estaba en la cocina. Iris se dirigió a la puerta.

—Adiós —dijo Conrad de pronto.

Justo cuando la otra se daba la vuelta para mirarlo, Imogen gritó:

—¿Llegarás tarde? ¿Tienes tu llave?

—Pues claro que tengo mi llave. Y no, esta noche volveré pronto. —Aún estaba mirando a Fleming y, antes de irse, Iris añadió en voz baja—: Adiós.

Mientras la observaba poner la mesa con el cuidado y la concentración que ahora reconocía que la joven asociaba en especial con él, Conrad intentó desesperadamente pensar en cómo hacerle menos daño: qué omitir y en qué insistir, si debía dejarle como apoyo una serie de medias verdades o si le resultaría más fácil que fuese del todo sincero.

Durante la cena la hizo hablar y, entretanto, un montón de imágenes descabelladas y sin control despegaban en su mente solo para estallar un segundo después de haberse iluminado: se la llevaba con él, a algún sitio, a cualquier parte, esa misma noche; mudaba la piel reseca y dolorosa de su otra vida, empezaba con ella de nuevo y nunca volvía a subir en taxi la empinada cuesta hasta su casa ni a dudar en la puerta con una llave que no siempre abría a la primera ni a mirar con un gesto automático hacia la izquierda, a la mesa de ébano, en busca de las cartas que nunca quería leer; las escaleras, el recodo cerrado y el salón con los muebles siempre igual y ella siempre allí, tumbada, sentada, siempre en una de sus familiares posturas… No hacían falta preámbulos ni palabras; no volver allí jamás, nunca, simplemente; olvidar de inmediato cómo había hecho todo aquello…

Le había pedido a Imogen que le contase todo lo que supiera sobre Iris, no se habría dado cuenta de que en realidad no la estaba escuchando. Al observarla, se imaginaba la cara que pondría si le dijera: «Nos vamos juntos». «¿Ahora?». «Ahora. En cuanto hayamos terminado de cenar, por supuesto». Ella no dudaría: sonreiría radiante y convencida de que iban a empezar una nueva vida. Él ya lo había hecho antes, ella nunca: por eso estaría segura.

—… cuando hayamos terminado de cenar.

—¿Qué?

—Cariño, no has escuchado ni una palabra. Qué desperdicio de parloteo.

—Te escucho con el mayor de los placeres.

—¿Y qué he dicho de Iris, entonces? ¡A ver!

—Que una vez estuvo enamorada… —empezó Conrad vacilante y luego, recordando a la otra muchacha, improvisó—: Pero que él se fue con una chica más joven y atractiva.

—Más joven no, de su misma edad. Lo mismo todo, salvo que era más atractiva. ¿Te aburro mucho? Me has preguntado tú, si no, no te lo estaría contando.

—Te he preguntado yo. No. ¿Qué es lo que has dicho de después de cenar?

—Que a lo mejor podría poner el gramófono. Como es debido. Se me da muy bien y así ninguno de los dos tendrá que hablar.

—Después de cenar —repuso Conrad con mucho esfuerzo—, probablemente querré hablar.

—Pues en realidad ya es después de cenar.

—¿Ah, sí? —Él miró su plato.

—No tienes hambre —le dijo Imogen con dulzura al tiempo que se llevaba la comida—. Por favor, Conrad, no es solo que estés cansado. ¿Qué ocurre?

Se dirigieron, de común acuerdo, al recto e incómodo sofá y se sentaron uno en cada extremo, de modo que estaban casi cara a cara. Cuando Fleming empezó a hablar, ella levantó una mano —como si ya lo supiera, pensó el otro después, y deseara preservar ese último momento juntos—, pero enseguida volvió a bajarla y él no se detuvo ante aquel momentáneo gesto instintivo.

Al final se lo dijo en términos bastante simples. Que no podía sostener aquella situación, ni por él mismo ni por ella ni por su mujer; que, por tanto, tenía que dejar a una de las dos; que su esposa lo necesitaba y debía ser su prioridad y que por todas esas razones tenía que dejarla a ella, a Imogen, por completo.

—No volver a verte.

Por mucha calma o delicadeza que uno pusiera en esas palabras, la velocidad y el impacto eran como los de una bala, pensó, pues en una fracción de segundo vio que la joven palidecía y enseguida empezaba a agarrotarse como para armarse de valor.

—No espero que me creas, pero sé que a la larga es mejor para ti que me vaya. Al final será mejor —repitió intentando acercarse a ella, pero Imogen ya se había retraído a una agónica distancia—. Tú eres mucho más joven que ella, ¿entiendes? Eso supone una gran diferencia. Tienes tiempo para superarlo: por eso ahora duele tanto.

La muchacha asintió con un gesto, muda, y Conrad ni siquiera estaba seguro de que lo hubiera oído.

—Eres joven y hermosa —insistió— y ella ya no tanto. Ella no sabría… No creo que supiera vivir sin mí, tanto si me quedo como si la abandono. —Recordó lo que había dicho su mujer sobre la gente que sufría: que todo parecía encogerse salvo los ojos—. Eres demasiado joven para que yo me convierta en una tragedia. Supongo que ahora no puedes creerlo, pero con el tiempo te olvidarás de mí por completo y estará bien que lo hagas. Ella no lo haría. No podría. Están los niños…

—Los niños —repitió Imogen. Conrad esperó y luego ella le preguntó—:

¿Es por eso?

—No. Estoy siendo del todo sincero. Ellos no son la razón. A ellos no les importaría lo más mínimo, salvo por ella. No… Estoy pensando en mi mujer.

—Me dijiste que en realidad no te amaba.

—Te mentí —repuso Fleming con pesar—. Mentí. Sí que me ama.

—Y en realidad tú la amas a ella.

Conrad contuvo una negación instintiva: no podía exponerla a sus míseros conflictos e incertidumbres, que de ahora en adelante debía guardarse solo para él.

—Sí. Sí, yo también la quiero.

Vio que un estremecimiento de angustia le nublaba el semblante y luego volvió a encerrarse en sí misma. No dijo nada.

—Podría haberte dicho que te dejo por los niños, pero no sería cierto. Nunca me han importado y, en consecuencia, yo no les importo a ellos. No serían motivo suficiente. Solo hay una razón que me obligue a hacer esto.

—Lo sé.

Conrad había estado observando sus manos, apretadas con fuerza la una sobre la otra hasta que los huesos de los nudillos parecían traslucirse, blancos, bajo la piel, y ahora la miró a los ojos con súbita esperanza, pero su rostro también parecía una calavera.

—Claro que lo sabes. Lo entiendes.

Ella agachó la cabeza.

—Sí que te cuesta creerlo.

Hubo un breve silencio. Imogen seguía aturdida, intentando hacer acopio de entereza, y luego dijo:

—No me había dado cuenta.

—¿De qué?

—De que la querías. —Entonces, añadió casi para sí misma—: De que no me amabas. No me amas.

La última frase la dijo muy despacio, como si estuviera aprendiendo algo nuevo e incomprensiblemente difícil.

—¡Te equivocas! —exclamó Conrad—. No lo entiendes, no es por eso… Tienes que saber que te quiero.

—Acabas de decirme que la quieres a ella. Lo has dicho ahora mismo. No puedes amar a dos mujeres a la vez. —Luego, con profunda tristeza, siguió —: Supongo que pensaste que sí podrías. —Se aclaró la garganta—. ¿No es raro? Antes, cuando has empezado a hablar, no tenía ni idea. Pensaba que ibas a decirme que no podíamos pasar tanto tiempo juntos, que me estaba volviendo posesiva, que debía conformarme con verte mucho menos… Y quería detenerte antes de que empezaras, decirte que te quiero tanto que me

conformaría con muy poco, con verte una vez a la semana, una vez al mes incluso, si así era más fácil para ti…

En ese punto la joven se interrumpió, como si de pronto se hubiera dado cuenta de lo inútil que resultaba ya decir todo aquello.

—No habría servido de nada —repuso Fleming—, para ninguno de los dos. Sé que no habría funcionado. Eso solo funciona si no se está enamorado. Y yo te amo.

Pero Imogen gritó con una repentina y vehemente amargura:

—¡No es cierto!

Conrad la vio levantarse del sofá y acercarse a la ventana y supo que nunca lo creería. Al igual que Iris, pero por distintas razones, le resultaba imposible creerlo. Ya ni siquiera puedo intentar que lo entienda, pensó, como no puedo ir a la ventana para consolarla: saber que la quiero solo prolongaría su sufrimiento.

Imogen se había quedado allí de pie, inmóvil, dándole la espalda. Entonces le dijo:

—¿Por qué lo has hecho? Tenías que haber sabido cómo acabaría. ¿Por qué lo has hecho? Ahora que lo sé, yo jamás habría… —Su voz, que parecía venir de muy lejos, se fue apagando hasta que la joven se dio la vuelta para mirarlo y le preguntó, como sacudida por un nuevo y terrible pensamiento —: ¿Y ella…? Supongo que se habrá sentido así, todo este tiempo.

Fleming se levantó.

—Yo no sé cómo se ha sentido.

—Claro, cada persona es distinta.

La joven lo miró a los ojos y sonrió por cortesía; parecía estar esperando el final, pero Conrad se quedó de pie quieto, incapaz de moverse, contemplándola como si nunca la hubiera visto, amándola casi como si él mismo no existiera, deseando acercarse a ella y sabiendo que no podía. Ya no puedo tocarla, se dijo, y esto es lo último que seré para ella hasta que me convierta en un recuerdo doloroso e incómodo y Dios quiera que sea pronto.

—No te conocía. No te reconocí a tiempo. Ese ha sido nuestro desastre.

Imogen se estremeció y se alejó más de él.

—Será mejor que me vaya.

Ella tenía la mirada fija en el suelo entre los dos.

—Espero que te vaya bien. Con tu mujer, me refiero. —Intentó mirarlo, pero no pudo—. Sí, supongo que será mejor que te vayas. Ya —añadió con un hilo de voz, y Conrad supo que se le habían agotado las fuerzas.

Este cruzó la habitación a toda prisa sin decir una palabra y cerró la puerta al salir sin mirar atrás. La primera oleada de desesperación lo invadió con tal violencia que segundos después aún estaba apoyado al otro lado,

frotándose los ojos una y otra vez en un esfuerzo por ver las escaleras.

En cuanto pudo intuir dónde empezaban, pero antes de distinguirlas con claridad, se marchó.

La penosa salida fácil, pensó mientras el taxi subía a duras penas la estrecha y empinada calle hasta su casa. «Qué maravilla volver al hogar», solía decir la gente. Una vez conoció a alguien con un mayordomo de color que se llamaba Peter.

Enfiló el camino de la entrada entre las malvas que habían crecido hasta unas dimensiones de pesadilla y metió la llave en el ojo de la cerradura mientras se fijaba en que la pintura de la puerta se había decolorado alrededor del latón. Limpiar una cosa ensuciaba la otra. Unos cuantos tópicos sobre la compensación le borbotearon en la cabeza mientras trataba de abrir, hasta que lo consiguió al tercer intento. Cogió un catálogo de Sotheby's, una carta de uno de sus bancos y un par de facturas, lo miró y volvió a dejarlo todo sobre la mesa. Los catálogos tienen un efecto muy relajante, pensó, distraen la mente hacia una especie de codicia caprichosa y te hacen olvidar todo lo demás. Tampoco es que la tenga en otra cosa: ha dolido al borrarlo y me irá bastante bien sin ello. Se golpeó el codo con la barandilla y retrocedió por costumbre más que por el dolor. Soy un insensible, como diría la gente. Abrió la puerta del salón.

Los muebles, que parecían haber estado dando vueltas, o tal vez nadando por la estancia, ya que no hacían ruido al moverse, se detuvieron según entraba en la disposición que se esperaba de ellos. Los cojines abullonados en los extremos del sofá le daban el aspecto de una persona oronda que le guiñara el ojo en un súbito gesto de complicidad y todo parecía estar de espaldas a la pared, pero sin ocultar nada. Su mujer no estaba allí. Se acordó de aquella frase de una obra de Coward, «Ah, no, no está muerta: está arriba». Eso no significaba, por supuesto, que si no estaba arriba tuviera que estar muerta. El sofá, que lo miraba lascivo —su expresión se prolongaba demasiado para encajar en la categoría de guiño—, ahora no la incluía. Había dormido en él, llorado en él, había leído y hablado tumbada en él, pero ahora estaba solo. Las variaciones de las que eran capaces las mujeres a la hora de distribuir los muebles en un salón carecían de inspiración, se dijo, y mostraban solo la perspectiva más básica y convencional de la interacción social. Había posibilidades infinitas, con lo cual creía que quería decir que nada tenía por qué quedarse siempre exactamente como estaba. Las cosas siempre podían cambiar; la alternativa, con su tediosa y rígida monotonía, siempre andaba al acecho para reducir a la mitad el placer, cualquier experiencia, pensó, salvo el dolor. No se puede estar en dos sitios a la vez y Conrad arrastró el sofá a su otra posible ubicación en la estancia. La

maniobra, curiosamente, le hizo quedarse sin aliento. Se quitó el abrigo. La última vez que la había besado no se había dado cuenta ni de que la había besado ni de que sería la última vez…

Su mujer llegó a casa tiempo después de que hubiera terminado (no sabía cuánto). Oyó el coche y, aunque no lo asoció con ella de manera consciente, la distraída indolencia en la que se había sumido se convirtió en aprensión. Se terminó la copa, cogió un libro y resistió el furioso impulso de mirarse en el espejo para asegurarse de que estaba vivo y reconocible. Oyó la puerta principal y recordó que no haría ruido al subir las escaleras. Podría entrar en el salón, verlo y… «¡Conrad! ¿Qué ocurre?». Sí, ella también podría decir eso.

—¡Conrad! ¡Lo has cambiado todo! —Pero no se fijó mucho—. Bueno, me alegro de que estés aquí.

—¿Te gusta?

—No lo sé. —Echó un vistazo a su alrededor, inquieta—. ¿Por qué lo has hecho?

—Creía que ya tocaba un cambio.

—¿Un cambio? —repitió nerviosa su mujer—. ¡Vaya, el pobre Sickert! Ahora nadie lo verá a menos que cambies también la iluminación.

—Puedo hacerlo mañana. —Se había estado preguntando qué haría al día siguiente.

—¿Qué estás bebiendo?

Él miró su copa.

—No me acuerdo. ¿Quieres una, de lo que fuera?

—Sí, por favor. ¿Vas a salir?

—No. ¿Por qué?

—Pareces como muy preparado para algo.

La señora Fleming extendió una mano para coger la copa y, sin pretenderlo, su marido observó que estaba nerviosísima: los dedos, separados, le temblaban; de haber estado tranquila, habría examinado la estancia; si estuviera contenta, se acercaría más a él; pero ya llevaba tiempo sin ser feliz y apenas se había fijado en el salón. Conrad sonrió (le pareció increíble, pero creyó que era una sonrisa) y le dijo:

—¿Qué has hecho hoy?

—He estado en Sevenoaks.

—Ah. —Cierto interés en las actividades de la otra persona resulta fundamental—. ¿Es bonito?

—No he ido a Sevenoaks. Solo he llegado hasta allí. Iba a Tenterden.

—¿Para estar con los niños?

—Para alejarme de ti.

Algo en su cabeza gritó con fuerza, una sola vez, y de inmediato se quedó en un silencio sepulcral. El súbito sonido, tan próximo, lo aturdió hasta el punto de que era incapaz de hablar. La miró con severidad, como si pensara que ella también tenía que haberlo oído: estaba un poco inclinada hacia delante en la silla, pero su rostro tenía la misma expresión de valor crispado de última hora que antes del grito.

—«Qué ojos tan azules tiene, Ernest. Son completamente azules».

—¿Qué?

—Nada. —Conrad cambió de postura—. ¿Nos fumamos un cigarrillo?

—Creía que no fumábamos.

—Y no lo hacíamos. Por eso deberíamos hacerlo ahora.

—Está bien.

Cuando Fleming los encontró y encendió uno para cada uno, su mujer continuó:

—Me iba al campo para alejarme, con la esperanza de que, si pasaba un tiempo sin verte, las cosas mejorarían… Ya sabes a qué me refiero. Que seríamos más hospitalarios el uno con el otro. Luego, cuando ya había salido (no me he decidido a irme hasta después de cenar), he empezado a darme cuenta de que marcharme no supondría la menor diferencia. Solo conseguiría tener que volver a la misma situación. —Hizo una pausa y esperó un momento, pero él no dijo nada—. No me parecía que tuviésemos ningún plan de futuro. Creí que, si hablábamos, tal vez supiéramos si había alguno o no.

—¿Y si al hablar descubrimos que no hay ninguno?

—No puede no haber ninguno —repuso ella con firmeza—. O quieres que me vaya o no.

—¿Y tú? ¿Qué pasa con lo que quieres tú?

—No sirve de nada que quiera algo si va contra tus deseos. Acabo de descubrirlo, pero siempre ha sido así.

—Pese a todo, alguna cosa querrás.

—Sí. Sí, claro. —Hizo una tímida mueca al mirar al suelo y se detuvo cuando lo miró de frente—. Aunque creo que las mujeres casi siempre tienen varias clases de necesidades.

—Que no pueden satisfacerse en su totalidad. No creo que debas limitar ese hecho a las mujeres. Todos queremos algo que no podemos tener.

—Sí. Eso es tolerable. El problema es tener algo que no podemos querer.

—¿Y bien?

Ahora lo miraba a los ojos: Conrad advirtió que la sangre le iba coloreando levemente el rostro hasta la suave línea de nacimiento del pelo en forma de pico. La habitación pareció quedarse sin aire de repente, o tal

vez llenarse de un aire gélido y hostil… Se estremeció sin querer y vio que su mujer hacía un leve movimiento de solidaridad.

—¿Y bien? —repitió para ayudarla a romper el silencio.

—Temo haberme convertido en eso para ti. Algo que tienes y no puedes querer. Ya me entiendes. —En ese momento, él no estaba tan seguro—. Si… Si es eso lo que sientes, preferiría saberlo ya y entonces me marcharé. Pero necesito saberlo *ahora*. Ya no puedo soportar no estar segura.

—¿Por qué tendrías que irte?

—Porque el hecho de quedarme se te haría indeciblemente doloroso, hasta que tal vez se convirtiera en algo peor. Te conozco muy bien.

—Entonces, ¿te importo? ¿Me quieres, incluso? —le preguntó Conrad antes de poder contenerse: ahora le parecía increíble que ella o cualquier otra persona pudiera amarlo.

—He dicho que te conozco —repuso distante su mujer— y eso no es fácil. No estaba hablando de amor.

Con un movimiento repentino, casi violento, Fleming se levantó de la silla y se arrodilló junto a ella.

—Yo creo que sí.

Le cogió una mano entre las suyas (la tenía muy fría). Quiso con todas sus fuerzas denigrarse ante ella, menospreciarse, insistir para que entendiera lo peor de él, poner fin a ese asedio de la confianza en sus méritos, pero siguió sosteniéndole la mano y no dijo nada.

—¿Entonces? —La señora Fleming intentaba mirarlo con desapego y liberarse de sus manos. Luego, con una especie de arrogancia titubeante, añadió—: No me cuesta nada marcharme si me lo pides ahora.

Conrad negó con la cabeza; había cogido demasiado miedo a las palabras, pero ella seguía mirándolo con un aire tan urgente e inquisitivo que tuvo que decirle:

—No. Te lo pido ahora. No te vayas, no pienses en ello siquiera. ¡Antonia!

A su mujer se le saltaron las lágrimas. Dejó escapar un largo suspiro y él le llevó una mano a los ojos.

—No llores.

—Hacía mucho que no me llamabas por mi nombre. No, no me iré.

—Mi querida Antonia. La mayoría de la gente odia su nombre. —Le apartó la mano de la cara y le acarició el pelo con suavidad—. ¿Ya está? ¿Te parece bien así?

Estaba tan cansado de la situación que quería confirmar que todo había acabado. Sin embargo, ella le cogió la mano, se inclinó hacia él y empezó a hablar deprisa.

—No, no está bien. Hay cosas que tengo que contarte primero, para intentar explicarte… Puede que te hagan cambiar de opinión.

—¿Estás segura de que tienes que decírmelo?

—Debo decírtelo. Jamás me perdonaría si no lo hiciera.

Conrad pasó aquello último al femenino y esperó.

Entonces su mujer le contó lo que había pasado en Marsella después de que él se fuera y, en un intento por ser breve y mantener la calma, lo convirtió en un pequeño incidente atenuado e irreal, solo creíble porque Fleming se daba cuenta de que para ella era una confesión difícil; solo significativo porque a ella le parecía necesario contárselo. Qué extraño, pensaba al escucharla: un poeta puede ver a alguien en la calle y a partir de eso embriagar a otros con lo que ha visto, pero ella o yo podemos amar plenamente, o creer que amamos, y un instante después parece algo imposible de comunicar o languidece con nuestra burda expresión.

Ya no estaba celoso y por un segundo se preguntó si en ese momento Imogen estaría destruyendo su amor al contarle a Iris lo que había pasado, extinguiéndolo con sus lágrimas y sus declaraciones sobre la inmortalidad de aquel sentimiento. Luego el dolor lo envolvió: dejó de pensar en nada más y se dejó ahogar por las palabras de su mujer. Pobre Antonia, qué tarea tan mediocre y continua es la compasión.

—… en Londres —le estaba diciendo—, de vuelta en Londres todo parecía un sueño, ni bueno ni malo, solo un sueño que había terminado demasiado pronto, como la mayoría de los sueños. Antes de llegar a un final de verdad, me refiero. Y entonces Wilfrid… Papá se puso tan enfermo. Eso era distinto: resultaba fácil tomar una decisión. Tú estabas trabajando y… ocupado. Y papá necesitaba que le dedicase todo el tiempo del que disponía. Todo se volvió como un mero y extraño intermedio, salvo por que creía que él iba a volver a Londres y que tal vez me escribiría o me llamaría por teléfono, pero no pensaba mucho en eso. Ahora entiendo que me daba miedo pensarlo. Tenía que haber sabido…

No terminó la frase. Se estaba esforzando mucho por ser sincera sin hacerle daño, le estaba diciendo muchísimas cosas que no quería saber, intentando con todo cuidado herirse a sí misma antes que a él.

—Luego Wilfrid empeoró y me di cuenta de que de verdad iba a morirse y de que él lo sabía y de que me importaba. Y entonces llamó. Fue cuando lo supe. Incluso con Wilfrid tan enfermo y ocupándome de los niños y preocupándome por ti, no desapareció en absoluto.

—¿El qué no desapareció?

Ella dejó caer las manos como dos pesos muertos sobre los brazos de la silla.

—Ese deseo arrollador e incontrolable de estar con él. No tengo palabras para describir cómo me horrorizó. —Sus dedos se cerraron sobre el extremo de los apoyabrazos—. No podía frenarlo ni entenderlo.

—Entonces, ¿te viste con él? —Conrad se sintió como si estuviera buscándole algún asidero o un peldaño más en el que apoyarse en la escalera de aquel peligroso descenso.

—Sí… No. Lo llamé y le expliqué que Wilfrid estaba enfermo y que me resultaría difícil escaparme. Le dije que lo avisaría cuando viera una oportunidad. Y él… —Frunció el ceño—. Me contestó: «Bueno, que sea pronto». No le dije nada más, pero después todo fue a peor. No podía irme al campo por Wilfrid y solo tenía que hacer una llamada para concertar una cita. Era tan fácil, durante tantas horas de tantos días… Los teléfonos son diabólicos. Nunca me había dado cuenta del tormento que pueden suponer. Conrad, no me había dado cuenta de nada; no entonces, desde luego. Si una consigue resistirse a algo así, acaba demasiado asustada incluso para sentirse bien por ello. En cualquier caso, yo seguí sintiéndome avergonzada, supongo que porque era consciente de que deseaba que volviese a llamarme, aunque le había dicho que no lo hiciera…

De pronto se quedó en silencio y se presionó la frente con las manos.

—Querida, ¿de verdad necesitas hacer esto? Ya no importa, al menos para mí. No tienes por qué decirme…

Pero ella lo interrumpió.

—Sí, sí, debo hacerlo. Por cómo terminó. ¿Acaso eso no importa?

La última pregunta rezumaba una curiosidad tan arrogante que Conrad replicó:

—Me refería a que no hace falta que le des tanta importancia.

Vio, sin embargo, que su mujer no lo entendía. No puedo con esto sin más alcohol, pensó, y se levantó a rellenar las copas. Cuando se inclinó sobre la mesa para servirle otro brandi, ella tapó la suya con la mano, demasiado tarde, y el líquido se vertió sobre sus dedos.

—Cariño, *siempre* haces lo mismo. Nunca miras.

Lo dijo con una incertidumbre, como si fuera una prueba de seguridad, que lo conmovió. El problema de las relaciones humanas, pensó Fleming, es que la condenada pelota siempre está rodando, o en el aire, nunca tranquilamente parada y a cargo de una sola persona.

—Antes te lamías los dedos con un gesto goloso de lo más encantador —le recordó.

—Ya no soy nada encantadora.

—Eso no es algo que a uno le esté permitido decir de sí mismo. Hoy en día hay que pagar un precio muy alto por el privilegio de afirmar una cosa

así.

Su mujer seguía en silencio y Conrad vio que aún estaba nerviosa. Volvió a sentarse y le dijo:

—Termina.

—Fue solo… —La voz de Antonia, por lo general tan firme, sonaba ahora quebradiza. Empezó de nuevo—: Lo que tienes que saber sobre cómo acabó es que, tras días de miserable indecisión, le pedí que nos viéramos… Para decirle que todo aquello debía terminar. Para eso tenía que verlo. No se me ocurría cómo decírselo por escrito y no soportaba la idea del teléfono. Entonces no me daba cuenta de que… Pensé, y en realidad no sé por qué, que a él le parecería igual de espantoso. Quedamos para tomar una copa en un hotel horrible de Earl's Court, donde se alojaba. Yo no podía ni imaginármelo allí, pero allí estaba: era el mismo de antes y, al mismo tiempo, parecía como en casa. Me recibió como si nos hubiéramos visto hacía media hora. Nos llevamos las bebidas a un cuartito deprimente que olía a sopa, abarrotado de sillas de mimbre pintadas de dorado, y me preguntó: «¿Cuánto tiempo tienes?». Le dije que no mucho, porque no creía que pudiera aguantar mucho a su lado sin flaquear. Incluso en ese momento seguía sintiéndome así. Y me dijo: «Bueno, pues no lo malgastemos», con esa sonrisa que parece que no cambia nunca. Entonces se lo dije. Pero, Conrad… —Se estaba poniendo roja de la vergüenza—. Eso es lo que tengo que contarte. ¡No le importó en absoluto! O sea, estaba claro que le fastidió y que no era lo que esperaba, pero aparte de eso… Supongo que al final se dio cuenta de que no veíamos aquello de la misma forma ni por asomo, porque luego dijo cosas que lo hicieron todo mucho peor y me sentí aún más idiota, más ridícula… Me había reafirmado al pensar que estaba haciendo lo correcto, aunque fuera difícil. Al final, claro. Y por nada. Me había creído incapaz de vivir emociones tan intensas, que momentos así son los únicos en los que uno no está solo… Fue un golpe terrible, supongo que para mi orgullo. Cuando me fui de allí, estuve horas caminando, intentando buscar una justificación al hecho de sentirme tan tonta, pero no pude. Seguía amargada y avergonzada, como si hubiera actuado igual que una jovencita idiota. Y no fue culpa suya, por supuesto, eso lo sé. Él fue muy sincero. Pero me comporté como una necia histérica.

Había parado, por fin. Al fin había terminado. Conrad se aclaró la garganta.

—Y entonces volviste aquí y sonó el teléfono y Wilfrid se estaba muriendo.

—Sí.

—No relacionarás esas dos cosas, ¿verdad?

Ella se levantó y fue hasta la ventana.

—¿Por qué me preguntas eso?

Era evidente que lo hacía. Cómo se esmeraba la gente en ser irracional, se dijo, era increíble que consiguiesen sobrevivir. Tal vez las supersticiones, aunque innumerables como parecían, proporcionaban una especie de lecho rocoso bajo el cual unas cuantas desgracias quedaban eliminadas, algunas penas no se relacionaban con otros temores y ciertos fracasos no se vinculaban con ninguna tragedia posterior: después de todo, no siempre hay una urraca debajo de la escalera el 13 de cada mes. Probó a hacer esta última observación en voz alta y, momentos después, su mujer sonrió, pero se mantuvo a la misma distancia y Conrad supo que estaba esperando algún tipo de sentencia. Resultaba extraordinario, pensó, cómo la gente aguardaba —con aire infantil— las vueltas de cualquier gesto que se hacían unos a otros. Aunque había sido parte de su decisión no contarle nunca que había tenido que tomar una, ahora se daba cuenta de que, no obstante, había dado por hecha la inmediata recompensa de su tácita comprensión, un entendimiento que habría excluido la complacencia de aquella confesión. Sin embargo, el hecho evidente de que ella no supiera nada de su propio gesto llevaba su comportamiento de la complacencia a una posición de coraje considerable desde la cual, a su vez, su mujer estaba esperando una severa condena, una absolución completa (necesitaba ambas cosas, pues —al restarle la virtud de la fidelidad— menoscabaría su opinión de sí misma). Cuando aquellas reflexiones se alejaron como una corriente de hojas muertas, Fleming volvió al rostro expectante de su mujer y a ser consciente de que ese edificio que había construido con ella era ahora tan frágil que añadir cualquier otra piedra podía resultar peligroso.

—Si yo fuera Shelley —dijo en voz alta—, llevaría un trozo de pan en el bolsillo.

—O una razón de ser para mí —contestó ella de inmediato.

—Eso lo tengo —repuso Conrad muy serio, aunque encantado con ella en su fuero interno por haber traspasado la meta de esa maratón. Ninguno de los dos, sin embargo, se atrevió a reír.

—La verdad es que no te entiendo en absoluto. ¿Por qué Shelley?

—No importa. —(Ahora es el momento de moverse, de salir con ella de esta habitación).

Pero, ya en las escaleras, Antonia insistió:

—Conrad, no me has dicho… Entendería perfectamente que estuvieras…

—¿Que estuviera qué? —El corazón se le había encogido.

Su mujer iba dos escalones por debajo y apenas pudo oírla.

—Que te hubiera… asqueado demasiado.

Él le puso las manos sobre los hombros y, al tocarla, se dio cuenta —con un remoto sobresalto— de que estaba descompuesto. Los espantosos horrores que había enterrado en su juventud volvieron como una secuencia de pesadilla: el miedo aterrador a no ser suficiente o a verse perder el control y caer en el precipicio, con un repentino y vulgar arrebato de deseo, tan rápido y violento que después parecía haber trastornado la memoria… El alivio vacío y nauseabundo y la urgente necesidad de escapar a una completa oscuridad, de que no lo rozara nada salvo el aire o el agua…

Era Antonia, aún tenía las manos sobre sus hombros, haciendo presión para que no le temblaran; un poco más y podía caer rodando por las escaleras, se haría daño y entonces él podría cogerla en brazos, frágil y agradecida por su dulzura… Pero no tenía el valor de hacerlo. La impotencia de conocerse a uno mismo, se dijo de nuevo mientras empezaba a pensar en un modo de salir de la situación y poder refugiarse otra vez en el ingenio.

—No puedes esperar que me resulte indiferente.

Ella negó con la cabeza y bajó la mirada al escalón que quedaba entre los dos, pero Conrad sabía que eso era lo que quería oír.

—No estoy asqueado —continuó entonces con mayor sinceridad—, es solo que no quiero hablar más de ello. Quiero dormir. Vamos.

Le tendió la mano. Estaba tan cansado que, a menos que la ayudara, nunca terminarían de subir. En su dormitorio, de repente, Antonia le dio un beso en la palma y, antes de darse cuenta de lo que hacía, ya se había vuelto contra ella a voz en grito: «¡No!» y vio cómo le cambiaba la cara antes incluso de soltarlo.

Cuando estaba en el cuarto de baño, descubrió que solo hacía cuatro horas que la había dejado. Por un segundo pensó que se le habría parado el reloj; tan lejano parecía ya aquel momento en el que la había lastimado. Ahora estará dormida, se dijo, a su edad uno acaba durmiéndose de agotamiento. Durante unas horas, al menos, ya no le haría más daño. Esto le procuró el exiguo y doloroso consuelo de quien se calienta las manos heladas delante del fuego: no es un alivio que pueda soportarse durante mucho tiempo. No podía seguir solo, debía volver al dormitorio. El propósito de todo aquello era la felicidad de Antonia y no parecía estar haciéndolo demasiado bien. Si es imposible estar en dos sitios a la vez, debería ser imposible hacer a dos personas infelices al mismo tiempo…

Su mujer estaba sentada en el banco de la ventana, medio envuelta en una de las cortinas verdes de terciopelo que había descorrido para quedarse mirando a la oscuridad, y no lo oyó de inmediato. Quizá había estado llorando; por la postura, tensa e inmóvil, y por su silencio, supuso que era así. Según se acercaba a ella, Antonia se llevó un extremo de la cortina a la

cara antes de soltarla y volverse para mirarlo. No estaba pálida, pero su rostro parecía tener esa desvaída textura incolora del agua, y Conrad supo que estaba un poco asustada porque tenía los ojos oscurecidos pero totalmente apagados.

—Nos iremos juntos —le dijo con suavidad.

Ella separó las manos, nerviosa.

—¿Ahora?

—En cuanto hayas descansado en condiciones esta noche. —El eco, abrasador, subió retorciéndose a toda velocidad por la chimenea de su mente. Se estremeció y dijo con mayor firmeza—: Mañana.

Su mujer no contestó de inmediato, pero lo miró con una confianza que le pareció asombrosa y encantadora.

—¿A Tenterden? —le preguntó después.

—No, los dos solos. A menos que también quieras estar con los niños. ¿Quieres?

Era la primera vez que le había ofrecido la compañía de los niños sin cinismo ni rabia ni los complejos celos contra los cuales solo había conseguido protegerlos a ellos, nunca a sí misma. Por primera vez desde que habían empezado aquellos conflictos, no se los presentaba como una alternativa y descubrió que no le importaba dejarlos e ir adonde él quisiera.

—No, no quiero —repuso sin más.

Se levantó y Conrad vio que una única lágrima, como la hoja solitaria de un árbol, caía al suelo. Era más alta que Imogen.

La metió en la cama como solía hacer antes y Antonia se giró obediente hacia su lado sin mirarlo. Él le puso una mano en la cabeza.

—Descansa —le dijo y, al ver que se le habían aclarado los ojos, se inclinó para besarla. El delicado y cálido olor de su piel, tan inaprensible que nunca conseguía recordarlo cuando estaba lejos de ella, tan inconfundible que podría reconocerlo con los ojos cerrados, le envolvió suavemente los sentidos y la besó dos veces, en la frente y en el cuello—. Venga.

Cuando él mismo ya se había acostado y acababa de apagar la luz, su mujer lo llamó.

—Conrad.

—Quieres un pañuelo. —Notó que ella negaba con la cabeza—. Un vaso de agua.

Fleming se dispuso a levantarse, pero ella lo detuvo.

—No. Conrad, fue el principio de todo esto. Esa chica. Creo que fue culpa mía. No volveré a ser tan estúpida. Sigue viéndote con ella si quieres. En realidad sé que no la amas.

Fue su acto de mayor generosidad y se vio recompensada con un sueño inmediato y sin sueños.

CUARTA PARTE
1927

Uno

La situación entre ellos, supuso, debía haber ido cambiando, de manera constante pero imperceptible, desde el momento en que se casaron. Sin duda, cuando se casaron ella estaba sometida, por amor, y no poco asustada; al menos se había resignado a él, creía, con toda honestidad y decidida a cumplir con su parte: le había dicho sinceramente que ya no se sentía infeliz y que, de hecho, no sentía nada en absoluto.

Recordaba su propia voz repitiendo ese «nada» porque le resultaba dificilísimo continuar.

—Si, a pesar de eso, estás convencido de que quieres… ¡Pero no llego a entender cómo puedes estarlo! —terminó de pronto. Hubo un breve silencio —. A mí… A mí me *gustas*, de verdad —añadió luego, y notó que se sonrojaba ante la insuficiencia de semejante declaración.

—Bien —le dijo él entonces. Había estado observándola con mucha atención—. Está bien.

Después se hizo otro breve silencio, durante el cual ella estuvo luchando contra lo que consideraba su intolerable falta de sentimiento.

—Lamento que sea tan poca cosa.

Él sonrió.

—Es una gran muestra de confianza.

Aquella fue la primera vez que había esperado que la besara, pero no lo hizo. Cuando admitió que le daba miedo contárselo a sus padres, él no giró a la izquierda en el camino que subía, junto a los secaderos de lúpulo, hasta la casa de su familia, sino que siguió en dirección a Londres.

—¿Qué haces?

—Raptarte, con las intenciones más honestas. La mayoría de la gente vive la vida a la inversa. Ya no tienes que volver con ellos. Desde ahora, yo me ocuparé de ti.

Se casaron de forma muy discreta y con una licencia especial.

—No gastaremos nada en la boda y lo emplearemos todo en la luna de miel.

—¡Pero necesitaré mi ropa!

—No vas a necesitar ropa. Nos vamos a París.

Llevaban una semana en París y la situación había cambiado. Ahora, tras siete días de una vida tan diferente que todo aspecto imaginable en ella era nuevo, no estaba cansada —para su sorpresa— e incluso había perdido el miedo hasta el punto de sentirse agradecida hacia su marido y eufórica consigo misma.

Conrad había alquilado un piso amueblado y con el personal de servicio del propietario, una pareja que iba todos los días para cocinar, limpiar y llevarlos de un sitio a otro con el coche (al parecer él odiaba conducir, así que Antonia decidió, para sus adentros, que aprendería ella). No le contó nada sobre el piso hasta que llegaron a París y, sin saber por qué, la joven se alarmó ante semejante perspectiva.

—Creo que te gustará —le había dicho el otro—. La gente nunca debería empezar su vida matrimonial en hoteles si pueden evitarlo. Te obliga a tediosos extremos tanto de intimidad como de multitudes. Pero no tenemos por qué quedarnos ahí si no te gusta. —Y luego había añadido—: Aunque te veo predispuesta a que te guste.

Demasiado nerviosa para contestar, ella se había quedado mirando por la ventanilla del taxi, contemplando las bonitas calles desconocidas de una ciudad en la que no había estado nunca. Vio contraventanas y castaños y una especie de vasta disposición rectilínea. Era primavera y llovía un poco, lo cual avivaba los verdes de los árboles y disolvía los grises acuosos y los adoquines de las casas y las aceras hasta que se convertían en simples calles, calles de un color extraño, pensó. El cielo estaba remendado con parches blancos y azules y, a lo lejos, el tenue amarillo de una tarde de tormenta. Los tulipanes, erguidos tras el chaparrón, espejeaban en los parterres; los toldos y los paraguas lucían sus rayas de colores junto a otras formadas por los resbaladizos y oscuros regueros de lluvia. Cruzaron el río por un puente que le pareció decorado con enormes trozos arrancados de un candelabro gigantesco.

—La margen izquierda —anunció Conrad.

Cuando llegaron a su destino, la lluvia había cesado, el sol de la tarde se arrastraba tembloroso por la calle y, al bajar del taxi, olía a pan recién horneado.

El piso la había encandilado de inmediato. Tenía un aire de dignidad antigua; el mobiliario y la decoración (salvo por un bonito retrato femenino de Modigliani) estaban descoloridos y eran muy simples. Había una chimenea abierta en la que el fuego ardía con el grado perfecto de discreción y, también, una palangana que parecía contener mil tulipanes.

—¡Me gusta! —exclamó. Aún se sentía como una invitada a una larga fiesta que él hubiese organizado y estaba ansiosa por demostrarle enseguida su agradecimiento. Recorrió la habitación con pasos algo vacilantes para expresar su agrado y entonces, cuando vio que la estaba mirando, se detuvo y se pasó la mano por el pelo.

Acto seguido, él le dijo:

—Estaba pensando que deberías dejártelo crecer.

Ella esperó: ya había aprendido que ninguna de sus observaciones sobre su aspecto era precipitada.

—Sí —siguió Conrad—, será más trabajoso de mantener, pero estarás tan maravillosa que no te importará.

—Empezaré ya mismo.

—Bien. Tienes tiempo de sobra. A ver, ¿te apetece darte un baño mientras yo busco algo de beber? ¿Te gustaría salir a cenar o prefieres que nos quedemos aquí?

—¿Qué quieres tú?

—Mi querida Antonia, yo ya tengo lo que quiero. Te toca a ti descubrir tus preferencias y disfrutarlas. Te he traído aquí con ese propósito.

—Pero, verás, ¡es que no lo sé! De verdad, no lo sé.

—Seguiré sembrando semillitas de certidumbre en tu cabeza hasta que lo descubras. Preferirías cenar aquí esta noche y salir mañana.

—Bueno, entonces, también debería apetecerme un baño.

Sin embargo, cuando se quedó sola en la habitación, se sentó en el borde de la cama, se miró la mano —que parecía oculta por completo bajo el anillo de boda— y se preguntó qué demonios había hecho. No parecía haber razón alguna por la que, tras esas cuantas palabras pavorosamente bien elegidas que habían pronunciado a primera hora de la mañana en un entorno tan desacorde, tuviera que verse en París, en un piso, con alguien a quien apenas conocía. Mientras estaba con él, lograba doblegar esos sentimientos de culpa por no responder de modo apropiado a su abrumadora seguridad, pero sola se sentía aterrorizada. ¿Y si, por ejemplo, se hubiera casado con ella solo porque no la creía capaz de aceptarlo sin corresponder a su amor? Si su incredulidad llegaba en el fondo hasta ese punto, todo aquello era apenas cuestión de tiempo, pues ¿qué sería de ellos cuando acabara por descubrir, sin la menor sombra de duda, que ella no lo había amado ni lo amaba? Pero se lo dije —una y otra vez, pensó—, no puede estar engañado. Después, imagino que sucumbí a su arrolladora determinación. Por lo menos intentaré cumplir con mi parte: intentaré hacer lo que quiere, incluso si soy incapaz de ser como le gustaría que fuera. Estas conclusiones, para entonces, le eran familiares: siempre terminaba con algún

propósito en torno a él que resultaba tan desquiciado como necio.

No lo oyó entrar en la habitación y no estaba acostumbrada a esa clase de intromisiones en su privacidad. Él se dio cuenta casi tan rápido como la vio sonreírle.

—Lo siento, todavía no he empezado.

—¿Por qué tienes que sentirlo? —Conrad se acercó a ella y se sentó a su lado en la cama—. Creo que sé lo que estás pensando.

—Ya he dejado de pensar en ello —respondió esta a la defensiva.

Él le acarició la mano.

—Estoy muy contento de que te hayas casado conmigo. Después de esta muestra de confianza, no espero nada más de ti.

—Pero eres tú quien se está fiando de mí; tú eres el que se ha casado conmigo a ciegas.

Conrad sonrió.

—No tan a ciegas. No por completo.

—Quiero decir que, bueno, no te he contado nada de… Nada de aquello.

—Cierto —la interrumpió él enseguida—. Ninguno de los dos sabe nada sobre la vida del otro.

—Te lo contaré si quieres saberlo. Y si crees que debo.

—Voy a decirte algo sobre el deber —repuso su marido después de pensar un momento—: no existe tal cosa hasta que uno se encuentra con una verdadera alternativa.

—¿No es mi caso?

—Todavía no. —Vio que en realidad no terminaba de entenderlo—. De todas formas, no quiero que te agobies con buenas intenciones: son un disuasivo espantoso para el placer. Después de cenar pensaremos en cómo vamos a pasar los días que estemos aquí. —Se levantó—. Cuando te hayas dado ese baño, sobre la cama encontrarás una caja con lo que vulgarmente y de forma bastante incorrecta se llama «vestido de té». He pensado que podrías ponértelo para tomar una copa de champán.

Cuando ella ya iba hacia la puerta que, a su parecer, debía de dar al cuarto de baño, él la llamó.

—¡Antonia!

Esta se volvió y lo vio apoyado en la otra puerta, con una mirada tan intensa como pálida.

—Antonia, querida, una cosa más. Ahora mismo no tengo ninguna intención de hacerte el amor, así que no te angusties ni pienses en *eso* tampoco.

Y antes de que a ella le diera tiempo a entender que no sabía qué contestar, Conrad ya se había ido y la puerta estaba cerrada.

Durante la cena, le había presentado un programa de actividades que quizá resultaba tan fascinante porque era muy variado y la invitó a elegir lo que le gustaría hacer primero. Cuando Antonia ya había admitido repetidas veces su ignorancia respecto a un artista en particular, o incluso una corriente artística, o un modisto, o un lugar, o un tipo de comida, él se rio y se limitó a decir:

—No intento formar tu mente. Solo quiero ocupar tus sentidos, tantos como sea posible. No tienes más que decirme que no te gusta escuchar o, en su defecto, que ni siquiera me has escuchado.

—¿Y no perderías la esperanza en mí?

—¡Santo cielo, claro que no!

—¿No quieres una esposa instruida?

—No soy un entusiasta del conocimiento. No. Quiero que sepas lo que te complace. No me gusta la gente que lee quince libros de un tipo que solo ha escrito tres que merezcan la pena.

—Pero si a uno le gusta leer, tendrá que resignarse a sufrir muchas decepciones.

—Decepciones sí, claro. Pero si lees un libro y te decepciona, es porque te proponías disfrutar con ello. Yo solo quiero que tus pretensiones respecto al placer sean lo más amplias posible. No quiero que te embarques conmigo en ninguna aventura si estás íntimamente convencida de que te va a desagradar, sea lo que sea. Cuando te sientas así, dímelo y no lo haremos.

—Eso se aplicará a unas vacaciones, imagino. —Ella había recibido una educación muy diferente.

—No, no, a nuestra vida. Las vacaciones solo suponen un cambio en el tipo de disfrute.

—¿Te educaron para darle tanta importancia al placer?

—No. En lo que a placeres se refiere, soy por completo autodidacta. Y en cuanto al dinero —añadió de pronto—. Mi padre era un formidable inversor a largo plazo.

—¿Y tú?

—A corto. Pero eso se acabó. Cuando volvamos, tendré que buscar alguna ocupación. Para entonces, espero haber dejado de especular.

Hablaba de sí mismo con una especie de desapego que hacía que su relación con él le pareciera inverosímil. Conrad la vio levantar la vista del suflé con gesto repentino y le dijo:

—No te preocupes. No te has casado con un hombre resuelto a jugarse hasta el último penique. Yo gasto, no apuesto. Te he comprado una casa, ¿sabes?

—¿De veras? No estaba preocupada. ¿Por qué iba a estarlo? ¿Dónde está?

—Ah, no te lo voy a decir esta noche. Si no te gusta, cogeremos otra. Pero no la he amueblado.

—Entonces, ¿no volveremos directamente allí?

—No, no. El primer paso es llevarte a ti y verte dentro y luego elegir las cosas que vayan contigo.

—¿No tienen que ir contigo también?

—Yo soy un camaleón —repuso el otro con un discreto gesto burlón—. ¿Nos tomamos el café delante de la chimenea?

Mucho más tarde, después de varias horas de distendida conversación, se levantó de la banqueta y le dijo:

—Bueno, estás cansada. Seguiremos hablando mañana.

Ella había estado tan absorta que se sintió engañada como una niña.

—¿Por qué sabes que estoy cansada?

Él se quedó allí de pie, mirándola con su peculiar aire de tierna indiferencia.

—Porque se te marcan unas venitas de color azul claro en los párpados y porque tienes un pequeño músculo aquí —le rozó la cara con los dedos— que te palpita. ¿Lo ves? El rasgo más fascinante de tu belleza… Sí, claro —añadió anticipándose a su interrupción—. Ya eres hermosa, pero para mí lo más fascinante es que sin duda vas a ser cada vez más y más guapa, año tras año, y yo voy a ver esa transformación.

Antonia notó que se ruborizaba mientras lo miraba fijamente.

—¿Sí? —le preguntó él un instante después al ver que seguía observándolo.

—Yo… también te estaba mirando.

Conrad arqueó las cejas (un gesto que, como descubriría más tarde su mujer, revelaba nerviosismo o incomodidad) y dijo sin entusiasmo:

—¿Y cómo soy?

Ella lo miró con una atenta e inquisitiva solemnidad.

—Parece como si… —empezó a tantear, despacio; aún tenía muy poca seguridad en sí misma—, como si tuvieras que aparentar que podrías tener cualquier edad.

Se despertó en mitad de la noche, tratando de recordar el rostro del hombre que dormía a su lado en la oscuridad, y descubrió que no podía aglutinar sus rasgos… A lo mejor lograba evocar sus ojos —de un azul grisáceo, casi redondos, que algunas veces dejaban traslucir durante un instante sus pensamientos y otras estaban cubiertos por cortinas de cristal y no revelaban nada— o la amplitud de su frente, inclinada hacia donde le crecía un pelo

tupido en grandes curvas ondulantes como la marea baja en una bahía. Un pelo fino, castaño y brillante, un poco como en la canción, pero en su caso más denso, como una selva de arbustos bajos. O su boca: había algo de complicado e incongruente en su boca, pero no estaba segura de lo que era. Recordaba esos rasgos de su cara por separado, pero no era capaz de coordinarlos en una sola expresión. Cualquier posible suma, advirtió, estaba relacionada con su voz: cierta frase que había utilizado se lo mostraba, pero solo durante el segundo que tardaba en recordarla. Se quedó mucho tiempo despierta, intentando «juntar las piezas», y procuró con todo cuidado no moverse, pues no sabía si era fácil o no despertar a otra persona que dormía en la misma cama…

Dos

Llevaban una semana en París. Cada día, cada noche, parecía algo no planeado de antemano, pero ahora se daba cuenta de que el patrón que formaban juntos escondía un diseño demasiado minucioso para ser fruto de la pura casualidad o de una decisión repentina. Él siempre le daba a elegir y Antonia ya había aprendido que le gustaba que eligiera, pero Conrad seleccionaba las opciones, *él* elegía primero, y suponía que lo haría entre aquellas cosas que él mismo quería hacer.

Era media tarde y estaba sola en la salita blanca y gris donde desayunaban y a veces también cenaban. Por lo general, su marido la llevaba de vuelta al piso sobre las tres y media y luego salía de nuevo, esta vez por su cuenta, durante al menos dos horas. «Nunca debemos pasar las veinticuatro horas juntos», le había dicho el primer día, y Antonia descubrió que disfrutaba de esos breves periodos de soledad. Dominique se marchaba a mediodía y no volvía hasta la noche, así que se quedaba completamente sola. Podía leer (estaba mejorando, en secreto, su francés de la escuela) o mirar por los altos ventanales, uno que daba al patio enlosado con adoquines, donde estaba la silla de mimbre de la portera, y otro a las copas de los árboles y a las casas espigadas y estrechas, con palomas y el cielo: la vista típica de un último piso, pero que más tarde sería para ella la esencia de París. Sin embargo, se pasaba la mayor parte de estos ratos deshojando ociosa las capas de esa nueva experiencia, comparando, sopesando, reflexionando, anticipando… Se imaginaba a Conrad rebuscando en una galería de arte para encontrar sus cuadros más ocultos y fascinantes, haciendo fracasar la ingeniosa determinación de una *vendeuse* de la casa Worth para vestirla de color beis, revelándole la magnífica vulgaridad de los pianistas franceses, su intrincado y profundo conocimiento del interior del Louvre, su apasionada atención casi femenina por cualquier tipo de detalle —el equilibrio perfecto de una comida, la forma y color exactos de sus zapatos, sus bolsos, sus guantes (al día siguiente iban a comprar guantes)—, su espléndida generosidad en las librerías (las tiendas favoritas de Antonia)

… Parecía haber tanto en lo que pensar, tantas cosas que tener en cuenta…

A veces se dormía, acurrucada en el sofá: esos días su mente recibía una estimulación tan constante que, una vez a solas, entraba en una saludable modorra. Ya no estaba siempre atormentada por aquellas agonías del corazón que una vez creyó (no hacía tanto tiempo) que nunca la abandonarían. No le gustaba pensar en eso, pero ya no tenía la impresión de no poder pensar en otra cosa. No había vuelto a hablar con sus padres ni una sola vez desde aquel día en que se fue en el coche con Conrad. *Él* se había visto con su padre en el pueblo y con su madre en Londres y de ambas entrevistas había vuelto algo misterioso y muy tierno con ella. Ninguno había puesto reparos a que se casaran, eso fue lo único que le dijo, y Antonia había replicado que tenía casi veintiún años. Las objeciones carentes de justificación podían ser muchísimo más tediosas que las legítimas, le respondió él.

Pero, bueno, no se habían opuesto; no quería pensar en ellos y, además, ahora tenía muchas otras cosas en las que ocuparse. Después de una semana, seguía sintiéndose como una invitada de excepción en una gran fiesta: todo estaba tan enfocado a que ella disfrutara que no sabía cómo relacionar aquellos días con el resto de su matrimonio. Se imaginaba que las cosas no podrían continuar así en Londres, por ejemplo. Conrad había dicho que iba a trabajar, que había comprado una casa… Pensó con detenimiento en busca de cualquier otra indicación de lo que sería, a su entender, la realidad de su vida en común, pero no encontró nada. Supuso que las gestiones domésticas serían cosa suya. En Londres, pues, tendría una responsabilidad: no sería un simple peón sonriente en el complejo, ameno y decorativo tablero que él le estaba diseñando. Se preguntó a qué tipo de trabajo iba a dedicarse su marido y, en ese instante, advirtió que no le había dicho nada que pudiese darle una pista de cuál era su profesión. Era extraño, sin duda, haberse casado con alguien y no saber eso siquiera. Era más que extraño, era francamente absurdo; que él no se lo hubiese contado y que ella no conociera un dato tan elemental. «Toni, cielo —le había dicho tantas veces su madre—, ¡qué falta de sentido práctico, mira que eres boba!». ¡Cómo odiaba que su madre la llamara Toni, que dijese que era poco práctica, que la llamara cielo o boba! Empezó, con una terquedad casi trémula, a recapitular lo que sabía de su marido. Su padre vivía. Su madre había muerto hacía varios años. Tenía un hermano, que había hecho de testigo —bastante lúgubre— en la oficina del Registro Civil. Estaba increíblemente bien informado sobre arte y sobre ropa femenina, vino, perfumes y comida. Hablaba francés con una (para ella) ininteligible fluidez. Era, por tanto, una compañía perfecta y encantadora para el tipo de vida que llevaban ahora.

De alguna manera lo suponía rico, pues desde luego estaban gastando lo que a ella le parecía una exorbitante suma de dinero, pero recordó que le había dicho que él «gastaba el dinero», una declaración simple y contundente que no implicaba por fuerza que contase con una cantidad ilimitada que gastar; de hecho, era más probable que, viniendo de él, quisiera decir que gastaba todo lo que tenía y luego volvía a empezar. Pero ¿*cómo* empezaba de nuevo? ¿Qué hacía para ganar dinero? De repente, se acordó de su pasaporte: junto a «Casada» aparecía escrita la palabra «Ocupación».

El pasaporte de su marido estaba, tal como creía, en su tocador. Lo cogió y vaciló un momento; la cabeza se le llenó de posibilidades frívolas o siniestras: «Representante», «Diletante», «Ladrón», «Artista»… ¿De qué tenía aspecto? Pero no se parecía a nadie que conociera. Con toda seguridad, se dedicaría a algo de lo que ella nunca habría oído hablar. Abrió la libreta. La fotografía de Conrad, insulsa y furtiva, la miraba fijamente. «Abogado», leyó. Volvió a leer: «Abogado». Lo cerró y volvió despacio al sofá. ¡Abogado! ¿Y por qué tendría que parecerle tan increíble? No encajaba en su idea de lo que era un abogado, pero ¿acaso conocía a alguno? Solo a un tío suyo, y lo cierto es que aún era demasiado joven para que un pariente le pareciese algo más que un pariente. El tío Simon era la viva imagen de un tío y, además, daba la casualidad de que era abogado. Qué poco sé de la vida, pensó con tristeza. Inmersa en esta profunda confesión íntima (que en ningún caso habría hecho delante de nadie), se tumbó de nuevo, puso los pies más altos que la cabeza —lo cual, según Conrad, era bueno para sus admirables tobillos— e intentó imaginarse la vida como esposa de un abogado. El problema era que ahora no llevaban vida de casados. No estaba muy segura de qué quería decir con eso, pero en esencia tenía la impresión de que Conrad no la trataba como a una persona de igual responsabilidad. A partir de ahí, el pensamiento se le aceleró. Era amable, encantador, pero la hacía sentirse como una niña o, como decía esa canción que las amigas de su madre silbaban y tarareaban mientras marcaban la cancha de tenis o preparaban las mesas para el *bridge*, una enorme y preciosa muñeca. Le estaba impidiendo a propósito asumir aquellas responsabilidades que ella consideraba suyas, o incluso descubrir cuáles eran esas responsabilidades…

A solas, sin la presencia de otra persona en la que reflejarse, los espejos de la imaginación a veces forman maliciosas distorsiones. Para cuando Conrad volvió, Antonia ya empuñaba con firmeza el extremo equivocado de una vara retorcida con la cual, de tener la menor oportunidad, estaba decidida a fustigarse.

Su marido regresó pocos minutos después de las seis (pocos minutos más tarde de lo habitual) y se la encontró leyendo, ansiosa, un periódico francés.

—He reservado entradas —le dijo. Parecía estar de buen humor.

—¿Para qué?

—Para *Manon*. ¿Te parece bien?

—Sí.

Conrad la observó: seguía mirando el periódico, frunciendo el ceño con un aire de concentración que no engañaba a nadie.

—¡Antonia!

—¿Sí?

—¿Qué pasa, Antonia? ¿Ha ocurrido algo mientras estaba fuera?

—Nada en absoluto.

—¿No habrás recibido una carta ni nada por el estilo?

Ella dejó a un lado el periódico, cuyas páginas estaban empezando a temblar.

—No, pero si fuera así, ¿no crees que puedo gestionar mi propio correo?

Conrad se sentó.

—Claro que puedes. ¿Por qué no ibas a poder?

Se hizo un silencio entre ambos. Luego, como él no mostraba indicio alguno de querer darle pie para continuar, Antonia gritó:

—¡No me tomas en serio!

Lo dijo con demasiada aspereza y se le llenaron los ojos de lágrimas.

Cuando se recompuso, vio que Conrad estaba riéndose. ¡Riéndose! La invadió tal rabia que apenas podía hablar.

—¿Lo ves? ¡Te parece divertido! Te aseguro que… Te aseguro que…

—¿Qué me aseguras?

Ahora sonreía. Se había inclinado hacia ella y sonreía. Por un instante, la joven señora Fleming se sintió llena de odio, un odio violento que, cuando retrocedió ante él, le pareció inexplicable. Quiso pegarle (¡qué espanto, tenerlo tan cerca y querer hacer eso!) y acto seguido volvió a verlo con claridad y observó, resentida, que la miraba con ternura.

—Creo que deberías contarme ciertas cosas. No deberías tratarme como si fuera una niña.

—Te contaré todo lo que quieras saber.

Hubo otro silencio. Antonia no sabía por dónde empezar.

—Pues, por ejemplo… —Se esforzaba por armarse con la dignidad de la indiferencia—. No me has dicho qué vas a hacer cuando volvamos a Londres, ni dónde vamos a vivir, ni nada que con razón cabría esperar que me cuentes.

Con cada palabra, y sin razón, se sentía menos razonable.

—No, es cierto. No sabía que esos asuntos fueran de vital importancia para ti.

—¡Por supuesto que lo son! ¡Imagínate que alguien me preguntara a qué se dedica mi marido y yo sin saberlo siquiera! ¡Imagínate lo estúpida que me sentiría!

—Sin embargo, si pudieras decir que soy asesor empresarial o un locutor de primera…

—¡Pero eres abogado!

—Ah, ¿y cómo sabes eso?

Antonia se había incorporado y estaba ahora sentada sobre sus talones en el sofá.

—Lo he visto en tu pasaporte —admitió. Parecía muy avergonzada—. Lo siento. Ha sido una bajeza.

—¿Y querías saber más cosas de mí para contárselas a otros?

—No, no es eso. Quería saberlo *yo*, por mí. ¡Curiosidad! —Empezaba a parecer asustada.

—Admiro la curiosidad —repuso el otro— y tienes todo el derecho a ver el pasaporte de tu marido.

—Nunca he pretendido ejercer ese tipo de derechos —replicó ella enseguida—. No como tú.

—¿Quieres que lo haga? —dijo Conrad arqueando las cejas. Vio que Antonia se levantaba y empezaba a dar vueltas por la habitación, como ya había empezado a darse cuenta de que hacía siempre que quería huir—. Si sales corriendo ahora, será cuando no podré contarte nada y seguirás desinformada como una chiquilla. ¡Piensa en lo que no podrás decirle a la gente! —Pero aún no estaba preparada para bromas, así que continuó—: De acuerdo, la casa. Está en lo alto de Campden Hill. Es enorme para los dos, de modo que estaremos cómodos. ¿Te gusta amueblar casas?

—Sí. Aunque nunca he amueblado ninguna, claro.

—Claro que no. Bien, aparte de una o dos cosas que me dejó mi madre, hechas a partes iguales de caoba pulida francesa y crin de caballo, empezaremos de cero.

—¿Podemos permitírnoslo?

—Mi madre, sorprendentemente, también me dejó una cierta suma de dinero, así que podemos. El dinero es de los dos, ya sabes —añadió—. Cuando volvamos a Londres, arreglaré ese asunto como es debido. Tu madre también te va a dar algo.

En cuanto le habló de su madre, notó que Antonia se retraía.

—¿Tengo que aceptar su dinero? —preguntó esta con voz gélida.

—No si la idea te desagrada muchísimo. Quería que tuvieras algo propio, ya sabes. Cree que las mujeres deberían tener cierta independencia.

—¡Seguro que sí!

Había tanta amargura en aquellas palabras que era evidente que hasta ella misma se había alarmado. De pronto, la joven se inclinó hacia él y, tímidamente, le puso una mano en el brazo.

—Yo no quiero ser esa clase de esposa. —Se estaba sonrojando hasta extremos dolorosos—. Puede que haya sido una estúpida, pero no era eso lo que tú pretendías conmigo, ¿verdad?

—No, no era lo que yo pretendía.

Conrad se levantó y la oyó exhalar un leve suspiro de alivio y aceptación. Aún podía sentir el tacto de su mano en el brazo. Entonces no supo a qué se refería.

Tres

Cuando ya estaba vestida para cenar, Conrad hizo un balance meticuloso y comedido de su aspecto y ella agradeció formalmente sus palabras, pero la obcecación y los nervios de Fleming le hicieron notar en su mujer el leve descontento de la incertidumbre. Esa noche tenía la extraordinaria cualidad de la belleza que aún está por llegar y creyó que, cuando le dijo cómo la veía, Antonia era consciente de ello.

Cenaron y la llevó a ver *Manon*. Antonia había leído el libro y había expresado cierto interés en la ópera. La representación no fue nada excepcional, pero ella parecía fascinada. Cuando Conrad le preguntó por qué, su mujer le dijo que el personaje de Manon le infundía estupor y pánico. (Le hizo gracia darse cuenta de que, inconscientemente, empleaba adjetivos propios de la época y del calibre emocional de la obra).

Le había propuesto ir a bailar después, pero tan pronto estuvieron sentados en un rincón, algo sofocante y oscuro, con un champán cuya temperatura, como él mismo señaló, no ocultaba su baja calidad, Antonia empezó a hablar. Dijo que el rasgo más interesante de Manon era la facilidad con la que atraía a aquellas personas que seguramente la conducirían al desastre. Des Grieux, cuando lo conoce, podría haber sido cualquier hombre, pero no lo era; era Des Grieux. ¿Creía Conrad que todo el mundo era así? ¿Que todos se rodeaban sin darse cuenta de gente que hacía aflorar sus debilidades y miedos más profundos? La idea resultaba aterradora, pero si era cierto, explicaba muchas cosas.

—Estaba pensando en mi padre —añadió como sin darle importancia.

Esto lo dejó de piedra, pero por la simple razón de que él también había estado pensando en su propio padre. Qué absurdo, se dijo, cómo se reiría el tal Freud. Qué vulgares y complicados somos todos (complicados de la misma forma, quería decir), pero la siguiente observación de su esposa le desilusionó.

—Creo que tú admiras y quieres a tu padre. Yo no puedo admirar al mío. Dadas las circunstancias, debería ser fácil, pero no puedo.

—¿Cómo demonios sabes eso?

Antonia se volvió hacia él con una ligera sonrisa, dulce y triunfante.

—Nunca hablas de él. Lo proteges con el silencio. —Acto seguido, y a causa de su juventud, arruinó el efecto diciendo—: Tengo razón, ¿verdad? ¿Lo quieres mucho?

—No hemos venido aquí para hablar de nuestros padres —protestó Conrad, a sabiendas de que su respuesta estaba cargada de debilidad.

—Me daba la sensación de que se parecen un poco —repuso ella en voz baja.

—Nuestras madres no.

El toque de malicia de aquellas palabras no pasó inadvertido para su mujer, que se sonrojó.

—Supongo que no.

—¿Te apetece bailar?

Antonia negó con la cabeza y luego lo miró para ver si él quería. Había cierto patetismo insoportable en su disimulado y susceptible deseo de agradar.

—Tengo algo para ti —anunció Conrad de repente. Siempre acababa refugiándose en la generosidad. Se sacó un estuche del bolsillo y lo dejó encima de la mesa—. Espera, quiero ponértelo en las manos. Peridotos —añadió al ver que ella se quedaba mirando el collar de gemas verdes extendido sobre sus dedos—. A los eduardianos les gustaban mucho. Ahora no están de moda, pero son de tu color.

—Como el musgo. O como una vidriera.

La observó con inquietud: su expresión era imponderable, atrayente, apenas podía soportarlo.

—¿Te gusta?

—Sí, sí, claro. Gracias. Pero me das demasiadas cosas.

Conrad no dijo nada.

—Es precioso. De un color precioso —repitió Antonia al tiempo que devolvía las gemas a su caja con sumo cuidado.

—¿Nos vamos?

Ella volvió a mirarlo, impasible.

—Como quieras.

Ya en el taxi, Fleming le dijo:

—Lo que importa es lo que tú quieres.

—¿Por qué? ¿Y lo que quieres tú? No soy una inválida ni una niña mimada.

—Por supuesto que no.

—Al menos sé lo que *no* soy —repuso la otra en voz baja. Iba pegada a la

puerta del taxi, alejada de él en todos los sentidos.

Mucho más tarde, le preguntó:

—¿Cuándo podré aprender a conducir?

Conrad se sorprendió de lo lejos y lo rápido que debía haber ido su cabeza para llegar a tan aparente irrelevancia.

—¿Por qué quieres aprender?

—Un día dijiste que no te gustaba conducir y he pensado que sería útil. Así podría llevarte a todas partes.

—Sería perfecto. Aunque tendré que comprarte un uniforme de choferesa, claro. —No podía verle la cara, pero enseguida percibió su enojo. Alargó una mano para tocarla—. ¡Antonia!

—¡Pareces decidido a que sea una inútil!

Conrad esperó, no quería arriesgarse a una revancha en esa oscuridad.

—¡Es lo mínimo que podrías dejarme hacer! —insistió ella.

Tras pensarlo un momento, Fleming contestó:

—Tendrás que explicarte mejor.

—¡Haces que me sea imposible explicarlo! No entiendo cómo puedes querer simplemente vestirme y adornarme y enseñarme todas esas cosas que hemos visto esta semana si no crees que merece la pena tomarme en serio en ningún otro sentido. ¡Haces que nuestro matrimonio sea una responsabilidad muy desigual! Creía que habíamos hablado lo suficiente sobre ello como para que el acuerdo estuviera claro, pero es evidente que no ha sido así, ni mucho menos. Incluso ahora mismo consigues que me sienta desconsiderada e ingrata y, como ya te he dicho, una niña mimada. No lo quiero todo a cambio de nada. ¡No creo que nadie quiera eso!

—¿Y qué considerarías «algo»?

—No se trata de mí, sino de lo que *tú* consideras que… —Pero se detuvo al darse cuenta de que habían llegado.

Conrad advirtió que intentaba disimular su impaciencia mientras él pagaba al taxista y durante el trayecto hasta el piso. Una vez allí, sin embargo, donde podría haberle dicho cualquier cosa, Antonia se quedó sin palabras. Empezó a dar vueltas por el salón, negándose a que su marido le quitara la capa, y terminó encaramada en un extremo del sofá, nerviosa y muy alterada.

—¿Y bien? —dijo al fin.

Él estaba de pie, junto a la chimenea, con un brazo apoyado en la repisa, bastante seguro de sí mismo, aunque decidido a esperar.

—¿Por qué te has casado conmigo? —insistió Antonia.

—Quería casarme contigo.

—Pero ¿por qué? ¿*Por qué* querías?

Conrad no contestó.

—¡Ni siquiera lo sabes! O tal vez creías que sí y después has descubierto que te equivocabas.

Su marido seguía en silencio.

—Mira, no soy una niña. No soy solo alguien a quien vestir y entretener y alimentar.

—¿Qué eres entonces, Antonia?

Todo lo que decía, cualquier simple intento de interpelarla, lograba acentuar su rabia, provocar su inconsciente determinación de montar una escena.

—¿Lo ves? No lo sabes. No sabes nada de mí. ¡No puedes responder ni una sola pregunta!

—Puedo responderlas todas. Puedo decirte con precisión por qué me he casado contigo y lo que eres… o lo que vas a ser. Lo haré enseguida. Quítate la capa, con cuidado, que se te ha enganchado un pendiente, y siéntate tranquila.

Por supuesto, sabía que estaba haciendo imposible esa tranquilidad, que la estaba incitando a comportarse de forma irreflexiva.

—No quiero quitarme la capa —le replicó ella— y te oigo perfectamente desde aquí.

Intentó, no obstante, soltarse el pendiente del volante de gasa, pero no podía.

—Será mejor que te ayude —se ofreció Conrad, pero antes de llegar junto a ella, esta ya había ido al espejo para hacerlo por sí misma. Fleming respiró hondo y continuó con voz pausada y clara—: Me he casado contigo porque vas a ser una belleza extraordinaria, lo cual significa que para mí será un placer contemplarte, una delicia estar contigo y que, al poseerte, seré la envidia de otros hombres. Te quise en cuanto comprendí esto. Me he casado contigo porque no eres tonta, porque tienes un buen gusto innato, porque tienes una inmensa capacidad para disfrutar de las cosas y porque, si es que había de casarme alguna vez, al menos quería tener la posibilidad de la perfección. Tú no serás perfecta, pero todo lo que te falte para llegar a serlo será culpa mía, no tuya, y esa responsabilidad me resulta más atrayente que cualquier otra cosa. Al ser lo que eres, tenías también la potencialidad del fracaso absoluto, de resultar trágicamente destructiva. Necesitas cierta protección para no convertirte en eso. Tienes suerte de haber encontrado a alguien que te tome tan en serio como lo he hecho yo, y como seguiré haciéndolo. Y *yo* soy muy afortunado por haber descubierto a alguien cuyas dotes naturales hacen toda esta empresa tan fascinante; por haber encontrado siquiera la *posibilidad* de la perfección. Ya ves por qué no puedo

evitar reírme cuando dices que no te tomo en serio.

Antonia había permanecido de pie de espaldas a su marido, pero este sabía, por la rigidez de su postura, que lo había escuchado con la mayor atención. Entonces, aún sin moverse, le preguntó:

—Pero ¿qué quieres que haga? ¿Qué papel se supone que debo interpretar en todo esto?

—Quería esperar a ver si estabas preparada para interpretar alguno.

Ella se giró, ansiosa, y la capa se le escurrió de los hombros hasta caer silenciosamente a sus pies.

—¡Sí que lo estoy! ¡Si me dijeras qué quieres que haga, lo haría!

Conrad la observaba con tanta intensidad que le resultó difícil sostenerle la mirada. Hubo un largo silencio.

—Tal vez —continuó él al fin haciendo un gran esfuerzo. Parecía petrificado—. Puede que sí.

—Por eso he pensado que si aprendía a conducir… —Antonia titubeó y enseguida se detuvo, apenas consciente de lo absurdo de aquellas contradicciones.

—Ibas algo ebria —replicó Fleming de pronto— y ahora se te está pasando. Vamos a beber un poco más y ¡al diablo el coche! —Fue a buscar champán y, al volver y tenderle una copa, añadió—: Cuando estás achispada te pones muy fiera y algo insolente.

—¿Y qué haces tú cuando te emborrachas?

—Nada en absoluto. Me limito a observar la suma de todas mis penas saliendo a la superficie. Nada.

—Nada —repitió ella. Dio un trago y, momentos después, le preguntó—: ¿Por qué no nos entendemos el uno al otro?

—Yo sí te entiendo.

—¡Déjalo ya! ¿Qué demonios sabes? Los hombres siempre creen entender a las mujeres. Las mujeres, al menos, no fingen que entienden a los hombres.

—Le has dado la vuelta a la teoría popular. Bastante alejada de la realidad, por supuesto. Nadie entiende a nadie.

—Nadie entiende a todo el mundo —lo corrigió Antonia. Parecía un poco sorprendida.

—¿Te ha impresionado tu propia perspicacia?

—No, mi capacidad para los lugares comunes.

—Ya ves, ¡resulta que sí tienes algo que pueda llamarse cerebro!

Era una observación tan simplista en alguien como él que la joven señora Fleming no pudo evitar echarse a reír.

—¡Cerebro! —El champán se le vertía por el borde de la copa.

—Si alguien está obsesionado por completo con el cuerpo de una

persona, resulta difícil pensar siquiera en su cerebro.

Antonia dejó de reírse; durante un segundo se quedó paralizada por la incredulidad. Ahora sí oiríamos su capa al caerse, pensó Conrad, que apenas llegó a percibir otra cosa que el asombro de su mujer cuando esta le preguntó:

—¿Y a ti? ¿A ti te pasa eso?

Cuando la tocó, le pareció que se estremecía. La besó con delicadeza y no se desvaneció frente a sus ojos. De pronto lo embargó una sensación de poder y dicha y volvió a besarla para hacérselo saber. Al tocarla, le parecía estar creando y poseyendo su boca, sus hombros, sus manos temblorosas rozándole la nuca, su corazón que latía con furia…

Pensó en llevársela de allí, pero antes de que pudiera recoger la capa del suelo, Antonia le dijo:

—Conrad, te sonará extraño, pero no creo que pueda andar.

Él la cogió en brazos.

—Por fin, ¡por fin!, he conseguido que te fallen las piernas.

Cuatro

Por la noche, estaba tendida en la cama —agotada y rígida y quieta y despierta— con la sensación de que ni su cuerpo ni su mente tenían principio ni fin, o tal vez de que el mundo entero era una dolorosa broma pesada en la que todos, salvo ella misma, estaban dotados de un sentido adicional o compartían la percepción de cierto misterioso y ubicuo secreto: «¡Es un secreto! ¡No se lo contemos a Antonia, no lo entendería!». Y no lo entendía, pero hasta ahora había creído que sus febriles, casi insoportables necesidades del año anterior, ese tensarse entre los continuos extremos del éxtasis y la desesperación a causa de la presencia o ausencia de otra persona, equivalían a la esencia profunda del amor. Entonces creyó haber descubierto la verdadera naturaleza de cuantos amantes se había encontrado en la literatura; había entendido que eran personas, del mismo modo que había comprendido que, de la gente que la rodeaba, muchos eran amantes auténticos: que aman y son amados. Creía haber sido capaz de girar ese enorme caleidoscopio de emociones e individuos y formar un patrón inteligible, cuyo tema, o motivo o impulso, había comprendido. Ahora, de repente, no entendía nada. O no había nada que entender o su ignorancia era sin igual: una dolorida lasitud o el punzante tormento de la incomunicación. «No se lo contemos a Antonia, ¡seguro que no lo entenderá!».

Ansiaba la inconsciencia del sueño, pero no estaba lo bastante exhausta; sin embargo, cuando se giró con movimientos cautos e incómodos para ponerse de lado, él la envolvió en sus brazos. El sobresalto de que estuviera despierto cuando había creído con toda seguridad que dormía derribó su última barrera y, cuando las manos de Conrad rodearon su cuerpo para unirse al otro lado, se le saltaron las lágrimas y empezaron a caerle sobre los senos y de ahí a las manos de su marido para acabar desapareciendo en silencio entre ellas en la oscuridad.

Fleming no dijo nada; creyó que seguía siendo un consuelo anónimo hasta que Antonia le preguntó:

—¿Podemos dar la luz?

—Está en tu lado. Ya voy yo. —Se estiró con cuidado sobre ella y pulsó el interruptor.

Su mujer alzó la vista enseguida para observarlo.

—Siento mucho haber llorado —se disculpó. Miró a su alrededor, nerviosa, en aquella habitación a media luz, y luego otra vez a él. Este le tendió un pañuelo.

—La gente lo hace a menudo. ¿Quieres beber algo?

—Agua, por favor.

La botella de Evian se había quedado en el cuarto de baño. Conrad llenó un vaso, pero le temblaban tanto las manos que derramó parte. Lo limpió con una toalla y luego tocó para comprobar que estaba seco.

Antonia se había incorporado y estaba sentada en la cama, sonándose la nariz con una atención y una seriedad que la hacían parecer, si cabe, aún más joven. Le dio el agua y se quedó junto a ella mientras bebía.

—No quiero tanta. Gracias.

—¿Te vas a tumbar?

Ella asintió y luego, sin mirarlo, dijo con una risita que pretendía sonar despreocupada:

—Me duele. Bastante.

Su marido le tocó la cabeza y luego se la acarició.

—Suele pasar, sobre todo al principio.

Ahora sí lo miró y, por un segundo, Conrad vio que aquella nueva perspectiva la aterrorizaba.

—¿Le pasa a todo el mundo?

Él se sentó en la cama, a su lado.

—A mucha gente. No es nada raro. Pero solo al principio, luego es muy distinto.

—Ah.

Fleming vio que primero intentaba aceptarlo y, después, quedarse con la parte buena.

—Oye, me está entrando frío. ¿Puedo volver a meterme en la cama contigo?

—Claro.

Todavía estaba sentada y él la atrajo con suavidad hacia sí.

—Mi pobre Antonia. ¿No sabías absolutamente nada de esto?

Ella negó con la cabeza.

—No mucho.

A Conrad le pareció que iba a decir que lo sentía, que era culpa suya, y le tapó la boca con la mano.

—Mi pobre Antonia. Ha sido culpa mía…

Antes de que pudiera decirle que la amaba, sin embargo, ella se liberó de su mordaza.

—¡No! Porque ahora sé que no podría haber… ¡Que habría sido imposible con cualquier otro!

Más tarde, mientras su esposa dormía en paz, confiada, entre sus brazos, él seguía despierto, aplacando los leves vaivenes, esas débiles ráfagas de deseo que reaparecían y amainaban, de forma casi imperceptible, como las plumas de esa suave almohada que compartía con ella. Dormía entre sus brazos… El deseo, se dijo, no era suficiente.

A la mañana siguiente, Conrad se despertó tarde y la encontró sumida aún en un sueño profundo y tranquilo: parecía no haberse movido en toda la noche. Pidió que les hicieran el café y se afeitó y ella seguía durmiendo. Empezó a darle miedo despertarla, pero el café estaba listo y un café bien caliente era una buena excusa para empezar el día. Se quedó un instante de pie al lado de la cama, mirándola. Parecía distante, entregada en cuerpo y alma a su sueño. La tocó: aquellos párpados se abrieron de inmediato y volvieron a cerrarse.

—Antonia.

Esta abrió los ojos.

—El café, Antonia.

Ella se estiró despacio y luego se quedó tumbada, muy quieta, observándolo. En ese momento le pareció una joven de una belleza increíble y aterradora.

—¿Es muy tarde?

—Bastante. Hora del café.

—Creía que era tarde —murmuró la otra.

Se incorporó. Estaba desnuda y tenía la piel tibia. Conrad vio que se le erizaban un poco los pezones con el aire fresco cuando le dio la bata. Luego le sirvió una taza de café.

—¡Conrad!

La bata le caía suelta por los hombros. Tomó aire muy rápido y se volvió hacia él para ofrecerle los labios.

Cuando la besó, Antonia le dijo:

—Encendiéndome para empezar el día, como si fuera un fuego. —Lo miraba con un aire de nerviosismo afectuoso.

—Mete los brazos en las mangas, aún estás medio dormida.

—No —repuso ella—, ahora estoy totalmente despierta.

Fue su primera tentativa de amarlo.

El tempo de su vida cambió: estaba todo menos planificado, menos programado con distracciones organizadas. Pasaban horas caminando por las calles, horas sentados en las terrazas de los cafés con lo que Antonia describía como «bebidas de práctica» (se había impuesto la tarea de probar el vasto repertorio de todo lo que pudiera beberse en un café o un bistró). Fueron días de ocioso descubrimiento, en apariencia explorando París, pero, tal como observó él en una ocasión en la que dudaban qué calle tomar: «Nuestro verdadero destino es el otro», y cuando ella le preguntó si no habían llegado ya, Conrad replicó de inmediato: «Seguiremos en este viaje toda la vida, no hay llegada».

Unas veces hablaban y otras estaban en silencio. Había privacidad para los detalles íntimos y había sosiego en el que ver pasar el tiempo. Una vez, muy avanzada la tarde, estaban sentados en un café; Antonia probaba su primer Pernod y él la observaba, disimulando la hilaridad que le provocaban sus tercos y ecuánimes experimentos. La joven dejó la copa en la mesa con un suspirito sorprendido y dijo:

—Me lo había imaginado más transparente y de un color verde brillante.

—¿Decepcionada?

—No, pero ahora tengo dos impresiones del Pernod. —Se quedó pensativa un instante y luego añadió—: Como de París.

—¿Tienes dos imágenes de París? Será mejor que bebas un poco más o nunca llegarás a acostumbrarte.

Ella asintió con un gesto.

—Me pasa casi siempre, con todo. Es raro, pero la vivencia real de algo parece no interferir nunca con lo que había imaginado antes, de modo que al final tengo dos de todo. ¿Crees que cuando cumpla los noventa no recordaré cuál es cuál?

—Habrá que esperar para verlo.

Unos minutos después, Fleming le preguntó:

—¿Cómo te imaginabas París?

Antonia lo pensó unos segundos.

—Todos los árboles de un verde pálido o con flores. Los edificios, como partes de un enorme castillo. Las mujeres con tacones altos y sombreros rosas y pulcros animalitos con lazos en el cuello. Los hombres, con barba y un poco lúgubres y pusilánimes y los niños con el pelo largo y vestidos de blanco con leotardos negros, jugando sobre un césped inmaculado de un verde reluciente. Mesas redondas en la calle con vino en todas ellas y

cestitas hechas con hilos de azúcar trenzados llenas de dulces que parecen otras cosas. Fuentes por todas partes y un sol polvoriento. Por la noche, cientos de luces en las calles, ventanas iluminadas y sin cortinas y, en el río, barcos de vapor de los que sale música. Gente yendo a la ópera con monóculos o cuellos de terciopelo negro. Grandes ollas negras solo con agua y zanahorias y cosas así, pero humeando con un olor delicioso, y mantequilla en forma de cisnes y rosas. Y perfumes, por supuesto, empaquetados en preciosas cajitas; y gente que dedica todo el día a elegir un pisapapeles bonito… —Se detuvo un momento y luego añadió—: No había venido nunca, claro.

Conrad la miró con un afecto tan solemne que la joven decidió aventurarse un poco más allá.

—Lo que no consigo imaginarme —le dijo al fin— es nuestra vida en Londres. Lo de tu trabajo y todo lo demás, me refiero.

—Vamos a resolver eso ahora mismo. ¿Qué quieres saber?

—Pues… ¿Qué clase de abogado eres?

—Derecho societario. Muy lucrativo e interesante. Trabajo con otro colega. No tendrás que ser simpática con él: es, sin excepción, el hombre más aburrido que me he cruzado jamás, pero se le da de maravilla lo que hace. No es preciso que cultives un entusiasmo marital por mi carrera: no estoy ni mucho menos entregado a ella y no quiero que se superponga a nuestra vida.

—¡Creía que todos los buenos abogados se tomaban muy en serio su trabajo!

—Supongo que yo soy uno muy malo. Una auténtica amenaza para la sociedad. Y en tal caso, tendré que pensar en dedicarme a otra cosa, ¿no?

Antonia lo miró de hito en hito, desconcertada por ese incómodo equilibrio entre farsa y verdad.

Él le cogió la mano.

—Lo primero en lo que has de pensar, cariño, es en nuestra casa.

Cinco

De vuelta en Londres, Conrad le enseñó la casa. La primera vez que la vio, estaba vacía y muy sucia y durante la visita estalló una tormenta. Cuando llegaron, todo parecía cubierto por una claridad polvorienta que se levantaba por cortesía de allí donde hubiese estado reposando —en los suelos y en los alféizares de las ventanas— para luego quedarse suspendida en el aire, inmóvil y dorada, hasta que pasaban a otra habitación. Sin embargo, antes de que pudieran verla entera, el cielo había empezado a oscurecerse, a comportarse como en todos los cuadros románticos que representaban tempestades, y los árboles en flor de la plazuela se bamboleaban —las hojas de pronto deformadas por ráfagas de pánico— con un movimiento *in crescendo* antes de la primera explosión de las nubes. Después, una lluvia violenta e implacable. Antonia se volvió hacia él y este le puso una mano sobre las suyas.

—¿Te da miedo?

Ella asintió. Deseaba, de un modo tan repentino como el propio temporal, estar en sus brazos, envuelta por completo en él. Aquel deseo le sobrevino con una determinación tan frenética que se aferró sin pensar a su marido hasta que este la abrazó.

—No te asustes —le dijo Conrad, y justo antes de besarlo, Antonia se dio cuenta de que aquello le hacía gracia.

Al cabo de un minuto, el otro concluyó:

—Qué gran error comprar una casa del todo desamueblada.

Ella no contestó. Estaba exhausta.

—¿Nos vamos?

Antonia miró en silencio hacia las ventanas golpeadas por la lluvia.

—Bueno, parece que tendremos que mojarnos. ¿Te importa mucho?

Ella negó con la cabeza y empezaron a bajar las oscuras y empinadas escaleras.

—No debes decirme que estás asustada cuando no lo estás, pues quizá no te crea cuando lo estés de verdad. —Al seguir sin obtener respuesta alguna,

le puso una mano en el hombro—. ¡Antonia!

Entonces notó que se estremecía. Su mujer lo miró solo un instante y volvió a apartar los ojos de él.

—No lo haré.

—¿Quieres que volvamos mañana?

—Sí.

En el mismo momento en que cerraban de golpe la puerta principal, un trueno retumbó justo encima de ellos. Antonia se quedó tan pálida que Fleming empezó a pensar de nuevo que se había asustado o, por lo menos, que le resultaba de lo más desagradable.

—Dame la mano y correremos hasta el final de la cuesta.

Ella le dio la mano, lo miró otra vez —algo sorprendida— y le dijo con un hilo de voz:

—Te quiero.

Se sintió tan conmocionada por la violencia de su descubrimiento que le parecía inútil decir nada más. Le soltó la mano y, separados, bajaron corriendo hasta Holland Park.

Se habían alojado en un hotelito de Kensington. Era lo que la mayoría de sus huéspedes llamaban tranquilo, lo cual quería decir que combinaba un aire de discreta incomodidad con mala comida y el evidente aburrimiento perpetuo tanto del personal como de los clientes. Olía ligeramente a bizcocho de Madeira. «El contraste, querida. Es lo que nos permite concentrarnos el uno en el otro y en nuestra casa. Y, por supuesto, nosotros también suponemos un maravilloso contraste para ellos», había dicho Conrad. Eso fue el día anterior y ahora Antonia pensaba en sus habitaciones, pintadas en tonos de azul Sajonia y siena, con una satisfacción que en el taxi florecía casi hasta el éxtasis.

—Tendrás que darte un baño caliente —le dijo su marido, y entonces se dio cuenta de que ambos estaban empapados.

—Los dos.

—Está bien. Un té del Arca extragrande, pues.

Habían descubierto que el té en el hotel se clasificaba en tres calidades distintas y que, con independencia del tamaño, cualquier cosa que pidieran se la servían de dos en dos.

Para cuando llegaron y pagaron el taxi, Antonia ya empezaba a tener frío, pero tanto el cabello chorreando como los leves escalofríos que parecían nacerle en la garganta, o en las muñecas o en los tobillos, quedaban velados por una especie de dichosa certidumbre, alivio y emoción.

Escaparon de la lluvia y entraron en la tibia parálisis de esa tarde amarronada en el salón del té. Mientras Conrad recogía la llave y pedía que

se lo subieran a la habitación, Antonia recibía la descarga de miradas curiosas e insípidas y envueltas en chaquetas de punto que se concentraban en ellos. En las escaleras, se echó a reír y le dijo:

—Siempre dan de comer a los animales media hora antes de lo que uno piensa. Había dos llamas en el salón.

—Las llamas se comen cualquier cosa. El bizcocho, las fundas, las servilletas de papel…

—¡Las servilletas! Tienen campanillas en los bordes.

Su salita de estar parecía oscura y fría.

—Bueno, vamos a correr todas las cortinas y a encender las luces y las chimeneas. Ya lo hago yo, tú quítate ese ridículo abrigo.

Sin embargo, cuando unos minutos más tarde Conrad se reunió con ella en el dormitorio, Antonia seguía aún de pie y en la misma posición en que la había dejado y, con un leve suspiro —entre sensual y desesperado—, se arrojó a sus brazos…

Después de aquello, a Conrad no le costó mucho disuadirla de usar esos recatados y prácticos camisones.

—De veras, no me gusta nada el tacto de la lana.

Durante las semanas siguientes, antes de mudarse a Campden Hill, Conrad se centró en la casa y Antonia en él. Pasaban la mayor parte del día juntos y, cuando se quedaba sola (sin él, le parecía estar sola), la joven se dedicaba a pensar —con una intensidad extrañamente contenida— en su marido, en su amor hacia él y en el amor en general. En ese amor, caía (como en un sueño) una distancia incalculable: desde una altura en la que apenas podía respirar, pasando por el maravilloso y cálido aire del afecto y hasta una Tierra habitada solo por Conrad. Si se miraba en el agua o en un espejo, su imagen parecía la de él y entonces seguía cayendo hasta ahogarse en ese reflejo combinado. Descubrió que este placer de amar no diluía sus propias percepciones en una oscura amalgama de las de su marido ni embotaba sus pensamientos más íntimos (que, antes de amarlo, eran su único recurso para disfrutar), sino que la hacía vivir de forma más consciente, el intelecto más alerta, un juicio más acertado y una capacidad para expresar lo que pensaba, sentía, veía y oía acentuada por la vehemencia de esta nueva devoción. Sus sentidos parecían ahora estar suspendidos a una altura que, en realidad, había definido él, al igual que los colores o los muebles que elegía para la casa seguían los criterios de Conrad, pero incluso desde esa altura y en esa clave, se volvió única.

Dedicaban los días a elegir y a comprar, a llevar cosas para que las

ajustaran o las limpiaran, las pintaran, las restauraran, las moldearan, las repararan o las convirtieran en otra cosa, a meter prisa al deshollinador, a los fontaneros, a los albañiles, a los pintores y a las diversas agencias domésticas. Por las tardes se daban un baño, se cambiaban y se escapaban del hotel para ir al teatro o al cine o a un restaurante. Conrad nunca le sugirió ver a otras personas y a ella ni siquiera se le ocurrió que, aparte de una simple inclinación de cabeza o de la peculiar manera que tenía su marido de levantar la mano para saludar en una sala o en un vestíbulo, tuvieran que tratar con nadie más. Antonia estaba absorta por completo en él y en su casa. Al final del día, estaba físicamente agotada, pero era tan feliz que incluso esa fatiga era una nueva forma de deliciosa satisfacción.

Habían decidido amueblar solo el salón, el comedor y su dormitorio y no tocar el piso de arriba. El comedor se volvió verde; el salón, blanco y amarillo, y su dormitorio (ella quería poner papel pintado, pero aquella opción se descartó sin que apenas se diera cuenta) quedó en rojo veneciano con muebles blancos. Tres veces tuvo que sufrir el espantoso ritual de entrevistar a una posible criada, sin éxito, y cuando iba a por el cuarto intento, perdió la voz.

—No sabía que te desagradara hasta ese punto —le dijo Conrad—. Ya me encargo yo.

Ella lo miró agradecida, aunque sin terminar de entender a qué se refería.

—Ya está —anunció él a su regreso—. No la que nos enviaban. Esa era otra ramera anémica con un ojo bizco.

—¿A quién has contratado?

—A una jovencita rechoncha y agradable. Dice que sabe cocinar y parece competente y afanosa.

—¿Y dónde la has encontrado?

—Saliendo de la agencia, cuando iba a otra entrevista. Se llama Dorothy.

—¿Dorothy qué más?

—No tengo ni la menor idea. Tendremos que esperar a que alguien le escriba.

Seis

Un día, sin previo aviso, la llevó a conocer a su padre, que vivía en una casita en Maida Vale, cerca del canal.

—¿Sabe que venimos a verlo?

—No, detesta hacer planes.

—¿Y cómo sabes que va a estar?

—Siempre lee por las tardes.

Antonia se dio cuenta de que su marido hablaba casi entre gruñidos. Conrad tocó el timbre y alrededor del botón se desprendieron algunos trozos de yeso. Era la primera vez que lo veía nervioso. Antes de que el débil tintineo se hubiera desvanecido, oyeron unos pasos lentos e irregulares y vieron, a través de los cristales translúcidos de la puerta, la figura oscura y encorvada de un hombre.

—¿Tu padre? —preguntó la joven tocándole un brazo.

—No, no, George. Buenas tardes, George. ¿Está mi padre?

—Sí, señor Conrad, está dentro.

—Esta es mi esposa.

George terminó de cerrar la puerta y se volvió lentamente hasta quedar frente a ella. Antonia le tendió la mano.

—¿Cómo está usted?

El otro la miró vacilante y luego se la estrechó.

—Muy bien, gracias —repuso, aunque no sonó demasiado convencido.

Conrad ya se estaba alejando de ellos, inquieto, y Antonia lo siguió.

El señor Fleming, padre, estaba sentado en un enorme sillón de mimbre que había en una galería de hierro forjado tan pequeña que el asiento ocupaba todo el espacio. Se había tapado casi por completo con una manta de cachemira y estaba leyendo un librito que parecía, se dijo la joven, muy pesado para su tamaño: las manos le temblaban tanto por el esfuerzo de sostenerlo que le extrañaba que pudiera leer.

El hombre dejó el libro y miró a los recién llegados, que estaban bajo el alto y estrecho marco de la puerta acristalada. Dirigió una rápida mirada a

su hijo —curiosa, casi fotográfica, que lo captó por entero pese al reducido tiempo de exposición— y luego se demoró en observarla a ella. Tenía, se percató Antonia entonces, unos ojos tan límpidos, tan francos e inquisitivos como los de un niño.

—Señora, me ha desprovisto de toda palabra. Por desgracia, fuerzas ajenas a mí me tienen ahora mismo transfijo.

Ella no dijo nada; la invadía una extraña timidez y tenía miedo de moverse o hablar (en cualquier caso, acercarse a él era prácticamente imposible).

—Un tríptico, Conrad, no me cabe duda, pero llévame dentro y dile a ese viejo diablo perezoso que nos prepare un té.

George salió enseguida de entre las sombras de la oscura salita y Antonia se refugió allí mientras su marido y él metían el sillón de mimbre de nuevo en casa.

—Bueno, y entonces, ¿le agrada mi hijo Conrad?

La pregunta escondía una especie de malicia inocente que resultaba más entrañable que ofensiva.

—Mucho.

Antonia alzó la vista y captó el *crescendo* de un destello en su mirada antes de que el viejo Fleming se volviera hacia su hijo.

—Creo que eso demuestra buen gusto, aunque un poco esotérico quizá. Es una verdadera lástima, si pensamos en la de elecciones que uno ha de hacer respecto a todo tipo de trivialidades, que tengamos tan poca influencia en la personalidad de los hijos. Hijas no tengo, como sabrá, y no creo que espere de mí ningún comentario estomagante y sensiblero sobre haber ganado una ahora. No obstante, estoy encantado de verla, como sin duda lo estaría cualquiera. Su amable visita me ha cautivado.

Tenía una voz muy parecida a la de Conrad: suave, algo pedante en la pronunciación, pero hablaba con una fluidez natural, poco corriente —pensó Antonia— en alguien de su edad (parecía muy anciano).

—No asistí a la boda porque ya no salgo de casa: la gestión de mi movilidad se ha vuelto tan complicada, es una labor tan precaria, que he dejado de creer que merezca la pena. Hoy en día las colinas permanecen verdes demasiado tiempo para mantener mi interés en su metamorfosis. Y George… —Alzó la voz mientras el susodicho entraba tembloroso en la estancia con una gigantesca bandeja de té—. George siempre ha sido un hombre de inacción, una criatura con una mente que duda y un cuerpo de una fragilidad inexplicable.

—Yo no estoy atado a una silla leyendo libros todo el día —repuso el otro con un fuerte acento del norte.

—Además está sordo —añadió pesaroso el viejo Fleming.

—Ninguno de los dos somos ya lo que fuimos. —Antonia lo observó mientras el mayordomo le recolocaba con cuidado, algo temblón, la manta de cachemira—. Y usted ya se cansará de insultarme algún día. Como quien oye llover… ¿Sirvo el té?

—La señora lo servirá —dijo enseguida el padre de Conrad.

—Para él media taza —aclaró entonces George dirigiéndose a ella—, o acabará todo en la manta.

Luego esbozó una repentina sonrisa maliciosa —que dejaba al descubierto una serie de llamativos dientes de aluminio— y, satisfecho con sus últimas palabras, se marchó arrastrando los pies.

Antonia miró a su marido, repantigado en una silla, muy callado para sus costumbres, y a su suegro, que sonreía alicaído al observar el temblor incontrolable de sus manos.

—Antonia.

Conrad le señaló la bandeja.

—¿De verdad quiere solo media taza? —le preguntó esta, vacilante, al señor Fleming.

—Sí, sí. Tiene toda la razón: desde la última apoplejía, enseguida provoco una tempestad si me llenan la taza. ¿Por qué la llamaron Antonia? Supongo que sus padres esperaban un niño.

—Sí.

Fue a darle su té, pero Conrad lo interceptó.

—Tuvo que ser usted una conmoción de lo más maravillosa —continuó el viejo Fleming con dulzura.

Conrad estaba preparando una mesita-bandeja que parecía haber sacado de la nada y, cuando puso en ella la taza de su padre, el anciano lo miró con repentina y agonizante gratitud. Antonia tuvo la impresión de que su marido se retraía de un modo igual de inopinado, con un rechazo tan violento que pensó que el otro debía de haberse movido o haber dicho algo, pero comprobó que no había hecho ninguna de las dos cosas. Se quedó paralizada por la inquietud, en el cenit de una situación que no entendía, hasta que notó que se abrasaba la mano con la tetera y oyó la voz del señor Fleming en un tono sosegado que no esperaba:

—… y jalea de moras. Solo quiero una, así que me gustaría que estuviera muy bien extendida.

Comer o beber eran tareas que le costaban muchísimo esfuerzo, pero llevaba la situación con cordial serenidad, sin dejar de hablar en ningún momento y no para decir lo primero que se le viniera a la cabeza (parecía tan rebosante de ideas que a Antonia le costaba creer que le quedase sitio

para pensamientos fortuitos), sino para liberar de su imaginación una nube de reflexiones que sobrevolaban en círculos, como aves exóticas, la lóbrega y recargada estancia. Aunque no les preguntó nada, Antonia se vio hablándole de París y descubrió que, al mismo tiempo, se lo estaba contando a Conrad y que lo que daba a entender con sus recuerdos y su entusiasmo le complacía. El viejo Fleming la escuchaba con atención, su marido parecía más relajado y ella estaba aliviada y agradecida al sentirse tan encantada y, al parecer, tan encantadora. Al cabo de un rato, cuando ya había llegado al tema de la casa nueva, se detuvo, con la repentina sensación de haber hablado demasiado, y le preguntó al señor Fleming si iría a visitarlos.

—Pues tal vez —dijo este, y dirigiéndose a su hijo añadió—: Supongo que esas casas serán enormes. ¿Queréis vivir a lo grande o estáis preparándoos para una hueste de pequeños hedonistas sanos e inteligentes?

Conrad se encogió de hombros, pero ella advirtió que se encerraba en una inexpresividad tan absoluta que por un momento le dio miedo. El señor Fleming, sin embargo, que no podía haber reparado en ello, siguió hablando:

—A Conrad, por desgracia, no le gustan los niños. Me temo que es la consecuencia natural de pasar tantos años con Joseph y, en realidad, difícilmente se le puede culpar. Ni a mí tampoco. Estoy seguro de que Joseph habría sido un hijo perfecto para otro, e incluso un hermano admirable, de hecho, pero desde el primer momento me resultó evidente que la imposibilidad de elegir a los propios hijos tendría, en este caso, consecuencias desastrosas. ¿Sabe que todos los bebés tienen una dignidad innata que les permite sobrevivir a un número infinito de circunstancias humillantes? Joseph es el único que he conocido sin ella. Ahora, por supuesto, se ha procurado mucha pompa sin ninguna circunstancia en absoluto. Aun así, en general, tal vez haya sido más afortunado que la mayoría de los padres.

Cuando terminó aquel discurso, Fleming se volvió hacia su hijo y Antonia vio que su expresión, hasta ese momento afectuosa, su cara de padre-de-Conrad, se tornaba —como la de su marido— en una exanimación que, por un momento, los hizo idénticos.

La brecha del silencio, como todos los silencios terribles, acabó por cerrarse —en realidad, tal vez, casi enseguida—, pero desde su febril y temerosa ignorancia a ella le pareció que tardaba más de lo que podía soportar. Conrad se había levantado y había ido hasta la chimenea, su padre había bregado con lo que le quedaba del té y ella se había quedado allí sentada, tratando de entender a toda prisa lo que estaba ocurriendo. (¿Hijos? Pero ¿por qué parecía tan exaltado con eso?).

—Quiero hacerle un regalo a Antonia. Conrad, eso que está, creo, a la derecha del espejo.

Aquello fue lo que rompió el silencio. Conrad lo cogió y se lo dio a su mujer.

—Un regalo de mi padre.

Era un globo de nieve. De repente recordó haber tenido uno de niña y se preguntó dónde habría ido a parar o cuándo había desaparecido. El suyo era una casita con el techo de paja y dos pinos; este era un faro en un cabo rocoso rodeado por un mar embravecido.

—Tiene que agitarlo —le dijo el señor Fleming.

Antonia notaba la mirada atenta del anciano mientras lo hacía y dentro de la pequeña esfera de cristal empezaron a bullir escamas de nieve. La sostuvo en alto para que lo viera. Él observó hasta el final y luego murmuró:

—El mejor ejemplo de echar tu pan sobre las aguas. ¿Lo quiere?

—Sí, muchas gracias. De pequeña tuve uno, pero lo perdí —le contó la joven para reforzar la idea de que le hacía ilusión.

—Bueno, pues no pierda este. Mucho me temo que dejen de hacerlos.

—No lo perderé. Muchas gracias.

—Ahora ya no tengo demasiado que dar. —De pronto, el hombre parecía muy cansado. Luego se enderezó en el sillón y continuó—: Mi hijo viene a verme a menudo. No le importará, ¿verdad? —Soltó aquello con una especie de angustia quejumbrosa; la maldeciría si le ponía fin, pero esperaba que no lo hiciera.

—Por supuesto que no. Detestaría que Conrad le desaprovechara.

Antonia se preguntó si eso tendría algún significado para él.

—Un día sí y otro no —murmuró el anciano hundiéndose de nuevo en su asiento—. Leo, asimilo el tema y luego puedo contarle una serie de cosas que probablemente él no quiera saber. —Alzó la mirada—. Al menos me permite cumplir con la función que he ideado para mí. Hay que repartirse la vida de tal modo que uno pase más tiempo viviendo que muriendo: esa es la clave.

Conrad le hizo un gesto a su mujer y ella se levantó.

—¿Puedo volver a visitarle yo también?

—Querida, me desolaría que no lo hiciera.

Fleming alargó una mano temblorosa. Al principio, Antonia creyó que debía estrechársela, pero luego se dio cuenta de que intentaba señalarle algo.

—Ese cuadro. Quiero cargarla de regalos. Vaya y descuélguelo.

Era una pequeña tabla vertical; nunca había visto un cuadro parecido. Tenía pintada una enorme espiral ascendente de humo blanco en la cual

había entreveradas cuatro figuras. En la parte de arriba había un espíritu y en la de abajo otro, y cada uno de ellos llevaba a un niño pequeño de la mano, pero parecía que los estaban alejando: los dos extendían los bracitos hacia el otro y se veía la angustia de la separación en sus rostros, mientras que los espíritus, el primero con serenidad inconmovible y el segundo con maldad implacable, los arrastraban en silencio en direcciones opuestas. Los colores estaban al servicio de aquel extraño diseño y del brutal contraste entre los cuatro semblantes. En ese momento, la voz del señor Fleming distrajo su atención.

—Es una tabla de veinticinco por cuarenta y cinco, pintada al temple por William Blake. Quiero que se la quede.

—¿El que escribía poesía?

—El que escribía poesía.

Antonia miró rápidamente a su marido y luego a su suegro.

—¡Muchas gracias! Es el primer cuadro que me regalan.

—Es el último que voy a regalar.

—¿Es para los dos? —preguntó Conrad.

De algún modo, la joven tuvo la impresión de que este había desconectado del presente.

—No, no. Yo nunca hago un regalo para más de una persona. Si uno esparce sus dádivas de esa guisa, se convierte en un asunto filantrópico, por lo general vulgar y cínico.

—Lo entiendo.

Antonia se quedó pensando en ello, encantada, pero también inquieta, por el hecho de recibir un cuadro como ese y de que Conrad, por alguna oscura razón, no quisiera que se lo quedara.

—Como las personas, puede dar pie a muchas interpretaciones.

—Y una sola nunca será suficiente —repuso ella en voz alta sin pensar.

—¿Una persona? —le preguntó el señor Fleming arqueando las cejas.

—Una interpretación, quería decir. —De nuevo, la joven miró a su marido y este no hizo ni un solo gesto.

—Creo que tiene que irse ya.

Antonia apoyó el cuadro en la silla donde había estado sentada y se acercó al viejo Fleming con la vaga intención de cogerle la mano.

—Adiós. Le agradezco muchísimo los dos regalos.

Sin embargo, fue él quien le cogió a ella una mano entre las suyas y su nuera notó cómo le temblaban tanto en la palma como en el dorso.

—Es extraño, pero en algún momento he pensado que estaba casado con usted. Me ha costado un buen rato descubrir que no era así. —Se hizo un breve silencio mientras la miraba con ojos penetrantes y tiernos al mismo

tiempo—. Ya ve, siempre he sabido lo que me faltaba. Por eso le he regalado el cuadro. Adiós.

Cuando salieron, ella no olvidó el globo de nieve.

Siete

Fue ella la que rompió el silencio en el taxi.

—Me gusta tu padre.

—Y tú, como habrás visto, le has gustado a él.

En los minutos que siguieron a este breve diálogo, Antonia descubrió que las palabras rompen solo la corteza de un silencio y que el silencio incómodo está cargado de palabras sin pronunciar. Se preguntó por qué demonios no habría descubierto antes esas tristes verdades.

—No sé nada —dijo en voz alta.

—¿Qué es lo que quieres saber?

Ella se volvió hacia su marido.

—No creo que puedas contármelo. —Por un momento, lo vio reaccionar a su sorpresa con gesto divertido—. Tendré que descubrirlo por mi cuenta.

Entonces, el rostro de Conrad volvió a nublarse con esa nueva pasividad que la joven no llegaba a entender.

Tras una larga pausa, este le espetó:

—¿Es tu intención tener muchos hijos?

Aquella pregunta, a la vez cruda y vaga, la alertó de que estaba acercándose a un precipicio, pero no sabía hasta qué punto ni cómo era de peligroso. Intentó cambiar de tema.

—¿No te gusta el cuadro? ¿Por qué estás enfadado?

Él ni siquiera lo miró.

—Es bueno. Lo detesto. Lo detesto —repitió como si así diera por concluido el asunto.

—Pero ¿por qué, Conrad?

Silencio.

—No has respondido a mi pregunta —insistió ella, y notó que el otro la miraba con deliberada hostilidad.

—Y tú no has respondido a la mía.

De pronto, Antonia se dio cuenta de que el taxi subía renqueando la empinada cuesta que llevaba hasta su casa. En ese mismo momento, él le

dijo:

—Nos mudamos esta noche. Era una sorpresa para ti.

La joven señora Fleming sintió que el corazón se le iba a salir por la boca.

Cuando se detuvieron, se inclinó para coger el cuadro, que estaba apoyado en el suelo del vehículo.

—Dame el globo de nieve —le pidió Conrad, que lo cogió y lo agitó despacio—. Esto sí me gusta. Esto sí es un regalo que apruebo plenamente que te quedes.

Su forma de decir aquello la exasperó.

—Sí, ¡porque es adecuado para una niña! Me has traído aquí como a una niña. Yo no quiero este tipo de sorpresas pueriles.

Acto seguido, Antonia notó los dedos de su marido en la muñeca, amenazantes, y creyó que iba a decir algo violento, que iba a salirle un torrente de insultos por la boca, pero este se quedó en silencio y, cuando la soltó, a ella le dio miedo lo que no había dicho.

Entraron en la casa sin mediar palabra y Conrad fue delante hasta el salón. Todo estaba en su sitio, incluso había un jarrón con alhelíes que impregnaba el aire con su áureo perfume aterciopelado. Antonia se quedó en medio de la estancia con aire indeciso.

—El equipaje está sin deshacer —dijo él—. He pensado que podríamos ocuparnos de eso ahora, antes de cenar.

Obediente, la joven se dirigió a la puerta. La habitación no le parecía suya. El contraste entre el tacto de sus dedos en la muñeca y su voz volvió a asustarla y, por primera vez desde que estaban juntos, se sintió sola y alejada de él.

—Bajo a buscar algo de beber.

Ella asintió; no se le ocurría nada que decir.

Las maletas estaban apiladas con gran esmero en medio del dormitorio, que, ordenado y exquisito, parecía esperar —con una especie de desdeñosa indolencia— cualquier tipo de intento por su parte para revolverlo. A pesar de haber elegido con Conrad cómo iba a ser, el aspecto final la decepcionó: la moqueta blanca y las paredes rojas, incluso los sencillos muebles pintados de blanco, le parecían de un sofisticado intolerable; las cortinas blancas de muselina se henchían con el aire que entraba por las ventanas de guillotina abiertas y parecían arquear la espalda con una sutil indiferencia; la suave colcha hacía que la cama pareciera un decorado teatral. El cesto de la chimenea estaba bien provisto, y con todo cuidado, de papel limpio, leña y carbón: encenderla, se dijo, sería mancillar aquella elegancia. Recordó entonces cuando se mudó de niña a la casa de Sussex: el desorden, la primera comida improvisada en la cocina con el suelo lleno de cajones de

embalaje y herramientas; la humeante lámpara de aceite y las velas pegadas a los platitos que todo el mundo tenía que llevar por las habitaciones a medio amueblar; la sensación de aventura que la había invadido su primera noche allí, en aquel sofá, envuelta en el viejo saco de dormir del Ejército de su padre. Por la mañana cocieron huevos frescos en la tetera porque las cazuelas aún seguían en las cajas y tuvieron que sacar a mano el agua del pozo que estaba junto a la puerta de la cocina. Disfrutó de aquellos primeros días mucho más que en cualquier otra época después.

Ahora, esta era su casa, su hogar. Puede que viva aquí para siempre, pensó, y de pronto sintió una nostalgia irracional por la habitación color siena del hotel de Kensington. Ahora tengo que vivir aquí: estoy casada. Tengo que vivir en esta casa con él, incluso ahora que no lo entiendo y no hay nadie a quien pueda preguntar. «Señorita Dawson, ¿cuál es el río más largo del mundo?», «El Amazonas, querida». Pero ya no era una niña. Había pasado de esas realidades a cuestiones como la talla moral de gente como Napoleón y Enrique VIII, problemas cuya solución pronto comprendió que dependía de la perspectiva ética de la señorita Dawson, primero, y más tarde de la suya propia. Aquellos tempranos descubrimientos de los distintos puntos de vista le habían resultado alarmantes, pero también la fascinaron. Las personas no se parecían unas a otras y sus diferencias estaban profunda y maravillosamente arraigadas más allá de su aspecto físico. Ahora, sin embargo, uno no podía salir corriendo y jugar a elucubrar con los posibles estados de ánimo de Napoleón. Ella ya no estaba jugando y, desde luego, no podía salir corriendo. Tenía que deshacer el equipaje y sacar toda esa ropa que él le había dado, pero se quedó mirando los baúles sin tocarlos. Comprendió que no contenían nada que le perteneciera antes de casarse. De pronto se sintió del todo desamparada, como una niña a la que hubiesen enviado a una casa ajena y que ni siquiera tiene un billete de tren propio para poder escapar. Su marido estaba enfadado con ella y no sabía por qué; ni siquiera sabía por qué su enojo la asustaba tanto, pero no podía ni evitarlo ni ignorarlo. «Si hay algo de lo que no estés segura, cielo, pregúntamelo». La querida señorita Dawson: ella nunca creyó que la incertidumbre fuera necesaria. Quizá no lo era. Quizá solo tenía que preguntarle a Conrad por qué la mera idea de los niños hacía que se volviese tan distante y hostil… ¿Significaba eso que *nunca* tendrían hijos? Se negaba con todas sus fuerzas a pensar en aquello; por eso no le había contestado en el taxi. Suponía que la situación se acabaría dando, sin más (y con eso reconoció que posiblemente esperaba que lo planease él), pero no quería, *ahora no quería*, un desacuerdo sobre lo que solo era, después de todo, una posible necesidad. Conrad había precipitado el conflicto; ella no sabía por

qué y, al no saberlo, tenía la sensación de no saber nada.

Lo oyó subir las escaleras y volvió a mirar el equipaje aún marcado con las etiquetas de París. Aquello parecía reunir todo lo que sabía de él; lo utilizó con aire desafiante para armarse de valor y se dio la vuelta para enfrentarse a su marido.

Conrad entró en la habitación con una bandeja llena de botellas, sonriendo, pero no a ella, sino más bien como parte de su propia apariencia general. Por primera vez en lo que llevaban casados, Antonia tenía unas ganas locas de fumar.

—No parece que hayas avanzado mucho —le dijo el otro mientras dejaba la bandeja en el tocador vacío de su mujer.

Ella se encogió de hombros.

—Quería beber algo primero. Resulta bastante abrumador, ¿no crees?

Lo vio volverse bruscamente para mirarla: por lo menos, pensó en un acceso de arrogancia, ninguna de sus actitudes le resultaba indiferente.

—En algunos solo hay libros, esos podemos dejarlos de momento.

Su voz sonaba pragmática, casi tranquilizadora, pero seguía habiendo algo inquietante en su forma de hablar.

Antonia se acercó a una de las ventanas y miró hacia la plazuela. No habría ni un solo cigarrillo en toda la casa y, por absurdo que pareciera, tampoco podía salir a comprar.

—¿En qué piensas?

—Estoy esperando mi bebida —contestó ella cortante. No tenía por qué acorralar sus pensamientos, se dijo furiosa, pero mientras Conrad le tendía una copa, se oyó a sí misma preguntarle—: No habrá ningún cigarrillo por aquí, ¿no?

Acto seguido, el otro se sacó del bolsillo de la chaqueta la pitillera de plata de la joven y se la dio.

—¡No sabía que la tuvieras tú!

—La llevo siempre. Te has portado de maravilla al respecto.

—No ha sido difícil —repuso Antonia con sinceridad—. No me apetecía fumar.

—Hasta ahora.

Su marido no le dio fuego y ella paseó la mirada por la habitación.

—Allí —le dijo él sin moverse.

Antonia fue hasta la chimenea, con la copa en la mano, y cogió la caja de cerillas. La turbia sensación de ser «dirigida» una vez más la sacudió y la humilló: una vez más, se sintió arrinconada por él, ahora a causa de ese insignificante hábito de fumar que su marido había decretado malo para su paladar e incompatible con su personalidad. En tan poco tiempo la había

cambiado tanto que se sentía perdida, presa del pánico, casi irreconocible incluso para ella misma. Le temblaban los dedos y, al tratar de encenderla, rompió la primera cerilla; de pronto —y apenas podía soportarlo— se vio como la criatura en la que él la había convertido: alguien que temía y se avergonzaba de encender un cigarrillo.

—Me he dejado el cuadro abajo. Quiero colgarlo.

Conrad fue a sentarse en la banqueta del tocador y no dijo nada.

—Quiero colgarlo aquí. No hay ningún cuadro en esta habitación. Está demasiado desnuda. —La mala elección de aquellas palabras para describir el dormitorio la enfadó todavía más y repitió—: Me he dejado el cuadro abajo.

—Si quieres un cuadro aquí, yo te regalaré uno.

—Ya me han regalado uno. No quiero que me regales otro, quiero el Blake.

Él se giró en la banqueta para mirarla de frente.

—Lo he guardado —dijo despacio—. No quiero eso colgado en mi casa. Ya te lo he dicho, lo detesto.

—¡Creía que también era mi casa!

—¿No te parece que en un asunto tan importante como un cuadro deberíamos estar de acuerdo?

—Estar de acuerdo contigo, quieres decir. Ya veo que esta va a ser tu casa, en la que yo voy a vivir y que…

—Esta es mi casa y tú eres mi mujer —la interrumpió Conrad sin alzar la voz. No obstante, detrás de aquella aparente cortesía, parecía obvio que estaba enfadado y que le afectaba.

—¡Así que ahora soy de tu propiedad y todo lo mío en realidad es tuyo!

—Los aspectos legales en ese sentido ya no son como antes. No estoy dispuesto a seguir hablando de ello. Lamento que no me guste tu cuadro, pero es algo que no va a cambiar y no pienso tenerlo colgado en esta casa.

Tras un breve silencio, Antonia replicó:

—Entonces será mejor que se lo devolvamos a tu padre. Ya le explicarás tú por qué.

—¡No podemos hacer eso! —objetó el otro de inmediato—. Le haría daño, heriría sus sentimientos, y no voy a consentir tal cosa.

Ella se volvió para gritarle: «¡*Sus* sentimientos!», pero la expresión de su marido, iluminada por una profunda humildad y determinación, la detuvo. No dijo nada y, en el silencio que siguió, su rabia se fue agotando poco a poco y de mala gana.

Al intentar abrir su baúl, descubrió que estaba cerrado con llave y, desde donde estaba sentado, Conrad le lanzó un manojo. Antonia había creído que

aquella escena, o pelea, o lo que fuera, había terminado, pero con ese gesto supo enseguida que no era así. Cuando al fin abrió el baúl, él empezó de nuevo:

—Te he hecho una pregunta en el taxi. Aún no me has contestado.

—Conrad, ¿no sería mejor deshacer el equipaje ahora y hablar de eso más tarde?

—¿Por qué?

—Está bien, pues ahora. —Estaba de rodillas y se sentó sobre los talones; el corazón volvía a latirle con fuerza—. Ya no me acuerdo de lo que me has preguntado —añadió con un hilo de voz, aunque sabía que no iba a creerla.

—Te he preguntado si era tu intención tener muchos hijos.

—No creo que tenga demasiado sentido albergar una intención así yo sola.

—Estás eludiendo la pregunta otra vez. ¿Por qué no puedes ser sincera sobre ello?

—Sinceramente, nunca me lo he planteado en serio. Sí, supongo que sí. No muchos, pero creo que siempre he pensado que tendría hijos.

—¿Y no se te ha pasado por la cabeza decir nada al respecto hasta ahora?

—Ya te he dicho que no me lo había planteado. Has sido tú el que ha sacado el tema. Parece que eres tú el que le da importancia. ¿Por qué no lo has mencionado antes?

Había dejado las cerillas en la chimenea y se levantó, con cierta dificultad, para volver a cogerlas. Mientras encendía una, Conrad le preguntó:

—¿Crees, entonces, que sin hijos no te estarás «realizando», signifique lo que signifique eso?

Antonia arrojó la cerilla al bonito hogar.

—¡Deja ya de hacer esas… preguntas venenosas! Te lo he dicho: ¡no lo sé! ¿Por qué de repente te importa tanto? Tendremos hijos o no los tendremos, bueno… —Sintió que se le arrebataba el rostro—. Es decir, si decidimos tenerlos, por supuesto.

—Exacto. Si lo decidimos.

La joven volvió, titubeante, a sentarse en el suelo.

—Bien, ¿y no podemos decidirlo más adelante?

—No has entendido nada. Yo estoy hablando de principios, no de una estúpida planificación femenina.

—Pues entonces *habla.* ¡Deja de *preguntarme* y habla de una vez!

Tal contestación, razonable y comedida, le salió en realidad porque, además de que ya no parecía importar lo que ella dijera, no se le ocurría otra cosa que decir. Sin embargo, pensó, era razonable obligarse a seguir

mirándolo (si tuviera los ojos de cristal, ni siquiera me vería). En ese momento se percató, con cierto espanto, de que la ira de su marido se transformaba en odio y desvió la mirada hacia las pequeñas fibras blancas de la moqueta nueva que se le habían pegado en la falda. («¿Acaso no hay fin para lo que las personas pueden sentir unas por otras?»).

—Por favor, hazlo. Háblame de ello.

Nada más hacerle esta petición, el intrincado equilibrio de poder y dolor pareció igualarse de repente, adquirir esas proporciones medio secretas pero familiares que les permitían comunicarse entre ellos.

—Sí, eso voy a hacer. —Conrad se levantó y empezó a dar vueltas por la habitación, absorto, en silencio, y se detuvo de nuevo para continuar—: En general, la gente se casa por un número reducidísimo de razones. Sexo legítimo, seguridad económica, no morir solos. Los hijos no me parecen sino un ingenioso refuerzo de estos argumentos. No obstante, supongamos que uno se casara sin tener en cuenta ninguno de tales motivos. Supongamos que encuentras a una mujer deseable y, al gustarte lo que has encontrado, te casas con ella. Desde el mismo momento en que la encuentras, ella ya no es la misma, ni tampoco será a partir de entonces un «hecho consumado» en ningún sentido, a menos que elijas, porque es más fácil, retroceder al comportamiento elemental con otra persona; o a menos que cargues tu día a día con tantas actividades que le resulten tan ajenas que se vea forzada al aislamiento; o a menos que trunques sus intenciones hacia ti con un montón de nuevas intenciones hacia otra gente. El matrimonio podría ser la fascinante y difícil experiencia de vivir en dos cuerpos en lugar de en uno: importa mucho menos de lo que suele creerse qué otro cuerpo se elige; importa mucho más de lo que se suele pensar cómo lo habitan de ahí en adelante. —Al llegar a ese punto se paró de repente, como si estuviera recapacitando sobre lo que había dicho—. En fin, bajo el paraguas de estas vastas generalizaciones, ya sabes lo que opino del matrimonio.

Hizo una pausa, pero su mujer no dijo nada.

—Lo particular y lo general —continuó él, pues— se procuran entre sí un refugio infinito. Yo no estaba empezando a hablar sobre las mujeres. Solo sobre los hombres, solo sobre mí mismo. —Conrad la miró como si esperase que fuera a ponerlo en duda, pero no fue así—. ¿Y tú? ¿Las mujeres? Son un mecanismo diferente. No creo que nada de lo anterior, lo de vivir en dos cuerpos y cosas así, pueda aplicarse a ellas. Lo más misterioso y complicado de las mujeres es que necesitan a alguien que les enseñe a vivir en su propio cuerpo. Sin eso, están perdidas, porque nunca son descubiertas.

—¿Y cuando han aprendido?

Fleming pareció sorprenderse.

—Nunca aprenden porque siempre están cambiando, siempre necesitan algo distinto. Es una rueda interminable, no tiene fin.

—¿Los hombres no cambian también?

—Sí, claro —repuso Conrad con la desconsiderada inmediatez de la irritación—, todo el mundo cambia constantemente. La cuestión, si hablamos de dos personas, es que estas deberían cambiar más o menos a la misma velocidad y más o menos en la misma dirección.

—Me refería a si las mujeres no enseñan nada a los hombres. ¿De verdad está todo este asunto tan descompensado? ¿Son las mujeres tan pasivas, siempre a la espera de algo que no entienden?… ¿Y cómo lo saben los hombres, en cualquier caso? —se interrumpió ella misma—. ¿Quién les enseña a *ellos*?

—Querida, no estaba generalizando. La mayoría de la gente, hombres o mujeres, no sabe nada y, como se suele decir, les preocupa aún menos. Yo estaba hablando de nosotros. Deberías entenderlo: eres una mujer.

—¡Pero *no* lo entiendo! Si vas a tener este… enorme y continuo efecto sobre mí, ¿qué voy a hacer yo?

Él se sentó en el borde de la cama, mirándola de frente.

—Ser mi esposa.

—Y esa es otra. —Ahora estaba demasiado alarmada y distraída para ir con cuidado—. Si crees que los hijos son un error tan espantoso, ¿por qué te has casado conmigo? ¿Por qué casarse, de hecho?

Conrad se inclinó hacia ella, que lo oyó respirar con un leve siseo abrasador y solo tuvo tiempo de sobresaltarse al darse cuenta de que ya estaban en el borde del precipicio antes de que su marido empezara a hablar de nuevo.

—De modo que sí estabas decidida respecto a los hijos al casarte, si no antes. ¿Lo ves? Siempre ha sido tu verdadera intención, tras esa inmensa falsedad: que yo solo fuera un medio para un fin y ordenar tú, dominar y controlar tú…

Las palabras le brotaban de nuevo con una facilidad pasmosa, como si la hubiera acorralado, pensó Antonia desesperada, pero no puede acorralarme: yo no he sido deshonesta, no estaba mintiendo; es él quien hace que me sienta así. Esto es absurdo, se dijo confusa —pero no lo era—, llevamos semanas viviendo en este precipicio y no lo veía. Se sobresaltó al darse cuenta de que había dejado de oírlo; solo sentía las olas de ira que se encrespaban contra ella, que rompían en ella con una violencia tan lacerante que toda la habitación parecía sacudirse cuando batían.

—… la atención distraída, la mente retardada por sus inagotables exigencias infantiles, ¿y para qué? Crecerán, *igual que crecí yo*, para ver

cómo nos destruimos el uno al otro en la ilusión de que los estamos protegiendo.

De pronto paró de hablar y, con la misma prontitud, ella dejó de verlo; lo cubría una extraña neblina negra que parecía emanar de su silencio. Antonia alargó las manos para disiparla, pero estaba demasiado lejos, no la alcanzaba. Tras un tiempo incalculable, oyó su propia voz, clara y pausada.

—Entonces, no tengamos hijos.

Por un instante, mientras decía aquello, lo vio a través de la neblina: sentado en la cama, muy lejos, una simple mota en la distancia de la conclusión. Palabras, amor, razón, ya no los necesitamos: ha habido un accidente entre nosotros. Será mejor que me quede muy muy quieta o descubriré hasta qué punto me ha herido. Se acabó, el daño está hecho, ya no puede haber más daño. Qué alivio, que se hubiera acabado y que uno no supiese de antemano cómo sería en realidad: vivir en el futuro en una relación de ensueño tan protectora… Me encanta la casa. Pronto nos mudaremos y viviremos allí. Todavía, *todavía* recuerdo con absoluta nitidez cómo imaginaba que sería…

Se llevó las manos a los ojos para enjugar aquel recuerdo líquido de su imaginación, pero aún flotaba distorsionado tras sus dedos. Oyó de nuevo la voz de Conrad —que decía algo sobre ponerse a deshacer el equipaje, sobre tomar otra copa— y apartó las manos para ver si su marido había recuperado sus dimensiones habituales, pero las tenía empapadas y no pudo verlo. Se retorció las manos (por eso dicen en los libros eso de «se retorció las manos»), sonrió febrilmente en su dirección (las princesas de los cuentos de hadas «sollozando con amargura y retorciéndose las manos») y de pronto estaba a su lado, sus enormes ojos, demasiado cerca, preocupadísimos… La acariciaba, repetía su nombre una y otra vez, cerniéndose sobre ella hasta que acabó encogida en sus brazos, protegida, atrapada por su consuelo (*tú* no puedes consolarme: ¡eres el que menos puede hacerlo!). Intentó decírselo, apartar la cabeza de su pecho, pero los sollozos eran tan amargos que no creyó que la oyera. *Él* sí la habría consolado. ¿Quién era él? ¿Geoffrey? No, ella lo había descubierto: después de eso, la gente ya no era ni amable ni un consuelo. Nunca confieses tu amor; nunca, nunca te acerques demasiado a alguien: cuanto más lejos te aventures con esa persona, más largo será el camino de vuelta en soledad… No pienses en eso, no lo recuerdes, no llores por ello…

—¡Puedo apañármelas sin ti! —gritó al tiempo que se apretaba contra Conrad.

Los sollozos cesaron y, cuando empezaron las lágrimas, comprendió que todas habían sido suyas.

Él la abrazó, paciente, hasta que Antonia cedió a su consuelo, hasta que él dejó de ser su miedo, su enemigo, y se convertía en su refugio. ¿Refugio de qué? Alzó la cabeza para preguntárselo, pero estaba aturdida por esa tranquilidad que volvía: ya no parecía necesario preguntar ni saber. Cogió el pañuelo de Conrad de su bolsillo y, entre los dos, enjugaron sus lágrimas.

—Bueno —dijo su marido—, ¿deshacemos ahora tu equipaje o prefieres tomar otra copa o que bajemos a cenar?

Antonia negó con la cabeza: no soportaba pensar en lo que había que hacer.

—Tú eliges —insistió él—. Es nuestra primera noche aquí.

—¡No quiero que nos quedemos aquí esta noche! —repuso la joven, que apenas pudo ver la mirada de perpleja inquietud de Conrad antes de que los ojos se le nublaran otra vez de ardientes lágrimas—. ¡No quiero! Quiero volver, volver adonde estábamos antes, no así.

—¿Volver adónde? ¿Cuánto quieres retroceder?

Antonia se quedó sin palabras. Como las páginas de un libro, todos los sitios donde habían estado juntos se le iban pasando por la cabeza a gran velocidad y en sentido inverso, desarraigados, incómodos, incomprensibles; ningún tiempo ni lugar le parecían ahora deseables porque su vivencia de ellos estaba teñida ya por su conocimiento de lo que vendría después. Un futuro que siempre había estado esperando para confundirla y confinarla: no tendría hijos. Entre ese haz de imágenes empezaron a destellar enseguida las figuras de unos niños, estampas deslumbrantes e irreconocibles; atrás, atrás y más atrás hasta el principio del libro, hasta que ella misma era una niña. Desconcertada y empequeñecida sin remedio, le dijo:

—No quiero elegir.

—Me he excedido demasiado contigo. No tienes por qué elegir. —Conrad la cogió en brazos y la tumbó en la cama—. No pesas lo suficiente.

—Odio la leche.

—Entonces no tomarás leche. Aunque se puede hacer que sepa menos a leche, ¿sabes?

—Pero siempre te queda la *sensación* de que es leche.

—Bien, pues nada de leche. Otras cosas. Ahora voy a prepararte un baño caliente. Estrenarás el cuarto de baño.

—¿Dónde vamos a cenar?

—Aquí mismo. Cenarás en la cama. Voy a encender la chimenea.

—¡No!

—Cariño, ¿por qué no? Empieza a hacer frío.

—Está demasiado bonita para encenderla.

—Puede volver a estar bonita mañana. Exactamente igual.

Conrad recogió la caja de cerillas del suelo, junto al baúl de su mujer.

Antonia cruzó los brazos detrás de la cabeza y lo observó mientras prendía el papel por tres sitios distintos.

—¡Conrad!

—¿Sí, Antonia?

—No quiero que me hagas el amor.

Él dejó las cerillas en la repisa de la chimenea y volvió a su lado.

—Ya lo sé. No soy solo la persona que te hace eso.

—Lo sé.

Conrad le apartó el pelo de la frente con una leve presión.

—Ahora, el baño.

Mientras su marido estaba en el cuarto de baño, Antonia murmuró:

—En realidad, eres la persona que me hace todo.

—Lo siento, no te he oído. —Conrad se había acercado a la puerta, inquieto y atento—. ¿Querías algo?

—Nada. Solo volver a ti. Quiero volver contigo, no sola.

—No estarás sola. Yo me encargaré de que nunca estés sola. Te amo, ¿lo entiendes?

—Lo entiendo.

Entonces supo que la estaba protegiendo otra vez, que estaba a salvo de él.

QUINTA PARTE
1926

Uno

La ubicación era preciosa. La casa, que se alzaba en medio de la ladera de un valle poco profundo —como posada en el somero hueco de la palma de una mano elegante—, lindaba por la parte de atrás con los dedos de pinos y alerces; delante había una pradera de césped y hierbas más toscas que descendían hasta la muñeca del valle, donde varios arroyos de aguas oscuras confluían y se separaban en armonía hasta desaparecer en un puño de sauces y alisos. Al otro lado se extendían campos salteados, aquí y allá, de robles solitarios, hayas y castaños, y justo por debajo del horizonte se dibujaba un ramal de la vía ferroviaria —recto, como hecho con regla— con un trenecito negro que pasaba de un lado a otro del telón de fondo, echando humo, dos veces al día: de derecha a izquierda y, por la tarde, de izquierda a derecha.

La casa, firme y satisfecha en su emplazamiento, mostraba un rostro sencillo y bienhumorado: ladrillos de aspecto amistoso, facciones amplias y espaciadas de ventanas blancas y cómoda entrada, el capricho del porche desbordado con clemátides, madreselvas y glicinas. Tras la fachada, sin embargo, todo se enredaba y cambiaba tanto su personalidad como su naturaleza; no era el sueño de ningún arquitecto: cien años antes ya se había evadido de su encorsetado diseño para convertirse en una confortable proliferación de espacios desaprovechados, de habitaciones que no tenían ninguna relación unas con otras y que no parecían haberse construido para ninguna finalidad concreta. En la parte de atrás había una serie de dependencias auxiliares: establos, cobertizos, invernaderos y un garaje y, detrás de todo aquello, un bosque denso y alto.

En realidad era demasiado grande para ellos, habían dicho los padres de Antonia una y otra vez, pero la habían comprado porque era barata, porque habían sido incapaces de ponerse de acuerdo en una alternativa, porque la salud de él le exigía dejar Londres y porque, ante la perspectiva del campo, ella se empeñó en Sussex. Tanto espacio tenía sus ventajas: ella quería una casa lo bastante grande para invitar a sus amigos los fines de semana, y él,

sitio para escapar de ellos. Para Antonia, el cambio había sido milagroso. Había pasado casi toda su infancia en Londres, con viajes ocasionales a la costa hasta que su madre alquiló una casa de campo para los fines de semana (una clase de inquietud en la que se superaba). Entonces Antonia había experimentado el intenso deleite de suspirar no por «el campo», sino por una parcelita concreta de aquello, una vez que su distante interés londinense se había vuelto íntimo cuando, temporada tras temporada, iba conociendo poco a poco el paisaje de las inmediaciones.

La mudanza definitiva desde Londres había coincidido con el final de su educación y la alegría de su vida íntegramente campestre sobrepasaba incluso la exquisita impresión de llegar, como solían, un viernes de verano por la tarde y encontrarse el huerto, que la última vez era solo un trozo de tierra congelada, con la hierba tan tupida y con tantas flores que parecía no quedar ni un poro del terreno vacío. Ni siquiera esta clase de prolijo y consumado esplendor era, descubrió, más prodigioso que ver cómo iba surgiendo y formándose de manera casi imperceptible.

El recuerdo más temprano que Antonia tenía de sus padres era el de la gente diciendo que su padre estaba dotado de una gran inteligencia y que su madre poseía un tremendo y sublime atractivo. A medida que iba creciendo, podría haber reparado en la sutil transformación de estas —en general— vanas opiniones: su padre pasó a ser alguien que sabía muchísimo de algo, una autoridad, y su madre una mujer con un formidable entusiasmo, una gran pasión, alegría de vivir. Sin embargo, a los diecisiete, o incluso a los dieciocho o a los diecinueve, Antonia no había vivido lo suficiente para concluir nada del declive gradual de la mente de su padre y de la apariencia de su madre. El tiempo en la escuela de día intercalado entre años de institutrices no le había dejado amistades duraderas de su propia edad y recibía a los amigos de sus padres sin gran curiosidad ni interés. Su padre trataba con una o dos personas, con las que intercambiaba datos técnicos incomprensibles; su madre tenía una multitud cambiante de conocidos con los que jugaba en casa o en el jardín, iba a fiestas y hablaba por teléfono. Como familia, entre ellos no tenían intereses comunes y apenas conversación. La casa los acogía a todos y Antonia, al menos, no había sido consciente de la vida tan distinta que llevaban en ella. Durante casi tres años, se había dedicado al jardín, a pasear y a montar a caballo y (tras salir de la confusa indigestión de la biblioteca de sus padres) a leer con creciente discernimiento. También hacía continuos intentos por escribir lo que veía, oía y olía, esfuerzos con una notable ausencia de retraimiento, ya que solo le interesaba la materia sobre la que escribía y no el efecto que causaba en ella. Intentó dibujar; intentó hacerse su propia ropa; intentó aprender ruso

por su cuenta; coleccionaba libros y postales con reproducciones de cuadros conocidos; hizo un jardín solo de flores silvestres y hierbas aromáticas; intentó cocinar siguiendo varias recetas antiguas y exóticas… Y en todas estas actividades se entregaba con inquisitiva satisfacción. Se sentía más cerca de los personajes de sus libros preferidos que de sus padres y sus invitados de los fines de semana. Con estos últimos, no era ni sociable ni tímida: limpiaba las pelotas de tenis, ponía flores en sus habitaciones, llevaba las bandejas con ginebra y limonada, completaba las parejas para el *bridge*, recogía el *mah-jong* y daba cuerda al gramófono; iba, porque se lo pedían y no porque tuviera un especial interés —porque se lo pedían y le daba igual ir que no—, de visita a casa de otras personas donde otros grupos de gente jugaban a los mismos juegos y bebían las mismas bebidas, todo con una docilidad que era a la vez indiferente y autónoma. Cuando su madre criticaba, comparándola con otras chicas, las dotes de Antonia para «unirse a la diversión», se avergonzaba; cuando (cada vez con mayor frecuencia) su madre intentaba invadir el resto de su vida exponiéndola a la mofa pública y con intromisiones privadas, era infeliz. Tenía la vaga impresión de que, desde el punto de vista de su madre, no era un gran logro. Entonces trataba de esforzarse más y de forma más concienzuda los fines de semana, pero eso solo parecía cambiar el motivo de las críticas de su madre. Era, según decía esta, demasiado alta y demasiado delgada; el pelo, aunque sin duda oscuro, lo tenía demasiado fino para resultar manejable y le faltaba color en la piel. Los ojos eran su único rasgo destacable, decía su madre, que se dedicaba entonces a vestirla con todos los tonos más pobres de azul y que los hacían desmerecer. Su madre, para quien los colores eran solo claros u oscuros, presentaba los insatisfactorios resultados ante la innata terquedad e indiferencia de Antonia, y ella, al verse así forzada a prestar atención a su aspecto, se sentía abrumada por la tristeza de ser incapaz, como decía su madre, «hasta de parecer agraciada».

Su madre también solía decirle con frecuencia que su padre habría preferido un hijo, y Antonia, que por supuesto lo tenía a él como referencia de la notoriedad intelectual —el hombre estudioso y solitario—, aceptaba su decepción e incluso, en ocasiones, para complacerlo, deseaba haber sido un varón. Suponía, sin más, que en ese caso habría procurado a su padre una inteligencia y una compañía apropiadas para él. Había intentado leer sus trabajos —sus libros, las conferencias y artículos que tenía publicados—, pero aunque en general conseguía terminarlos, e incluso entender en ese momento lo que ponía, una semana después la información que se había metido en la cabeza se perdía como ramas marchitas.

Creció, así, sintiéndose no tanto un fracaso como un apéndice

innecesario. Ninguno de los breves y vacilantes intentos que había hecho por tratar con la gente le habían proporcionado, en realidad, ni gratificación ni estímulo. Había permanecido sola, ajena al hecho de que cualquier éxtasis, desesperación o placer podía ser un asunto de dos. Antonia, hasta que tenía diecinueve…

Entonces, en el escenario de esa vida elaborada, frágil y estática, apareció Geoffrey Curran. Su entrada fue, por fuerza, simple. No era más que otro amigo de los amigos de su madre. Llegó, como solían, un viernes por la tarde, al final de un día que para Antonia estuvo tan cargado de los ajetreados rituales previos a los que su madre sometía a toda la casa los viernes que, después, le resultó difícil recordar con precisión la primera vez que lo vio. Fue él quien se lo dijo y entonces, por supuesto, se acordó perfectamente.

—Ya íbamos a cenar y fuiste la última en entrar al salón. Llevabas un vestido de seda azul y una enorme pulsera de plata en ese bracito tan delicado. Tu madre te presentó y asentiste con un leve gesto de cabeza al oír cada nombre. Luego volvimos a sentarnos todos y tú lo hiciste con un movimiento rápido, mientras sujetabas la silla por los lados del asiento. El brazalete se te escurrió hasta los dedos y tuviste que sacudir la muñeca para recolocarlo en su sitio.

Entonces se acordó. Iba apurada por llegar tarde. Había estado cogiendo agua de la fuente al final del camino y después se había quedado demasiado tiempo sacando al poni. Luego se había cambiado a toda prisa, a sabiendas, por el silencio que reinaba arriba, de que todos los demás habrían bajado ya. Era una tarde de principios de verano, el sol acababa de ponerse y el aire estaba colmado por el apacible alboroto vespertino de los pájaros. Los murciélagos miraban maliciosamente a su alrededor en asombroso silencio y, al abrir la ventana, franqueó el paso a un revoloteo indiscriminado de mariposas nocturnas. Las margaritas se tumbaban un poco sobre el césped, aún con la mirada fija hacia arriba, hacia la última luz —flotando sobre la hierba oscura—, apagadas, ahogadas, tragadas una a una por las sombras de los hongos que se iban alargando sobre el terreno. Era su último momento de soledad en paz.

Ya abajo, dudó un instante junto a la puerta del salón, mientras examinaba el cierre de su brazalete, intentando recordar a cuántos de los invitados de ese fin de semana le habían presentado antes y podría reconocer. Todos se parecían mucho, pensó, pero era de mala educación no saber quién era quién.

Su madre iba vestida de encaje color crema y fumaba con una larga boquilla de marfil. Cuatro hombres se levantaron cuando Antonia entró en

la habitación; su padre estaba preparando las bebidas con parsimonia.

—Esta es mi gigantesca hija Toni. A Enid y a Bobby ya los conoces. Margot Trefusis, Geoffrey Curran… A Alistair te lo presentamos en casa de los Frampton, y George Warrender. ¡Ya está! Ya podemos sentarnos. ¿Quieres una copa, cariño?

Y recordó, en aquella confusión de ojos, el fugaz y cegador destello de los de Geoffrey Curran (¡me mira como si de verdad me viera!) antes de dejarse caer en la silla y olvidar de inmediato que había pensado una cosa tan extraña.

Durante la cena, descubrió que era irlandés, que no le costaba tratar con caballos, con la poesía y con gente a la que no conocía; que hablaba con despreocupación y escuchaba con interés. No hablaron el uno con el otro, pero de vez en cuando, si él estaba contando algo, trataba de incluirla en el auditorio con una solicitud especial y encantadora: con los ojos inquisitivos, llenos de admiración, joviales, sosteniéndole la mirada hasta que se aseguraba su curiosidad…

De vuelta en su dormitorio, en lugar de retomar de inmediato su propia vida, la joven se descubrió pensando en aquella noche y en los invitados; en todos, los que ya conocía de antes y los que acababan de presentarle. Que su mente fuera a descansar esa noche en la imagen de Geoffrey Curran no le impidió dormir; no estaba sometida a pensamientos inquietantes ni a una curiosidad intolerable: la dolorosa incertidumbre de amar en secreto y en la ignorancia aún no había empezado y Antonia no sabía nada de aquello. Le parecía un hombre interesante; su conversación no se había limitado a los chismorreos ni a las partidas que jugaba. Le gustaba sobre todo su voz y la variedad de sus descripciones, que —comparadas con los escasos adjetivos imprescindibles y desgastados que utilizaban los demás— enriquecían hasta su comentario más discreto o común y corriente. Era mayor, por supuesto, ya debía de haber pasado con mucho los treinta, y tal vez su forma de hablar era la consecuencia de haber tenido una vida larga e interesante. O quizá porque es irlandés, se dijo. Se quedó profundamente dormida a punto de concluir que jamás había conocido a ningún irlandés, que supiera, y que tal vez eso lo explicaba.

Dos

El sábado hacía un día espléndido. En el desayuno, que tomaron en la soleada salita matinal, todo el mundo lo comentaba: el primer día del verano bonito de verdad. El partido de tenis por la tarde estaba asegurado y el cóctel en casa de los Frampton, después, se haría al aire libre. La madre de Antonia estaba eufórica con los preparativos de última hora para que todos aquellos planes salieran adelante a la perfección. Había que hacer un viajecito a Battle para comprar pescado y provisiones varias y otro a Hastings para recoger dos raquetas que les estaban encordando, algunas bebidas y a una nueva doncella que llegaba desde Londres esa mañana. Y alguien tenía que apisonar y marcar la cancha.

—¡Uy, dejadme que la marque yo! —exclamó Enid. Tenía la voz tan aguda que el esfuerzo la dejó un poco ronca—. Bobby puede apisonar el terreno, va bien con su figura. Siempre he querido marcar una cancha yo solita. Es un sueño, Minty, querida, tendré muchísimo cuidado.

—Bobby, ¿a ti te importaría apisonar, cielo? —La personalidad de la madre de Antonia se iluminaba como una lámpara de arco para el marido de Enid.

Bobby hizo una mueca amistosa, pero de espanto.

—Ya veo que me tocará sí o sí, como siempre… Será porque soy ancho de espaldas o algo así. En cuanto la gente me ve, piensan: ya tenemos a alguien que apisone el césped.

—Es por tu silueta, querido. Igual que los aficionados a los caballos acaban pareciéndose a ellos.

Curran se volvió hacia Antonia.

—¿Tú dirías que nosotros parecemos caballos?

Ella lo miró muy seria.

—Tú no.

—¿Y tú qué? —la chinchó el otro—. También tienes un caballo, ¿no?

—Un poni, hembra. Bastante grande, supongo que es casi una yegua. Mide un poquito más de metro y medio de alzada.

—¡Cielo santo! Nada de hablar de caballitos ahora, Toni, cariño. Hay que ponerse en marcha. ¡George! Hoy vas a ser mi chófer. Te vienes a Hastings a recoger a la nueva doncella. Es la tarea perfecta para ti, querido. Podéis volver cogidos de la mano.

—Difícil si voy conduciendo.

George Warrender era un hombre corpulento y cuadrado que, por precaución, se reía de todo.

—Es tu maravillosa, maravillosísima, compañía lo que quiero, no tu maestría al volante. Alistair, ¿serías tan sumamente encantador de llevar a Margot y a Geoffrey a Battle y ocuparte del pescado y lo demás? Espléndido. Así Wilfrid podrá disfrutar de una mañana de paz divina. —Entonces la madre de Antonia se levantó de la mesa y le revolvió a su marido lo poco que le quedaba de pelo—. Seguro que lo prefieres así, querido. No te apetecerá pegarte un caluroso viaje en coche, ¿verdad?

—Verdad —replicó Wilfrid obediente.

—¡Pues ea! ¿Todo el mundo contento? Ahora tengo que encargarme de unos asuntillos domésticos, pero en cuanto termine nos vamos. ¿Veinte minutos, George?

—Lo que tú digas.

Araminta desapareció y Wilfrid se atusó el cabello.

—¡Esta Minty es un prodigio! —exclamó Margot—. ¡Cómo consigue manejarse con tantas cosas!

Margot era una de esas mujeres jóvenes cuya reputación social se apoyaba en la aprobación pública de todos cuantos la rodeaban.

—¿Y tú qué vas a hacer esta preciosa mañana? —le preguntó Curran a Antonia.

Ella lo miró sorprendida, como si no estuviera acostumbrada a ninguna curiosidad ni interés en sus actividades.

—Ah, pues… cosas en casa. Estamos un poco justos de personal hasta que llegue la nueva doncella. Y supongo que colgaré las hamacas y recogeré los espárragos para la cena. Cosas así.

—Antonia —le dijo su padre—, ¿puedes pedirle a Araminta que pase a verme antes de irse a Hastings? Me gustaría que recogiera unos libros que tengo encargados. Si le da tiempo.

El hombre se retiró con el *Morning Post* bajo el brazo y su marcha no supuso diferencia alguna en la habitación.

La mañana, que en las primeras horas había estado tímidamente adornada por la luz del sol, se fue cargando poco a poco de un calor tórrido

y deslumbrante. A medida que la calina se hacía jirones y se disipaba, los colores del jardín se acentuaban con una intensidad febril, los torbellinos de insectos se aceleraban y el aire se impregnaba de lavanda y escaramujo.

Antonia, una vez terminadas sus tareas en casa, salió sin prisas a recoger los espárragos. Enid y Bobby estaban discutiendo en la cancha de tenis. Pasó de largo sin que la vieran, preguntándose si se habrían dado cuenta siquiera de la clase de día que hacía. Pasó luego junto al despacho de su padre y lo vio mordisqueando su pipa inclinado sobre un libro. Él tampoco se daba cuenta. Fue al invernadero a por el capacho y liberó a un pajarillo desesperado que se estaba cociendo de calor. Thomas, el jardinero, estaba enredando con sus preciadas arvejillas. Lo saludó con la mano (estaba sordo como una tapia y hacía demasiado calor para gritar) y siguió por el estrecho sendero de carbonilla hasta más allá de las buddleias, que eran ya un motín de mariposas, donde estaba el huerto. Allí, el fuerte olor de las redes de bramante se mezclaba con el leve pero resuelto aroma de la fruta en lenta maduración. Había macizos de caléndulas y clavelinas y minutisas y una infinidad de fresas sobre su fresco lecho dorado. Los calabacines florecían como si fueran sombreritos de papel saliendo de una sorpresa navideña. Había algunos tomates maduros, de los más pequeños —cálidos botoncitos rojos y amarillos—, y se comió un par de ellos: tenían la piel dura, pero estaban dulcísimos. Las filas de esparragueras mostraban un aspecto elegante y afeminado, como los invitados al comienzo de una recepción al aire libre. Cogió una hoja de repollo tan grande que cubría todo el fondo del capacho y, con cuidado, fue cortando los espárragos. Thomas, después de tres años, confiaba en ella, pero Antonia sabía que controlaba todo aquello que cogía con una estricta mirada crítica y, una o dos veces, había tenido que reprenderla; con tacto, de forma reiterativa, más resignado que enfadado por sus imprudencias, pero al final de esas charlas se había sentido como una ladrona sin discernimiento. Thomas era un hombre muy apuesto, pensó; era curioso que los jardineros casi siempre pareciesen muy malhumorados o atractivos. Thomas tenía una expresión de tierna nobleza que brillaba solo cuando sonreía, cuando lo halagaban o lo felicitaban por algún premio que hubiera ganado. Entonces irradiaba una malicia angelical, que convertía lo que era un inocente triunfo de sus habilidades en una inmensa astucia secreta. A mí me ve con buenos ojos, se dijo la joven. Tolera a mis padres solo porque viven en la casa que pertenece a su jardín, pero creo que yo a veces hasta le caigo bien porque sabe que me gustan mucho las plantas y las flores. Qué extraño, hasta ese momento jamás le había importado si Thomas tenía o no un buen concepto de ella…

Para cuando llevó los espárragos a la cocina, tenía demasiado calor para

querer hacer nada que no fuese tumbarse en el césped a terminar *La abadía de Northanger*. Quedaba lo de las hamacas, sin embargo, que este año aún no habían colgado. Suspiró: la primera vez que uno intentaba colocarlas siempre salía algo mal. Por mucho cuidado que pusiesen al recogerlas el año anterior, en el jardín de invierno se enviciaban. «Al menos podrías colgar las hamacas», le había dicho su madre. En cualquier caso, no tendría que jugar al tenis por la tarde. Ya había demasiada gente y no la necesitarían (se le daba mal y no ponía ningún entusiasmo) para cubrir ni un solo set.

A la hora del almuerzo, todos estaban exhaustos. La cancha estaba apisonada y marcada, pero Enid y Bobby no se hablaban. Solo Araminta y George parecían contentos. Llegaron tarde a almorzar porque se habían parado a tomar algo en un pub; la doncella se había mareado en el coche y tenían que parar de todas formas. Margot dijo que le dolía la cabeza, y Alistair, que Battle estaba atestado de gente para ser sábado. Wilfrid casi nunca contribuía a la conversación general y, además, Araminta se había olvidado de sus libros, de modo que se instaló en un resignado silencio. Curran era el único que intentaba hablar con él, observó Antonia durante la comida. Advirtió que su padre se veía poco a poco arrastrado a explicarle el objetivo del libro que estaba escribiendo en ese momento y que el otro lo escuchaba con cara de vivo interés. Al principio pensó que solo hacía gala de sus buenos modales, pero para cuando terminaron de almorzar estaba medio convencida de que en realidad le importaban algo las costumbres sociales del siglo XVI. Le entraron ganas de preguntárselo, pero no se atrevió.

A las tres empezaron a jugar al tenis: se reunieron todos allí menos Margot, que se había retirado a su habitación. La cancha estaba al fondo de una empinada loma cubierta de hierba, donde se tumbaron aquellos que harían de espectadores y podían aguantar el sol; un sol implacable. Antonia empezó fingiendo que miraba, mientras en realidad leía, y acabó fingiendo leer mientras en realidad dormía.

La despertaron la voz de su madre y alguien que le hacía cosquillas en un brazo con un diente de león.

—… en la cancha contigo —estaba diciendo Curran, que le sonreía desde arriba. Era él el que movía la florecita—. Tu madre quiere que completes un partido de dobles.

Antonia se incorporó, deslumbrada al abrir los ojos.

—¡Ha bajado Margot! Queremos jugar un dobles femenino. Bobby y George están agotados.

—¡Todos los hombres a mirar desde la loma!

—¡Yo hago de árbitro! —repuso George Warrender.

Parecía que le hablaran todos a la vez y que había pasado una eternidad

desde que se quedó dormida.

—¡Date prisa, Toni! —Su madre otra vez—. Qué facilidad para dormirse como un bebé.

La joven miró impotente a su alrededor.

—¿Tengo que jugar? Sabes que no se me da bien. ¿No podría otro…?

Pero su padre y Alistair habían desaparecido y las mujeres estaban esperando en la cancha en distintas poses de impaciencia. Cuando se levantó, Antonia notó un dolor punzante en las sienes. Curran sonreía, alentador, y le dijo:

—Vamos. Estaré atento a cada golpe y, cuando ganes, me desollaré las manos aplaudiendo con mucho gusto.

De pronto, la muchacha deseó más que nada en el mundo no tener que jugar mal al tenis delante de Geoffrey Curran. Descubrir que iba a formar pareja con su madre parecía solo el remate de un complot para poner al descubierto su incompetencia. Le dolía la cabeza: tenía la impresión de que el sol le estallaba en los ojos y volvía a concentrarse luego en su nuca. Después de echar a suertes los campos, se dirigió a su posición con el sol de frente y sintiéndose de nuevo brutalmente expuesta; con ese horrible regusto como de haber cedido a otra persona su propia inclemencia con el único propósito de que viera lo peor de ella.

El set empezó con servicio de su madre, que lo mantuvo sin grandes dificultades. Era la mejor y, con George y Curran aplaudiéndola, no le costó ganar el juego sin que Antonia tuviera que dar ni un solo golpe, pero mientras esta recogía pelotas y se quitaba de en medio, los nervios se le iban haciendo insoportables. Después tendré que jugar yo, al final tendré que sacar y no sé: todas se me van a la red o a kilómetros fuera de las líneas. Y fue peor de lo que se había imaginado. Para empezar, cada vez que les hacía perder un punto George exclamaba «¡Mala suerte!» y, con la boca seca, Antonia se disculpaba con su madre, pero al final él dejó de hacer comentarios y ella ni se atrevía a pedir perdón. Perdió la cuenta de los puntos e incluso de los juegos. Cuando terminó sin conseguir meter ni una sola bola, Araminta le sugirió que sacara por debajo el resto del partido. Tal sugerencia, hecha en un tono de ostensible resignación afectuosa, encubría —bien lo sabía ella— tanta rabia e inquina que los ojos empezaron a arderle con lágrimas contenidas y no veía ninguna de las marcas de la cancha. Ya no miraba a su madre y nunca en dirección a Curran. Sabía que el juego no duraría para siempre, pero la angustia de aquella humillación parecía interminable: el momento en el que tendría que huir, cruzando la loma y pasando junto a Curran, pues no había otra salida razonable; las miradas, los comentarios, las efusivas muestras de compasión que ocultaban un profundo

desprecio… «Me duele la cabeza», «Siento mucho haberos decepcionado, haberme decepcionado a mí misma», «Acabo de darme cuenta de que no soporto que me vean haciendo algo tan mal…».

Terminó el set casi a cero. Con paso lento y las piernas temblando, se dirigió a la loma de hierba. Se disculpó y sintió todos los ojos vueltos hacia ella: «No importaba lo más mínimo, era solo un juego…». Con el último y trémulo jirón de dignidad que le quedaba, no se excusó en el dolor de cabeza. A medio camino hacia la casa, se dio la vuelta cuando su madre la llamó y vio las esquinas de su novela combándose al sol sobre la hierba, junto a Curran.

—¡Toni! Llevas la combinación casi tres centímetros por debajo de la falda… Haz algo para subírtela, que vaya pinta de estrafalaria tienes.

Antonia dejó el pobre libro a su suerte; los dejó a todos mirando al vacío después de haberle visto la combinación.

Ya en su dormitorio, se lavó la cara y fue al cuarto de baño a beber agua. Este daba al jardincito de la parte de atrás, donde estaba servido el té, y tenía la ventana abierta.

—No lo sé —oyó decir a su madre—. Desde luego, entendería que se le dieran mal los deportes si tuviera alguna otra inquietud. Wilfrid dice que no sabe nada, pese a tantos años de institutrices, y que no tiene la cabeza amueblada para la universidad, aunque sabe Dios que una hija erudita sería una perspectiva bastante espantosa, pero incluso eso sería mejor que esta falta absoluta de interés por nada. Nadie se ha fijado jamás en ella, ya sabéis a lo que me refiero, y la verdad es que no los culpo. Su aspecto… Pensaréis que cualquier chica normal se preocupa muchísimo por eso, pero ella no. ¡Cuando pienso en mí misma a su edad! ¡Lo que me divertía! Es desalentador. Y yo era una jovencita de lo más corriente…

Entre el clamor de las interrupciones y los galantes disensos, Antonia oyó la voz de Curran; sorprendente, incisiva, calmada:

—Tiene los ojos más extraordinarios que he visto nunca.

Ya no oyó más. De pronto, miró su propia imagen reflejada en el espejo y se vio los ojos, doloridos, asombrados, antes de romper a llorar y salir corriendo a su habitación.

Fue como nacer por segunda vez: esa violenta impresión, ese verse a través de los ojos de otro. Incapaz de pensar, siguió sollozando —acurrucada en el horrendo sillón de cuero en el que había pasado tantas horas leyendo sobre personas imaginarias— hasta que las razones instintivas de su llanto fueron emergiendo sin orden ni concierto… Se le daban mal los deportes, pero no le interesaban. No era cierto que no le interesase nada, le interesaban cosas muy distintas, pero aquello no parecía importar hasta que

su madre llamó la atención de todos sobre ella: sobre su torpeza, su falta de inquietudes y su aspecto poco atractivo en general. Antonia no quería llamar la atención de nadie, y que la señalasen de un modo tan desfavorable hacía insufrible la idea de volver a ver a ninguno de los invitados.

El comentario de Curran sobre sus ojos no hacía sino infundirle el terror del desequilibrio, parecía solo una inoportuna confusión que interrumpía la opinión ya establecida de su, por lo demás, completa insignificancia. Se dijo que, de algún modo, sería más fácil que la considerasen mediocre en todo —que una única gracia ni la salvaría ni la consolaría— y la idea de que hubiera una persona defendiéndola simplemente le impedía mimetizarse con el paisaje. Los ojos la delatarían. Solo estaba siendo educado, pensó, pero luego, como él no podía haber sabido que iba a oírlo, quiso comprobarlo por sí misma. Ahora, sin embargo, tenía los ojos borrosos y apagados, sin más; le devolvían la mirada con una ansiedad inquisitiva y solemne y, justo cuando apartaba la vista del espejo, con vacilante desaprobación: «Mi madre tiene toda la razón».

Una hora más tarde, cuando Araminta fue a meterle prisa para ir a casa de los Frampton, encontró a su hija hecha un ovillo en el sillón de cuero y sumida en un sueño tan profundo, a pesar de aquella tortuosa postura, como el de un animal joven. No se había cambiado, les dijo a los demás, y si la esperaban, llegarían tarde. De modo que, por supuesto, no la esperaron.

Antonia se despertó en la tranquilidad de la casa vacía, con el sol bajo del atardecer después de un día caluroso. Mientras estaba dormida, las rosas del jarrón que tenía al lado se habían abierto tanto que habían tirado los pétalos exteriores en un éxtasis de agotamiento. La habitación estaba más fresca y fuera se oía el dulce y distante canto de un cuclillo —cu-cu, cu-cu, pausa— que asumía por ella la responsabilidad de alternar el sonido y el silencio.

Se levantó descansada y con una intensa curiosidad, como si mientras dormía la hubiesen obsequiado con algún misterio de lo más emocionante que, una vez despierta, tuviera que desentrañar. Se levantó del sillón estirándose y miró la hora, pero los relojes de pulsera le bailaban en la muñeca con tan extraordinaria indiferencia por su función que no le sirvió de nada. Estaba pensando, satisfecha, que ya debían haberse ido todos a la fiesta —que había conseguido huir de ellos al menos un rato— cuando alguien llamó a la puerta. Era la nueva doncella, a la que habían enviado para decirle que su madre y los demás iban a quedarse en casa de los Frampton y no volverían para la cena. Su padre quería cenar media hora antes de lo que estaba previsto, si a la señorita Antonia le parecía bien. Mientras le daba el mensaje, la muchacha miraba nerviosa por toda la habitación, con una especie de afán inexperto por situarse. Tenía los ojos

rojos, se percató la otra, la cara hinchada y de un rosa sin brillo, el delantal parecía como de papel, rígido y nuevo, y el absurdo volante que le rodeaba el pelo húmedo y de color pajizo quedaba patético y fuera de lugar. Mientras la observaba —y descubría que eran casi las siete, aunque la chica iría a asegurarse si la señorita Antonia lo deseaba—, se dio cuenta de que no sabía nada en absoluto de la nueva doncella salvo lo que acababa de ver.

—Me temo que no sé cómo te llamas.

—Dorcas, señorita. —Ahora clavó los ojos en el suelo.

—¿Estás bien? —le preguntó Antonia con cierta torpeza—. ¿Tienes todo lo que necesitas?

—Al principio es un poco raro. Tengo que ubicarme. Nunca había salido de casa para trabajar en el servicio. Jamás.

Aquella confidencia pareció demasiado para ella; dirigió una mirada fugaz a Antonia, acompañada del vago conato de una sonrisa, y empezó a retorcerse un pico del delantal.

—¿Echas de menos tu hogar?

Dorcas se la quedó mirando entonces con una especie de obstinada incomprensión.

—Al principio es raro —repitió—, pero me las arreglaré bien, señorita.

Ante esa respuesta, Antonia se sintió como una torpe chismosa, que no era en absoluto su intención al preguntar.

—Estoy segura —repuso sonriendo, pero la muchacha miraba otra vez al suelo y no se atrevió a preguntarle nada más—. ¿La cena a las siete y media, entonces?

—Sí, señorita.

—Gracias, Dorcas.

—A usted, señorita.

Al retirarse, la doncella cerró la puerta tan nerviosa que esta volvió a abrirse en cuanto la soltó. Se encontraron de nuevo cara a cara cuando llegaron las dos a la vez a cerrarla.

—Perdón, señorita.

Antonia vio que una enorme lágrima en forma de pera le resbalaba por la mejilla, pero esta vez lograron sonreírse a un tiempo: tímida alusión a la rebeldía de la puerta…

Mientras se vestía para cenar, empezó a imaginarse cómo sería la noche: sentada frente a su padre, con el jarrón de cristal verde lleno de prímulas entre los dos; el aspecto que tendrían el uno para el otro desde el otro lado de la mesa; la posibilidad de que, al estar los dos solos, se embarcasen en las grandes áreas desconocidas de conversación que debía de haber entre las costumbres sociales del siglo XVI y lo que su madre y George Warrender

habían hecho esa mañana en Hastings. Tal vez, con sus experiencias personales, despertara en ella alguna inquietud: como no sabía nada de su padre, tenía la sensación de que cualquier cosa sería nueva. Su padre. Papá. Se llamaba Wilfrid y…

Cuando entró en el salón, su padre dejó a un lado —con evidente reticencia— el libro que estaba leyendo y, a medida que se acercaba a él, sintiéndose casi como si lo viera por primera vez, notó que desviaba la mirada un segundo para volver a posarla sobre el volumen con una pesadumbre sesgada que ahora se daba cuenta de que era tan habitual que había dejado de disimularla.

—¿Te sirvo una copa de jerez? —le preguntó Wilfrid. Se comportaba igual con cualquiera que no fuese otro entusiasta de su materia de estudio: su propia hija bien podría haber sido alguien a quien acababa de conocer.

—Ya lo hago yo. —Cuando se sirvió, la joven se encaramó al brazo del sofá y le dijo—: ¿Y si no nos conociéramos de nada?

Wilfrid frunció el ceño, tratando de amoldarse a esta complicada e insignificante idea, y replicó:

—Supongo que aun así te habría ofrecido una copa de jerez.

—Me lo imaginaba. —Antonia lo miraba expectante, pero su padre no quiso levantar aquella piedra, de modo que continuó—: ¿Y luego qué harías? ¿De qué hablarías conmigo durante la cena?

Él la miró con desconfiada resignación.

—En ese caso, es probable que hubiera más gente. No creo que hablase mucho contigo. —Forzó una tosecilla seca e innecesaria—. Sabes que mis capacidades para la charla banal son muy limitadas.

—Pero ¿por qué tendría que ser banal? Si no hubiera más gente, claro. ¿No te gustaría…? —La muchacha vaciló, tratando de descubrir qué quería decir exactamente—. ¿No te gustaría que averiguásemos cómo somos?

—La verdad, cariño, no lo sé. —Antonia advirtió el sibilante tono de crispación y alarma en su voz—. En cualquier caso, es una hipótesis absurda. Nos conocemos desde hace años.

—Me parece que yo no sé nada sobre ti.

Wilfrid tosió de nuevo.

—Hay muy poco que saber. —Se terminó el jerez con gesto concluyente —. De todas formas, las familias no descubren demasiado unos de otros. Buscan nuevos terrenos que conquistar. Con la propia familia, uno solo puede dedicarse al análisis, y no creo que tú tengas una mente que pueda consagrarse a eso. ¿Pasamos a cenar? Ya estaba todo esperando antes de que bajaras.

—¡Lo siento mucho! —Antonia miró desesperada su reloj—. Lo he puesto

en hora hace nada. No es que se pare, pero no va al ritmo que tiene que ir. Deberías haberme avisado.

Él cogió las copas y las puso con cuidado en la bandeja de las bebidas.

—No importa. Es una cena fría.

En ese caso, pensó la joven, su voz era igual que la comida.

Se tomaron el fiambre de lengua a la luz de seis velas (Antonia había recordado que habría prímulas, pero no su sombrío aspecto con esa iluminación, y esta indolente imagen se interponía en la completa atención que trataba de prestar al presente) mientras su padre llenaba los escasos e inesperados intervalos de lucidez de su mente —momentos en los que podría haber tomado nota u observado o esperado algo— con un batiburrillo de palabras dichas de forma mecánica, sin interés, soltadas como quien deja cualquier cosa en el familiar desorden de un tocador. Así se terminaron la lengua, pero en el silencio que se hizo mientras les cambiaban los platos, Antonia lo miró con detenimiento: parecía un retrato mediocre —hierático e incomprensible— y se decidió a intentar una vez más abrirse paso en aquella empalizada de trivialidades…

—¿Qué crees que debería hacer?

Él, que recelaba de cualquier tipo de acción, se limitó a contestar:

—No te entiendo.

—Bueno, pues ¿cómo crees que soy? ¿Qué te parezco?

—Sabes que no conozco a muchas más jóvenes de tu edad. A ninguna, de hecho. Por tanto, no tengo un modelo de comparación.

—¿Lo necesitas? ¿No puedes pensar en mí, sin más, y decirme qué se te viene a la cabeza? Me gustaría saberlo.

Wilfrid la miró con firmeza un momento. Estaba inmóvil y había algo en su expresión rígida y arisca que le pareció a la vez triste y aterrador.

—Las mujeres siempre están preocupadas por la apariencia de las cosas. En general, creo, por el efecto que su propia apariencia causa en los demás. Querrás que te diga, supongo, que eres hermosa, aunque en mi opinión ha habido suficientes varones jóvenes entrando y saliendo sin parar de esta casa para que te hagas una idea sin necesidad de oírmelo a mí, pero sí, me pareces convenientemente equipada para hacer infelices a una multiplicidad de hombres, si eso es un objetivo. Sin duda algún día te casarás con uno de ellos y, como no has mostrado ningún interés ni aptitud particular en otro sentido, doy por hecho que, al igual que para la mayor parte de las jovencitas atractivas y de inteligencia corriente, el matrimonio, y todo lo que este implica, será tu oficio.

Se hizo un silencio sepulcral.

—¿No era eso lo que querías saber? —añadió después su padre. Ya no

tenía la voz crispada, pero Antonia estaba demasiado afligida para darse cuenta—. No soy ninguna autoridad en el asunto de la apariencia, tal vez me equivoque, pero tendrás ocasión de averiguarlo.

La joven no fue capaz de responder. Aquella condena a su inteligencia (¡precisamente él tenía que ser una autoridad en cuestión de inteligencia!) la golpeó con la espantosa precisión de una verdad: sin componendas superficiales ni fingida indiferencia, directa al fondo del corazón. No dijo nada. Él se terminó los espárragos y estuvo sumido en algún otro pensamiento profundo.

Al salir del comedor, Wilfrid pareció recordar de pronto su presencia y le dijo:

—Ven a mi despacho, tengo que darte una cosa.

El deformado ejemplar de *La abadía de Northanger* descansaba sobre los papeles de su escritorio. Lo cogió y se lo dio.

—Tu libro. Lo ha traído Geoffrey Curran, dice que te lo habías dejado al sol en la cancha de tenis esta tarde. Creo que nadie a quien de verdad le importen los libros trataría de esta forma ni siquiera una novela. Ahora tengo que trabajar. Buenas noches, querida.

Tres

A la mañana siguiente no hacía sol, pero sí un calor gris, denso, casi tangible. Todos convinieron en que habría tormenta y pasaron la mañana en un apático desacuerdo sobre todo lo demás. Antonia desayunó temprano para evitar a los otros y luego se fue a trabajar en el jardín. «Estaré quitando malas hierbas durante al menos dos horas y después leeré algún libro, pero no una novela, algo serio de verdad». Así se organizó la soledad sin propósito alguno que de pronto había descubierto que la rodeaba, pero una vez fuera no dejaba de pensar en ello y, más tarde, mientras leía (no eligió un libro que le hiciera mucha compañía), empezó a encontrar la precisión de la martilleante preguntita —«¿Pero qué voy a hacer al respecto?»— a la vez dolorosa y aterradora. Al final de la mañana, se sintió casi agradecida por el suplicio del almuerzo.

Mientras comían, antes incluso de que le hubiera dado tiempo a sobreponerse a los primeros instantes de azoramiento frente a los invitados, estalló la tormenta. Entonces, cuando el eco del primer trueno se iba apagando lentamente en la distancia, Curran se inclinó hacia ella por encima de la mesa y le dijo:

—Cuando se pase el chaparrón y el campo se haya quedado fresco y agradable, ¿querrías llevarme a dar un paseo a caballo?

Ella estaba sentada de cara a la ventana y Geoffrey vio el destello de un relámpago reflejado en sus ojos cuando la joven lo miró de pronto para exclamar:

—¡Sí!

Ya avanzado el almuerzo, Curran se dio cuenta de que, incluso sin esa fulgurante luz, los ojos de Antonia aún parecían sorprendidos y dichosos.

Eran alrededor de las cinco cuando salieron, él en el robusto caballo gris que su padre montaba de vez en cuando y ella en su precioso y bien cuidado poni alazán oscuro. Le había preguntado si quería ir a algún sitio en

particular, pero Geoffrey dijo que no conocía nada de aquello y que lo dejaba por entero en sus manos. Tuvieron tiempo, mientras bajaban con cuidado la empinada ladera hasta el arroyo, de fijarse el uno en el otro y mirarse con aprobación. Él montaba como si hubiera crecido a lomos de un caballo, y ella, pensó Curran, con una especie de elegante tensión que la favorecía. Avanzaron en silencio y pasaron la fuente, donde las caceras llenas de agua cantarina se vaciaban en la corriente del riachuelo, y por un campo de lúpulo, empapado y exuberante, hasta el extremo donde había un molino abandonado. La represa se había llenado de limo y parecía una ciénaga, los malvaviscos olían a vainilla y Antonia vio una o dos enfervorizadas libélulas. Cuando salieron de la carretera y enfilaron el camino de herradura, el reloj de la pequeña iglesia dio las cinco con su acostumbrada brusquedad infantil. Había salido el sol, que iluminaba los dientes de león entre la hierba húmeda y empañada y daba a los altos setos que flanqueaban el sendero un brillo dorado y fresco; las telarañas que se aferraban a las zarzas y a los rosales silvestres estaban tan incrustadas de gotitas en forma de aljófares que colgaban como rutilantes guirnaldas deshilachadas; la delicada neblina aún cubría los prados más lejanos, como una capa de humo superficial, y el cielo, recién lavado y ya despejado de nubes, ponía a esta profusión de fantásticos detalles un fondo de inmensa y virginal serenidad. Al bajar de nuevo la vista, Antonia advirtió que Geoffrey la estaba observando.

—Más adelante hay un buen sitio para galopar —le dijo—. Estaba aprovechando para contemplar el paisaje mientras vayamos al paso.

—Igual que yo. Y he descubierto el significado de ver algo con los ojos de otra persona.

—¿Ah, sí? —repuso ella incómoda; no le gustó que dijera aquello.

Curran abandonó de inmediato su pose habitual. ¡No le gusta!, pensó. Es distinta, muy joven y tímida, parece. Ya en voz alta, continuó:

—Pero más que lo que se ve, me encanta este olor tan «multicolor», tan radicalmente fresco. ¿Te has dado cuenta?

—Fresco y agradable, has dicho antes.

—¿De veras? ¿Cuándo he dicho eso?

—En el almuerzo —contestó Antonia algo vacilante.

—¡Tienes buena memoria!

La joven, sin embargo, lo miró muy seria y repuso:

—Mi padre dice que casi inexistente.

Se estaban acercando a un bosquecillo: el camino iba ahora bordeado de helechos jóvenes con las hojas enroscadas como si se enredasen con la humedad. Antonia empezó a adelantarse con un suave trote corto y él la

siguió. La yegua se puso competitiva y quiso ganar terreno, amusgaba o adelantaba las orejas y sacudía la cabeza de modo que las anillas de la gamarra chirriaban contra el cuero y el cuello empezó a oscurecérsele de sudor. Curran se rezagó un poco para observar a la muchacha. A pesar de la tensión, tenía las manos serenas, buenas manos, pensó con beneplácito profesional.

Por fin llegaron al bosque, donde los árboles se juntaban en lo alto y componían una luz exótica con la frondosa penumbra y los escurridizos rayos de sol. Antonia iba con la cabeza descubierta y las ruidosas gotas que caían de los árboles le dejaban mechas aún más oscuras en el oscuro cabello y círculos mojados en la fina blusa blanca. Las patas de los caballos chapoteaban en el barro y la joven se disculpó con Geoffrey.

—Creo que va salpicándote. Ya queda poco para salir del bosque y sabe que entonces podrá galopar. Siempre se pone así cuando llegamos a esta altura.

—En realidad no te hace falta la gamarra, ¿no?

—Se supone que ayuda un poco. Sobre todo cuando salta. Se alborota tanto que sube mucho la cabeza y no soy capaz de controlarla.

—Entonces necesitas una apropiada. Esos artilugios solo hacen que el animal se sienta importante.

A Antonia le gustó su forma de decir «artilugios» y volvió la cabeza para mirarlo mientras se echaba a reír.

—¿Sabes tanto de caballos porque eres irlandés?

—¿Por qué iba a ser si no? Nací con un bocado de plata entre los dientes.

—Es imposible que nacieras con dientes.

—Pues así fue. Era como un producto prefabricado. Mi madre apenas tuvo tiempo de lanzar el ramo de azahar antes de que me presentara en este mundo: con pelo, uñas y un par de dientes.

—Por los pelos… —se atrevió a bromear la chica, y enseguida se sonrojó.

Curran sonrió encandilado.

—Desde luego. Pero, claro, nuestro cura era un hombre muy persuasivo. Mi padre medía más de metro ochenta incluso descalzo, pero el padre O'Rorke lo ganaba en corpulencia. «Vas a casarte con Patsy Gallagher de inmediato, teniendo en cuenta cómo la has seducido». «¡Ni hablar!», le contestó mi padre. «Piensa en la vergüenza y el escándalo que caerá sobre ella y en tu propia condenación, para colmo», insistió el padre O'Rorke cogiéndolo de las solapas con una mano que parecía una pala. Él seguía sin ceder, empeñado en que no tenía ninguna intención de pasar por la vicaría. «Pues Dios es testigo de mi repulsa a hacer algo así, pero me veo obligado a recurrir a la fuerza. Quítate la chaqueta, hijo, pronto me suplicarás que te

case con ella». Así que deslomó a mi pobre padre a porrazos, le sacó la promesa de casarse, lo bendijo mientras estaba tirado en el barro y se marchó. Los casó tres semanas después.

Mientras contaba aquella historia, se le había marcado mucho el acento; el resto del tiempo apenas se le notaba un leve deje en la entonación. Además, el relato era tan animado y natural que, fascinada, Antonia se olvidó de que estaba hablando de sus padres. En ese momento cayó en la cuenta y le preguntó:

—¿Y fueron felices?

No parecía algo que se hubiese planteado hasta entonces y Geoffrey se quedó unos segundos pensando antes de contestar.

—Cuando se ponían a la par, eran felices. Mi padre gastaba muy mal genio, pero mi madre era una criatura de un orgullo tan elegante que no tenía miedo a nada ni a nadie. Leía tanta poesía y libros en francés que le resultaba más fácil que a mi padre averiguar el pedigrí de un caballo. Pero ella siempre creyó que le ocurriría algo extraordinario, hasta el mismo día de su muerte mantuvo esa esperanza. Se casó por debajo de sus posibilidades, claro —concluyó como si con eso lo explicase todo.

—Ah. —Aquello sobrepasaba su entendimiento y la joven no se atrevió a decir nada más.

—Y ahora, cuéntame algo de ti.

Mientras hablaban, y sin darse cuenta, habían aminorado el paso, pero ya estaban llegando al portillo por el que se salía del bosque.

—Ahí podemos galopar —dijo Antonia, que se adelantó al trote para abrir la verja.

—Pues después de galopar, entonces. Ve tú delante, haz feliz a esa yegua.

Recorrieron dos flancos de un enorme campo de trigo, saltaron una pequeña cerca, cruzaron un prado de tréboles —ya estarían floreciendo, se dijo la muchacha— y luego siguieron galopando y ya no pensó en nada; solo sentía el aire en la piel y el creciente ritmo de los hombros de la montura bajo su cuerpo. Curran la siguió de cerca hasta que llegaron a la valla, momento en el que se refrenó para dejarla saltar primero. La yegua saltó muy alto, casi desbocada, y se trastabilló un poco al caer al otro lado. Tiene razón con lo de la gamarra, pensó Antonia. La fragancia de los tréboles mezclada con el delicioso calor del animal; el pelo en los ojos a cada momento (empezaba a tenerlo demasiado largo); el aire, aquel inacabable regocijo, y luego ir cada vez más despacio por la pista que descendía hasta el camino. Se dio la vuelta para mirar a Geoffrey, arrebatada de entusiasmo.

—Lo habré hecho decenas de veces, pero siempre es maravilloso.

—¿Sí? —Sus ojos se encontraron un instante; un instante de tanta

intensidad que cualquier cosa que dijera la habría rebajado. Sin embargo, Curran tenía buen instinto para medir los silencios y, justo en el punto álgido de la turbación de la muchacha, añadió—: Bueno, ibas a contarme algo de ti. Venga, aprovecha este monótono camino que parece dispuesto a hacernos pagar por la galopada. Adórnalo con la historia de tu vida. Lo único que sé de ti es que tienes un rostro encantador, una voz preciosa, y que montas a caballo muchísimo mejor de lo que juegas al tenis.

—Mi madre cree que mi aspecto deja mucho que desear —replicó ella cortante.

El otro silbó y la observó con detenimiento.

—¿De veras? —dijo sin precipitarse—. ¿Y vas a considerar su opinión la última palabra al respecto?

—No ha… No ha habido otras opiniones.

—La primera, entonces. Eso lo cambia todo. Yo que tú no me rendiría sin más a su juicio. Podría decirse que ella misma es una mujer muy atractiva…

—Lo sé —repuso Antonia enseguida—. Y desde luego yo no.

—Las mujeres siempre están dispuestas a encontrar pequeños defectos las unas en las otras. Son los hombres los que pueden decirte cómo eres en realidad. Ya descubrirás que tengo razón.

Toni pensó por un momento en esa inversión de su propia experiencia y luego le preguntó titubeante:

—¿Y no… no hay nadie que se fije en las dos cosas? En el aspecto físico y en el carácter, me refiero.

—Ahora te estás precipitando. Eso es un cuento de hadas. La princesa que era tan buena como hermosa.

—Claro. Supongo que eso nunca pasa: en general, cuanto más se es una cosa, menos se es la otra.

—Yo no estaría tan seguro. Todo es, como dirían los condenados científicos, una cuestión de grado, y a los narradores de historias les gustan los extremos. La bruja malvada y horrenda y la princesa bellísima y de buen corazón. Una persona es más hermosa si se la admira, más adorable si se la ama.

—¡Es verdad! —Antonia cayó en la cuenta de pronto.

—Como tú ahora. Has ido adquiriendo un atractivo cada vez más desgarrador a medida que avanzábamos y todo porque yo he estado admirándote desde el instante en que salimos.

Lo dijo con una determinación tan pícara por confundirla de nuevo que la chica decidió desafiarlo.

—¿Y luego qué pasa?

Pero él no se amedrentó lo más mínimo.

—Bueno, pasado un tiempo, empezarías a darte cuenta de lo perspicaz que soy, de mi inteligencia por verte bajo una luz tan favorecedora.

—¿Y luego?

—Luego, al haber observado tú eso en mí, me haría cincuenta veces más agudo, te vería a través de un velo rosado, pero que no te oscurecería en absoluto; te sentaría mejor que cualquier cosa que pudieras idear tú misma, me haría un hombre mejor a tus ojos y, por tanto, un hombre mejor como tal. Y así tu belleza y mi carácter irían haciendo grandes progresos en tu imaginación.

—¿Y después?

—Después nos enamoraríamos con locura y viviríamos felices para siempre —concluyó Geoffrey alegremente.

Ya casi habían llegado de nuevo a la casa. Subieron por el camino de entrada en un silencio henchido de distintos y secretos regocijos.

Después de cenar, alguien le preguntó si había disfrutado del paseo y Curran repuso:

—Ha sido una maravilla. Cuando por fin abra mi escuela de equitación, le pediré a Toni que se venga conmigo de profesora. De veras —añadió al ver la expresión de sorprendido orgullo en la mirada de la chica—, lo tengo todo planeado.

Había empezado el sueño.

Más tarde, bailaron todos al son del gramófono y, por supuesto, Geoffrey bailó con ella. Tenía el tipo de semblante propio de una tez oscura: incisivo, sensual, vivaracho…, aunque con la piel lechosa. Bailaba disfrutando de la música y atento a las otras parejas; a veces les decía algo y casi siempre se reían. Cuando la miraba y la veía pasar de esa satisfacción embelesada a aquella sonrisita solemne que le dedicaba al notar sus ojos fijos en ella, el corazón se le aceleraba con el eco de una vibrante emoción. Una vez, su madre pasó casi rozándolos, vio a Antonia y exclamó:

—¡Despierta, Toni! Esta niña parece que va sonámbula, ¡como en trance!

Entonces, desprevenida por completo, la joven salió a duras penas de su hechizo y adoptó una expresión de cauta neutralidad, en un intento por no sentir nada en absoluto, y Curran se hizo aún más consciente del contraste y se incomodó.

Bailó con todas las demás y dos veces con su anfitriona. Quería que volvieran a invitarlo y, además, tenía un afán general e instintivo de agradar. La segunda vez que bailó con Araminta, esta le dijo:

—Has sido un ángel sacando a mi Toni del cascarón. Está aniñadísima

para su edad… Bueno, supongo que es muy joven aún, claro.

La respuesta era fácil.

—Y tú eres jovencísima para tener una hija aunque sea una niña.

Minty se dejó llevar en sus brazos (era como media cabeza más bajita que Antonia) y murmuró:

—Bailas de maravilla. Tienes que volver a visitarnos y quedarte unos días con nosotros.

—Me encantaría.

Geoffrey le sonrió y, al mirarla a los ojos, que tenían una forma encantadora, se dio cuenta de que, cuando no adoptaban aquella expresión astuta, estaban vacíos.

Poco después echó un vistazo a la habitación, buscando a Antonia, pero la muchacha había desaparecido.

—Toni se ha ido a la cama —le dijo Enid—. Espero no romperte el corazón.

Conocía a Enid desde hacía años, de modo que se limitó a cogerla por la cintura y replicó:

—Te estaba buscando a ti, querida.

Ella soltó una de sus carcajadas roncas e incrédulas.

—No hay nada como dar vueltas al pajar para encontrar la aguja, y nadie que yo conozca lo sabe mejor que tú.

—A propósito de agujas, ¿qué le ha pasado a ese gramófono?

Y fueron los dos al rescate del aparato.

Antonia no se había ido a dormir. Durante un rato lo había visto bailar con las demás; todas, se dijo, bailaban mejor que ella y, en cualquier caso, no quería bailar con ningún otro, de modo que dio las buenas noches a la pareja que tenía más cerca y se escabulló.

Ya en su dormitorio, se desvistió tan rápido como pudo, apagó la luz y abrió las cortinas. La luz de la luna se coló en la habitación, fría y con un delicado y misterioso silencio. Imágenes impregnadas por su argéntea luz le daban vueltas en la cabeza; perezosas, desordenadas, repetitivas: el rostro le ardía con una fiebre de recuerdos y se tumbó inmóvil en la cama. No sufría entonces ansiedad alguna por el futuro. No necesitaba ni imaginaba ninguna correspondencia y sencillamente, pensó, él no tenía por qué saberlo.

Cuatro

Se fue a la mañana siguiente con el resto del grupo y Antonia estaba tranquila, aliviada —por extraño que pareciese— de que se hubiera marchado. Solo sentía una persistente, casi insoportable necesidad de estar sola, pero los lunes de limpieza después de un fin de semana con invitados hacían imposible la intimidad: su madre despejaba la casa de flores, discos de gramófono, libros y latas de galletas de las mesitas de noche, cajas de cigarrillos y ropa blanca y distribuía nuevos suministros. Era los lunes cuando Araminta decidía de pronto reorganizar una habitación o cambiar un mueble de una punta a otra de la casa. Tales actividades solían ir acompañadas de una autopsia del comportamiento de Antonia durante el fin de semana, que siempre la amargaba en mayor o menor medida, pero ese lunes la había invadido una repentina indiferencia por todo lo que su madre dijera y, en lugar de buscar una disculpa o una excusa en abatido silencio, se vio a sí misma contestando con presta y afable serenidad. Sí, su ropa era espantosa, tendría que hacer algo al respecto. No servía de nada esperar que jugase bien al tenis; no le gustaba y había decidido dejar de intentarlo. No le apetecía especialmente ir a casa de los Frampton y le parecía casi grosero hacia los anfitriones asistir de mala gana a sus fiestas. Y cuando, un tanto desconcertada, su madre atacó con la incapacidad de Antonia para la conversación informal, esta replicó:

—Lo mismo le pasa a papá. Por desgracia, al contrario que él, yo tengo además, según dice, una inteligencia corriente. Harías mucho mejor en dejar de preocuparte por mí. Soy muy feliz así.

A lo largo de esa calurosa y desocupada semana de verano, en cambio, su perfecta felicidad se fue malogrando; se tiñó y se contaminó del miedo a no volver a verlo jamás, ni una sola vez más en la vida, quizá.

Araminta solía ir a Londres a pasar la noche del miércoles o el jueves y de pronto Antonia le preguntó si podía acompañarla. A su madre no pareció caerle muy bien. ¿Por qué quería ir? Para comprar dos piezas de tela con las que hacerse un par de vestidos de verano.

—¡Ah, pues yo te las traigo! Las querrás azules, me imagino.

—No. Voy a mezclar varios colores en un trozo de papel y quiero que las telas sean exactamente igual.

Se pasó toda la tarde mezclando pinturas y acabó sacando un verde salvia intenso y un amarillo narciso.

—Va a ser dificilísimo encontrar esto —le advirtió su madre—. Los verdes siempre son complicados y el amarillo casi imposible. No creo que ninguno de los dos te siente bien, pero haré lo que pueda.

Y Antonia sabía que era cierto, porque en los asuntos menores su madre era de lo más concienzuda.

Araminta (acompañada por George Warrender) volvió el viernes por la mañana con un verde perfecto, una versión más pálida del amarillo exacto y un vestido de tonos terracota muy vivos, también de lino, con la parte de arriba lisa y la falda plisada.

—Es imposible que te las apañes solo con dos. No tengo ninguna esperanza de que te valga, pero la señorita Hilder puede venir a arreglártelo.

Sin embargo, le quedaba como un guante.

—¡Gracias, mamá! Sí que me vale. Es perfecto y se me había olvidado este color.

—Espléndido, cariño. Te queda de maravilla. ¿No le queda de maravilla, George?

—De maravilla —repitió este, que enseguida se echó a reír con admiración.

Antonia pensó entonces que su madre era mucho más amable de lo que creía y le dio un beso. Esta la miró encantada y, para disimular su confusión y su sorpresa, levantó un brazo que parecía pesarle con el lastre de una llamativa y ruidosa pulsera llena de pequeños dijes a modo de amuletos.

—Mira lo que me ha regalado el bueno de George. Ese precioso violincito de platino. ¿A que es una delicia?

Mientras admiraba obediente el violín, Antonia se dijo que estaba muchísimo más guapa así, cuando era cordial.

Llegaron los invitados del fin de semana y, aparte de George Warrender, no había ninguno del anterior: otro hombre se sentaba ahora frente a ella en la mesa durante la cena. Vio a varios de ellos (como debía de haber hecho tantas veces, solo que antes parecía no darse cuenta) tratando de entablar conversación con su padre, y recordó que hacía justo una semana (no, fue el sábado en el almuerzo) Curran había conseguido arrastrarlo a una charla animada y natural. Estaba deseando que acabara todo aquello para poder escapar a una soledad comprensible, la de no tener compañía…

A solas, sin embargo, su felicidad, la extraordinaria tranquilidad de

espíritu que había sentido cuando él se marchó, quedaba ahora reducida a una dolorosa punzada de angustia a la que, por mucho que la inquietase, parecía atada. Nada de lo que pensaba tenía sentido con lo demás, se sentía desamparada y no sabía por qué, la entristecía sentirse aislada del resto y, aun así, no quería estar con nadie; deseaba que terminara aquel día largo e inútil, pero no tenía interés alguno en que llegara el siguiente; ya no era capaz de soportar el detallado recuerdo de aquel paseo a caballo después de la tormenta y, sin embargo, la aterrorizaba olvidar cualquier pormenor de esa tarde. Estaba exhausta, perdida, y dormir le parecía no solo más agotador, más inútil, sino también imposible. Febril y temblorosa, a causa de esos irreconciliables anhelos y repulsas, se quedó tumbada hasta que, justo antes de que aquellas ideas se ahogaran en su sueño, se preguntó cómo las innumerables personas que tenían que haberse sentido alguna vez como se sentía ella ahora habían conseguido resistirlo.

El sábado decidió que debía aceptar la posibilidad de no volver a verlo y, sacando fuerzas de esta determinación, se afanó en seguir con su rutina habitual.

El domingo por la tarde, sin ningún tipo de preaviso, apareció. Los demás estaban jugando al tenis y Antonia preparando unas fresas para que la cocinera hiciera mermelada. Había cogido el capacho, una cacerola grande y una palangana para los tallos y se había instalado en el jardín delantero de la casa. Las fresas, apiladas a la perfección hasta llenar por completo la cesta, tenían un olor cálido y delicioso; los lejanos ecos del partido de tenis eran sosegantes —casi agradables, decidió— y empezó a notar cómo poco a poco volvía a inundarla esa solitaria y familiar felicidad, el placer de sentir el calor del sol en el pelo, de retorcer cada tallo y sacar el corazón blanco y cónico de las fresas mientras los dedos se le teñían de un rosa transparente, de ese sabor dulce pero más sofisticado que el azúcar. Casi podía experimentar, se dijo, con aquellas misteriosas y extrañamente insatisfactorias sensaciones que de tal modo se habían apoderado de ella: una marea ahora tan lejana que apenas conseguía creer que la hubiera tenido encima, cubriendo los gratos e inmensos vacíos que hasta entonces siempre la habían contentado. «Quieres ser el único guijarro de la playa», solía decirle una de sus institutrices. Ahora, eso no le parecía una cuestión de deseo o preferencia, sino solo de aceptación.

En ese momento oyó un coche en el camino de entrada y la marea avanzó con una leve sacudida hacia ella, de modo que pudo verla otra vez con claridad. Más gente para jugar al tenis, por supuesto.

Oyó que la puerta se abría y se cerraba y después lo vio. El corazón le dio un vuelco y luego se le asentó en una posición del todo distinta. Geoffrey la

había visto y se acercaba a toda prisa por el césped, sin hablar pero sonriendo con una especie de simpatía cómplice.

—Me he escabullido de casa de unos amigos para acercarme, pero no tengo invitación. ¿Crees que armaré mucho lío?

Se comportaba como si nunca se hubiera marchado.

—No… No, seguro que no.

A ella le parecía llevar un año entero sin verlo.

—Me gustas así, rodeada de fresas. No te imaginas cuánto me alegro de verte. ¿Puedo comerme una?

—Pues claro.

—Elígela tú por mí, ¿quieres? —añadió Curran, que advirtió que los dedos de la muchacha vacilaban sobre el montón.

—Quería darte una buena, son solo para mermelada. Algunas están bastante aplastadas.

Al fin cogió una, se la tendió y, por primera vez, tuvo que mirarlo.

—Perfecta —asintió el otro, y se la comió mientras la observaba. Aún sin apartar los ojos de la joven, le dijo—: Se te ve acalorada. Y un poco triste.

Antonia empezó a retorcer los tallos de las fresas otra vez. Seguro que no era muy atractivo eso del calor, por no hablar de la tristeza. Pero él insistió.

—¿Has tenido algún desvelo secreto, mi pobre Toni?

—Si fuera así, como bien dices, sería un secreto.

—Bueno, pero uno tiene que confiarle los secretos a alguien. Para eso están los amigos.

—¿Para traicionar los secretos con ellos?

—Para traicionarte a ti mismo. «Te quiero, ojalá pudiera verte más», dice la gente. Pero no se refieren por fuerza a «más tiempo», ¿sabes? Casi siempre quieren decir «ver más de ti».

—Entonces, ¿el tiempo no es importante? O sea, cuánto hace que conoces a una persona o cuánto tiempo has pasado conociéndola.

Geoffrey esbozó una dulce sonrisa.

—Entre tú y yo, eso no importa en absoluto.

Antonia notó que la sangre se le agolpaba en el rostro y se dio cuenta de que por eso, hacía unos minutos, él le había dicho que parecía acalorada.

—Da igual. En cualquier caso, no tengo problemas secretos.

Entonces apareció su madre. En cuanto los vio fue directa hacia ellos, llamándolos, gritando y parloteando, blandiendo la raqueta contra sus esbeltas e infantiles rodillas.

—¡… qué alegría verte! ¿De dónde has salido? Seguro que George tiene otro par de pantalones. Toni, mira que eres boba, ¿por qué no has venido a avisarme?

Ya había llegado a su altura. Curran seguía de pie y le explicó que estaba pasando el fin de semana en casa de los Leggatt y, al descubrir lo cerca que quedaba de allí, les había pedido que lo llevasen en un momento… No pudo resistirse a la idea de hacerles una visita, esperaba que le pareciese bien.

—¡Es maravilloso! Algie se ha torcido un tobillo y necesitamos desesperadamente un hombre de fiar. Pero tienes que quedarte a la cena, George te llevará de vuelta luego. Es en Robertsbridge, ¿no? ¿Te refieres a Edmund Leggatt? A ella la he visto en alguna fiesta, pero solo recuerdo que al parecer tenía un marido guapísimo al que con toda su maldad había encerrado en casa como si tuviera la malaria. ¿De verdad es tan atractivo? Bueno, tú qué vas a saber, claro. Los hombres son un caso perdido para este tipo de cosas. Entra y te buscamos algo de ropa para jugar. Tú no vienes, ¿no, Toni? Lo ha «dejado»… ¡Qué cosa tan de *mediana edad*!

Geoffrey se vio arrastrado al interior de la casa y Antonia se quedó sola con las fresas y la marea —una marea viva— aproximándose a galope tendido y amenazando su tranquilidad.

Curran se quedó a cenar y charló encantado con su padre. Después, su madre insistió en que tenían que bailar y, por supuesto, todos bailaron. Él bailó con Araminta (George Warrender dijo que en realidad prefería ocuparse del gramófono).

Cuando, mucho más tarde, Geoffrey se acercó a ella y la sacó a bailar con un disco que ya habían puesto antes, Antonia sintió un furioso arrebato de felicidad: aunque no habían estado a solas y apenas habían podido hablar, llevaba feliz toda la noche.

—¿Sabes qué? —le dijo Curran casi de inmediato. Ella lo miró—. Ya no pareces triste.

—No estoy triste en absoluto —repuso la joven con alegría.

Cuando terminó el disco, sin embargo, Araminta dijo que George lo llevaría a casa de sus amigos.

—Yo os acompaño, querido, así no estarás tan solo a la vuelta.

George, como de costumbre, se echó a reír, pero parecía mucho más contento que mientras estaba cambiando los discos.

Cuando Geoffrey se despidió de Toni, le cogió una mano y le dijo:

—He venido por ti. Esos ojos tuyos son como dos estrellas en el cielo nocturno. He venido por ti.

Luego se vieron arrollados por las despedidas generales que ponían fin a la velada.

Y así, el punto de no retorno: el último instante antes de que una figura

lejana que se aproxima se haga reconocible y pueda identificarse; de que te haya visto y tú la hayas visto; antes de que no haya vuelta atrás y deba uno encontrarse con ella, sufrirla o disfrutar de su compañía, o bien dejar clara una mutua indiferencia. Geoffrey había ido por ella, había ido a verla a ella y, en el momento de despedirse en una sala abarrotada, se habían encontrado.

Antonia se despertó en mitad de la noche y toda su vida pareció concentrarse en ese despertar; el significado de su existencia entera, en ese estar profunda e irrevocablemente enamorada.

Cinco

Dos semanas después, lo invitaron a quedarse diez días con ellos. Llegó con todos los demás el viernes; Antonia los oyó y durante casi una hora no fue capaz de bajar: la dicha de saber que estaba en la casa era tan inmensa que temía no poder recibirlo con calma. El miedo a que alguien, sobre todo su madre, intuyese o averiguase lo más mínimo sobre aquello se había convertido en un terror espeluznante y se preguntó si Geoffrey entendería su necesidad de mantenerlo en absoluto secreto. No estaba segura.

Cuando al fin entró en el salón, la actitud de Curran era de una despreocupación impecable; de hecho, al principio pareció no percatarse siquiera de su presencia y el péndulo de su angustia osciló hacia el extremo marcado por su posible indiferencia, pero más tarde, mientras la joven bebía una copa de jerez y escuchaba una discusión sobre qué canchas hacían el tenis más divertido, si las de cemento o las de hierba, de pronto Geoffrey se plantó a su lado y le susurró:

—Tengo el extraño presentimiento de que mañana me torceré el tobillo y no podré moverme si no es a caballo.

Y así fue como acabaron saliendo a su segundo paseo. Se llevaron unos sándwiches porque tenían intención de pasar todo el día fuera. Araminta, en un principio exasperada por el inoportuno accidente de su invitado, parecía no tener mucho interés en hacer otro tipo de plan para él, y, cuando Antonia sugirió que ella podía acompañarlo a ver el famoso Gran Bosque de Battle, su madre accedió de inmediato como hacía siempre que ni siquiera estaba escuchando.

En cuanto se alejaron unos cientos de metros por el camino, Curran se bajó del caballo y se quitó el voluminoso vendaje de crepé con el que se había ceñido el tobillo.

—Recuérdame que vuelva a ponérmelo luego —le dijo a Toni mientras se lo guardaba en el bolsillo de la vieja chaqueta de montar.

—¿De verdad no te has hecho nada?

Incluso entonces le costaba creerlo: había sido tan convincente por la

mañana, se había mostrado tan sufrido, tan consternado y en apariencia inválido… Pero ahora se desternillaba con esa curiosa risa mordaz que, cuando no lo tenía delante, Antonia no podía recordar con precisión.

—Todo puro teatro. ¿También te he engañado a ti? Pues sí que he tenido que superarme.

—Creo que soy fácil de engañar. Desde luego me has dado mucha pena.

—Tienes un gran corazón. Bueno, háblame de ese bosque al que vamos.

—Lo llaman el Gran Bosque de Battle. Ahora ya no es tan grande como antes, pero todavía hay gente que llega a perderse.

—¿Tú te has perdido ahí dentro alguna vez?

—¡No! Supongo que habría que ir a pie y ser bastante tonto. Yo solo voy a caballo de vez en cuando.

—¿Crees que esta sería una buena zona para abrir una escuela de equitación?

Sin responderle siquiera, entusiasmada, ella le preguntó a su vez:

—¿De verdad vas a abrir una?

—¿De verdad me ayudarías si lo hiciera?

—¡Me encantaría! Pero pensaba que sería en Londres.

—Es el sitio más lógico. Allí se mueve algo más de dinero, me temo.

—No me gusta Londres —repuso Antonia, a la que de pronto se le vino a la cabeza su aversión por la ciudad.

—Pues entonces Londres queda descartado. ¿En qué zona? Elige tú.

—Me gustan los bosques… —empezó a decir ella, pero enseguida se interrumpió—: ¿Te refieres a qué tipo de zona o a qué zona en concreto?

—Me refería a qué tipo —contestó Geoffrey mientras la observaba—. ¿Cuántos años tienes, Toni? ¿Diecisiete?

—Diecinueve. —Le sorprendió cuánto se había equivocado. Esperó unos segundos y luego, con un tono de estudiada indiferencia, le preguntó—: ¿Te parece que tengo solo diecisiete años?

—Pues sí, eso creía. ¿Te he ofendido?

—Por supuesto que no.

Sonaba tan profundamente ofendida que el otro se echó a reír sin ambages.

—¡Madre mía! Toni, no te enfades conmigo. A muchas mujeres les gusta que las vean más jóvenes de lo que son, ¿sabes?

—Claro que lo sé. —Había empezado a adelantarse trotando por el borde del camino—. Pero no puedes decirle a la gente solo lo que crees que les gustaría oír.

—Si alguien te cae bien, sin embargo, quieres que le guste lo que le digas.

—Adulación —replicó la joven sin mirar atrás.

La simpleza de su desdén le molestó y le fascinó al mismo tiempo y Curran se puso a su altura, pero —para su desconcierto— vio que la muchacha tenía los ojos llenos de lágrimas.

—¿Toni? —Como esta no contestaba, le preguntó con dulzura—: ¿Qué te he hecho?

Hubo un breve silencio y luego Antonia, cortante, le advirtió:

—No quiero que me digas nada que no pienses de verdad. No lo voy a consentir.

—¡Pero si nunca he hecho tal cosa! —exclamó el otro, que se preguntaba qué demonios le había dicho.

—¿Me lo prometes?

(¡Cielos, sí que era joven!).

—Toni, ¿por qué iba a querer adularte? Todo lo que te he dicho, hasta la última palabra, es verdad. ¿Me harás el honor de creerlo?

—Desde luego, si me lo pides. —Luego le sonrió y su inmediata aceptación le sorprendió tanto como lo había hecho la aparición de las lágrimas. (Cielos, pensó de nuevo, ¡sí que es una chiquilla!)—. Pronto tendremos que desviarnos a la derecha y ya casi habremos llegado.

—Hace buen tiempo en nuestras excursiones —observó Geoffrey siguiéndole el paso.

Ella miró a su alrededor.

—Sí, pero hoy no llama la atención sobre sí mismo, como aquella tarde después de la tormenta.

Giraron a la derecha para meterse por un sendero estrecho y más bajo, con las prominentes orillas cubiertas de fresas silvestres y violetas de monte. A su diestra, el bosque había aparecido de forma misteriosa.

—Lo curioso del bosque —comentó Antonia— es que, cuando te has adentrado en él, no parece existir el clima ni el tiempo. —Lo miró para ver si la había entendido, pero él parecía atento y sin palabras, de modo que continuó—: Quiero decir que, haga el tiempo que haga, o sea la hora que sea, parece que siempre ha sido igual. No hay tarde ni noche, ni lluvia ni oscuridad… Parece completo, independiente y siempre lo mismo. —Se detuvo un momento y luego añadió, pensativa—: Por supuesto, es distinto cada vez que entras.

—¿Así es como piensas para tus adentros?

—Solo a veces. Y solo sobre algunas cosas. Es extraño: me parece todo tan claro cuando lo pienso y una absoluta idiotez cuando intento hablar de ello.

—¿Siempre?

Tal y como Geoffrey esperaba, la joven contestó de inmediato:

—Nunca lo había intentado.

El cielo, sobre el denso tapiz del bosque, era de un azul suave y penetrante.

—Me gustan los halagos —soltó Curran de improviso. Ella se giró para mirarlo—. Ya ves, me halaga que no hayas intentado hablar de ello con nadie más.

—¡Si es la verdad!

—Sí, pero podrías no haberte molestado en decírmelo.

—Me has preguntado y claro que te lo he dicho.

Geoffrey gimoteó de un modo ostensible.

—Toni, ¡me das miedo! ¿Acaso nunca te permites el consuelo del engaño, ni con los demás ni contigo misma?

Antonia pensó en ello y el otro se dio cuenta de que se sonrojaba un poco.

—No lo sé. Creo que no entiendo muy bien a qué te refieres. Me temo que soy una completa ignorante. ¿Te has fijado en que la gente que es así casi siempre suena pretenciosa? No era mi intención.

No es lo mismo la ignorancia que la inocencia, pensó Curran. Ya en voz alta, le dijo:

—Sé que no eres pretenciosa. Mira, si te prometo que no voy a adularte nunca y tú me prometes halagarme constantemente, seremos felices para siempre.

La joven se volvió hacia él entre risas. Sus ojos eran en verdad como dos estrellas, se dijo este, con esos ojos me romperá el corazón.

—Ya hemos llegado —anunció Antonia—. Por aquí se entra al bosque.

La entrada parecía bastante fortuita, pero en escasos minutos podrían haber estado en lo más profundo de la espesura. Las arboledas estaban entreveradas de infinitos senderos y trochas, salpicadas de claros donde los árboles habían muerto o los habían cortado para hacer cercas, y presentaban enormes contrastes: el calor que bajaba desde las franjas de cielo abierto sobre los caminos quemados por el sol; el fresco de las infinitas sombras y el follaje; el inmenso silencio y las diminutas orquestas de insectos; la ausencia de color —los troncos de los grandes robles y castaños eran solo más claros o más oscuros, como las sombras— y la suntuosa textura polvorienta del suelo, con viejas hojas marchitas reducidas a huesos de bronce, ramas partidas como fantasmas de plata que una vez se hubieran ahogado en la luz de la luna y el rosa púrpura de las arroyuelas y las dedaleras, el cálido amarillo de las linarias y el más frío de las celidonias, el verde del musgo, de los yaros, de las anémonas de los bosques, de los helechos y las hojas de roble, intensos, luminosos, delicados, exuberantes y sencillos.

—¿Dónde vamos a comer? —preguntó Geoffrey.

—¿Por qué? ¿Tienes hambre? ¿Quieres parar ya?

—No, solo me preguntaba si sabes por dónde vas o si tienes algún plan misterioso.

—Quería llevarte al único arroyo que he encontrado por aquí. No está muy lejos y así los caballos podrán beber. ¿Tienes miedo de perderte?

—Estoy seguro de que tú no te perderás. Solo temo perderte a ti.

—No dejaré que te pierdas —repuso Antonia.

Sin embargo, después de media hora Curran llegó a la conclusión de que, sin ella, era obvio que se habría perdido. Habían cambiado de sendero tantas veces que, con el sol de mediodía en lo alto del cielo, ya no tenía ningún sentido de la orientación.

—Casi estamos. En primavera se oye la corriente del riachuelo antes de verlo, pero ahora no lleva la suficiente fuerza para hacer ruido.

Llegaron a un claro en el que había un roble enorme en un extremo y, en el otro, una loma que bajaba hasta el río. Antonia desmontó de un salto y miró a su alrededor con una expresión de triunfo personal que a Geoffrey le pareció encantadora.

—¿A que es un buen sitio para hacer un pícnic?

—Perfecto —convino él. Se había quedado observándola sin bajar del caballo.

—Eso es lo que dijiste de la fresa.

Tal vez no sea tan ingenua después de todo, pensó entonces mientras llevaba a su animal hasta el poste donde la chica estaba atando al poni. Tiene un instinto infalible para sacar a colación esos recuerdos. Las mujeres casi siempre saben lo que se cuece a su alrededor, al fin y al cabo…

Antonia había empezado a arrastrarse por la loma hacia el riachuelo.

—Hay un punto más o menos profundo donde he pensado que podríamos dejar la sidra. Al menos se refrescará un poco.

Geoffrey la siguió. Desde la loma, había saltado a una especie de islita triangular, tan pequeña que apenas había sitio para ella y el joven roble que crecía en un extremo. A un lado se extendía un amplio lecho de grava cubierto por una capa de agua tan fina como una galleta; al otro, un estrecho y abrupto canal de color verde oscuro por las algas que, como si lavara una larga melena, arrastraba la corriente.

—Una vez lo ahuequé un poco más —siguió explicándole la muchacha, que trabó la botella bajo una raíz.

—¿Te echo una mano?

Ella se apartó el pelo de la cara con los dedos mojados y repuso despreocupada:

—No, no, me las apaño perfectamente.

Intentaron dar de beber a los caballos, que olisquearon el arroyo despacio, con una delicada y despectiva indiferencia.

—Ya lo dice el proverbio —apuntó Toni, y volvieron a atarlos.

Se acomodaron debajo del roble grande para almorzar. Ella fue sacando la comida de la bolsa de lona mientras él iba a por la sidra.

—¡Ten cuidado con mi roblecito! —le gritó Antonia.

—¿Por qué? ¿Lo has plantado tú?

—No, se ha plantado solo, pero me gusta que esté ahí.

En cuanto se quedaron quietos, con toda la comida fuera, los insectos empezaron a congregarse en ceremoniosas nubes.

—Puede que fumando los ahuyentemos.

—Hazlo tú, yo no fumo. Bueno, nunca he fumado.

—¿Quieres probarlo? Estos son fuertes, te aviso.

Ella se quedó mirando el paquete, indecisa.

—¿Fuertes? ¿Eso es bueno? De verdad, no he fumado nunca.

—Siempre hay que fumarse el primer cigarrillo en un bosque. Es la tradición. —Antonia cogió uno y él se lo encendió—. Da una calada y luego suelta el humo.

—He visto hacerlo a mucha gente —replicó cortante la joven.

Geoffrey la observó aspirar y soltar el humo a trompicones con expresión de forzada serenidad.

—¿Bien?

Toni asintió y se le metió algo de humo en los ojos. Él sirvió la sidra y dijo:

—Nadie se fuma entero su primer cigarrillo.

—¿Ah, no?

—No. También es una tradición.

—Me ha gustado —concluyó entonces la chica, y lo apagó con suma delicadeza.

Dieron cuenta del almuerzo sin hablar mucho, complacidos por el calor y la despreocupación de estar solos y que nadie pudiera interrumpirlos. Para ella suponía el placer absoluto de pasar un día ocioso de verano a solas con Geoffrey; para él, la deliciosa y creciente certidumbre de que, con tanto tiempo por delante, podría (de un modo u otro) acabar haciéndole el amor. Estaba descubriendo la diferencia entre su ingenuidad, la confiada facilidad con la que se mostraba ante él, y sus repentinos y abruptos retraimientos a un estado de confusión y de extrema timidez; lo cual le resultaba tan fascinante como inexplicable.

Se habían bebido toda la sidra y, según dijo Antonia, le estaba entrando

sueño, de modo que se tumbó de espaldas en la suave pendiente de la loma con las manos cruzadas detrás de la cabeza y los ojos cerrados. Había rechazado un segundo cigarrillo, pero cuando oyó el chasquido de la cerilla con la que Geoffrey se iba a encender el suyo, los abrió un instante y sonrió.

—Despiértame si me quedo dormida.

Él asintió y se acomodó apoyado contra el roble, aparentando adormilarse mientras fumaba por si la chica creía que quería mirarla.

El calor y el silencio, que solo se veía turbado por la sensual aglomeración de insectos, agudizaban sus sentidos hasta el punto de que solo quería contemplarla y hasta que el mero hecho de contemplarla resultaba insoportable. Su postura, su quietud, era en sí misma atractiva —allí tumbada, inmóvil, pensó, era atractiva hasta casi el límite de la belleza — y por fin tenía tiempo de disfrutar de todos los detalles de esa atracción. La posición de la cabeza, girada un poquito hacia un lado, dejaba a la vista la larga línea de su cuello, desde el blanco puro del cutis hasta la suave concavidad de la garganta apenas dorada por el sol. Sus hombros, debajo de la blusa blanca, parecían casi infantiles y huesudos, sin misteriosa y tersa carne que redondeara sus formas y dando a los brazos la apariencia de no ser ni rectos ni curvos, sino de una tercera delineación difícil de describir. Se imaginó sus pechos, pequeños y blancos, pero con una blancura distinta, realzada por su exquisita decoración. Más allá, las alargadas y vacilantes líneas se separaban y se escurrían hacia su cintura, donde tenía la blusa bien remetida. Parecía reunir todos los tipos y tonos de blancura: el único color era el de su pelo y el de sus llamativos ojos, muy irlandeses, aunque le había dicho que solo tenía parte de sangre galesa y ninguna relación con Irlanda. Recordó sus bonitas manos, que ahora tenía escondidas detrás de la cabeza: un oscuro mechón de pelo corto le cruzaba la frente y se imaginó sus dedos húmedos, el sudor de un día caluroso. Se había dormido, estaba casi seguro; esa curiosa composición de descanso vulnerable era solo suya: la respiración suave y regular y las pestañas cerradas como las alas de una mariposa en un momento de reposo… La recordó dormida sobre la loma de hierba junto a la cancha de tenis; cómo había observado entonces la elegancia de su sueño, cómo le había impresionado el repentino e intenso color de sus ojos cuando la despertó…

—Es la segunda vez que te despierto. —Antonia despegó los párpados despacio; se había quedado profundamente dormida—. Esta vez no hay diente de león.

Ella lo miró mientras se iba espabilando y empezó a sonreír, y Geoffrey vio el instante de alarma en sus ojos cuando se inclinó sobre ella y sintió esa sonrisa disolverse en su boca al besarla. Las manos de la chica habían

quedado atrapadas bajo su cabeza y se aplastaron de pronto con el peso; se separó un segundo para liberarla y ella le echó los brazos alrededor del cuello. Curran le sostuvo el rostro a unos centímetros del suyo para preguntarle:

—¿Te habían besado alguna vez? —Cuando Toni negó con un gesto, una apasionada ternura se apoderó de su deseo por ella y le apartó el mechón de pelo de la frente con la delicadeza absoluta de la posesión—. Ya no podrás volver a decir eso.

Se miraron en silencio: ella con asombro, él con deleite.

—¡Eres preciosa! —le dijo al fin—. ¡Jamás he conocido a nadie como tú! Esto es el comienzo de tu vida y soy yo el que tiene la inmensa suerte de estar aquí. Toni, mi querida Toni, dulce criatura, ¡di que me amas un poco!

—¿Tú me amas?

—¡Estoy loco por ti! Te adoro… ¡Nunca me había sentido así!

La incorporó y la tomó en sus brazos y ella, rozándole el rostro con los dedos, murmuró:

—Sí que te amo…

Entonces él empezó a besarla de nuevo, a tocarla, a despertar sus sentidos y a abrumarla de sensaciones. Llevada por el amor, Antonia respondía a sus besos y caricias de un modo que le sorprendió, hasta que el deseo se hizo tan urgente que Curran olvidó que era ella lo que deseaba. Cuando la confusión de amor y deseo entre ellos llegó a su punto álgido, la dejó tumbada en el suelo, temblando y sin aliento, y empezó a desabrocharle a tirones los botones de la blusa. La chica subió las manos de forma instintiva y él le dijo:

—Sí, mejor hazlo tú, irás mucho más rápido.

Ella se sentó.

—No te quedes mirándome, no pierdas el tiempo. Quítate la ropa.

Antonia seguía perpleja, pero un terror remoto y martilleante había empezado a aflorar en algún rincón de su ser.

—¿La ropa?

—Quiero hacerte el amor, te deseo. Vamos, Toni, no finjas que no sabes lo que necesito ahora… después de eso.

La joven miró desesperada aquel bosque bañado por el sol que los rodeaba: algo había salido terrible e incomprensiblemente mal.

—No… ¡No puedo! —El martilleo venía del corazón—. ¡No puedo! No puedo.

Geoffrey, que la tenía cogida con fuerza por los hombros, la apartó casi de un empujón.

—¿Quieres decir que puedes comportarte así, besarme como acabas de

hacerlo y luego parar con toda tranquilidad cuando te conviene, como cualquier putita desalmada? Ya no sé si creerme ese cuento de que nunca te habían besado. —Estaba tan furioso y frustrado que apenas sabía lo que decía—. Me vuelves loco de deseo y entonces, medio desnuda, ¡dices que no puedes!

Se hizo un crispado silencio, hasta que la manifiesta injusticia de este último comentario lo refrenó y, por primera vez desde que la había tumbado en el suelo, la miró: estaba recomponiéndose la blusa, mirándolo sin saber qué decir, con un aspecto tan afligido, tan desorientado, que de pronto lo invadió un incómodo y exasperado remordimiento.

—Ha sido culpa mía, en realidad. Lo siento. Me he dejado llevar.

Era intolerable, pensó con amargura, y ella no decía nada. Estaba pálida como la cera. Ojalá dijera algo. Intentó sonreírle.

—No pasa nada —continuó—, sé que no me has entendido. —Luego, a pesar de sí mismo, añadió—: Creía que me amabas.

Enseguida sintió cómo se precipitaba su respuesta, antes incluso de que, en voz muy baja, ella replicase:

—Sí que te amo. Nunca he amado a nadie más y te quiero con toda mi alma. No te… No te habría besado de no ser así. Lo siento mucho. No sabía que era algo malo.

—Mi pobrecita Toni, no tienes por qué decir eso cuando soy yo el que te ha confundido así. Perdóname, mi vida, por disgustarte tanto. ¿Podrás perdonarme?

Ella asintió, pero cuando Curran le cogió la mano, dejó escapar un leve y penoso gemido de resistencia y se retorció para apartarse de su cara y mirar al suelo.

Ahora Geoffrey no dudó: al decirle que lo amaba le había devuelto la confianza y el tacto. La cogió de nuevo entre sus brazos, le acarició el pelo y la consoló como si fuera una niña. Apenas ha dejado de serlo, después de todo, pensó. Jamás había fastidiado nada de una forma tan estrepitosa.

Cuando estaba más calmada, se tentó los bolsillos en busca de un pañuelo y sacó la venda de crepé.

—¿Crees que esto te servirá?

Antonia asintió y derramó las últimas lágrimas. Él le secó la cara con cuidado y se la besó.

—Es solo un beso de amigo para hacer las paces —le dijo al notar cómo se agarrotaba—, como hacen los niños. No tienes de qué preocuparte.

Ella sonrió y el esfuerzo pareció una pequeña aventura. Casi a salvo ya, pensó Geoffrey, si tengo cuidado.

—Creo que ha llegado el momento de darme el gusto de un cigarrillo —

dijo en voz alta. La muchacha se zafó enseguida de su abrazo—. ¿Quieres probar otra vez?

Toni se volvió hacia él y, por alguna razón que le pareció inexplicable, las mejillas se le tiñeron de rojo escarlata.

—¡No! Gracias.

Luego se puso a recoger los restos del almuerzo con meticulosa pulcritud.

—Ojalá no nos hubiéramos bebido toda la sidra… —empezó a comentar el otro, pero ella lo interrumpió.

—¡Geoffrey!

—¿Sí, Toni?

—Tengo que pedirte una cosa.

Estaba sentada sobre los talones y no lo miraba.

—Pídeme lo que quieras.

—¡Pero es que no es fácil!

Antonia se había vuelto a quedar en silencio y, movido por una angustiada curiosidad, Curran la instó a seguir hasta que, por fin, la joven se decidió.

—Puede que te suene absurdo, pero te agradecería muchísimo que no le contaras nada a mi madre. No podría soportar que se enterase. No podría soportarlo —repitió.

Nada podría haberle sorprendido más. La mera idea de decirle a su madre —o a cualquier madre, de hecho— que había intentado seducir a su hija, y sin éxito, le parecía tan inconcebible que la miró incrédulo, pero aquella expresión de desasosiego no la abandonaba.

—Por supuesto —le aseguró entonces con voz pausada—. Jamás se me ocurriría contárselo a tu madre. Quedará entre nosotros, ¿de acuerdo?

—Sí —asintió Antonia con tan profunda gratitud que Geoffrey ya no pudo dudar de su sinceridad. Hizo una diminuta pausa y luego continuó—: Tal vez sospeche, pero si me pregunta algo, ¡le mentiré! —Parecía tan decidida y vehemente que el otro se descubrió asintiendo muy serio con la cabeza mientras ella terminaba murmurando medio para sí misma—: Por primera vez.

—Bien, pero si yo te prometo eso, ¿tú me prometes salir a montar conmigo de vez en cuando?

Antonia alzó la vista y Curran vio que sus ojos volvían a llenarse de vida.

—¿Quieres que te acompañe más veces?

—¡Pues claro que sí! Haremos planes rebuscados para despistar a tu madre, ¿eh?

Ella sonrió con una embriagadora felicidad secreta y fueron a desatar a los pacientes caballos asediados por las moscas.

Puede que al final todo salga bien, se dijo Geoffrey, a pesar de un comienzo tan desastroso.

Toni iba un poco aturdida, con un agotamiento del que apenas era consciente. Sabe que lo amo y entiende lo de no contárselo a mi madre, pensaba una y otra vez. Lo sabe y lo entiende perfectamente.

El trayecto de vuelta hasta salir del bosque y llegar a casa fue, por tanto, tranquilo y sin sobresaltos.

Ya de regreso y con los demás, Antonia se sorprendió de lo fácil que le resultaba comportarse como si no hubiera pasado nada.

Él, sin embargo, que aún se sentía culpable, tenía la impresión de que su estudiada tranquilidad no era en absoluto convincente y se preguntaba si, al menos con su madre, conseguiría mantener las apariencias. Geoffrey se dedicó por entero a Araminta el resto del día, mientras observaba la impotente turbación de George Warrender con una vena de malicia cínica.

Antonia creyó haber evitado sin problemas cualquier tipo de conversación con su madre, pero cuando ya estaba en su cuarto y se había desvestido, Araminta llamó a la puerta con unos golpecitos y la abrió enseguida, sin darle tiempo a contestar. Antonia, que se estaba cepillando el pelo, se detuvo con el cepillo en ristre, a la defensiva.

—No pongas esa cara de sorpresa, hija. Solo soy yo, que quería pasarme a darte las buenas noches.

Hubo una pequeña pausa, durante la cual Antonia bajó el cepillo y Araminta se paseó inquieta por la habitación hasta que, al final, se abalanzó sobre el vestido de color terracota que su hija se acababa de quitar.

—Cariño, deberías colgar la ropa en condiciones. ¿Cómo quieres que nada se mantenga decente si no?

—Iba a colgarlo ahora, me lo acabo de quitar.

La risa de su madre, liviana e incrédula, agudizó su hastío hasta ponerla de los nervios y hacerla saltar. Nunca iba a darle las buenas noches, era evidente que quería algo. Se giró en la banqueta y le preguntó:

—¿Qué ocurre?

Araminta se había inclinado sobre el espejo del tocador para recolocarse las ondas de la corta melena y Antonia vio en ella ese instante de ira al sentirse atacada antes de responder con deliberado buen humor:

—Bueno, cielo, no es que quiera criticarte, pero creo que has estado un poquito grosera con el pobre George esta noche: no tenía a nadie con quien hablar ¡y tú te has dedicado a leer un libro! Por supuesto, nadie se alegra más que yo de que al fin hayas encontrado a una persona con la que

congenias, pero debes intentar no… En fin, no volcarte tanto con nadie si es en perjuicio de todos los demás, no sé si me entiendes.

Se hizo un silencio durante el cual la muchacha pensó en decir tantas cosas que, por suerte, no fue capaz de decir ninguna. Al final, y como le daba la impresión de que aquello no hacía sino incitar el despiadado fisgoneo de su madre, se limitó a contestar sin ningún tipo de expresividad:

—Lo entiendo. ¿Eso es todo?

Araminta había vuelto a la puerta.

—Eso es todo, cariño. Y no te enfurruñes, caray, que te lo digo con mi mejor intención. No te lo tomes todo tan a la tremenda, por lo que más quieras.

Después se fue y, por fin, aquel día terminó.

Seis

El resto de la visita de Curran transcurrió con un perfecto clima veraniego y una leve pero inequívoca tensión de la cual todo el mundo, en mayor o menor medida, era consciente. Antonia, quizá la que más lo notaba, era probablemente la que menos lo entendía. Pensaba, sin más, que cada matiz y cada extremo que captaban sus sentidos, que le parecían agudizados hasta un punto inquietante, eran así porque estaba enamorada y, sin embargo, no vivía en un mundo privado en el que solo existieran Curran y ella misma. Ahora, cuando veía pasar el lejano trenecillo desde la ventana de la salita matinal durante el desayuno, tenía la sensación de que podía oler las volutas de humo azul que despedía; cuando su padre llegaba tarde al almuerzo, creía poder adivinar si estaba o no satisfecho con el trabajo de la mañana; era muy consciente de que la actitud de George Warrender no se debía solo, como decía su madre, a un temperamento bilioso, sino a algún tipo de infelicidad, y se compadecía de él e intentaba, titubeante, distraerlo de lo que fuese que lo entristecía. Sabía que su madre estaba enfadadísima con ella, aunque no por qué, y trataba sin ningún éxito de aplacar ese enfado. Sin embargo, una especie de cortina o de filtro le impedía comprender nada de aquello; la instintiva relación que todo, para ella, tenía ahora con Curran. Tan repentino había sido este proceso de relacionarlo todo con su amor, y luego tan continuo y absoluto, que casi un segundo después de haber reconocido el cambio se volvió algo por completo inconsciente. Estaba poseída por su nuevo y perfecto culmen de felicidad: susceptible y subjetiva en extremo, sin siquiera su anterior capacidad para comparar o analizar o entender las implicaciones; era como ser capaz, de pronto, de leer en un montón de idiomas extranjeros sin poder traducir ni una sola palabra.

La escena del bosque, milagrosamente, parecía no haber malogrado la situación —después de uno o dos días ni siquiera parecía haberla cambiado — y Antonia se lo agradecía a él sin cuestionarse nada más. Casi nunca estaban a solas y ella se mostraba conforme, aunque para Geoffrey el descubrir que la muchacha no buscaba ni evitaba su compañía era tan

extraordinario como intrigante. Si lo amara, intentaría organizar algún tipo de plan privado para ellos dos; si no, sin duda evitaría cualquier intento por su parte. En cambio, parecía no tanto tranquila como pasiva respecto a ese asunto, si bien respondía de buena gana a sus bromas cariñosas y a la charla relajada e íntima siempre que estaban solos. Durante unos días, Curran estableció esta relación con ella y se dio cuenta de que el silencio de la chica con los demás no era anodino, sino más bien vigilante y muy atento; después la propia Antonia le contaba lo que había estado pensando y retomaban la conversación dondequiera que la hubiesen dejado y él reconocía divertido su genuina memoria, su incansable celo por reconstruir las escenas. Durante el resto de su visita, la escuchó y debatieron y la animó a hablar de ella misma, a contarle lo que pensaba y sentía, mientras sondeaba las dimensiones de su inexperiencia pero descubría, también, que no había malicia alguna en su ánimo.

Una vez, cuando estaban cogiendo frambuesas, Toni le preguntó por su vida y Geoffrey se echó a reír y esquivó el tema sin dificultad; un pájaro se había quedado enganchado en la red y lo liberaron juntos: ella sujetó a la pobre criatura —que resollaba como el caz de un molino, boqueando de puro terror— mientras él cortaba con cuidado la cuerda de bramante que le atrapaba las patas, hasta que con una única y brusca sacudida silenciosa el animalillo había desaparecido y ella se había olvidado de su pregunta.

La noche anterior a su marcha, volvió a besarla. Estaban sentados en los escalones de la cerca al final del bosquecillo que había detrás de la casa. A su espalda, las sombras del atardecer iban cubriendo los árboles de forma desigual; frente a ellos, los últimos rayos de sol caían sobre la tupida hierba del verano.

—Es como sentarse en la primera fila de un teatro.

Geoffrey la miró.

—¿Has estado en muchos teatros?

—No, en muchos no. Y nunca me he sentado en la primera fila. —Antonia parecía sentirse como si estuviera confesando una falta—. Pero me imagino que será algo parecido.

—¿Quieres venir al teatro conmigo? Nos sentaremos delante del todo si te apetece.

—¿Crees que sería una buena idea? —En realidad no quería verlo en Londres, pero no le gustaba decirlo. Se hizo un breve silencio y luego le preguntó—: ¿Qué hay de tu escuela de equitación?

—Pues saldrá adelante, sin duda, pero aún tengo que encontrar a alguien con más dinero que yo para ponerla en marcha y primero debo volver a casa.

—¿A casa?

La joven se quedó mirándolo, no se le había ocurrido pensar que tendría casa.

—A Irlanda. Allí está mi hogar, ya sabes.

—Ah, sí.

—Pero volveré, por supuesto. Volveré para verte.

—Y para abrir tu escuela.

Geoffrey sonrió; sabía, y le gustaba, que no estaba siendo remilgada ni coqueta, sino sencilla y afanosamente precisa.

—Te echaré de menos —le dijo.

Antonia se giró de pronto hacia él y Curran tuvo la sensación de que había sido un comentario a la vez inadecuado y ridículo.

—¿Quieres bajar y dejarme besarte? —le preguntó entonces. Ella dudó y empezó a ponerse pálida—. Este bosque es distinto: no será lo mismo.

Vio que los dedos de la muchacha se tensaban sobre el tablón superior de la cerca antes de bajarse de un salto. Esta vez, sabiendo ya cómo asaltar sus defensas, le dijo que la amaba.

Cuando se fue, el duro golpe de su ausencia —por más que se lo había imaginado y lo había temido— la dejó perpleja.

Uno o dos días después, su madre abrió una carta durante el desayuno.

—Es de Geoffrey —dijo tras haberla ojeado.

Su marido alzó la vista, inquisitivo, del catálogo que estaba consultando.

—Geoffrey Curran —aclaró ella impaciente—. Parece que se lo ha pasado bien y manda recuerdos. Se va a Irlanda no sé cuándo… Qué espanto de letra, de las que uno ni se molesta en leer. —Hizo una pausa y luego siguió con otro tema—: Ese diablo de Thomas quiere que le traigamos decenas de paquetitos de musgo húmedo de la estación de Battle. ¿Os apetece ir a alguno?

Su marido negó con la cabeza y Antonia, concentrada en no mirar la carta, no dijo nada.

Araminta, que odiaba el silencio, empezó a protestar.

—Nunca quieres ir a ningún sitio, Wilfrid. —(Como si Battle fuese una gran oportunidad perdida)—. Supongo que, como de costumbre, me tocará encargarme a mí sola.

—Yo puedo ir en autobús si quieres.

—Lo que me gustaría es que aprendieras a conducir, Toni. No, ya iré yo. Los Parker han bajado, me pasaré a ver si les apetece una partidita de *bridge* algún día.

Se hizo otro silencio. Araminta suspiró inquieta y arrastró el sobre de Curran por la mesa. Wilfrid anotó algo en su catálogo y le preguntó:

—¿Vas a ir a Londres esta semana, Araminta?

Con un gesto, esta dio a entender que no. Parecía más alterada que de costumbre.

—No tiene ningún sentido con este calor. Ahora no hay nada que hacer allí. ¡Cielos, ojalá pudiéramos viajar al extranjero o algo!

—Bueno, querida, puedes ir tú. E incluso llevarte a Toni si quieres. Yo me las apaño bien solo.

Antonia se levantó de la mesa y se acercó a la ventana.

—¡A menudo me da la impresión de que estás mejor solo! —replicó su madre—. ¿Dónde diantres crees que está la gracia de recorrer la Riviera con Toni? Desearía que a veces, aunque fuera muy de vez en cuando, te plegases a hacer lo que quiere otra persona, para variar. Piensas que lo arreglas todo diciéndome que haga lo que sea por mi cuenta, que así te ahorras cualquier esfuerzo, y no se te ocurre que no quiero hacerlo todo sola…

—Yo no te describiría como una criatura solitaria —la interrumpió el otro—. Tienes una ingente cantidad de amigos.

—¡Y no sé qué haría si no! No todos podemos pasarnos la vida meditando sobre libros mientras otras personas nos solucionan lo demás, ¿sabes?

—No es una aspiración universal —convino Wilfrid sin alterarse.

Ella lo miró furiosa.

—¡Eres de lo que no hay! Da igual lo que te digan, jamás te muestras dolido por nada, ¡ni siquiera parece importarte!

Antonia se volvió hacia ellos con unas ganas locas de gritarles: «¡No podéis hacer eso, estoy aquí! ¡Basta ya!». Inútil, ilógico, demasiado tarde.

Su padre miraba sin pestañear por encima de la mesa y no había rastro alguno de expresión en su semblante.

—¿Quieres que me muestre dolido por algo?

Araminta le devolvió la mirada, desafiante.

—¡Sí! ¡Eso quiero, sí!

Él se levantó con cierta rigidez y fue hacia la puerta.

—Me resultaría difícil saber por dónde empezar.

Se marchó. La madre de Antonia dejó escapar un brusco sollozo y rompió a llorar.

Pánico, angustia; alguien había salido muy maltrecho, tanto que la muchacha apenas se atrevía a acercarse. Fue hacia su madre y se quedó junto a ella, de pie, rodeándole con un brazo los hombros temblorosos. De pronto Araminta se aferró a su hija con cara de espanto.

—No era mi intención. No soporto a la gente que no siente nada. Por eso

he dicho unas cosas tan horribles. Solo me ha preguntado si iba a ir a Londres por sus libros. No soporto esta soledad… —Las lágrimas le bañaban el rostro y por un momento clavó las uñas, largas y bien arregladas, en el brazo de Toni—. No quería ser mezquina contigo respecto a Francia, cariño. Por supuesto que irás, a París tal vez, a pasar un tiempo allí tú sola. Pero dos mujeres correteando por Francia, madre e hija de pensión en pensión… —Intentó reírse—. Yo no he *elegido* vivir aquí… Lo siento, cielo, se me han acabado los somníferos y cuando no duermo siempre me encuentro fatal. Si al menos notara que le importa lo más mínimo… Eso es lo que me saca de quicio. ¿Tienes un pañuelo? No encuentro ninguno. ¡Vaya, cariño! ¡Te he hecho daño en el brazo! Pero qué… La fuerza de la emoción, lo siento muchísimo, cielo, ¡tiene muy mal aspecto! Yo también estaré hecha un cuadro, creo que el maquillaje se me ha corrido como si le fuera la vida en ello. No te dolerá mucho, ¿o sí?

—Lo amas de verdad, ¿no?

Su madre alzó la vista; el negro intenso y bien definido de las pestañas se había disuelto hasta convertirse en un cerco desvaído alrededor de los ojos empañados por las lágrimas.

—Cariño, ¡no sabes nada en absoluto sobre el amor! Mi pobre niña, qué marcas tan feas te he dejado, y tú siendo un ángel conmigo. —Araminta se sonó la nariz y cogió la carta de Curran—. Ya sé lo que vamos a hacer. Iremos las dos a Battle a recoger las plantas, pero antes nos pasaremos por el Gateway para atracarnos de café y pasteles. Luego las plantas y, a la vuelta, los Parker. ¿Qué te parece?

Había doblado la carta de modo que Antonia podía ver el nombre de Geoffrey garabateado en azul y bocabajo. Al observar la macilenta expresión de su hija, Araminta se echó a reír y le dio unas palmaditas en el brazo.

—Claro que lo amo. ¿Por qué crees que aguanto viviendo en el fin del mundo? Llama a Dorcas para que recoja, cielo. Me preparo en un periquete.

Su madre se fue y Antonia se quedó de pie junto a la silla vacía. En breve estaría de camino a Battle con ella. Pensó en el Gateway, con ese cálido olor a repostería casera, y se mareó un poco. Tocó la campanilla para llamar a Dorcas y luego volvió a la mesa del desayuno, cogió el sobre de Curran y, avergonzada por sentirse tan dichosa en comparación con sus padres, se lo llevó a su cuarto.

Siete

A ella no le escribió. Julio fue abrasador: el sol salía, centelleaba, bostezaba en el vasto cielo y, con desgana, voluptuoso, se hundía cada noche dispersando colores de una intensidad agonizante. Se sentaban en el jardín delantero después de cenar y contemplaban el firmamento pintado como al azar con alguna delicada nube. No hablaban mucho: Antonia creía que las conversaciones al atardecer debían de ser maravillosas, pero nadie mostraba interés. Estaba descubriendo que era mejor que sus padres no hablasen de nada en particular, y también que no había nada de lo que ella pudiera hablar con los dos a la vez. De este modo, la joven se sumergía en el misterioso frenesí de sus pensamientos íntimos, medio apoyándose en la esperanza de su regreso medio viviendo con su recuerdo como si nunca se hubiese marchado. Había intentado imaginárselo en Irlanda, «la isla esmeralda», «su hogar», que se convirtió en un islote mágico, muy verde, con caballos salvajes y lluvias suaves y ningún otro habitante aparte de ellos salvo, aventuró una vez, quizá sus futuros hijos; una casa, ninguna carretera y, a su alrededor, embravecido y eterno, el mar teñido del mismo color que el cielo. Le había dicho que la amaba y, con el paso de las semanas, volvía cada vez con mayor facilidad a la entonación exacta de su voz, a los instantes previos y siguientes a esa frase, hasta que fue el único y deslumbrante recuerdo asentado en el centro de su pensamiento.

No esperaba que le escribiese.

Julio, agosto. Los invitados habituales los fines de semana (excepto George Warrender, que se había ido al extranjero), la misma vida campestre de todos los veranos. Su padre trabajaba con la ventana del despacho abierta y el humo de su pipa combinaba a la perfección con los macizos de lavanda que crecían bajo el alféizar. Su madre se cambiaba de ropa para los partidos y luego volvía a cambiarse porque había estado jugando. Los brazos se le habían llenado de pecas y el pelo se le había aclarado con el sol. Estaba más delgada, advirtió Antonia (¡Vaya, incluso más que yo!). Parecía jugar a todo con más intensidad y a veces —observó la muchacha— alterándose a ojos

vistas si perdía. Tenía la costumbre de reírse con tanto estrépito de cualquier cosa que alguien dijera en una fiesta que todo el mundo tenía que oírla repetirlo, y también la de preguntarle a Wilfrid con una intencionada vocecilla infantil si debería o no hacer una serie de nimiedades y tonterías que Toni sabía de sobra que su padre no podría impedir de ningún modo y que, en la mayor parte de los casos, le importaban demasiado poco para tener siquiera una opinión al respecto. «Wilfrid, ¿debería dejarme crecer el pelo y llevarlo recogido en dos trenzas como una niña alemana?», «Me encantaría ver la cara de la gente si cruzase Battle montada en bicicleta y solo con el traje de baño. Wilfrid, ¿puedo?», «Me pregunto si revolcarse del todo desnuda en el rocío antes de desayunar será bueno para la piel. Wilfrid, ¿te importaría mucho que lo intentase? Solo una vez, Wilfrid», etcétera. Aunque quizá, pensó su hija, siempre haya hecho este tipo de cosas y soy yo la que no me he dado cuenta hasta ahora. Bajo el comportamiento de su madre, sin embargo, advertía una vertiginosa corriente de infelicidad que refrenaba la vergonzosa y encendida ira que a veces sentía hacia su padre y eso la dejaba dubitativa y asustada. Nadie diría cosas así si fuera feliz, seguro, y cuando alguien era infeliz uno se compadecía instintivamente de esa persona. Parecía de una mala suerte tremenda y bastante increíble. No es que fuera todo culpa de su padre, aunque tampoco creía que él se estuviese esforzando: parecía seguir con su vida sin alterarse, indiferente, muy rara vez arrastrado por su madre a algún tipo de desconcertado rencor pasajero que se esfumaba en cuanto podía distanciarse otra vez y que no le dejaba ningún residuo emocional contra su mujer. Uno tenía que autocontenerse como su padre, se dijo Antonia, o bien contenerse en otra persona como hacía ella.

Agosto, pronto llegaría septiembre. Un verano espléndido, decía la gente, pero la conmoción de su marcha había ido cambiando con el paso de las semanas. Durante mucho tiempo había estado sumida en una resignación no del todo infeliz; luego, de pronto y sin razón aparente, empezó a lamentar su ausencia; solo eso, pensó Antonia, pero la pena chirriaba y quemaba, se extendía hora tras hora cuando estaba sola hasta que tiñó y corrompió cada momento en el que no lo estaba. Era como la nostalgia, se dijo, solo que no por el hogar. Si al menos le escribiera —tan solo unas líneas, para decirle cuándo volvería—, podría sobrellevarlo mejor; podría dormir. Y es que el sueño, que había sido siempre un asunto sencillo e inconsciente, jugaba ahora con ella todas las noches, como un gato con un ratón, y se le echaba encima cuando ya estaba al límite de sus fuerzas por la fatiga, dejándola sin sentido durante las pocas horas que quedaban antes del desayuno. Luego le costaba despertarse, pero el correo de la mañana la empujaba a bajar

corriendo y día tras día sentía la esperada punzadita de decepción al no haber ninguna carta suya.

Al final, hasta Araminta se dio cuenta de que no tenía buen aspecto. Estaban tomando el té en el jardín después de haber ido a bañarse a la playa de Cooden. Araminta alzó la mirada de la cerilla con la que se había encendido un cigarrillo y vio la extenuada y apática falta de interés de su hija (durante un segundo, le pareció igualita que Wilfrid), lo cual le hizo decir:

—Toni, cariño, ¿qué diantres te ocurre? Tienes muy mala cara, cielo, ¿estás enferma?

Para su consternación, a Antonia se le llenaron los ojos de lágrimas, se quedó unos segundos rígida e inmóvil en la silla, sin hablar, y luego, con un movimiento algo torpe, se levantó y entró corriendo en casa.

Los invitados bebieron un poco más de té mientras se toqueteaban los coloridos collares o las corbatas de sus antiguos colegios y buscaban desesperados la forma de escapar de aquella situación. Demasiado sol en la playa, dijo alguien en un arranque de inspiración, pero Araminta estaba preocupada: ella no pretendía alterar así a la pobre Toni. Tal vez sí que estuviera enferma. Sin embargo, cuando siguió a su hija al interior de la casa, ya no pudo encontrarla por ningún sitio.

Antonia había usado los últimos restos de autocontrol que le quedaban para esconderse en un desván donde almacenaban las manzanas. Aquello era imposible, debía recomponerse, ¡no tenía más remedio! O lograba aguantar la situación o tenía que encontrar un modo de acabar con ella. Dejó de llorar y lo pensó con detenimiento…

Durante la cena, su madre explicó que tenían razón con lo del sol y que Toni se había retirado a descansar porque le dolía la cabeza.

Días después, cuando estaban haciendo planes para los siguientes fines de semana, Antonia comentó:

—¿Y si invitamos algún día a ese tipo, Geoffrey Curran?

Araminta dejó de ordenar los lápices para el *bridge*.

—¿No está en Irlanda o Escocia o un sitio de esos? Saca punta al azul de rayas, cielo: parece que está bien, pero por dentro se le ha roto la mina.

—A lo mejor Enid sabe si ha vuelto.

—Tal vez. Voy a verla el jueves, se lo preguntaré. Llegaste a adorarlo, ¿no, cariño? Del todo inadecuado, pero fascinante, debo admitir. ¿Por qué todo el mundo arranca la borla del lápiz amarillo? Es increíble, debo de haberlo arreglado al menos tres veces. Adorarías a cualquiera al que le encantasen los caballos, boba. Supongo que ya madurarás.

Antonia guardó silencio, pero se reía para sus adentros ante la idea de

una adoración tan general (y porque de pronto estaba segura de que volvería) e incluso le resultaba simpático que la malinterpretaran hasta tal punto.

El viernes, su madre anunció que Geoffrey había regresado y que iría a pasar con ellos el siguiente fin de semana.

En esta ocasión no se alteró, tenía siete días para poner orden en sus fantasías, su temor y su regocijo. El tiempo pasaba con una lentitud insoportable, reacio a gotear de un minuto a otro, casi como si se estuviese agotando. En cierto sentido, pensó, sí era el fin del tiempo: aquellos eran los posos de la incertidumbre y después del viernes empezaría otra vez un tiempo nuevo.

Los días se le hacían más largos, más y más dilatados con sucesos triviales: su madre la cargaba con los detalles de los preparativos para el fin de semana y ella se mostraba más aquiescente de lo habitual, pero como Araminta nunca se molestaba en prestar atención al comportamiento de su hija a menos que estuviese siendo un fastidio en público, no comentó nada.

El martes y el miércoles llovió: una serie de intensos chaparrones racheados. La fruta aún sin madurar cayó arrancada de los árboles, las flores se empaparon de color, las ramas altas de la arboleda crujían histéricas, el césped de la cancha de tenis reverdeció y Araminta renegaba de aquel clima. Lo mínimo que se podía pedir en el campo era que hiciese bueno. Antonia, que había decidido llevar a Geoffrey a Bodiam, se dio cuenta de pronto de lo mucho que cualquier plan privado para los dos dependía del buen tiempo y, sumisa, se hacía eco de las quejas de su madre.

El miércoles por la noche arreció el viento y el jueves el vendaval duró todo el día: el gato de la cocinera se volvió loco persiguiendo hojas y ramitas y fugaces terrores imaginarios, y la chimenea de la salita matinal revocaba y los hacía huir a todos por el humo durante el desayuno.

Antonia pasó el día limpiando pelotas de tenis para su madre y llevando los caballos a Battle para que los herrasen. Había dejado esto último para el jueves porque le gustaba y porque sabía que tardaría toda la tarde. El herrero casi nunca hablaba. Tenía un aspecto engañosamente feroz, con una espesa barba oscura y los antebrazos llenos de tatuajes, murmuraba entre dientes, daba palmadas a los caballos y trabajaba a una velocidad increíble. Siempre había una turba de niños dando brincos a su alrededor, como gorriones, y contándole su vida. Tanto los caballos como los niños confiaban en él, les gustaba su apariencia taciturna e incluso aquel día Antonia encontró reconfortantes su destreza y sus escasos gruñidos. A las tres y media, la hermana le llevó un té en su taza esmaltada azul; vivían juntos en una casita blanca a la espalda de la herrería y ella criaba aves de corral. Era

menuda, morena y fibrosa y no dejaba de parlotear; al igual que los niños, le contó todo lo que le había pasado desde la comida y él gruñó sin alzar la vista y siguió recortando los cascos de la yegua con sumo cuidado y maestría. Los chiquillos se quedaron callados mientras ella estuvo allí; la mujer le preguntó a uno de ellos por su madre, pero este se sumió en una agónica reserva y entonces, tras un último comentario dirigido a Antonia respecto al terrible viento, la hermana del herrero se fue.

Cuando el trabajo estuvo terminado y Antonia ya había pagado —el hombre le dio el cambio de una vieja lata de tabaco—, sacaron los caballos y la joven montó.

—¿Cree que volverá a llover?

Él le tendió las riendas y observó el cielo. Tenía los ojos castaños y afables.

—Apurará, calculo. —Acarició el cuello del rucio y añadió en tono de advertencia—: Pero mañana.

Fuera, el ambiente era fresco en comparación con el sofocante olor de la fragua. Había un caballo de tiro esperando.

—¿Quiere decir que lloverá mañana? —insistió Antonia nerviosa.

—No, apurará. Veinticuatro horas, calculo, por ahí. —Se humedeció el pulgar ennegrecido y lo extendió en el aire—. No se preocupe —dijo luego, y se secó el dedo en el mandil de cuero.

La chica le dio las gracias, él se tocó la frente y volvió a la herrería. Mientras se ajustaba las correas de los estribos, Antonia oyó de nuevo una de aquellas vocecitas infantiles.

—La maestra le ha preguntado a Ireen qué tenía en la boca, pero ella se lo ha tragado, así que no ha mentido al decirle que nada, señor Jarvis, ¿verdad?

Nunca había mantenido una conversación tan larga con el herrero, se dijo Toni mientras volvía a casa sin prisa. Dejó de preocuparse por el tiempo.

Jueves por la noche; jamás habría imaginado que se le pudiera hacer tan larga. Cenaron pronto: su padre, su madre y ella. Le pareció eterno, pero apenas eran las nueve menos cuarto cuando terminaron y estaban de nuevo en el salón con el café. Reinaba una cordial indiferencia: sus padres no se estaban sacando de quicio y Antonia, en un afán por disimular su propia tensión, se comportaba exactamente como esperaban de ella. Incluso les habló del herrero, cosa que en general nunca habría hecho, y su padre la escuchó por educación. Su madre se echó a reír y exclamó:

—¡Apuesto a que tiene un pasado tremendo! Esos hombres fuertes y silenciosos…

Antonia la miró y vio en su expresión que se lo estaba imaginando de

verdad. Tal vez sí le importan los demás, pensó, y se apresuró a decir en voz alta:

—Aunque no parece para nada infeliz.

Araminta dejó escapar otra breve carcajada.

—¿Infeliz? No lo creo. Tengo que subir un momentito a llamar por teléfono. Quiero recordarle a Bobby lo del licor de melocotón, el pobre tiene memoria de grillo.

La chica se quedó a solas con su padre, pero era demasiado temprano para irse a dormir. De improviso, fue él quien la libró de este dilema al proponerle una partida de ajedrez, juego que ninguno de los dos disfrutaba, pero que estaba aceptado como algo que hacían juntos.

Cuando volvió su madre, los encontró sentados uno frente a la otra en dos sillas bajas con la cabeza inclinada sobre el bonito tablero. Wilfrid le daba la espalda, pero Antonia alzó la vista y sonrió. Lo cierto es que se está volviendo bastante atractiva, pensó Araminta con una leve punzada de envidia, pero también de triunfo: no quería una hija feúcha de verdad. En cualquier caso, ella es morena y yo rubia, así que no podríamos ser más distintas. Se parece mucho a Wilfrid, desde luego. Se parecía mucho más a Wilfrid, pero lo que en él era un aire de fragilidad general se traducía en su hija en una cierta delicadeza.

Su padre ganó la partida. Acababan de dar las diez: Antonia dijo que estaba cansada y se escabulló, pero ni siquiera eso fue el final de la noche. Ya a solas, pudo liberar aliviada sus pensamientos —ya no tenía que disimular su viva impaciencia—, pero descubrió que había muchas variaciones de ese mismo tema. Aprensión: que algo le impidiera venir, que no tuviese intención alguna de presentarse, que en todo ese tiempo su propio aspecto hubiera cambiado y pudiera decepcionarlo… Intentó decidir si era así mirándose con suma atención en el espejo, pero le resultaba muy difícil porque en realidad no sabía cómo era antes. Geoffrey no le había escrito, ni siquiera le había dejado un mensaje en la carta que le envió a su madre. Tal vez, a pesar de lo que había dicho, no la amaba. Trató de recordarlo cuando lo dijo y, de pronto, no pudo. Se había dejado caer sobre la cama, pero el iracundo y voluble vendaval tiraba ahora de la ventana medio abierta y empezó a tener frío y miedo. Se levantó y, antes de cerrarla, la abrió del todo y se asomó. Al instante, el viento le pareció más suave, más desahogado, aunque no menos perentorio; corría demasiado rápido para oler a noche de verano, pero bajo las sacudidas de las ramas insomnes de los árboles, bajo esos irregulares picos de fuerza, había una constante barrera de aire tan intenso que apenas podía coger aliento. Los árboles se estremecían, crujían y se encorvaban; las ramas tiraban de ellos, se doblaban, parecían

desencajarse, golpeaban unas contra otras, aullaban, luchaban a brazo partido y se liberaban con una sacudida hasta el siguiente asalto.

Cuando al fin cerró la ventana y volvió a la calma de su habitación, sus temores se habían perdido volando en la noche y recordó a la perfección lo que Geoffrey le había dicho.

El viernes aún soplaba el viento, acorde con el tempo del día que, a diferencia de los anteriores, se precipitaba a su fin. A las seis, Araminta fue a la estación a esperar el tren de Bobby.

—¿Qué Bobby? —había preguntado su padre.

—Bobby Rawlings, querido. Los Brewer traen a Geoffrey Curran con ellos, así que solo hay que recoger a Bobby. Por el amor de Dios, no vayas a desaparecer por ahí, Toni; enséñales sus habitaciones y ofréceles algo de beber si llegan antes de que yo vuelva.

Su padre regresó al despacho comentando a media voz cuantísima gente se llamaba Bobby hoy en día.

Antonia se cambió —se puso el vestido de lino color terracota— y rezó por que los Brewer llegaran antes de que volviese su madre. Se cepilló el pelo hasta que los ojos se le llenaron de lágrimas; emoción, temblaba de emoción, y el tiempo volaba. Tenía solo un lápiz de labios, muy discreto y demasiado pálido para resaltar el vestido, pero no se atrevía a ir al cuarto de Araminta para cogerle otro por si en ese momento llegaba un coche y no lo oía. Si era el de su madre, iría a buscarlo; si era el de Geoffrey, se pondría el suyo (no quería bajar sin nada). Este absurdo trato consigo misma se hizo importantísimo a medida que los minutos iban pasando y no llegaba ningún automóvil.

Todas sus joyas eran de plata oscurecida y piedras semipreciosas. Nunca se había parado a pensar en ello, pero ahora le parecían inadecuadas, a la vez toscas y mortecinas. Se las puso y se las volvió a quitar, intentó verse sin ellas, pero tenía la cabeza demasiado saturada, embotada, y el espejo le devolvía una imagen borrosa. Las seis y media: el sol salía a ratos, enfurruñado, pero el viento estaba amainando y el cielo se abría en jirones de un azul furioso. Antonia abrió la ventana y oyó un coche que giraba para acceder al camino de entrada. Aguantó lo suficiente para verlo llegar y allí estaban los Brewer, saludándola con la mano, y una tercera persona en el asiento de atrás. Entonces cerró y bajó corriendo la escalera al tiempo que el rubor se desvanecía de sus mejillas.

Al acercarse al coche, al saludarlos, al explicarles que su madre no estaba, al coger la maletita de mano de Alison Brewer para meterla en casa… En todo momento fue consciente de que Geoffrey tenía los ojos clavados en ella, aunque no cruzaron ni una mirada. ¿Les apetecía beber

algo ya o preferían subir primero a sus habitaciones y lavarse un poco? Alison, impecable y quebradiza como el cristal, dijo que estaba hecha una porquería y que le gustaría subir.

De modo que los condujo al piso de arriba, a los Brewer por un pasillo hasta la «habitación Fresa» (él también los acompañó porque tenían mucho equipaje) y después de vuelta y doblando la esquina hasta el cuartito donde Geoffrey había dormido la última vez que estuvo allí. Daba al sur y las vaporosas cortinas rojas estaban echadas, tal y como Dorcas tenía indicado dejarlas cuando hacía calor. Antonia cruzó la habitación para abrirlas y lo oyó dejar la maleta en el suelo. Tiró de una —enseguida tendría que darse la vuelta—; él no hablaba y a ella se le había hecho un nudo en la garganta que le impedía decir nada. La segunda cortina se atascó un poco, la chica tiró con más fuerza y la tela salió disparada hasta el final de la barra. Entonces se volvió hacia él —para reírse, para disculparse—, pero Geoffrey estaba de pie quieto, observándola, muy cerca de ella, y no pudo hacer ninguna de las dos cosas. De pronto, sin más preámbulos, él le tendió los brazos, ella dio un paso indeciso hacia delante y ya la estaba besando.

—¿Puedo ponerte la mano en el corazón y decir que me quieres?

Lo dijo en voz tan baja que por un segundo hubo una confusión de corazones; él lo sabía y añadió:

—Me conoces. No he cambiado en absoluto.

Y enseguida vio como la incertidumbre de la muchacha se convertía de nuevo en alborozo.

La puerta de un coche se cerró de golpe en la distancia y Antonia se apartó de él sobresaltada. Geoffrey asintió, aquella sonrisita cómplice que Toni recordaba le cruzó el semblante y se dirigieron a la vez hacia la puerta entreabierta.

—Baja tú primero. Yo tardo un minuto. —Le cogió el rostro con ambas manos y la besó fugazmente de nuevo—. Amor mío.

La noche fue muy animada. Bebieron, cenaron y jugaron al veintiuno. Durante la cena, él se sentó junto a Araminta, que le preguntó de forma bastante somera por Irlanda. Había comprado un par de caballos, dijo Geoffrey, y ganándose poco a poco al auditorio elaboró tal relato sobre esa compra que todo el mundo acabó prestándole atención, de modo que Antonia pudo observarlo también y comparar el recuerdo que guardaba de él con su presencia real. Estaba más delgado —no, más moreno, y por eso parecía más delgado—, pero por lo demás exactamente igual. No era el hombre que llevaba semanas imaginando, sino el que había estado allí antes de eso. Las dos imágenes se hicieron entonces una sola.

Aquella historia ocupó todo un plato de la cena.

—¡Ay, yo daría lo que fuera por saber imitar a la gente! —exclamó Araminta mientras se daba unos toquecitos con la servilleta bajo los ojos—. ¡Lo que fuera! ¿Tú no, Bobby? ¿O es que sabes y te lo callas?

Bobby empezó a decir que no se imaginaba…

—No importa, querido. No se puede tener todo.

Curran se inclinó hacia Antonia y le preguntó por sus caballos.

—Ayer mismo los llevó a herrar, y solo por ti, Geoffrey. Se muere de ganas por llevarte a montar, ¿verdad, cielo?

El otro se apresuró a contestar:

—Y yo me muero de ganas por que me lleve. ¿Adónde iremos?

La joven se fijó en sus ojos, alentadores, protectores, y contagiada de una nueva confianza, repuso:

—He pensado que te gustaría conocer Bodiam…

Pero su madre la interrumpió sin pudor:

—Sabes de sobra que Bodiam te importa un comino, Toni, cariño. Es solo una excusa para que el paseo sea largo. En cualquier caso, no será mañana. Mañana vamos a disputar un auténtico torneo de tenis, Bobby y yo veníamos planeándolo en el coche.

—El castillo de Bodiam —empezó a explicarle su padre a Curran sin excesivo entusiasmo— es de un interés considerable por más de una razón…

(Salvada. No es tan difícil como creía, pero no podré hacerlo durante mucho tiempo). El resto de la noche, sin embargo, fue mucho más fácil. Todo el mundo estaba de buen humor, sobre todo Araminta, que tenía la sensación de que su velada estaba siendo un éxito. Cuando Noel Brewer sugirió jugar al veintiuno —«Es que le encanta apostar, sea como sea», les aseguró Alison—, todos se sumaron a la propuesta. Mientras los demás reunían las bebidas, Antonia y Curran contaron juntos las fichas y mantuvieron la primera conversación entre ellos que todos podían oír pero que nadie más podía entender. La muchacha estaba tan iluminada por el amor, tan bullente y radiante, que todos sus movimientos, su forma de ordenar y contar las coloridas fichas, eran por completo deliberados y su voz medida con la mayor atención: solo de tanto en tanto, cuando los dedos de Geoffrey rozaban los suyos o este hacía que lo mirase al insistir con alguna pregunta, el recuerdo de su encuentro en la habitación se reavivaba en su interior —él extendiendo los brazos, poniéndole la mano sobre el convulso corazón— y ardía de dicha.

Noel Brewer ganaba una y otra vez. Curran fue el primero en quedarse en bancarrota, aunque Wilfrid se había retirado muy pronto y le había dejado sus fichas, que este dilapidó con despreocupado abandono. Era tan buen perdedor que todos querían que siguiese perdiendo más tiempo: su

temerario infortunio pronto se convirtió en el centro de atención del juego.

—¿Quieres que te preste algo?

Antonia lo había dicho sin pensar y notó que se le subían los colores.

—Tendrías que regalármelo, no hay muchas probabilidades de que te lo devuelva. La suerte me esquiva esta noche.

La joven empezó a contar fichas, pero su madre exclamó:

—¡Ay, Toni! ¡Mira que eres puntillosa! ¿Qué es una ficha más o menos entre amigos? —Y arrastró la mitad de su pila frente a Geoffrey.

Antonia parecía muerta de vergüenza.

—Quería darle justo la mitad.

—No importa, cariño —repuso Alison—. Mi dichoso maridito se lo llevará todo. ¡Es demoledor, parece un condenado profesional!

Un comentario que, por su forma de negarlo, pareció agradar mucho a Noel Brewer.

—Dame una que me traiga suerte —le dijo Curran, y Antonia le puso una ficha blanca en la mano.

Geoffrey perdió, sin embargo, y se retiró con imperturbable buen talante. La partida, de algún modo, perdió fuelle después de aquello y, tras unos cuantos cálculos frenéticos, pagaron a Noel lo que le debían. Durante cinco o diez minutos, todos empezaron a hablar de irse a dormir y, así, la velada se dio por concluida.

Era una noche clara y tranquila y el cielo estaba plagado de estrellas. Antonia creyó que jamás podría conciliar el sueño, pero apenas tuvo tiempo de pensar en ello antes de quedarse dormida.

El sábado hizo bueno. Antonia se pasó el día en un delirio de frustración. El buen tiempo significaba tenis, casi toda la jornada, y él jugó la parte del torneo que le correspondía. Antonia se consolaba con la posibilidad de salir a montar antes de la cena, pero durante el almuerzo se hizo evidente que Araminta lo había convencido para llamar a los Leggatt, de Robertsbridge (estaba decidida a conocer al fascinante Edmund Leggatt), y estos enseguida invitaron a todo el grupo a tomar una copa bien antes o después de cenar.

—Después, Geoffrey, por favor… ¡A saber cuándo terminaremos de jugar!

Curran volvió al teléfono.

—Quieren que nos cambiemos y vayamos a bailar —anunció al regresar.

Araminta dejó escapar un gritito de satisfacción.

—¡Estupendo! ¡Qué amigos tan considerados tienes, Geoffrey!

Eso quiere decir que tendré que planchar el vestido largo y lo odio, pensó desconsolada la joven, es demasiado infantil. Había rehusado participar en

el torneo y estaba sufriendo una reacción general a la noche anterior.

A la hora del té, se llevó el horrible vestido de organdí azul a la despensa para plancharlo. Un ventanuco enrejado daba al camino de la entrada. De pronto, se percató de que el cuartito se oscurecía, miró hacia arriba y allí estaba Geoffrey, con las manos en los barrotes, sonriendo.

—¿Es ese el precioso vestido que te pondrás esta noche?

—No es precioso. Lo odio, pero no tengo otro.

El rostro de Antonia se había iluminado al verlo, pero enseguida volvió a nublarse.

—¿Qué ocurre, mi querida Toni? Suelta eso y ven a contármelo.

Ella dudó, lo miró de nuevo y luego dejó la plancha. Geoffrey extendió un brazo desde el otro lado de la reja para darle la mano.

—El secretismo te parece abandono, ¿no?

—Es solo que… ¡Todo esto se te da mucho mejor que a mí! O puede que tú no…

—¡Por supuesto que sí! Constantemente. Anoche no pude dormir pensando en ti.

—¡Yo me quedé dormida al momento! —exclamó la joven, que acababa de darse cuenta.

Geoffrey la soltó.

—¿Lo ves? Tengo tantas razones como tú para sentirme abandonado, pero no lo hago. Desprendes una sinceridad tan deliciosa que es imposible. Dame la mano otra vez. No, mejor acerca esa carita… Tienes los ojos muy separados para estos barrotes, pero puedo darte un beso.

Antonia notó las barras de hierro, duras y frías, presionándole ambos lados de la cara. Un moscardón zumbaba ansioso por la despensa.

—Esta prisión te hace daño —le susurró el otro—, tendré que liberarte.

Ella le acarició el pelo.

—Me gustaría llevarte ahora mismo conmigo, ¡secuestrarte! —continuó Geoffrey, que con una risita triunfante concluyó—: Y lo haré, ya lo verás.

—¿Adónde me vas a llevar?

—Al castillo de Bodiam, mañana. —Entonces vio la expresión de sus ojos y le preguntó—: ¿O quieres ir más lejos?

—Adonde sea —repuso Toni con sencillez.

—No me mires así cuando bailemos esta noche, no podré soportarlo —le dijo él luego, y sacudiendo los barrotes que los separaban exclamó—: ¡Maldito artilugio!

Antonia se echó a reír alborozada por su forma de decir aquella palabra.

—¿Y a otros? ¿Puedo mirar así a otros?

—¡Ni hablar! Eres mía por entero, no perteneces a nadie más. ¿Te queda

claro ahora?

Ella cerró los ojos un instante y repitió, en voz tan baja que Geoffrey apenas pudo oírla:

—Soy por entero tuya.

Le pareció el momento más solemne de su vida.

Entonces lo llamaron y se fue. Antonia lo oyó vocear embustes alegres e insignificantes y pensó que ella jamás sería capaz de igualar su presencia de ánimo.

El resto del día, que acabó con la velada en casa de los Leggatt, pareció envolverla en un torbellino y luego desvanecerse como un largo sueño. Más tarde, los recuerdos que tendría de aquello serían confusos, una bruma de momentos y personas sin noción del tiempo ni de la medida. Podría haber sido un minuto o una vida entera, pero no le parecía ni su minuto ni su vida, como si fuera objeto de un encantamiento.

Recordaba que, en un momento dado, había bajado con pasos lentos por una bonita escalera hacia una sala atestada de gente; los peldaños eran de piedra y tan bajos que apenas tenía la sensación de estar descendiendo, no hasta que lo vio de pie junto a una ventana, consciente de que ella lo buscaba, aunque cuando llegó allí ya se había ido…

Recordaba un ancho sendero de césped que discurría entre arriates de fragantes hierbas, el aroma de la verbena entre sus dedos y, más allá, el luminoso rubor de las rosas. Había alguien con ella, pero ya casi había oscurecido del todo y se sentía prácticamente sola.

Alguien tocó el piano y, mientras bailaba con él, no sabía si hablaron ni si se miraron siquiera.

Una rajita de limón flotaba a la deriva en su bebida, la cáscara perlada de gotitas de plata, la fruta ampliada como con una lupa por el cristal de la copa que él le había dado.

La idea de que era invisible, de que no hacía ruido alguno, de que sus sentidos se perdían en él: era una especie de fantasma, una densa sombra de lo que había sido; solo él podía verla o tocarla y sin él no existía.

Un reloj dio la una; señal aislada del tiempo. «Tarde», los oyó exclamar, y después: «Aquí está el chal de Toni, ¿dónde está Toni?». Geoffrey cogió el chal y la envolvió en él. La voz de su madre: «Pareces agotada, cielo». Ahora que llevaba el chal podían verla y de pronto estaba muy cansada. Vaho blanco en el césped, clamor de faros. Él la metió en el asiento trasero de un coche y se sentó a su lado.

«A casa», dijeron. Ella apoyó la cabeza en su hombro y se durmió

aferrada a la manga de su chaqueta…

Ocho

—Te saqué del coche y te subí a la cama. Cuando te tumbé, abriste los ojos, te incorporaste y me dijiste: «No me dejes; si te vas, volveré a desaparecer». Te prometí que volvería y entonces entró tu madre y yo me fui.

—¿Qué pensó?

—Solo que habías bebido un poquito de más. No le importó.

—¡Pero eso no es cierto!

—Ya lo sé, pero era más prudente darle la razón y, de todas formas, tenía ganas de ver tu dormitorio.

—¿Y volviste?

Ya iban camino de Bodiam y Geoffrey siguió avanzando unos segundos antes de contestar.

—Lo intenté una vez —dijo al fin—, pero tu madre seguía revoloteando por los pasillos y tuve que retirarme.

—¿Qué demonios estaba haciendo?

El otro la miró con curiosidad un momento y luego apartó la vista.

—Atenderte, supongo.

Antonia torció el gesto.

—Suena como si me hubiera emborrachado. ¡Qué horror! Yo sé que no fue así.

—Si te hubieras emborrachado, no tendrías el aspecto que tienes esta mañana. ¿Cómo te encuentras?

La muchacha se volvió hacia él, pero se contuvo y en lugar de contestar le dijo:

—Gracias por llevarme.

—Fue un verdadero placer. Debes prometerme que no dejarás a nadie más cargar contigo.

—Eso ya te lo prometí ayer. —Iban abriéndose camino cuesta arriba y en diagonal a través de un prado enorme y entonces le advirtió—: Cuidado con las madrigueras de los conejos, una vez me tropecé con una y sufrí una caída muy fea. Pero, bueno, es mejor que ir por la carretera.

—¿Podemos evitarla durante todo el trayecto?

—No todo, depende de cada granjero. A la mayoría no les importa: saben que cierro las cercas y que doy rodeos para no pisotearles nada. ¿Qué hora es?

—Las once y media pasadas.

—¿Solo? ¿De verdad tenemos todo el día por delante? ¿Ha sido fácil?

Antonia había bajado tarde a desayunar y, al presentarse en la salita, se había encontrado con su ansiado plan milagrosamente dispuesto.

—No ha sido difícil. Por suerte, ayer tu padre me habló tanto del castillo que todo ha salido rodado. Así que ya ves, el día es nuestro.

—Todo el día —repitió ella, y se sonrieron.

Hacía buen tiempo, aunque prometía calor, y avanzaron un rato sin hablar. Desde lo alto de la colina se veían más prados, rielando en la bruma como alguien que contuviera la respiración para no moverse ni un ápice, pensó la muchacha. Iban rodeando un bosquecillo y las moscas salían en hordas de entre la espesura. Geoffrey la advertía antes de ahuyentar de una palmada a los tábanos de la grupa de su yegua, pero por lo demás el silencio empezaba a cargarse de una leve tensión.

—Me temo que en breve hay un trecho de carretera —se lamentó Toni, pero el otro se limitó a asentir y no contestó.

Cuando cruzaron la cerca y ya iban por el amplio arcén cubierto de hierba, la chica empezó a preguntarle por la escuela de equitación. Había encontrado un posible sitio para las instalaciones, dijo Curran, cerca de Knightsbridge. Era barato, pero estaba en mal estado y llevaría tiempo arreglarlo.

—¿Te has decidido por Londres, entonces?

Geoffrey se percató del ligero tono de decepción en su voz y repuso:

—En realidad no tenía elección. ¿Te molesta mucho? Puedo cobrar más por hora y tal vez alquilar una o dos cuadras. Es práctico en varios sentidos.

Antonia recordó haberle dicho «Donde sea» y pensó que no, claro, no podía molestarla.

—Después de todo —siguió el otro al notar su aceptación—, si yo he venido a Bodiam, tú tendrás que ir a Londres.

—¿Cuánto paga la gente por montar en Londres?

—Cinco chelines la hora, a veces seis o siete. Para ti habrá una tarifa especial, por supuesto.

—¿Para mí?

—Sí —dijo él muy serio—. En Londres todo el mundo tiene que pagar por montar, claro.

—¡Pero creía que iba a ayudarte con la escuela!

—¡Querida! Tan solemne y tan ingenua, ¡no te imaginas cuánto me gusta tomarte el pelo! Por supuesto que vas a ayudarme. Aunque primero tendré que hablar con tus padres, para convencerlos de que me confíen a su única hija con esta vida tan alocada que llevo.

—¿De verdad? ¿Vas a…?

Se sentía abrumada, incapaz de seguir hablando ante la perspectiva que se le había presentado tan de repente: su vida entera asomando, como el sol, deslumbrante, inminente; era demasiado.

—Mi preciosa Toni, mi niña, no le des tanta importancia a todo. Es fácil. La mayoría de las cosas no suponen ningún problema a menos que tú las hagas difíciles. —Cogió las riendas de la yegua y detuvo las dos monturas—. Por supuesto que hablaré con ellos. Has estado demasiado tiempo sola, te lo tomas todo demasiado en serio y todo te impresiona. —Le retiró el pelo de los ojos—. Pero disfrutarías más que cualquier otra persona que conozca si no te asustaras ante cada nueva expectativa. Oye, ¿cuándo vamos a salir de esta endiablada carretera?

Ella señaló hacia delante.

—Cuando pasemos aquella casa blanca. ¿Por qué?

—Para poder bajarnos de estos malditos animales y darte una buena charla sobre no tomarse todo tan en serio. Esto es demasiado estrecho para los dos. Ve tú delante, ¡arre!

Dio una palmada a la yegua y esta resopló y salió resentida a medio galope delante de él.

—Hay dos cosas que puedes tomarte en serio si se te antoja —le dijo alzando la voz unos minutos después.

Ella volvió la cabeza; ahora se estaba riendo.

—¿Cuáles?

—¡Tu propia salud y el dinero!

Sin embargo, cuando salieron de la carretera y Geoffrey ató los caballos a un seto, no se puso serio con ella en absoluto: la tensión se había disipado y no parecía necesario. Tenían que darse prisa si querían llegar a Bodiam en algún momento, dijo por tercera vez Toni, que se escabulló de su abrazo y montó de nuevo en el poni antes de que el otro pudiera detenerla.

El resto del camino lo pasaron en parte enfrascados en una discusión amistosa sobre por qué creía él que la salud y el dinero eran los únicos asuntos que debían tomarse en serio (Antonia no estaba de acuerdo, pero no sabía por qué) y en parte disfrutando del placer del paseo en sí mismo. Ya hacía más calor: las campanillas blancas languidecían en los setos; la carretera, cuando volvieron a salir, parecía de acero azul y parcheada de espejismos; el aire cálido se llenaba con el olor animal del perifollo silvestre

y el aroma acaramelado del heno secándose al sol. Todo esto lo notaba por pura costumbre, pero iba pensando en él como una especie de experimento secreto; no estaba más acostumbrada a estas minuciosas y vehementes consideraciones que a sus propios sentimientos oscilando entre extremos tan alejados como aquella angustia y esa certidumbre de paz. Se le pasó por la cabeza el hecho de que Geoffrey se iría al día siguiente, pero ni siquiera ese pensamiento truncó su disfrute. Le comentó algo al respecto y él dijo que podía quedarse en casa de los Leggatt cuando quisiera, respuesta que la dejó del todo conforme. Los ranúnculos brillaban al sol y las rosas silvestres palidecían por el calor.

Se estaban acercando a Bodiam: los campos de lúpulo se extendían por todo el valle ante ellos y Geoffrey le habló del río Liffey y le dijo que sus aguas servían para elaborar la mejor cerveza negra del mundo. ¿Podían tomarse una?, preguntó Antonia. Hacía mucho calor para una cerveza negra, repuso él. Anda, por favor, le apetecía… No le importaba el calor. Era como una chiquilla, pensó Curran, se comería un helado antes de desayunar en mitad de una ventisca de nieve si se le antojaba. Llevaba puesta una blusa de color limón con las mangas enrolladas. Bueno, está bien, pero no hasta que llegaran a Bodiam. No iba a gustarle la cerveza negra, añadió, pero ella dijo que sí y Geoffrey vio que estaba decidida a que le gustase.

El aromático mar de lúpulo se extendía a ambos lados del camino y dejaba ver, alternadas, las densas varas bordadas de verde y estrechas franjas desnudas, con precisión geométrica pero con una leve sacudida entre una y otra vista, como si fueran diapositivas, según avanzaban. ¿Alguna vez había tenido una almohada de lúpulo?, le preguntó Antonia. No, dormía muy bien, nunca lo había necesitado. ¿Y ella? No, había olido una, olía de maravilla, pero también solía dormir bien, en general. Por un momento, Toni recordó, y él se preguntó para sus adentros, en qué circunstancias no había sido así.

Ya estaban en lo alto de la última loma y el castillo se alzaba frente a ellos: de color tordo y rodeado de hierba muy verde. Estaba en mitad de la ladera y dominaba las vistas del riachuelo. Parecía muy sencillo y bien conservado. Antonia se detuvo a contemplarlo.

—A esta distancia, se diría que hasta puede haber gente viviendo ahí. Fue el último castillo fortificado que se construyó en Inglaterra. —Luego añadió —: Podemos subir a una de las torres.

Geoffrey lo observó con atención. No le interesaban mucho los castillos, pero la mezcla de amor, información y sentido de la aventura con la que se lo estaba presentando disparó en él una especie de resorte oculto, de compasión, de ternura, de interés por lo que la hiciera feliz, que no había

sentido jamás. Aquel instante, con su responsabilidad y su remordimiento, pasó y le dijo:

—No parece que lo construyeran ahí, es como si un gigante lo hubiera traído ya hecho de otra parte.

—¡Y luego arañó la tierra alrededor con un dedo para hacer el foso, sí! ¿Hay castillos así en Irlanda?

—Castillos hay. No sé. La verdad es que nunca me he fijado.

Empezaron a descender por la loma.

—Nunca me cuentas casi nada sobre Irlanda.

—Puedo contarte todo lo que quieras saber.

—¡Pero es que no sé qué quiero saber! Quiero que me lo cuentes.

—¿Te apetece esa cerveza negra antes de visitar el castillo?

—Sí, por favor. Podemos comernos los sándwiches dentro. Hay una explanada de hierba. Aunque tendremos que atar los caballos en algún sitio.

Se distraía con facilidad.

—¿Cómo cruzamos el foso? ¿O está seco?

—¡No está seco! —exclamó Toni sorprendida—. Tiene mucha agua y nenúfares. Pero construyeron un paso en la cara norte, ya hace años.

En el pub, Geoffrey pidió una cerveza negra para Antonia y otra rubia para él.

—No te va a gustar y tendré que bebérmela yo.

—¡Que sí! ¡Seguro que me gusta!

Pero no le gustó y, al final, Curran la tiró en un macizo de flores de flox que crecían junto a la puerta del pub.

—No creo que la hayan probado, pero les encantará —bromeó—. Y ahora, señorita Vaughan, ¿qué quiere tomar, crema de menta?

—Cerveza de jengibre —dijo Toni con voz mansa.

El pueblo estaba muy tranquilo. Habían visto a uno o dos pescadores junto al puente, pero nadie entraba ni salía por la puerta que llevaba al castillo.

—Si vamos pronto, lo veremos solos. A primera hora de la tarde llega un autobús y luego siempre hay gente. Podemos ir con los caballos hasta la primera puerta y dejarlos en la casita del guarda.

—¿Qué guarda?

—El que cuida del castillo. Tiene un montón de clavos oxidados y cosas que se encuentran en el foso. Hay que pagarle a él. ¿Nos vamos ya?

Antonia le limpió los ojos a la yegua con un puñado de hierba y el animal resoplaba y le hocicaba en el cuello.

—Tenemos que buscarles un sitio con sombra. Hay muchos robles alrededor del castillo.

—Tienen buenas colas, se ayudarán el uno al otro.

—¡Ya lo creo! ¡Ni se me ocurriría cortarle la cola a un animal!

—¡Ah! —exclamó Geoffrey medio riéndose—. Está muy bien decir que tú no lo harías, pero no puedes negarle el cariño y el cuidado a una pobre bestia solo porque otra persona se lo haya hecho, ¿eso te parece justo?

—No lo había pensado.

—Los animales domésticos no tienen elección, no son como los salvajes.

—Se podría clasificar así a la gente, ¿no crees? Salvajes o domésticos.

—No lo sé, no hablaba en serio. ¿Se podría?

—¡Que sí! —insistió la muchacha con impaciencia, pero enseguida se detuvo—. Te estás burlando de mí.

—Creo que sí —replicó él muy solemne.

Estaban esperando a que pasaran unas bicicletas antes de cruzar la carretera.

—Salud y dinero —musitó furiosa Antonia, pero no estaba en absoluto enfadada.

—*Tu* salud y *tu* dinero. No hagas abstracciones.

—Ya *haré* que te importe. —Estaba intentando destrabar la puerta que daba paso a los terrenos del castillo—. Haré que te importen los caballos que no son tuyos y la gente y…

—Tú me importas, mi amor, y no eres mía del todo… Aún.

Ella no dijo nada, pero Geoffrey vio que un leve escalofrío le bajaba desde la nuca, como el viento en un prado de hierba. Luego él cerró la puerta y Toni le dirigió una sonrisita nerviosa y fugaz que se fundió con una mirada tan radiante que le dio un vuelco el corazón.

Pasaron la zona del antiguo palenque y subieron la loma hacia el castillo. Según se acercaban, iba pareciendo más una ruina. Matas de hierba y zuzones crecían en las almenas o en las grietas de las paredes donde la argamasa se había desmoronado; los grajos volaban de un lado a otro desde lo alto de las torres a las copas de los árboles y sus incesantes graznidos sonaban como el final de una exasperante discusión que no llevase a ningún sitio; pero en las estrechas y oscuras aspilleras no había señal alguna de vida. El agua del foso estaba inmóvil y, como un grueso cristal, reflejaba a la perfección las murallas salvo donde se formaban grandes plataformas flotantes de nenúfares en plena floración. Recorrieron despacio la cara norte, donde estaba la casita del hombre que guardaba los clavos oxidados.

—Río abajo hay lirios amarillos —comentó Antonia de pronto.

—¿Qué profundidad tiene el foso? —le preguntó Geoffrey por decir algo; estaba tan absorto en ella como ella en el castillo.

—Más que la altura de una persona, desde luego —repuso la joven

después de pensarlo—. No lo sé con exactitud. ¿Tienes hambre? ¿Quieres entrar y que almorcemos ya?

—De acuerdo.

Encontraron un sitio adecuado para los caballos, pagaron la entrada y cruzaron el paso. Cuando llegaron al rastrillo, Toni miró hacia arriba para enseñárselo y él le puso la mano en la nuca.

—Cuando te estremeces, el temblor empieza aquí.

—¡Geoffrey, no estás prestando ninguna atención!

—¡Que sí, que sí! —protestó el otro sin ninguna intención de que lo creyera.

—Me gustan estas construcciones. Las iglesias no mucho.

—Solo los castillos. ¿O solo este castillo?

—No he visto ningún otro tan bonito. También me gustan las casas. Me gustan los sitios hechos para que viva la gente.

Al otro lado del enorme portón, había un gran patio cubierto de hierba verde y corta y, a su alrededor, restos de cimientos y piedras caídas de los muros; ruinas a las que el cuidado césped lograba dar un aspecto elegante.

Antonia dijo que se moría de calor, ¿podían comer primero y ver luego el castillo en condiciones? De modo que almorzaron en el antiguo gabinete de la dama, apoyados cómodamente en las suaves piedras y rodeados de pajarillos que brincaban y picoteaban las migas. Cuando terminaron, Geoffrey le ofreció un cigarrillo, pero ella sonrió y lo rechazó con un gesto. El pálido humo azul del tabaco se desvanecía, el calor se dilataba en el aire dorado, incluso la discusión de los grajos parecía desganada… La muchacha reclinó la cabeza en una piedra y notó su calidez impregnándole el cabello. La vida se le antojaba de una belleza eterna; ni siquiera los grajos, pensó, se hacían molestos. Alzó el rostro hacia el suave azul del cielo y abrió los ojos al sol: enseguida una violenta picazón se le agarró a la nariz y estornudó. Al recobrarse, sintió las manos de Geoffrey en los hombros, su presencia bloqueaba el sol y el cielo; la besó y de inmediato le pareció perder pie.

—Cuando te beso, te aferras a mí como si te estuvieses ahogando, ¿lo sabías?

Ella negó con la cabeza y volvió a enfocar su rostro. Curran la acercó más a él.

—Heno… Heno y tréboles. Y patatas nuevas. El pelo un poco más dulce.

—¿Qué?

La intimidad parecía tan apremiante que Antonia susurraba.

—Tu olor, amor mío. Lo adoro. Prométeme una cosa, ¿quieres? Pero antes espera un segundo. —En ese momento, sin embargo, un grupo de turistas los interrumpió y Geoffrey exclamó entre dientes—: ¡Mierda!

Se separaron y se miraron: el gesto de Curran se redujo a una desesperación cómica; el estremecimiento de Toni se convirtió en confusión.

Los turistas iban entrando poco a poco por el portón, morosos, los miraban primero de pasada y luego volvían a fijarse en ellos; la mera curiosidad con la que esperaban pasar por aquellas ruinas se avivó, amenizada por el espectáculo de los dos amantes. Alguien hizo un comentario, volvieron a mirarlos y otra persona se echó a reír. Antonia, con el rostro encendido, empezó a recoger el almuerzo.

—Vámonos —dijo Geoffrey—, no quiero ver el castillo con esa gente.

Ella asintió agradecida y pensó que se entendían sin necesidad de palabras.

Así pues, fueron a por los caballos, montaron de nuevo y se alejaron de allí casi en completo silencio; solo cuando llegaron al último punto en la carretera desde el cual se divisaba la antigua fortaleza, la muchacha se detuvo, miró atrás y dijo:

—En realidad la gente no importa. No suponen la menor diferencia. —Luego pensó un momento y añadió—: Por supuesto, nosotros tampoco, pero te habría gustado verlo sin ellos.

Había terminado la frase con un leve gesto de desdén.

—Me alegro mucho de haberlo visto.

Antonia lo miró con aspereza, no se lo creía.

—Contigo —le aclaró el otro entonces—. Por ti, no por el castillo, ya lo sabes.

Aquello la hizo sentirse tan segura de que la amaba que se dijo: «Bueno, al menos es sincero en eso».

Mucho después, cuando ya habían dejado atrás el molino de viento de Staplecross, volvió a romper el prolongado silencio.

—Hay otro camino para volver a casa.

Y se desviaron a la derecha para salir de la carretera por un sendero. Por allí se encontraron unas cuantas casitas de campo dispersas, con sus diminutos jardines abarrotados de madreselva, rosas, colmenas y gallinas, fucsias y escaramujos, olor a musgo, flores de flox, hojas calientes de col y caminos de carbonilla. El sendero terminaba de repente en una cerca: detrás, un pequeño prado desnudo y luego el bosque que se extendía ante ellos. Antonia recordaría ese tramo del paseo el resto de su vida.

Cruzaron sin prisa aquel prado hasta la entrada del bosque, donde comenzaba un camino de herradura abovedado por las ramas de los árboles. Estaba oscuro, en comparación con los tórridos campos por los que venían; la luz se colaba a rachas formando distintos patrones y el calinoso aire dorado se había vuelto un frenético ir y venir de claros y sombras. Los

resbaladizos e inciertos rayos de sol caían oblicuos entre las ramas, cambiaban de dirección sobre el cuello de la yegua e iban a parar al suelo en sentido contrario al creciente ritmo de su avance mientras su mente se colmaba de las primeras y acuciantes incertidumbres de amarlo a él (¿qué tenía que prometerle?) frente a la inmensa certeza del amor en sí mismo. Ahora tenía la impresión de que cada movimiento, cada instante, los empujaba hacia un misterioso logro, y en el fondo estaba preparada; sus sentidos se concentraban en cada paso del umbrío camino y era consciente de cada detalle. A veces el sendero se iluminaba con una mancha de luz amarilla, alzaba la vista y sobre ellos se abría una franja de cielo como un estanque profundo y azul. La altura, las profundidades, la distancia; el amarillo compensaba el azul. Se preguntó si el amor sería tan fácil de equilibrar y pensó, con un nuevo estremecimiento mezcla de arrogancia y humildad, que si Geoffrey la amaba tanto como ella a él, el hermoso recorrido de su vida sería infinito. Se volvió a mirarlo y sus ojos se encontraron: la apremiaba sin decir nada.

—Hay una pequeña vega un poco más adelante.

El otro extendió un brazo, como si fuera a tocarla, pero cambió de opinión.

Apenas podía llamarse vega, no era más que un estrecho claro salpicado de toperas y cubierto por una hierba muy corta y menuda. El sol lo bañaba con una fina película dorada y en las orillas había zarzas en las que espejeaban bayas negras y rojas.

—Cuidado con las madrigueras de los conejos —le advirtió Antonia, que enseguida recordó que ya le había dicho eso mismo hacía unas horas.

—Este es el sitio —afirmó él.

—¿Para que te haga la promesa?

—¿Promesa?

—Me has pedido que te prometiera algo, justo antes de que llegase esa gente.

Se habían detenido.

—Sí, sí, es cierto. —Curran desmontó y se quedó de pie a su lado—. Salta, con todas tus fuerzas. Quiero que cargues todo tu peso sobre mí.

Sin embargo, ella se dejó caer con cuidado en sus brazos y se echó a reír.

—Eso te lo he prometido esta mañana.

—¿El qué?

—¡No te acuerdas de nada! No dejar que nadie más cargue conmigo.

—Bueno, me lo prometiste ayer.

Reconfortada por su buena memoria, Toni se inclinó hacia él para besarlo, pero el otro la detuvo.

—Primero hay que atar a los caballos. Dame tus riendas.

La muchacha se sentó en silencio, cogiéndose las rodillas, mientras él ataba los animales a uno de los árboles que quedaban a su espalda, al borde del claro. Soy muy feliz, pensaba. Pase lo que pase, jamás seré tan feliz como ahora. Pero incluso tal pensamiento no parecía sino acrecentar su satisfacción hasta una felicidad aún más extrema y se dejó caer bocabajo en el suelo, con un repentino deseo de sentir el tacto de la hierba en la cara, imaginándose el mundo entero y uniéndose a ese pedacito concreto de tierra para intercambiar y compartir con ella su propia vida.

Cuando Geoffrey volvió y la vio con la cara hundida en el suelo, pensó que tal vez estaba llorando y, al acordarse de que había podido acercarse mucho a ella la última vez que lo hizo, se tumbó a su lado dispuesto a servirle de consuelo.

—¿Qué te ocurre, mi vida?

—Soy profundamente feliz —repuso la joven muy solemne.

Él la tomó en sus brazos y dejó escapar un hondo suspiro, para que Antonia, a su vez, le preguntase:

—¿Qué te pasa?

—Soy profundamente infeliz. Esa es la diferencia.

—¿Por qué, amor mío? ¿Por qué eres infeliz?

Geoffrey le bajó un poco la blusa color limón para besarla en el cuello.

—No quiero hablar ahora. —Deslizó la mano hasta su nuca—. Tengo que besarte. Y tú tienes que besarme. Enseguida.

Su aliento era como una vaharada de humo; sus ojos se acercaban, cada vez más, grises y con las pupilas dilatadas; luego todo se volvió negro. Antonia lo besó con pasión primero porque le había dicho que era infeliz, luego porque lo amaba y él la estaba besando y luego dejó de haber una razón. Con una mano, Curran le sujetaba firmemente la cabeza; con la otra la acariciaba y recorría su cuerpo con movimientos rápidos, nerviosos, posesivos, hasta que le ciñó el pecho y ella exhaló un desmayado gemido de perplejidad, extasiada, mientras el corazón le daba un vuelco y la boca se le llenaba de una repentina y feroz dulzura. En el culmen de aquel arrebato, a punto de desatarse, Geoffrey se detuvo y dijo con voz áspera:

—¿Ves ahora por qué soy tan infeliz? Te deseo. Deseo tenerte entera. ¡Deseo, deseo, deseo! Ya empiezas a entender lo que significa, ¿verdad? Pues espera unos minutos más.

No tuvo oportunidad de contestar. Antonia oyó que la blusa se le rasgaba, pero parecía un sonido muy lejano; era como si estuvieran galopando, como si sus cuerpos echasen una carrera y solo la alcanzaran su boca y sus ávidas manos.

Cuando al fin la soltó, ella solo era consciente de haberlo perdido; la carrera no había terminado, solo estaba en pausa, y una intolerable sensación de angustia que era casi ira la embargó ante su abandono. Dolida y sin aliento, vio que la miraba fijamente —inquisitivo— y luego con una leve y áspera sonrisa triunfante por lo que veía: sus ojos oscuros y empañados por lágrimas de deseo, su boca grabada con la forma que él le había dado. Luego notó la fuerza de sus dedos en el hombro desnudo cuando se inclinaba de nuevo sobre ella susurrándole:

—Ahora lo entiendes, ¿verdad? Ahora me deseas.

—Te deseo —repitió la muchacha como un eco.

La expresión de Curran cambió y, aún en un murmullo, ella le preguntó:

—¿Hablarás con ellos esta noche?

—¿Con quién?

—Con mis padres. —Una deliciosa y contenida emoción le brilló en los ojos—. ¿En cuanto lleguemos a casa?

Él torció el gesto en un auténtico esfuerzo por entender a qué se refería y, al ver que se le nublaba el rostro, se enterneció.

—¡Querida, no te pongas triste ahora! Hasta la cosa más tonta te disgusta…

Pero ella lo interrumpió.

—¡Yo no llamaría a nuestro matrimonio «la cosa más tonta»!

—¿Nuestro… qué?

—Esta mañana has dicho que primero tendrías que hablar con mis padres.

—¡Ah! Sí, es cierto, pero me refería a la escuela de equitación. ¡Yo no he dicho nada de matrimonio!

Un instinto desconocido la empujó a incorporarse.

—Pero yo creía que… ¿No quieres que nos casemos?

Geoffrey la miró con acritud y luego apartó la vista.

—Aunque quisiera, no serviría de nada. Ya estoy casado.

Se hizo el silencio. Como si de pronto hubiera tirado una moneda a un pozo muy profundo y los dos estuviesen esperando con suma atención a oír si tocaba el fondo, pero, tras una expectación demasiado larga, ambos se movieran otra vez justo en el mismo instante.

—Estás casado. Con otra persona.

Antonia se pasó la mano por la frente como si se quitase algo molesto.

—Sí.

—En Irlanda.

Se acordó de cuando le dijo que tenía que volver a casa y de la isla que se había imaginado.

—Sí —repitió Geoffrey, que la miró de nuevo. Se había quedado muy pálida, pero parecía tranquila.

Hubo otro silencio. Toni tenía los ojos clavados en sus manos y lo observaba arrancarse nervioso los padrastros de los dedos.

—No la quiero, de verdad —dijo este al fin—. Nos casamos cuando yo era demasiado joven para saber lo que hacía, pero es católica, por supuesto, y no quiere ni oír hablar de divorcio. Soy muy infeliz con ella.

—Pero a veces vas a verla.

—A ella y a los niños.

—¿Tenéis muchos?

—Dos. Y el bebé.

—El bebé —repitió Antonia. Luego le preguntó—: ¿Cómo se llama tu mujer?

—Ellen. Pero, Toni, ¡yo te amo a ti! Tienes que creerme. Debes saber que te amo.

La muchacha volvió a llevarse la mano a la frente y, casi en tono de confidencia, repuso:

—Pensarás que soy una idiota, pero no entiendo por qué no me lo habías contado.

Curran tardó unos segundos en contestar.

—Lo habría hecho, desde luego, en algún momento. No te lo he dicho enseguida porque te quiero, ¿no lo ves?

Ella negó con la cabeza y se limitó a decir:

—No.

Seguía mirándole las manos.

—Toni, no tenía ni idea. Yo no sabía que todo esto… Que pudiera llevarte a tal malentendido.

Entonces intentó mirarlo, pero de pronto se sintió tan mareada que no se atrevió a moverse, ni siquiera la cabeza. Cerró los ojos, hundió los dedos en la tierra y las náuseas se fueron disipando poco a poco. Al final, lo oyó decir:

—Siento que te hayas llevado este disgusto.

Malentendido, disgusto, las palabras caían con un ruido sordo y distante en el fondo del pozo. Antonia abrió los ojos y fue entonces cuando descubrió que tenía la blusa rota de un hombro. Cogió los deshilachados jirones e intentó recomponerlos.

—Sí que tiene que ser vieja —se oyó decir. Imposible que se sujetaran solos—. ¿Cómo voy a volver a casa con la blusa así?

La idea era tan inquietante que tuvo que repetirlo en voz alta.

—Puede que lleve un alfiler —dijo Geoffrey para su sorpresa. Y llevaba uno—. No es un imperdible, ten cuidado de no pincharte.

Toni cogió el alfiler con cierta torpeza y se quedó mirándolo.

—Mejor déjame a mí —se ofreció titubeante el otro.

Se quedó tan pasiva, tan quieta, mientras le sujetaba la blusa que pensó que quizá no estaba todo perdido, al fin y al cabo, aunque le parecía raro que no llorase. Iba a rodearle los hombros con un brazo cuando esta le preguntó:

—¿Por qué no vives con ella? Si tenéis hijos… Y además un bebé.

—Me aburre. Allí me muero de aburrimiento al cabo de una semana. —Hubo una pausa y luego añadió, a la desesperada—: Si lo que te preocupa es el bebé, te aseguro que le gusta tener hijos. Tiene recursos para cuidar de ellos y la mantienen tranquila. No va a venir a Londres.

—No me preocupa el bebé.

Lo dijo en tono amable, casi como si temiera haberlo avergonzado. Se miró la blusa: ahora le cubría el pecho, pero no todo el hombro.

—Lo siento, Toni. Me temo que lo he hecho fatal.

Ella se encogió de hombros.

—No importa. Aguantará hasta que llegue a casa, pero…

Geoffrey pensó que lo estaba malinterpretando adrede y se enfadó.

—¿Debo dar por hecho que no quieres que hable con tus padres sobre la escuela de equitación?

El rostro de la muchacha se contrajo un segundo y volvió a llevarse la mano a la frente, casi como si creyera que iba a pegarla.

—Por favor, no hables con ellos —dijo entonces—. Siento no haberte entendido bien. Me gustaría volver ya a casa.

—Lo siento —musitó Curran de nuevo mientras iban a por los caballos. Estaba avergonzado. Era obvio que le había hecho daño, que lo había estropeado todo. No tenía ni idea de que fuese tan hipersensible. ¡Qué ingenuidad!, se dijo con cierto espanto, deberían advertirte sobre gente así. Ya no servía de nada pensarlo, sin embargo, y se concentró en mostrarse atento con ella. Quiso ayudarla a montar, pero Antonia ya estaba a lomos de su yegua antes de que llegara.

—Toni, lo siento. Ha sido un comentario muy cruel. ¿Podrás perdonarme?

—Qué va, no ha sido cruel en absoluto —replicó esta en un tono más agudo de lo normal—. Vámonos.

Salió ella delante y empezó a apretar el paso. Los caballos pronto estuvieron sudando, pero aun así la vuelta se les hizo muy larga. Cada vez que la tensión del silencio parecía alcanzar un punto intolerable, Antonia hacía un comentario trivial que él agradecía de manera desproporcionada. Durante lo que parecieron horas, cabalgaron cruzando bosques, carreteras e

interminables prados. Ella abría las cercas y esperaba a que él las cerrase. En un momento dado, Geoffrey dijo que tendrían que refrescar a las bestias cuando llegaran y Toni replicó que lo haría ella.

—Tú puedes jugar al tenis.

Iban trotando por un tramo de carretera y él se había puesto a su altura. La miró con la esperanza de detectar algo en su expresión que pudiera entender, algún rastro de emoción: resentimiento, enojo, rabia; casi cualquier cosa le valdría, pero no parecía haber nada y la muchacha añadió en el mismo tono de voz impenetrable:

—No si no quieres, por supuesto.

Cuando al fin llegaron al camino de entrada a la casa, Antonia aflojó el ritmo.

—Te dejaré en la puerta del jardín y me los llevaré atrás.

—Toni, ¿estás muy enfadada conmigo?

Ella negó con la cabeza y aceleró el paso de nuevo.

—Deja que te acompañe —insistió Curran—. No hagamos que la situación sea incómoda, no tendría ningún sentido, ¿no crees? ¡Toni! Lo siento, te lo juro. No sabía…

Quería decirle que no sabía nada de ella, pero por algún motivo no pudo. Antonia cogió las riendas sin mediar palabra; a pesar del calor, seguía muy pálida. Geoffrey la vio alejarse muy tiesa sobre el poni: no sabía que, en cuanto le dio la espalda, había quedado cegada por un torrente de lágrimas.

Nunca llegó a recordar con claridad el resto del día. Estuvo mucho tiempo con los caballos, junto al bosquecillo, hasta mucho después de que se hubieran recuperado. Casi desmayada de dolor, las mismas frases se repetían en su cabeza una y otra vez con cada vuelta a la pradera: «Soy por entero tuya»; «Antes tengo que ir a casa»; la imagen que se había creado de la «isla esmeralda»; «Primero tengo que hablar con tus padres para convencerlos de que te confíen a mí con la vida que llevo»; «Dos. Y el bebé»; «Te deseo»; «malentendido, disgusto»… ¡Le había dicho que era suya por entero! Él me pidió que se lo dijera. ¡Malentendido! Las náuseas volvían con esa palabra y tenía que detenerse para contenerlas, agarrada a la perilla de la montura. Ahora la isla estaba llena de otros niños y el bebé que había tenido con Ellen. Dijo el nombre en voz alta y pensó en lo familiar que debía de resultarle a él aquel sonido. Su propia isla se cernía con firmeza sobre ella, y el desdén protector de su madre cuando le dijo: «Cielo, no sabes nada del amor», la mañana que llegó su carta. No sabía nada porque él no le había dicho que estaba casado. Me dijo que me amaba. ¿Lo sabían los demás? ¿Enid? ¿Su madre? Ese… malentendido, ¿había sido solo cosa suya? De nuevo las náuseas se sobreponían al dolor. La acusación de su padre

respecto a su inteligencia la sacudió otra vez; solo los tontos tenían malentendidos (intentaba adaptarse a la desesperada a la vileza de esa palabra porque era la que él había usado). Y luego su madre divagando por su habitación y diciendo que no había que volcarse tanto con nadie en perjuicio de todos los demás. Ahora se moría de vergüenza al pensar hasta qué punto había querido que la considerase hermosa, que la amase, que fuera a montar con ella, que hicieran planes para estar solos, que le escribiese (cosa que nunca había hecho), que hicieran planes de futuro… Hundió la cara entre las manos: una vergüenza feroz, abrasadora; no sabía cómo soportarlo.

La luz del sol sobre los robles era ya muy débil, muy amarilla, y los caballos tenían el pelaje áspero y mate, apelmazado de sudor seco. Hora de seguir adelante, de pasar a lo siguiente, pero no sabía por dónde empezar. Allí estaba en una especie de suspenso; la casa estaría llena de gente que había pasado el día de otra forma… y estaría él. Las lágrimas se le agolpaban en los ojos, se dispersaban, volvían y no parecía tener ningún control sobre ellas: estaba aterrorizada por su traicionero dominio.

En su habitación, soltó el alfiler de la blusa y se la quitó.

Tardó mucho en vestirse; iba de un lado a otro y se le olvidaba lo que estaba buscando o se le caían las cosas y se quedaba un buen rato mirándolas antes de recogerlas. No era consciente de pensar en nada, hasta que vio un abejorro atrapado entre las hojas de la ventana y fue instintivamente a liberarlo. También en eso fue torpe: el abejorro escapó, pero ella se pilló un dedo y luego, sin saber muy bien cómo ni por qué, puso una mano en el alféizar y con la otra bajó la ventana y se la machacó. Le dolió mucho y tardó un angustioso segundo en levantarla otra vez. Se le había levantado la piel; vio que de la herida salían dos gotas de sangre, separadas, y observó cómo se agrandaban y resbalaban hasta hacerse una sola. El dolor era punzante e irregular: se había dado un buen golpe, puede que se hubiera roto algún hueso. Se agarró fuerte la muñeca izquierda con la otra mano para mantener a raya el dolor y notó que las lágrimas le ardían de nuevo en los ojos. Ahora, sin embargo, la ventaja era suya: ella les había dado el motivo, para toda la noche si hacía falta, y en cuanto se dijo aquello dejó de llorar sin más.

Bajó y entró en el salón. El sol le daba de frente al abrir la puerta, de modo que al principio no pudo ver a nadie. Fue a por una copa, su madre dejó escapar un gritito al verle la mano, que llevaba vendada de mala manera, y todos la miraron. Al alzar la vista, se encontró con esa leve sonrisa cómplice en el rostro de Geoffrey (¡como si no hubiera cambiado nada!) y supo que no creía que se hubiera hecho daño de verdad, que

pensaba que era otra treta como la de su tobillo. En un exasperado esfuerzo por que la creyera, clavó la mirada en el vacío, detrás de él, hasta que se oyó a sí misma decir que era solo un golpe y que no tenía importancia.

Durante la cena, después de la sopa, al coger el tenedor el dolor fue tan rabioso que le falló la mano y lo dejó caer de nuevo sobre la mesa, con tanto estrépito que todos se volvieron hacia ella. Alguien le quitó entonces las espinas del pescado y su padre empezó a preguntar a Geoffrey sobre Bodiam. Antonia lo oía hablar con soltura, locuaz, pero no estaba escuchando. Se le hacía difícil comer y solo después de un rato consiguió pensar: es pescado, no me gusta el pescado; y dejó de esforzarse. Sonrió mucho: si alguien se dirigía a ella o cuando cualquiera decía lo que fuese. De tanto en tanto, Geoffrey le hacía algún comentario y entonces descubría que no podía sonreír; notaba que la estaba observando y contestaba sin mirarlo.

Terminaron de cenar. Se levantó de la silla muy rígida y, por primera vez en la vida, pensó: estoy muy cansada, muy pero que muy cansada; y siguió a las mujeres al salón. Las cortinas estaban echadas y ya no había sol. Se sujetaba la muñeca de nuevo mientras servían el café. Alison Brewer le preguntó: «¿Te has dado algo en esa mano?», y su madre mencionó el bálsamo de Friar y el tarrito de Pommade Divine que había en el armario del baño. Una excusa para huir. No, lo cierto es que no se había dado nada; si no les importaba, iría a hacerlo y luego se acostaría. A nadie le importaba en absoluto, faltaría más.

En el armario del cuarto de baño, encontró los somníferos de su madre. Cogió uno, pero, sin saber cómo, al volver a su dormitorio lo había perdido. Tiró la blusa color limón a la papelera. El somnífero le daba igual, solo ansiaba quedarse inmóvil en la oscuridad. Si no se movía, no pensaría…

En esa misma oscuridad, se despertó sobresaltada, llorando de miedo por algún tormento insoportable, una terrible tensión oculta que desapareció al despertarse, que se había escabullido bajo la superficie de un mal sueño y le había dejado solo el pánico de la confusión y la angustia. Cuando notó de nuevo el dolor de la mano, lloró más tranquila —más y más, en silencio— hasta que, en un mutismo trémulo e irregular, se quedó otra vez dormida.

Nueve

Nunca se había sentido desgraciada y no tenía a nadie con quien hablar, de modo que, a falta de herramientas como la experiencia o la compasión, iba penando semana tras semana con esa especie de valor terco que a menudo se ve en los niños infelices y con su propio orgullo. El orgullo era como una abrazadera; siempre incómodo y a veces doloroso, pero la mantenía en pie. Restañaba la extraña hemorragia interna de su corazón, disimulaba su debilidad y la sostenía en los repentinos y recurrentes accesos de tristeza que la asaltaban sin previo aviso al final de cualquier día tranquilo y aburrido. En concreto, le permitía ocultárselo todo a su madre.

«No te has despedido de Geoffrey», le había dicho esta a la mañana siguiente, y Antonia repuso de inmediato: «¡Vaya, qué feo por mi parte! Bueno, no creo que le importe demasiado. Será mejor que vaya a ver al doctor Atkins para que me examine la mano, se me ha hinchado muchísimo».

Interminables semanas después, Araminta volvió de uno de sus viajes a Londres de un buen humor y con una alegría fuera de lo común, y después de la cena les dijo:

—¡Ah, me he encontrado con Geoffrey! Estaba montando en Knightsbridge. Yo acababa de salir de la peluquería, ¡qué cuadro tan poético!

—¿Y va…? ¿Lo has invitado a venir?

—Por supuesto, pero el pobre no podía. Está ocupadísimo con su escuela. Almorzaré con él la semana que viene. Te manda un cariñoso saludo.

Le costó un tiempo deshacerse de su «cariño» (informal, carente de significado, falso; justo, pensó, lo que la señorita Austen quería decir cuando un personaje enviaba saludos). «Un cariñoso saludo para Toni», habría dicho, y se imaginaba su expresión. O tal vez: «Un cariñoso saludo para todos». Eso sería mejor, pero incluiría a su padre y, consternada, se dio cuenta de que nadie le enviaría a su padre un saludo cariñoso, ni siquiera de pasada.

Parecía que su madre se iba más a menudo, o durante más tiempo, bien dos días distintos en la misma semana o hasta dos o tres noches seguidas, y Antonia pasaba la mayor parte de esas noches a solas con su padre. Se aficionaron a hacer juntos el crucigrama del periódico: a él se le daba mucho mejor que a ella, pero siempre tenía la deferencia de fingir que la muchacha poseía los conocimientos o el ingenio necesarios para llegar adonde no llegaba. Toni se lo agradecía y ansiaba complacerlo y sorprenderlo con algún logro, pero en las raras ocasiones en las que acertaba una palabra, él se limitaba a escribirla con su esmerada caligrafía y pasaba a la siguiente pista: no se mostraba especialmente impresionado ni satisfecho.

Escarcha, setas, las golondrinas se marcharon, las bayas se tornaban de un color intenso en las zarzas; algunos árboles perdían las hojas con dignidad mientras otros se envanecían de conservarlas siempre, triunfantes como en una fábula de Esopo; las mariposas eran algo del pasado y las rosas se iban helando; el humo y la poesía del otoño se convertían en el frío cerco del invierno. Los caballos tenían que pasar la noche a cubierto y ya no los montaba.

Un día, su padre le preguntó si tenía pensado ir a Hastings, lo cual significaba que quería que fuese. Necesitaba unos libros y Antonia se fue en el autobús de la tarde, contenta de tener algo que hacer.

Era un día áspero y gris y se acercó al paseo marítimo. El pueblo estaba casi vacío. Unos cuantos caballeros entrados en años, envueltos en mantas y bufandas, iban de acá para allá empujados en sus sillas de ruedas por mujeres adustas que llevaban zapatos prácticos y guantes feos; una o dos personas de aspecto torpe iban persiguiendo el mágico y absurdo vuelo de sus sombreros arrastrados por el viento; la gente que siempre estaba apoyada en los pretiles contemplando el mar seguía allí y había un niño al que estaban torturando para que jugase lanzando el aro. Sin embargo, las escandalosas multitudes de piel azafranada habían desaparecido: los guijarros sobre los cuales se habían desparramado para sus copiosos pícnics —cabezas calvas, gorros de baño, sandalias, pies llenos de arena— estaban secos y limpios; ni siquiera quedaban pieles de naranja, envoltorios de chocolatinas, bolsas de papel ni periódicos tirados y, en lo alto, sin rumbo fijo, las hambrientas gaviotas jugaban con el viento.

Luego fue hacia los acantilados y el puerto. El aire húmedo y salobre se espesó con el olor a cáñamo alquitranado y pescado. Los barcos estaban amarrados o varados, las redes con los corchos colgaban de los mástiles entre las casetas negras de techos puntiagudos. Allí las gaviotas eran más chillonas. Se detuvo a mirar el mar, gris y agitado, que se abatía con desgana sobre el muelle y rompía en un chaparrón de gotas blancas y

burbujas oleosas que acababan desvaneciéndose de nuevo bajo el siguiente muro diagonal de agua. Mientras contemplaba el océano, podía pensar en cualquier cosa; le brindaba esa enigmática repetición del movimiento que creaba ritmo. Tuvo entonces la sensación de haber estado caminando durante semanas por un pasillo largo y estrecho, con todas las puertas cerradas a uno y otro lado, y de que sus pensamientos eran como la moqueta: pasaba sobre ellos, pero el dibujo se repetía y, una vez tras otra, como las olas rompiendo en el muelle del puerto, el mismo recuerdo volvía a quedarse hecho añicos y a desvanecerse bajo sus pies. El pasillo parecía infinito y, a pesar de su avance, se sentía encarcelada. Es solo el pasillo del tiempo, pensó con tristeza, y empezó a preguntarse por las puertas. ¿Gente? ¿Oportunidades? ¿Personas con las que no podía hablar, cosas que no quería hacer? ¿Entornadas o cerradas con llave? No puedo hablar con mi madre y no soporto la idea de montar a caballo. ¡Es desesperante!, protestó, y observó el horizonte que se extendía como una sonrisa burlona de labios apretados bajo el cielo calizo. Tengo que pensar más en los demás, se dijo muy seria, y menos en mí misma, y recordó haber escrito algo parecido en su diario cuando tenía catorce años y era un sentimiento nuevo. Después, solo por escribir ciertas cosas se había deshecho de ellas; revoltijo de dictados gazmoños anotados y olvidados hasta ahora, que se alzaban inquietos en su mente y volvían a depositarse como cenizas candentes: entonces no sabía de qué escribía. Gente, pues —ya estaba harta de la metáfora del pasillo—, su padre, los invitados de los fines de semana… Pero su padre estaba muy solo y ahora se daba cuenta de que la única vez que había intentado hablar con él fue cuando quería que le hablase de ella. Tengo que ir a por sus libros, pensó, es lo que él quiere y a lo que he venido, después de todo.

Al alejarse del mar, se preguntó si sería por eso por lo que siempre había alguien apoyado en el pretil y contemplando las olas.

Esa noche le preguntó a su padre si podía hacer algo para ayudarlo con su libro. Creía que no, le dijo este después de pensar detenidamente en ello. ¿De verdad? ¿Nada? ¿Ni una sola tarea pesada que no requiriese inteligencia, pero que hubiera que hacer de todas formas?

Estaba sentada sobre los talones en el sillón grande de su despacho (no utilizaban el salón cuando estaban solos) y tenía la cabeza ladeada hacia él. Hubo algo en la ansiosa humildad de su hija que conmovió a Wilfrid —tenía el profundo respeto de los sabios por la humildad— y de pronto sonrió complacido.

—Bueno, claro que sí, el índice.

Antonia esperó en silencio, muy atenta, a que continuara.

—Es un asunto tedioso, contendrá multitud de referencias cruzadas y cuando esté hecho habrá que cotejarlo con sumo cuidado antes de empezar a trabajar en la versión corregida.

—Sí —musitó la chica, que se quedó esperando de nuevo.

Al fin, su padre añadió muy serio:

—No debe haber ni un solo desliz en el índice de este libro; de lo contrario, la poca utilidad que pudiera tener se esfumaría.

—¿Y crees que podrías enseñarme a hacerlo?

—No entraña ninguna dificultad. Es una cuestión de paciencia y concentración.

No obstante, la miraba poco convencido y ella le aseguró:

—Te prometo que me concentraré.

Así que la enseñó y Antonia empezó a entregarse varias horas al día a una tarea que en modo alguno dependía solo de la paciencia y la concentración para hacerse bien. Su padre, descubrió, tenía una comprensión tan honda y detallada de su materia de estudio que le suponía a ella una serie de conocimientos que estaba lejos de poseer. Su madre se reía, primero despreocupada y luego con un pellizquito de algo más parecido a la envidia o a la inquietud (no se estaría convirtiendo en un ratón de biblioteca, ¿verdad?), pero como aquello no interfería en su propia vida y además Toni parecía encajar con los invitados de los fines de semana mucho mejor que antes, aparte de incitar cierta guasa general durante las cenas de los sábados respecto a la nueva ocupación de su hija, lo dejó estar.

Cierto día, tiempo después, Araminta comentó:

—Este invierno tengo que hacer algo con mi figura, de veras. En verano no hay problema, con el tenis y demás, pero en invierno uno come como un cerdo. Me veo engordar por minutos y no puede ser.

Antonia la miró. Sí parecía haber ganado algo de peso, muy poco, pero le sentaba bien: tenía mucho mejor aspecto y estaba más contenta, pensó. Ya en voz alta, le dijo:

—Antes estabas demasiado delgada. Ahora estás perfecta.

Su madre se echó a reír, nerviosa.

—Es un detalle por tu parte, cielo. En realidad no quiero adelgazar, solo mantenerme tal y como estoy. Había pensado en volver a montar a caballo.

La chica se quedó estupefacta.

—¡Creía que lo detestabas!

—No si tengo a alguien divertido con quien hacerlo.

Se hizo un silencio, tan incómodo como breve, mientras ambas se

preguntaban para sus adentros por qué demonios había utilizado la palabra «divertido».

—Se me ha ocurrido que podríamos salir por las tardes —siguió enseguida Araminta—. Así yo puedo ocuparme de los asuntillos domésticos por la mañana mientras tú te conviertes en una intelectual con Wilfrid. ¿Qué te parece?

—Tengo que trabajar por las tardes también; si no, no lo acabaré a tiempo.

—Pero, cielo, ¡tendrá que darte un poco el aire!

—Ya salgo —repuso ella de mal humor. Intuía lo que se avecinaba y le daba miedo—. Salgo a pasear y a arreglar el jardín.

—Pero ¿ya no montas nunca? ¡Creía que tu existencia giraba en torno a los caballos!

—Pues no. De hecho, ahora me aburre. No creo que vuelva a hacerlo.

—De veras, Toni, parece que te pasas la vida dejando cosas. Primero el tenis y ahora los caballos.

Antonia no dijo nada. Su madre se encendió un cigarrillo, molesta, le dio una calada y continuó:

—No es bueno para ti. A tu edad, deberías estar sumando intereses, no rindiéndote y renunciando a todo cada dos por tres. Te has vuelto a quedar paliducha y demacrada y, la verdad, cariño, no te sienta bien.

—Pues si montar a caballo va a hacer que tú adelgaces —replicó entonces la chica alzando la voz—, no sé cómo hará que yo engorde. Y además, ¡ya te he dicho que no quiero!

Araminta miró a su hija. Se había estremecido (bueno, más bien estaba temblando) y se le notaba el pulso agitado en las sienes. Igual que a Wilfrid en las escasas ocasiones, y ahora por suerte lejanas, en las que se ponía furioso por algo. ¡Y todo por los caballos! Sin embargo, algo muy distinto empezó a mezclarse con esa idea, una inquietante y fugaz intuición… Contrariada, le puso una mano en el brazo.

—Cielo, siento haberte dado la lata con esto. Puedes hacer lo que quieras. Tú dime qué rutas son buenas y ya intentaré convencer a tu padre de que se venga. Apenas se mueve y desde luego no hace nada en el jardín.

Luego sonrió, para poner fin a aquel tedioso asunto, y se escabulló. No tenía el menor deseo de seguir aquella intuición.

Cuando se fue, Antonia, todavía temblando, cogió el paquete de cigarrillos de su madre, se encendió uno y aspiró como la había visto hacer a ella. Un reconfortante aturdimiento sofocó los temblores y, al final, se sentía mejor. De hecho, no sentía nada en absoluto.

El invierno ya no era una sucesión de días frescos, escarcha y luz clara y

limpia, ruidos repentinos y ramas retorcidas. Ahora los días, a veces, empezaban con una calma fría y lechosa, y el sol, enorme y pálido, colgaba del cielo como una fruta enlatada, dándole a todo un aspecto de barniz sucio: los pájaros parecían polvorientos, y el cielo, aceitoso. Ahora, a veces, la bruma del mar llegaba hasta allí, blanquecina en la distancia, pero tornándose húmeda, cortante y heladora más de cerca, cuando el horizonte se borraba. Los árboles, los arbustos y el cabello se perlaban de cristalitos de hielo, los periódicos eran discretos y tenían poco fuste, y las carreteras estaban resbaladizas. A veces no paraba de llover —con estrépito, sin ruido, con tristeza, con ira— y caían goterones como puños que golpeaban y rebotaban en el suelo o bien una fina y continua cortina que se disolvía en un lodo helado y el cielo se cubría y se desplomaba como una sábana vieja.

Araminta decía que detestaba el mes de noviembre y se iba a Londres más a menudo que nunca.

Diciembre: nieve y bayas y silencio; los pájaros taciturnos y encogidos de frío; el cielo cargado, compacto, denso, aún con más nieve que caía deslizándose o en ventiscas hasta cubrir cada cornisa y cada sima, poniendo armonía en el desorden y desorden donde había armonía. Por la noche helaba y volvía a nevar; los árboles tiraban la nieve de sus ramas sobrecargadas como si fuera fruta madura; todos los caminos, desiertos o concurridos, quedaban cubiertos de manera uniforme, pero los macizos de flores se convertían en desaliñados montones de azúcar y los pobres conejos no tenían vida ninguna. Carámbanos y breves vaharadas de aliento cálido; sombras púrpuras y nítidas como los párpados de unos ojos deslumbrados, vidriosos, encorsetados bajo un ceño cubierto de escarcha; chispas de la leña en el fuego, del pelo cepillado, y en el firmamento nocturno de las estrellas más pequeñas e implorantes. Por la mañana, el sol salía tambaleándose, empapado e inútil, como un borracho en una viñeta de la revista *Punch*.

Un viernes por la tarde, cuando iba a Hastings, Antonia se encontró a Dorcas en la entrada con la bicicleta de la cocinera. Era evidente que el tiempo no la afectaba, pues llevaba las mangas de la blusa subidas. Solo cuando se saludaron —Dorcas parecía más azorada de lo normal: se sonrojó y parecía no hacerse con el manillar hasta que salió pedaleando—, reconoció la blusa color limón que había tirado a la papelera tantas semanas atrás. Estaba cuidadosamente remendada. Supongo que no tiene mucha ropa, se dijo. Fue solo una punzada. Estoy mejor, pensó, si soy prudente, ya apenas me importa. Sin embargo, por alguna extraña razón, se entretuvo en Hastings más de lo necesario; no quería volver a casa y, cuando al fin llegó en el último autobús, los invitados de su madre para ese fin de semana ya estaban allí. Lo único que sabía esta vez era que no los conocía: una pareja,

creía, y un joven que iba solo. Empezó a cambiarse tarde porque tuvo que esperar para el baño y, por el ruido que había en el salón, supuso que sería la última en bajar. Entró en la estancia preparada para disculparse, para ayudar con los cócteles, para mostrarse atenta y más interesada en los demás que en ella misma…, pero no para encontrarse a Geoffrey Curran.

Él le daba la espalda, pero su madre no.

—¡Aquí está mi hija, por fin! Toni, te presento a Muriel y David Morrow. Bobby Dermot no podía venir porque tiene un resfriado espantoso, el pobrecillo, así que he convencido a Geoffrey, al que ya conoces.

Era solo la sorpresa, se dijo a sí misma mientras bebía un poco del jerez que Curran le había dado, el no estar sobre aviso; la habían pillado desprevenida cuando menos se lo esperaba. No se había atrevido a encenderse un cigarrillo por si le temblaban las manos, pero ahora David Morrow le ofrecía uno y lo aceptó. No dejaba de repetirse que se había acabado (él dijo algo y ella contestó), pero la capa de hielo que rodeaba su corazón se había roto. Geoffrey parecía inquieto, por una vez inseguro de sí mismo; no la había mirado a los ojos. ¿Y ella qué? ¿Contenida? ¿Tranquila? En ese momento, tener que mantener la compostura era más de lo que podía soportar.

Durante la cena, hablaron de caballos (salvo, por supuesto, su padre) y ella no dijo casi nada. Los otros cuatro —los Morrow, su madre y él— parecían muy acostumbrados a estar juntos y sus esfuerzos por incluirlos a su padre o a ella eran superficiales: explicaban algo de lo que se habían reído todos de modo que no tenía la menor gracia o que resultaba incluso incomprensible, se referían a estancias en lugares o con gente desconocida y, hablara quien hablase, siempre decían «nosotros». Geoffrey no la ignoró, pero su actitud —aunque en apariencia natural— era extraña, a la vez descarnada y condescendiente. ¡Me trata como si fuera una niña! Ni siquiera como a alguien que tuviese diecisiete años, sino como a una auténtica niña pequeña. Tal vez había ido obligado por su madre y estaba muerto de vergüenza y, una vez pensó eso, fue fácil identificar el bochorno en su comportamiento.

Araminta estaba en la cima de la felicidad y se deshacía en atenciones con los dos hombres. Con Antonia, sin embargo, se mostraba ora maternal ora conciliadora: «La niña fuma como una chimenea, no puede ser bueno para ella» o: «Toni se conoce hasta el último palmo de los caminos por donde se puede montar por aquí, ¿verdad, cielo?».

Confusa, a la joven le pareció extraño que su madre tuviera tanta confianza con él, considerando que no había vuelto a mencionarlo desde que les hablara de su encuentro en Knightsbridge, pero pensó que tampoco había

mentado para nada a los Morrow y era obvio que los conocía igual de bien. La gente que venía los fines de semana siempre era así, pero al no saber sobre qué intentaba tranquilizarse no podía estar tranquila. A la desesperada, intentó prestar atención a Muriel Morrow, que estaba sentada frente a ella. Cabello de un tono rojizo indeterminado, cara demasiado ancha para rasgos delicados e infelices: cejas claras finísimas, ojos azules pequeños, nariz infantil y boca minúscula; de modo que siempre tenía una expresión como de intentar dar una gran fiesta en un salón con muebles inapropiados: alegría intranquila, disfrute angustiado, refugiándose en la constante afirmación de cuánto se estaba divirtiendo. Tenía una vocecilla clara y atractiva, como una campana, y manos bonitas pero incapaces. Antonia, llegado ese punto, trató de considerarla en relación con los demás, pero sus propios sentimientos estaban tan atascados en lo negativo que no parecían moverse en ninguna dirección.

Después de cenar, las mujeres fueron a sentarse al salón y la conversación decayó como amaina el viento. Araminta dedicó un buen rato a retocarse el maquillaje, con la mayor atención, porque no tenía mucho que decir a las otras dos. Muriel, que se había dado unos toquecitos furtivos en la nariz y no había obtenido ningún resultado visible, empezó de nuevo y se cubrió la cara entera con amplias y ansiosas pasadas. Antonia estaba sentada, fumando. Hubo un largo silencio, salvo por el crepitar del fuego y el incesante tintineo de la pulsera de dijes de Araminta. Pronto vendrán, pensó Toni, y me asusta; no sé por qué, pero me asusta.

Al final, con un leve suspiro, Muriel dejó a un lado la polvera, se inclinó hacia su anfitriona y exclamó:

—¡Déjame verlo!

—¿El qué, esto? —Araminta sacudió el brazo—. Es divertido, ¿verdad?

Se desabrochó la pulsera y la lanzó al aire, de modo que cayó con gran estrépito en el regazo de Muriel.

Esta, ansiosa por agradar, le dijo:

—¡Es una absoluta maravilla! ¡Cuántos tienes! Te habrá costado años reunirlos.

—Casi todos me los han regalado —se limitó a contestar la otra.

Pero Muriel, en un intento por seguir con la conversación, empezó a pasarse la pulsera de una mano a otra.

—Pesa muchísimo. No sé si te queda sitio para más amuletos. —Y, como una niña, se puso a contarlos en voz alta y a hacer comentarios sobre algunos de ellos—. Me encanta el mono con los ojos de rubíes. Este es una preciosidad. Este, un poco siniestro… ¡Madre mía, ojalá tuviera uno de estos! ¡Pero mira qué violincito! —Al fin, cuando terminó de contar, añadió

—: ¿Sabes que tienes diecisiete? ¿Qué es esto, un sello antiguo o algo así?

—Me lo dio Wilfrid hace años. Echa otro tronco a la chimenea, Toni. No pega con los demás, pero no puedo herir sus sentimientos.

—Por supuesto que no —repuso Muriel con admiración—. Es de un color bastante curioso, ¿verdad? ¿No te parece, Toni?

Antonia, absorta en sus absurdos temores, asintió sin estar de acuerdo y luego un impulso de lealtad hacia su padre le hizo añadir:

—Seguro que tiene un dibujo bonito. Podrías probarlo con algo de lacre.

Una de las otras dos dijo que sí, tal vez, sin demasiado interés. Luego, mientras ya se oía venir a los hombres por el pasillo y Antonia reunía fuerzas para estar otra vez con él en la misma habitación —para verlo moverse, oírlo hablar, para que en ocasiones se dirigiera a ella, cuando todo había terminado entre los dos—, Muriel exclamó de pronto:

—¡Ya sabía yo que faltaba uno! ¿Dónde está la diminuta fusta de plata que te regaló Geoffrey?

Estaban abriendo la puerta del salón.

—Todavía no la he puesto —dijo Araminta sin más, pero Antonia la miró y ya no pudo apartar la vista: los sentidos se le agudizaron de pronto hasta el extremo de hacer un descubrimiento febril, ¡su madre estaba furiosa! Prácticamente le arrancó la pulsera de las manos a Muriel, que distraída por la entrada de los hombres no había prestado atención a la respuesta de su amiga, tal vez ni la había oído, puesto que siguió parloteando.

—¡Geoffrey! Minty no se ha molestado en añadir tu preciosa fusta a su pulsera, la muy ingrata.

El silencio fue casi inapreciable, pero la estancia se contagió de tensión. Luego, Curran repuso en tono despreocupado, dirigiéndose a Araminta:

—¿Cuál, la que me pediste que te buscara? ¿La de plata?

—Sí —asintió la otra—. Todavía no estoy segura de si me gusta, pero tienes que recordarme que te la pague.

No se habían mirado y fue entonces cuando, tan seguro como que estaban mintiendo, Antonia supo que Geoffrey estaba enamorado de su madre.

Más tarde le parecería tan extraño no haberse dado cuenta antes como ahora le parecía raro saberlo. En ese momento, sin embargo, retrocediendo asustada de aquella espantosa y patente intuición, se dijo a sí misma que no tenía prueba alguna, que en realidad no lo sabía. No le sirvió de nada: llevaba toda la noche navegando a la deriva entre sus temores y ahora, sin previo aviso, una inmensa ola de emociones la golpeó de pronto, la arrastró y la lanzó a una inhóspita playa de realidad y, durante un tiempo, se quedó allí tirada, jadeando, falta de juicio. No tuvo tiempo de razonar: la siguiente

ola se le vino encima y la hundió en otro mar feroz —mientras se aferraba al hecho de que antes la había amado a ella (pero el amor, para él, era solo deseo; ahora desearía a su madre)— para luego vararla de nuevo con la certidumbre de que eran amantes.

Su padre había desaparecido. Los demás iban a jugar al *bridge* y Toni cogió el periódico y fingió hacer el crucigrama. Oyó su propia voz diciéndole a su madre que era lo que le apetecía. ¡Su madre! Los ojos de Geoffrey, sus manos, sus palabras: «Quiero tenerte entera. ¡Deseo, deseo, deseo! Ya empiezas a entender lo que significa, ¿verdad? ¡Pues espera unos minutos más!». Esperó, soportando todo lo que tanto se había esforzado por desterrar de su memoria, hasta que no le quedó por recordar nada de lo que le había dicho o hecho y se vio forzada a volver al presente; las razones para negarse que le hubiera dicho o hecho aquellas cosas a su madre iban y venían: más tablas que no aguantarían el peso de su terror. ¡La gente casada no hacía eso! Aunque él estaba casado y lo hacía. ¡Pero su madre no! Seguro, ¡seguro que su madre no! Sin embargo, de pronto había querido volver a montar, con alguien «divertido». La pequeña fusta de plata para su pulsera, el violincito de platino que le había regalado George Warrender… El mar se la volvió a tragar y se estaba ahogando: todo lo que llevaba en la pulsera se lo habían regalado. Otra vez arrojada a la orilla, ahora agotada, fuera del alcance de las olas. Por alguna razón, no obstante, era incapaz de marcharse del salón: no se le ocurrió que podía moverse, aunque ya razonaba perfectamente y con una especie de lógica y de agilidad que nunca había tenido. Recordaba, seleccionaba, sumaba y restaba y llegaba siempre a las mismas respuestas.

Después de un tiempo indeterminado, la partida de *bridge* se dio por concluida y Antonia se levantó con los demás. En lo alto de la escalera todo el mundo dio las buenas noches y Araminta les rogó que no despertaran a Wilfrid:

—Se habrá ido a la cama hace horas y no hay luz en su cuarto, así que el pobre estará dormido.

Antonia, insomne, yacía rígida en la oscuridad de su habitación: la capacidad de pensar la había abandonado en cuanto se quedó a solas y no conservaba sino el impulso de una especie de instinto animal. En algún momento, en mitad de la noche, le pareció oír unos pasos y, justo cuando decidió que eran demasiado silenciosos para ser algo más que una sombra de su imaginación, una puerta se cerró con sigilo, giró un picaporte y sonó otro portazo un poco más fuerte. Toni se dio la vuelta y se quedó bocabajo, llorando con repentina amargura por su padre.

Diez

A la mañana siguiente, cuando bajó, Curran y su madre ya se habían ido a montar y habían dejado a los Morrow y a su padre casi paralizados por la falta de congenialidad entre los restos de la mesa del desayuno. Los Morrow la recibieron con entusiasmo; Araminta les había dicho que Toni los llevaría a algún sitio, ¿adónde podían ir? Solo por la mañana, los otros volverían para almorzar y al parecer ya había algún plan para la tarde, aunque David no sabía de qué se trataba. Venga, distráenos un poco, le dijeron. No somos quisquillosos con las formas, pero en algo tenemos que entretenernos. Su padre se escapó agradecido con el periódico.

—¿Y el profesor? —preguntó Muriel cuando este ya casi había cerrado la puerta—. ¿No viene con nosotros?

Tenía que trabajar, repuso Antonia, y se dijo con desaliento que aquella era su casa y que él, más que ella, debería protestar por verse tratado de ese modo.

Durante toda la mañana, mientras entretenía a los Morrow para su madre, sufrió por el incesante y espantoso agravio que entonces consideraba que todos le infligían a su padre. Y es que ahora, de pronto, todo lo que Araminta y sus invitados habían dicho o callado alguna vez, todo lo que habían hecho o dejado de hacer, adquiría un nuevo y terrible significado. Ahora, esa actitud hacia su padre —que hasta entonces parecía fruto de la vergüenza o la indiferencia (el comentario de Muriel sobre el «profesor» era típico)— era mucho más reveladora: la indiferencia era insultante, la vergüenza culpable, el llamarlo «profesor» (cosa que no era, a pesar de lo cual se lo decían a menudo) le parecía de una condescendencia insoportable. Mala educación. Ya no le valía eso de que tiene que haber de todo en este mundo y, sin ninguna dificultad, empezaban a venírsele a la cabeza expresiones sórdidas como «en sus narices» o «a sus espaldas»; esta última porque, al tropezarse con algo que tanto la había sorprendido y repugnado (y parte de la sorpresa era cuánto tiempo había vivido en la ignorancia), tenía la impresión de que todo el mundo debía de saberlo. Todos, por

supuesto, salvo su padre. ¡Él estaba tan tranquilo! Se desentendía de ellos con una dignidad modestísima, y su actitud, que no se dejaba afectar por la de los demás, era siempre cortés y sosegada. Los Morrow, concluyó, ni sabían ni les importaba lo que estaban haciendo, ¡pero Curran! Podía haber elegido a cualquier otra… Entonces, como toda su susceptibilidad se había desplazado de Geoffrey y de sí misma hacia su padre y, por tanto, ahora podía observar al irlandés con una nueva mirada imparcial, se dio cuenta de que, en efecto, él podría haber elegido a cualquier otra, pero su madre, de hecho, lo había elegido a él y este solo había respondido. Su madre, pues, además de comportarse con desconsiderada indiferencia y una machacona preocupación por sus propios intereses, estaba engañando a su padre: un continuo cúmulo de traiciones que, de descubrirlas —pensó Antonia—, bien podrían matarlo. Su padre le parecía la persona menos preparada para aquello: en realidad no sabe nada de la gente, se dijo; hasta yo sé algo más que él en ese sentido. Su posible desconcierto, impresión y desmoronamiento la atormentaron cada segundo que estuvo recorriendo la zona con los Morrow. Por un momento se le ocurrió que tal vez Araminta amase a Curran de verdad, pero la sarta de sus predecesores le hizo descartarlo. El interés intermitente de su madre por uno u otro deporte en concreto se vinculaba ahora al hombre que más a menudo invitase a casa en ese momento. Sus viajes a Londres, sus quejas, su histeria y su malestar en el campo; todo lo que había atormentado a Antonia mientras la noche anterior fingía resolver el crucigrama volvía ahora para confirmar y acrecentar su inquietud.

Ahora que lo sé, supongo que yo también lo estoy engañando, pensó. Pero no puedo contárselo, no soportaría ver su cara y no me atrevería ni a intentar consolarlo. Pobre. Pobrecillo papá. Me imagino que, cuando estén en Londres, se reirán y dirán que es un pelmazo y que es muy fácil burlarlo. No se dan cuenta de lo sencillo que es mentir a personas confiadas. Fue entonces cuando concibió la vaga pero rabiosa idea de protegerlo.

Cuando Curran y su madre volvieron, Araminta subió corriendo a darse un baño antes de almorzar, aunque ya era tarde, y los Morrow, aplacados con unos cócteles bien fuertes, preguntaron a Geoffrey si había disfrutado del paseo a caballo.

—Cada minuto —contestó él. Luego, a la defensiva y consciente de la mirada de Antonia, añadió—: Pero, claro, siempre disfruto montando. Ojalá hubierais venido.

Araminta, desde el piso de arriba, gritó si Muriel sería tan buena de subirle una copa al cuarto de baño. Cuando esta salió del salón, Curran le ofreció un cigarrillo a Antonia.

—No, gracias.

Él enarcó las cejas.

—Minty dice que te pasas el día fumando.

—Vamos a almorzar ya.

—Dice que has dejado de montar desde el verano. Está preocupada por ti, Toni. —Entonces miró de reojo a David Morrow, que estaba enfrascado en un periódico, y bajó la voz—. No me gustaría pensar que yo he tenido algo que ver en eso.

La chica no dijo nada.

—Oye, ¿por qué no vamos tú y yo a dar un paseo corto esta tarde? Tranquila, lo ha sugerido tu madre —añadió al ver, y malinterpretar, la expresión de Antonia.

Ella lo miró impasible, aunque el corazón le iba a explotar de rabia y desprecio.

—Tengo que trabajar con mi padre y, de todas formas, no se me ocurre un plan más aburrido.

Aquello le afectó. Antonia vio que se estremecía y luego la indignación en sus ojos antes de contestar.

—¡Sigues siendo una chiquilla! ¿Es que nada te va a hacer crecer?

—Algunas cosas ya lo hacen —repuso ella con firmeza.

Después, Geoffrey la dejó en paz.

Por la tarde, estuvo trabajando con su padre en el despacho. Llevaba todo el día deseando estar a salvo y a solas con él, pero la falta de sueño y el ajetreo de la mañana con los Morrow la habían dejado agotada y ahora no podía concentrarse ni en el índice ni en su propia angustia. Una y otra vez, se veía mirando a su padre, que miraba por la ventana con el gesto contraído por el esfuerzo de la concentración, al mismo tiempo encerrado en sí mismo y expuesto. Es bueno que se concentre en las costumbres sociales del siglo XVI, pensó con una amarga actitud protectora: descubra lo que descubra sobre eso, no le destrozará la vida. Por primera vez lo veía desde fuera: su preocupación por él y el cansancio compensaban su diferencia de edad y casi parecían invertir su relación. Estaba consumido, no tenía buen aspecto y, en general, daba impresión de debilidad. No tenía una salud muy fuerte, se dijo, y enseguida recordó que había sufrido ataques con gas durante la guerra. Desde luego no parecía una persona que pudiese sobrevivir a ningún otro golpe. En ese momento se dio cuenta de que la estaba mirando, aunque advirtiendo solo que no estaba concentrada en su labor, y le sonrió con un deliberado aire de culpabilidad, como si se hubiera distraído con alguna tontería. Tal vez la única forma segura de protegerlo era alejarlo de casa y dejar a su madre vía libre para hacer allí lo que se le

antojase, pero había llegado a un punto de agotamiento en el que, si bien la idea le rondaba la cabeza una y otra vez, no se le ocurría cómo llevarla a la práctica.

El día pasó como a rastras y terminó con la consabida, y ahora espantosa, algazara de los sábados por la noche. Curran habló con su padre durante la cena, pero esta vez a Toni no le gustó nada y lo interrumpió sin miramientos en más de una ocasión. Cualquier cosa que los demás hicieran en relación con su padre le parecía intolerable. Si hablaban con él, se imaginaba que era una burla; si lo ignoraban, lo achacaba a su falta de educación. Ella misma lo observaba con celosa y desesperada inquietud y por primera vez descubrió decenas de detalles sobre su comportamiento: la meticulosidad y el cuidado que ponía al comer; cómo, con un ligero sobresalto, pestañeaba y torcía el gesto siempre que se dirigían a él; esa tosecilla despectiva antes de mostrarse en desacuerdo con alguien; las manchas de tinta y nicotina en los dedos; el desgaste de las mangas de su chaqueta en las muñecas y en los codos y cómo el pelo gris, suave y escaso, le caía lacio sobre el raído cuello. Tenía una voz seca y monótona que se iba apagando hasta un tono apenas audible al final de cada frase, como si no esperase que nadie fuera a escuchar todo lo que tenía que decir. Todo aquello le parecía ahora insoportable, espantoso, patético, al igual que sus minuciosos conocimientos le inspiraban el mayor respeto, y como tenía los nervios de punta, no dejaba de pensar que, si por un segundo aplicase esa inteligencia a la situación que se daba a su alrededor, lo entendería todo de inmediato y, con la misma rapidez, se desmoronaría. Durante toda la noche, hasta que su padre se retiró al despacho, Antonia se imaginó que los demás estaban empujándolo sin remedio hacia ese precipicio del conocimiento mundano y que ella tenía que interponerse para devolverlo a un lugar seguro. Y esto es solo una noche, pensó, queda mañana y el resto de los fines de semana de su vida. Tensa y agotada como estaba por las últimas veinticuatro horas, no pudo soportar aquella perspectiva.

Estuvo despierta durante horas, tumbada en la cama, intentando pensar en la forma de alejar a su padre de allí: adónde podían ir y qué razón podía darle para marcharse, pero no encontró ninguna solución y más tarde se despertó de un sueño ocupado enteramente por su madre. Histérica, le decía una y otra vez que tenía que dejarlo, y ella, que iba vestida como una muñeca, abría los ojos de porcelana y le preguntaba: «¿Dejar qué?». «¡Ya sabes a qué me refiero! Eres una… una…», pero entonces no encontraba la palabra exacta y su madre se echaba a reír, se retorcía la falda de volantes y gritaba: «Pobre niñita, ¡no tienes ni idea de lo que hablas!», y ella gritaba de rabia porque sabía que sí lo sabía, pero no soportaba pensar siquiera en ello.

«¿Es que nada te va a hacer crecer?», había dicho él, y pensó que había crecido tan rápido que ahora parecía mirar lo que había sido desde una gran altura y que se había alejado tanto y tan de repente del suelo que ya no podía ver nada en absoluto. ¡Pero no puedo hablar con ella!, pensó como si volviera a hundirse en el sueño, no tengo el valor suficiente, no sé qué decir. Entonces empezó a llorar por su propia cobardía: ningún tipo de debilidad iba a proteger a su padre.

El domingo parecía indistinguible del sábado, salvo por el hecho de que nevó más. Antonia se pasó casi todo el día con su padre y evitando quedarse a solas ni un segundo con Araminta. Cuando estaban todos juntos, sin embargo, se sorprendía observándola a cada momento; después de pensar que nunca más podría volver a mirarla, ahora le resultaba difícil fijarse en otra persona. Su lenguaje, su risa, la forma que tenía de dejarse caer en una silla, la fingida intensidad de su interés por las cosas, su habilidad, en apariencia fortuita pero en realidad implacable, para arrastrar a todo el mundo a cualquiera de sus planes, su extraordinaria energía a cualquier hora, el disimulo con el que intentaba impresionar a Curran… Todo aquello fascinaba y repugnaba a su hija hasta dejarla casi hipnotizada. Su propia contención con los Morrow y con Geoffrey, sin embargo, la asombraba; parecía haberse vuelto absoluta e indolora en esos dos días. Por la noche, incluso jugó con ellos a las cartas y a otros pasatiempos, como si los conociera de toda la vida o, al contrario, no supiera nada de ninguno de ellos.

El lunes por la mañana, los Morrow se fueron en su coche antes de desayunar porque David tenía que volver al trabajo. Araminta dijo que, si a él le parecía bien, ella misma llevaría a Curran al tren a una hora más civilizada. Por alguna razón estaba decidida a que las cosas fueran así, de modo que, como era de esperar, así fueron.

Antonia se despertó tarde y bajó a toda prisa, hostigada por la acusadora imagen de aquel trío en la mesa del desayuno, pero su padre ya había terminado y había desaparecido en su despacho: Geoffrey y su madre estaban solos. Su contención se encogió al verlos, ambos con la cabeza inclinada sobre el mismo periódico. No estaban leyendo; le dio la impresión de que estaban discutiendo algún plan, de que esperaban pero no querían que apareciese. Alzaron la vista a la vez, con una expresión de bienhumorada vacuidad para reemplazar su íntimo descontento, y Araminta exclamó:

—¡Vaya, ya empezaba a preguntarme qué diantres te habría pasado!

Supongo que sería una falta de tacto preguntarte si has dormido bien.

—Una falta absoluta de tacto —replicó Antonia, que fue a servirse una taza de café.

—Cuando yo tenía la edad de Toni —señaló Curran—, podía dormir las veinticuatro horas del día.

Y Araminta repuso de inmediato:

—Yo también puedo dormir durante siglos, pero me parece una pérdida de tiempo escandalosa. En fin, al menos estarás fresca para la fiesta de esta noche, cielo. He intentado convencer a Geoffrey de que se quede, pero es odioso y no quiere.

—¿Qué fiesta?

—¡Toni, de verdad! ¡La de los Leggatt! No te atrevas a decirme que se te había olvidado porque empezaré a gritar.

—Pues me temo que sí.

Se le había olvidado por completo. Araminta dejó escapar un estudiado gritito, como el silbido de una locomotora, y se volvió entre risas hacia Geoffrey.

—¿Ahora entiendes a qué me refiero? ¡Esta niña es imposible! Lo siguiente será: «No quiero ir y, además, no tengo nada que ponerme». Pero la respuesta es que dijiste que irías cuando te invitaron, yo he aceptado por las dos y tienes el vestido blanco, que es precioso si te molestas en llevarlo como es debido.

Antonia, enfadada y cortante, replicó:

—Ese retrato que me has hecho como una marimacho despistada es tan convincente que debes de desear que sea cierto.

Curran arqueó las cejas. Araminta, boquiabierta, se la quedó mirando y se echó a reír, nerviosa.

—¡Qué boba! Solo estaba tomándote el pelo. Se me olvidaba que acabas de levantarte. Geoffrey, ¿y si cambias de opinión? Edmund estará encantado, con lo que te adora.

—Edmund puede pudrirse. No, Minty, tengo que volver. Ya me he tomado mis pequeñas vacaciones.

—Está bien, pero ¿cuándo volverás?

—En cuanto me invites.

—¡Ay, de verdad, no se puede contigo! Sabes muy bien que eso no es cierto. En fin, te secuestraré un fin de semana de cada tres si es todo lo que puedes permitirte. Tenemos que irnos volando a la estación. Toni, ¿sabes dónde se ha metido Wilfrid?

—En su despacho, supongo.

Araminta se puso en pie de un salto.

—Vamos, Geoffrey, te da tiempo a despedirte de él. Después de todo, es tu anfitrión. —Curran le abrió la puerta—. De Toni mejor despídete ya, porque luego hay que salir corriendo.

Antonia alzó la vista del periódico.

—Adiós.

—*Au revoir*, Toni. Espero verte otra vez pronto.

La chica no contestó nada a esto último y, al otro lado de la puerta cerrada, oyó la voz de su madre: «¡Qué familia! Discúlpalos, siempre tienen la cabeza en las nubes o la nariz metida en los libros…».

Ya sola, Antonia dio un sorbo al café y se encendió un cigarrillo. ¡Uno de cada tres! Y vendría a verlos porque era lo que su madre quería: solo dejaría de desearlo cuando encontrara a otro más disponible, a alguien que, como George Warrender o ese joven Bobby, pudiera estar allí todos los fines de semana. Esa perspectiva era demasiado para ella. En ese momento no podía hacer nada, pero de pronto se dio cuenta de que, si lograba evitar que Geoffrey viniese ni siquiera cada tres semanas, su madre pasaría más tiempo en Londres: eso serviría a la vez para proteger a su padre y para estar ella misma menos tiempo sola con su madre. Los rescoldos de rabia por cómo la había tratado durante el desayuno ardieron de nuevo; era evidente que habían hablado de ella y podía imaginarse la falsedad de la conversación. Evitaría que viniese: ya no era una niña, sino una persona tan avispada y resuelta como ellos. Se encendió otro cigarrillo. Iría a hablar con su padre. Sabía que, en ciertas ocasiones tan escasas como sorprendentes, era terco y obstinado; que una vez había tomado una decisión sobre algo, nada ni nadie le hacía cambiarla. Recordó que su madre quería plantar la cancha de tenis junto a la ventana de su despacho; que una vez quiso tener un Bedlington terrier; que hace años quiso dar una fiesta de disfraces en Londres; que había querido enviarla a un colegio en Suiza (todavía se estremecía al acordarse, del miedo que había pasado ante tal idea); recordaba las discusiones, las escenitas entre los dos y a su madre enfurruñada durante días, pero siempre que él se había opuesto a esta ínfima proporción de sus exigencias, al final ella había tenido que ceder. Por tanto, tenía que poner a su padre en contra de invitar a Curran. Dicho así, parecía sencillo: no dudó ni se planteó cómo hacerlo; estaba en un punto en el que cualquier acción parecía más fácil que no hacer nada. Había oído que el coche se alejaba y sabía que su padre estaría en el despacho terminando de leer el periódico antes de ponerse a trabajar…

Ya en la puerta, se dijo: ni siquiera he pensado bien lo que voy a decirle, pero luego pensó que, si se hubiera dado tiempo para reflexionar, podría haberle fallado el valor.

Estaba sentado tal y como su hija esperaba, con los pies sobre un pequeño escabel, fumando en pipa y leyendo el *Morning Post.* Cuando esta entró, alzó la vista y sonrió distraído.

—Vienes pronto, Antonia.

La muchacha reparó, agradecida, en que su padre siempre la llamaba por su nombre y sintió una oleada de afecto hacia él. Ya iba a enfrascarse otra vez en el periódico, de modo que se apresuró a decirle:

—Quería pedirte una cosa.

—¿Sí, cariño?

Wilfrid bajó un poco el diario, pero no lo soltó. Antonia se sentó frente a él en silencio, el corazón empezaba a latirle con fuerza. Sería fácil una vez hubiera empezado, pero le resultaba difícil arrancar.

—Papá, puede que a ti no te parezca algo serio, pero para mí sí lo es.

—Serio —repitió él, y entonces dejó el periódico a un lado.

Hubo un segundo de silencio y luego Toni siguió.

—Por favor, no volváis a invitar a Geoffrey Curran a casa.

Su padre esperó un momento y luego le dijo:

—Cariño, eso no tiene nada que ver conmigo. Tendrías que pedírselo a tu madre.

—¡No! Te lo estoy pidiendo a ti.

Él la miró, empezaba a torcer el gesto, y sin verdadera curiosidad le preguntó:

—¿Por qué no quieres que venga?

—No me gusta. —Estaba buscando una palabra que pudiera impresionarlo—. Me desagrada profundamente.

Su padre seguía sin mostrar interés.

—No me parece una razón de peso. Tampoco es que venga muy a menudo, ¿verdad? De hecho, creo que ya llevaba tiempo sin verlo.

—No, es cierto. Pero mamá ha vuelto a invitarlo, pronto, y sé que vendrá.

—Bueno, cuando llegue el momento, ¿no puedes poner distancia, sin más, y guardarte tu mala opinión?

—¡Papá, no lo entiendes! No se trata solo de lo que piense de él, sino de lo que es… Lo que hace —se corrigió al final.

Se le había apagado la pipa. Wilfrid volvió a encenderla, tomándose su tiempo, antes de preguntar con aire resignado:

—¿Y qué hace?

—Agota a los caballos y luego no los refresca en condiciones. —Empezaba a desesperarse—. Además, bebe demasiado y no juega si no es por dinero. Y dobla las páginas de los libros —añadió después. Tal vez eso funcionaría.

No fue así.

—Verás, Antonia, los caballos son responsabilidad tuya, sin duda, y debes ser tú la que cuide de que no los ponga en peligro. No recuerdo haberlo visto ni siquiera achispado y a tu madre le divierte apostar un poco de vez en cuando. ¿Cuál era tu otra objeción?

—Los libros —dijo la muchacha sin ninguna esperanza.

—Ah, sí. Estoy de acuerdo en que es una costumbre lamentable, pero teniendo en cuenta que todos los que poseen algún valor o interés están en esta habitación, creo que puedo protegerlos. Debes practicar más la tolerancia, cariño. No hace tanto tiempo que tu propia forma de tratar los libros era cuestionable. Me temo que no comparto tu aversión por el señor Curran: parece tener intereses más amplios que muchos de nuestros invitados. Venga. Dejemos de preocuparnos y vamos a trabajar un poco.

Y con eso, giró la silla hacia el ancho escritorio.

Se acabó, pensó Antonia espantada, y no había llegado a ningún sitio, no había conseguido nada. Sus razones no habían sido lo bastante buenas, su padre pensaba que era una manía, una extravagancia femenina o un capricho infantil. Observó cómo se inclinaba sobre sus papeles, que estaba extendiendo de forma metódica por todo el escritorio. Lo más probable es que fuera bastante feliz, que ya hubiera desterrado por completo el tema de su mente, estaba a salvo y concentrado en… ¿En qué estaba ahora? Las parteras. En breve se pondría a comparar los terribles métodos victorianos con los de su amada época y ella era la única persona que sabía que no estaba a salvo y la única a la que le importaba. Ahora sabía por qué no se había atrevido a pensar en lo que iba a decirle. La única razón convincente que podía darle para evitar que Curran volviese, con una ladina pero humillante tergiversación de lo ocurrido, era una que le provocaba un terror nauseabundo. Miró una vez más a su padre. Lo quiero, pensó, y uno debería ser capaz de hacer cualquier cosa por la gente a la que quiere.

—Ya te he dicho que tal vez a ti no te parecería algo serio, pero que sí lo es para mí.

—¿Qué, cariño?

—Lo de Geoffrey Curran. —Se propuso ser paciente y fuerte a pesar del miedo—. Papá, por favor. No te he dado la verdadera razón por la que no quiero que venga.

—Eso ya me lo imaginaba.

—¿Ah, sí?

La chica se agarró a la perspicacia de su padre como a un clavo ardiendo. Él esbozó su característica sonrisa sin gracia.

—Las mujeres son criaturas retorcidas. Me sorprendería que hubieras sido

directa.

—Lo siento. —Ahora se había sonrojado, tenía la impresión de que su padre jamás sabría lo mucho que merecía esa crítica a su franqueza—. Pero si lo soy… Si te doy la auténtica razón, estoy segura de que lo entenderás.

Tras una pausa, con los ojos clavados en el suelo, continuó:

—Me persigue constantemente. Por supuesto, dice que está enamorado de mí, pero no es cierto. Ha intentado seducirme. Y ya está casado, con una mujer en Irlanda, pero eso no lo ha detenido en absoluto. Siempre está llevándome a algún sitio apartado para intentar… para intentar…

—¿Seducirte?

Ella asintió.

—Yo lo odio, pero al parecer eso no le importa. Lo odio —repitió aliviada al darse cuenta de que era cierto.

—¿De verdad?

Hubo algo en su forma de preguntarle aquello, un rastro de cinismo y contención, que la hizo saltar.

—¡Por supuesto que sí! ¿Es que no me crees?

Se hizo entonces un breve y terrible silencio, que Antonia recordaría para siempre, antes de que su padre contestara.

—No me creo ni una palabra.

—¿Qué? ¿Y por qué crees que te estoy pidiendo que deje de venir, si no?

—Bueno, sí creo que no quieras verlo por aquí, pero las razones, sobre todo la última, me parecen… una ladina tergiversación de la verdad, digamos.

La muchacha fue incapaz de decir nada. Wilfrid le concedió un momento y luego siguió implacable.

—Me has dicho, al final, que no quieres que este joven venga a casa porque te persigue, intenta seducirte y siempre te está apartando de los demás con ese propósito. ¿Cómo consigue hacer tal cosa, a menos que tú te muestres, cuando menos, aquiescente? Esto está lleno de gente y, cuando viene, no tienes obligación alguna de estar ni un solo minuto a solas con él. Imagino que lo has hecho porque tus sentimientos son, por decirlo suavemente, ambivalentes.

—Si todo eso es cierto —repuso Antonia con dificultad—, ¿por qué iba a querer que dejase de venir?

—Eso, como ya he dicho, es otra cuestión. Si es cierto que está casado, tal vez quieras evitar la posibilidad de un conflicto.

Una vez más, ese énfasis cínico en el «tal vez». Torpe, confusa, Toni le dijo:

—No sé a qué te refieres.

Lo único que entendía era su inexplicable y alarmante hostilidad.

Wilfrid hizo un gesto irascible con la mano derecha y, de pronto, se inclinó hacia ella por encima del escritorio.

—No estoy ciego. Has acudido a la persona equivocada con ese cuento, que solo me convence de que eres como cualquier mujer. Todas esas excusas, esas racionalizaciones, esas distorsiones, son una concepción puramente femenina, siempre vilipendiando a algún desgraciado, disimulando cualquier motivo real que tengáis porque sabéis muy bien lo feo que es… ¿Acaso no te avergüenza nada de eso? ¿O es que ya eres tan mujer que no entiendes el significado de esa palabra?

—¡No puedo contarte el verdadero motivo! —Las lágrimas le anegaban el rostro; su padre la atacaba a ella y no entendía nada de lo que decía—. ¡No puedo! Tienes que creerme… —Había ido a protegerlo—. ¡No puedo contarte el verdadero motivo!

Él la miró. Aquella rabia salvaje se fue disipando poco a poco hasta que, en un tono casi amable, le dijo:

—Si me hubieras dicho desde el principio que estabas celosa, sin más, que te mueres de celos y ya está, te habría entendido.

Antonia clavó los ojos en su padre, tratando de distinguir claramente su expresión.

—¿Celosa? ¿De quién?

—De tu madre, por supuesto.

—¿Mi madre?

Wilfrid miró por la ventana y luego otra vez a ella: volvía a desprender ese aire cínico y desagradable, tanto en la mirada como en la voz.

—¿De quién, si no?

Fue como verse empujada a la oscuridad, a un abismo: cuestión de segundos, pero una vez puesto el pie en el vacío, no habría tiempo. Debió de repetir: «¿Mi madre?», porque el otro gritó:

—¡No voy a dejarme engañar por esa melodramática insistencia! ¡En absoluto! No eres ninguna Emilia, sé que no eres tan inocente como quieres aparentar y, en cuanto a mí, lo he sabido y he vivido con ello durante tanto tiempo que ya ha dejado de tener la menor importancia. Sin embargo, no estoy dispuesto a dejarme embaucar ni arrastrar por la compasión ni por ningún otro ardid de las miserables intrigas que parecen proliferar en esta clase de situaciones. Ya te he dicho que el señor Curran me parecía algo mejor que los habituales…

Antonia se precipitó de golpe en el abismo, sin fondo, ningún asidero donde poner el pie y cegada por la oscuridad. Cuando se quiso dar cuenta, oyó aquella áspera voz que seguía tronando por encima de ella: «… al

menos yo no estoy ciego», y notó que tenía un pie aplastado por el otro y que el dolor crecía hasta convertirse en un intenso alivio. Su padre tenía la mandíbula desencajada. Antonia se tapó la cara con las manos y luego se las llevó a la cabeza para sostener el extraordinario peso muerto de su mente. Los habituales…

Lo había sabido siempre; no estaba ciego… Creía que estaba enfadado con ella por su propia ceguera porque no podía ni imaginar que nunca le hubiera importado.

La chica asintió en silencio, con un aire casi solemne, como si hubieran llegado a algún tipo de acuerdo trascendental, y se fue.

Por la noche, cuando iba conduciendo para acudir a la fiesta de los Leggatt, Araminta le dijo a su hija:

—De veras, Toni, tienes que intentar no ser tan grosera conmigo delante de otras personas. En fin, lamento haberte enojado esta mañana, pero deberías aprender a controlarte. —Luego se echó a reír y añadió—: ¡Resulta bochornoso!

—Lo siento —se disculpó Antonia.

—Y ahora te enfurruñas, cielo, que es peor.

—No estoy enfurruñada.

—Bueno, pues al menos podrías decir que lo sientes como si te importara.

Pero ella replicó:

—No me importa. En absoluto.

De pronto le pareció la fórmula perfecta, la solución: que no le importase nada. Aquel día se había dado cuenta de que ahora conocía a las personas y sabía algo de la vida y se había distanciado de ese conocimiento porque no le parecía ninguna ventaja, sino la maquinaria del terror. En ese momento, en la oscuridad del coche, consciente de la irritación de su madre y advirtiendo que no la afectaba para nada, esa indiferencia se extendió y se reforzó y empezó a verterse lentamente sobre todo, como la lava descendiendo por la ladera de un volcán, arrasando con cualquier miedo, preocupación o afecto hasta que no quedaba nada a la vista. En cuanto a emociones, pensó, debe de ser como tumbarse bocabajo en la nieve para dormir, y eso tampoco le importó.

El coche tenía muchas corrientes de aire y hacía frío. Araminta, después de un impetuoso suspiro de pura rabia, había cedido: con aquel gesto teatral decidió no decir ni una palabra más hasta llegar a Robertsbridge. Así pues, atravesaron la helada noche invernal en silencio, Araminta pasando del enfado con Toni a la agitación habitual de su pensamiento y Antonia

atrincherada en su nueva y abrumadora convicción.

Entraron despacio y rodearon el enorme jardín que había frente a la casa de los Leggatt, buscando un sitio para aparcar. Antonia se acordó de cuando, en verano, se habían marchado de otra fiesta allí mismo. Salieron del coche y fueron hacia la puerta sin hablar. Al otro lado de la galería de estilo victoriano, con puertas de cristal, la casa, cálida y perfumada, parecía el corazón de una flor exótica y deslumbrante. Edmund Leggatt estaba de pie, tras la segunda puerta, junto a una inmensa y humeante fuente de ponche.

—¡Bebed! —gritaba con alegría, y conseguía hacer de aquella palabra una bienvenida personal—. Nadie puede dar ni un paso más sin calentarse las tripas. Araminta, querida, qué aire tan misterioso… Envuelta en pieles hasta las orejas. Fría y misteriosa. Y muy pero que muy seductora. —Sirvió un poco de ponche con un cucharón de plata en una copita de cristal verde y se la dio—. ¡Y Toni! Ya me imagino lo encantadora que estarás bajo ese chal rojo. ¡Bebe!

—Edmund, querido, ¡qué maravilla! Wilfrid lo siente muchísimo, pero no ha podido escaparse.

—¿Wilfrid? —Por un momento, Edmund pareció desconcertado, pero enseguida se le iluminó la cara—. ¡Qué lástima! Tenemos trozos de hielo de los fiordos. —Y empezó de nuevo—: ¡Bebed!

Antonia se bebió su copa enseguida. Su madre ya estaba entregada a la fiesta y ni siquiera iba a subir a quitarse el abrigo; un joven se ofreció a llevárselo. El ponche, fuerte y delicioso, le calentó la garganta y enseguida se sintió reconfortada. Al subir los finos escalones hasta la habitación donde podría quitarse el chal, tuvo la impresión de ir flotando. El cuartito estaba en penumbra, salpicado por pequeños charcos de luz trémula que se reflejaban, acuosos, en la multitud de espejos colgados de las paredes. Olía a fresias y a polvos de maquillaje y estaba vacía. Alguien se había dejado una copa de ponche casi llena en el tocador y el delicado vapor estaba empañando el espejo. Tras quitarse el abrigo y el chal, se sentó allí delante, se bebió el ponche y se miró. La imagen era borrosa y, aun después de limpiar la condensación con la mano, no le parecía tan nítida y decidida como su mente. «Las mujeres siempre están preocupadas por la apariencia de las cosas», había dicho su padre. Sin embargo, ahora no le importaba nada. Comprobar que las intrincadas cintas del vestido estuvieran bien atadas, peinarse hacia atrás para suavizar la frente, asegurarse de que las sombras imprecisas y cambiantes en los pómulos no fueran manchas, sino solo sombras… Todo eso no era ya sino un hábito, suponía, pues lo hacía como un ritual desapasionado cuyo origen se había perdido y olvidado hacía tiempo. Aunque, quizá, su aspecto no se correspondía con su estado de

ánimo: no parecía tan mayor como se sentía y el segundo ponche no hizo sino prolongar la sensación de calor sin acrecentarla.

En lo alto de la escalera, se detuvo a contemplar la multitud de cabezas, manos y hombros que se agolpaban abajo. Las voces, las risas parecían ascender hasta el alto techo ornamentado para aferrarse a él —una inversión de la gravedad, pensó— y empezó a bajar la suave pendiente. Desde el primer recodo no pudo ver, a lo lejos y por encima de tantas cabezas (había demasiadas y muy apiñadas junto al enorme ventanal), el sitio donde, aquel verano, había vislumbrado a Curran. Ahora no estaba allí, en su lugar había una multitud desconocida, y para ella su ausencia era solo un alivio. Quizá ni siquiera un alivio, sino mera indiferencia porque no le importaba nada.

En el último escalón, un hombre la cogió de la mano.

—¿Busca a alguien?

Ella negó con la cabeza.

—Tenía cara de estar buscando algo.

Antonia lo miró y el otro continuó:

—Como si estuviera preocupada.

—Imposible. No me importa nada en absoluto.

La muchacha lo observó con calma, preguntándose por qué habría dicho aquello en realidad, y los dos se quedaron un momento en silencio.

—¿Conoce a alguien en esta fiesta?

Ella se soltó.

—Mi madre está aquí.

—Pero no creo que la conozca muy bien.

—Lo suficiente para saber que se quedará hasta el final.

—¿Y usted desearía que acabase ya?

Toni hizo un leve gesto con la cabeza, como un intento instintivo de escapar.

—Esto no es el final —dijo aquel desconocido—, más bien podría ser el principio.

Entonces le cogió de nuevo la mano, como si fuera un complemento fundamental sin el cual ninguno de los dos pudiese empezar a alejarse de la escalera.